

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEJICANA DE LA LENGUA

Correspondiente de la Real Española

TOMO SEXTO

Queda asegurada la propiedad literaria de este tomo.

MÉJICO

TIP. DE LA VDA. DE F. DIAZ DE LEON, SUCS.

Esquina del Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara.

1910

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEJICANA DE LA LENGUA

Correspondiente de la Real Española

TOMO SEXTO

Queda asegurada la propiedad literaria de este tomo.



015790

MÉJICO

TIP. DE LA VDA. DE F. DIAZ DE LEON, SUCS.

Esquina del Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara.

1910

004780

EDICIONES DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA MEXICANA/11

MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA

Edición facsímil

TOMO VI

(1910)



MEXICO, 1975

ELOGIO
DEL
SEÑOR D. RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA

LEIDO POR

FRANCISCO PASCUAL GARCIA

EN LA VELADA

QUE EN HONOR DEL ILUSTRE FILÓLOGO CELEBRÓ LA ACADEMIA MEJICANA DE LA LENGUA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA,

LA NOCHE DEL 24 DE OCTUBRE DE 1906

SEÑOR PRESIDENTE: ¹

SEÑORES:

Difícil empeño el de hacer un elogio; muy difícil para quienes tenemos idea muy alta de la virtud, noción muy elevada de la ciencia, concepto muy excelso de las múltiples y complexas cualidades que es necesario queden fundidas, como en soberano molde bronceada estatua, para constituir una eminencia; tan difícil que no me encontraría en una tribuna, si á lo arduo de la empresa no estuviese unido el honor altísimo de venir á desempeñarla. Hay honores que no se declinan; mucho menos aún, si el corazón nos alienta á ambicionarlos, no por halagadora vanidad, sino por la satisfacción de una

1 El de la República, General de División D. Porfirio Díaz, que se hallaba presente en el acto en honor de D. Rafael A. de la Peña.

obra de justicia y la íntima fruición del pago de una deuda de gratitud. ²

A no ser porque esos sentimientos me sostienen en el honroso encargo á que me levanta la Academia Mejicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, no habría salido de la silenciosa obscuridad en que vivo; pero se trata de una grande, de una verdadera eminencia, y yo no podía negar el homenaje de mi palabra ni el tributo de mi elogio, á quien tuve siempre por honra inmaculada, como muy pocas, de nuestra nación y de nuestro tiempo.

Y menos aún me podría negar á ese tributo y homenaje, cuando no vengo á rendirlos en mi propio y obscuro nombre, sino en el de la ilustre Corporación, cuya gloria se levanta á la categoría de lo indiscutible.

Ilustre abolengo, señores, el de la Academia Mejicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, como que había tenido por sus predecesores en esta tierra, á aquel célebre Conde de la Cortina, humanista consumado y clásico poeta, sabio lingüista y crítico notable, cuya acción sobre nuestra literatura tan benéfica fué;—á aquel gigante de nuestra ciencia, D. José Fernando Ramírez, profundo jurisconsulto á la vez que anticuario é historiógrafo tan eminente, que, en los puntos tratados por él, de nuestra historia, no ha sido superado todavía, y entre cuyos méritos debo mencionar, no tanto por lo que es en sí mismo, cuanto por lo que significa, el de que á su iniciativa se debe el homenaje tributado á la justicia de la historia, cuando á una de nuestras calles se

² Uno de los señores académicos que me postularon para correspondiente de la Mejicana de la Lengua, encontrándome yo en San Luis Potosí, no sé á punto fijo en qué año, fué el Sr. D. Rafael Angel de la Peña. Esa es la deuda de gratitud á que aludo.

le puso por nombre el de Gante, en honor de aquel sublime Fray Pedro, héroe á la par que de la predicación evangélica, de la cultura humana;—á aquel ilustre polemista y literato, D. José Joaquín Pesado, que, con un grupo de sabios, entre los que se encontró durante algún tiempo el sapientísimo prelado de Michoacán, D. Clemente de Jesús Munguía, defendió con la intención más pura en la lid más noble y más culta, la bandera sagrada de la Cruz;—³ á aquel abogado, polemista y literato D. José Bernardo Couto que, como un monumento de su ortodoxia, nos legó su gran DISCURSO SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA, en que están registrados los títulos de la inalienable soberanía de esta Hija del Cielo, y entre sus trabajos, recogidos por nuestra historia literaria, su traducción de la Epístola de Horacio á los Pisones y su biografía del insigne Carpio, del altísimo poeta en cuya arpa de oro resonaron ecos de la lira del Profeta Rey; y al venerable Deán de la Catedral de México D. Manuel Moreno y Jove, el elegante traductor de Homero, el castizo orador sagrado, que tenía en las notas de su palabra unción tan piadosa al exponer el misterio de la infancia del Hijo de Dios, como alta y robusta entonación patriótica, al predicar desde el sagrado púlpito la unión

3 Aunque fué cosa muy sabia la intervención del Illmo. Sr. Munguía en el periódico «La Cruz,» en el curso del tiempo, se había venido olvidando; pero no cabe duda acerca de ella. Consta, entre otros testimonios, por el decisivo de D. José María Roa Bárcena que en su «Biografía de D. José Joaquín Pesado,» párrafo XIX, historiando los primeros sucesos de la Reforma en 1855, dice lo siguiente: «Al tener principio esta serie de actos de hostilidad contra la Iglesia, y con el fin de defenderla y de tratar en el sentido católico las cuestiones sobre dogma y disciplina suscitadas en aquellos días, se fundó el periódico semanario intitulado «La Cruz,» de que se publicaron siete tomos, desde el 1º de noviembre de 1855 hasta el 25 de julio de 1858, en la imprenta de los Sres. Andrade y Escalante. Comenzó á dirigirlo el Illmo. Sr. Munguía, á cuya pluma se debieron los principales artículos de

de todos los mejicanos, con ocasión de alto y piadoso homenaje rendido á la memoria de Iturbide. Tales fueron, acaso entre otros cuyos nombres se escapan á mi memoria, los inmortales precursores de la Academia Mejicana de la Lengua. ⁴

Y llegó un día en que, tras larga y esforzada labor, la Real Academia Española vió convertido en realidad su pensamiento de que se establecieran las Correspondientes Americanas.

Fundóse la Mejicana una de las primeras; y entre los eminentes escritores que la formaron, no podía faltar el que fué por muchos años nuestro primer filólogo.

El espléndido sol de septiembre de 1875 alumbró sus primeras reuniones; ⁵ y entonces, al lado de aquel Conde de Bassoco, que á la nobleza de su familia supo unir el lustre de la gloria literaria y nos legó, como perenne monumento, su estudio DE LOS USOS DEL PRONOMBRE ÉL EN SUS CASOS OBLICUOS SIN PREPOSICIÓN, cuya doctrina se puede ver, en ese punto gramatical, como el canon definitivo del purismo;—de aquel Arango y Escandón, que con la sola fuerza de su brazo pudo remontarse contra

los ocho ó diez primeros números; pero las atenciones preferentes del episcopado le impidieron seguir escribiendo, . . . » Refiere después el Sr. Roa Bárcena cómo Pesado se encargó de la dirección de «La Cruz» y entra en importantes pormenores acerca de la historia de aquella publicación.

El Sr. Roa Bárcena fué redactor asiduo de «La Cruz» durante todo el tiempo en que se publicó.

⁴ Al hacer esta enumeración, escapóse á mi memoria el nombre del Sr. D. Joaquín María del Castillo y Lanzas, que fué también Académico Correspondiente de la Real Española. El Sr. Castillo y Lanzas era literato de buen gusto y poeta distinguido. Su Oda «Á la victoria de Tampico» aunque con desleimientos que en más de un pasaje la hacen lánguida y algo pesada, es una composición de mérito.

⁵ Acerca de los comienzos de la Academia Mejicana, veáse la «Reseña Histórica» inserta en el tomo I de estas MEMORIAS, especialmente las páginas 17, 18 y 19.

la corriente de los tiempos, saliendo á sus márgenes, llegar hasta la eminencia en que brilla el siglo de oro de la lengua castellana; arrancar allí algunas cuerdas de la lira de Fray Luis de León, para colocarlas en la suya y escribir con la misma tinta que usaron Rivadeneyra y Santa Teresa, la más alta y soberana crítica del proceso inquisitorial instruído contra el célebre agustino;—de aquel D. Casimiro del Collado, cuyo exquisito gusto, castizo lenguaje y riquísimo vocabulario hacían resplandecer en él las cualidades típicas del verdadero académico, de las que nos dejó larga muestra en sus pulidos versos;—de aquel grande entre los grandes, D. Joaquín García Icazbalceta, en quien se unían á las maravillosas dotes, generadoras de un estilo limpio y clarísimo, las del investigador profundo y el historiógrafo de alto pensar, y cuya inmensa obra histórica podrá ser en algunos puntos rectificada, completada en muchos, pero superada jamás, porque nadie podrá disputarle la suprema gloria de haber sido el que abrió al estudio de la historia mejicana los más amplios horizontes é hizo desfilar á la vista de las generaciones del siglo XIX, vivos y moviéndose, como en las épocas de la dominación colonial, aquella multitud de frailes, de escritores, de conquistadores y de gobernantes, á muchos de los cuales llamó á severo juicio en nombre de la verdad y la justicia de la historia; que rectificó tantas afirmaciones, desbarató tantos errores, y puso, finalmente, con su nombre y con su gloria, muy altos la gloria y el nombre de la Academia Mejicana;—de aquel D. José Sebastián Segura, «á quien visitaban las musas en la obscuridad de las minas»⁶

⁶ No he podido recordar si alguno antes que yo ha empleado esta frase. Parece que no; pero en la incertidumbre la pongo entre comillas.

y sobre cuya frente bajaban las inspiraciones de la poesía hebrea, aun en medio de las figuras geométricas y las ecuaciones algebraicas;—de aquel D. Francisco Pimentel, benemérito de nuestra lingüística, de nuestra historia y nuestra crítica literaria, cuyos ámbitos todos recorrió para reunir datos y tesoros de ciencia, ocultos unos, olvidados otros, diseminados todos por papeles, documentos, periódicos y libros raros; datos y tesoros que, sin los benéficos y generosos oficios de la mano que los acumuló sabia y ordenadamente en perdurables obras, se habrían perdido para siempre;—de aquel D. Manuel Peredo, que cultivó con éxito, no igualado todavía entre nosotros, dos géneros literarios que demandan, además de un vasto y profundo saber, la sal ática del ingenio, de que dió repetidas muestras durante muchos años: la crítica y el humorismo, pero sanos, limpios, y solamente enderezados á corregir y satirizar lo que de malo y censurable se encuentra en la sociedad y en las letras;—de aquel D. Manuel Orozco y Berra, en quien se adunaba con la modestia del verdadero sabio el espíritu de imparcialidad y justicia que debe constituir el carácter del historiador, espíritu bajo cuyos dictados alzó con mano poderosa monumentos inmortales á la historia de las razas aborígenes y de la conquista española y de la época colonial; al lado de esos sabios, eminentes todos, hallábase un hombre de pequeña estatura, débil complexión, pálido color, claros ojos, sobre cuyos cabellos empezaba á poner sus hilos la nieve de los años; cortés y fino hasta el exceso, modesto hasta la timidez, sencillo de corazón, de sereno mirar, suave la voz, reposada la palabra, y en quien había mucho del temeroso encogimiento del niño, maravillosamente adu-

nado á la fijeza de ideas, á la solidez del juicio, á la profundidad de la convicción y á la energía de la fe, formando todo un conjunto cautivador.

Mas ¿quién era ese hombre? ¿De dónde iba? ¿De dónde había salido?

Había salido de aquí, ⁷ de las aulas de gramática y de filosofía, de teología y de cánones; había salido del patio y los corredores de este edificio, que fué mansión de nuestra antigua gloriosa Universidad, las sombras de cuyos doctores, desde Fray Alonso de la Veracruz en los días de su fundación, hasta D. José María Díez de Sollano en los de la supresión, parecen vagar por su recinto con la realidad del recuerdo y el brillo deslumbrador de la gloria.

En los días de su primera juventud, el señor de la Peña, dentro de estos muros, en la capilla de la Universidad, había levantado entre las nubes del incienso sus plegarias y dado libre vuelo á las aspiraciones de su alma, muy distante entonces de presentir que habría de llegar en la sucesión de los tiempos esta noche solemne, en que resuena aquí con el elogio de sus virtudes el aplauso de sus méritos; y no para vano homenaje que se pierde con el sonido, sino para ejemplo edificante de las nuevas generaciones.

Iba de las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria, donde estaba consagrado á enseñar la gramática y las matemáticas, y á la que había ingresado nada menos que en los días de D. Gabino Barrera, que tuvo el acierto de reunir allí un grupo de profesores, escogidos entre

⁷ Recuérdese que este discurso fué pronunciado en el Teatro del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, que ocupa el edificio de la antigua Universidad.

los más aptos en los distintos ramos de enseñanza, sin preguntarles por su credo religioso, ni por su credo político, ni por su credo literario.⁸ Había ejercido allí por algunos años doctísimo magisterio; y la reputación justamente adquirida como sabio gramático le abrió de par en par las puertas de la Academia en el día mismo de su fundación. Así lo sintió y expresó con su ingénita modestia en el primer trabajo que leyó en la Academia. Dirigiéndose á sus ilustres colegas, y dándoles las gracias por la elección, pronunciaba estas palabras: «Á decir verdad, sólo pudo moveros á concederme merced tan señalada, la diligente solicitud con que he procurado desempeñar el profesorado, en la enseñanza pública de nuestra gramática. Y de seguro habéis puesto en olvido mi notoria insuficiencia, para premiar muy largamente el constante anhelo porque mis discípulos manejen el habla de Cervantes con propiedad y corrección y la conserven incontaminada de vocablos y giros advenedizos.»⁹

El mismo diligente empeño desplegó, sin desmayar nunca, durante su larga carrera; y de él pueden dar testimonio sus numerosos discípulos, algunos de los cuales están presentes aquí, asociándose al homenaje que la Academia rinde á su memoria. Durante los últimos años, durante los últimos meses, sostuvo por sus métodos de

8 Hé aquí algunos nombres de las personas que en la época á que se alude fueron profesores de la Preparatoria: Sr. Canónigo Dr. D. Ladislao de La Pascua, D. Leopoldo Río de la Loza, Doctores D. José Barragán, D. Juan María Rodríguez, D. José María Marroqui y D. Manuel Urbina; Ings. D. Manuel Contreras y D. Mariano Villamil; Lics. D. Francisco T. Gordillo y D. Francisco de P. Guzmán; Sres. D. Juan Mier y Terán, D. Rafael Barba, D. Manuel Payno, D. Eduardo Garay, D. Oloardo Hassey y Mr. Henry Pool.

9 Discurso leído en la Academia Mejicana de la Lengua, por su individuo de número D. Rafael Angel de la Peña, inserto en estas «MEMORIAS.» Tomo I, pág. 21.

enseñanza una esforzada lucha, no exenta de amarguras para él.¹⁰

En el profesorado, justo es decirlo, deja un vacío que hoy por hoy es imposible de llenar. Su cátedra como su sillón académico no serán dignamente ocupados durante mucho tiempo. Porque el señor de la Peña no sólo entre nosotros era un notable filólogo: lo era en todo el mundo latino, y acaso sólo él ó al menos, con los mismos títulos que los mejores, habría podido disputar el cetro de la filología castellana y de la castellana gramática al primer filólogo americano, cuyo nombre no he de pronunciar, porque vivo está todavía ese gigante de las ciencias lingüísticas, cuya pasmosa erudición, seguro criterio y doctísimas enseñanzas forman un verdadero océano de sabiduría.

Fruto de ese largo profesorado ejercido por el señor de la Peña, como le ejercen muy pocos desgraciadamente, con toda ciencia y con toda conciencia, fueron, en primer lugar, esa serie de sabias monografías que ocupan no pequeña parte en las «MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA» y esa «GRAMÁTICA TEÓRICA Y PRÁCTICA DE LA LENGUA CASTELLANA» que la Academia fué la primera en escuchar.¹¹ Esa profunda y sabia labor gramatical del señor de la Peña no ha sido justamente apreciada todavía. Debiera serlo aquí por uno de nuestros honorables

10 Compréndese fácilmente que no me es posible entrar en la narración pormenorizada de esa lucha.

11 La «Gramática Teórica y Práctica de la Lengua Castellana» fué leída por su autor en la Academia Mejicana. El Sr. Director de la misma D. José María Vigil dice en una carta al Sr. de la Peña lo siguiente: «Yo que he seguido con atención vivísima el desarrollo progresivo de ese trabajo colosal, gracias á las lecturas que á medida que avanzaba, hacía Vd. en la Academia, estoy en aptitud de valorar el excepcional mérito de ese libro. . . . » Véase la segunda edición de la «Gramática» pág. XVII.

colegas, si una circunstancia que no es del caso referir no nos privara del placer de escucharle.¹² Andando los tiempos, aparecerá en todo su mérito la ingente labor que la GRAMÁTICA encierra; libro que, como todos los de vasta erudición y que vienen á ser definitivos en la historia de las humanas letras, fué obra dilatada de los años. Libros así lo son á veces de toda una vida. Gran parte de la suya consumió el señor de la Peña en acumular los materiales, aquilatar las teorías, depurar las doctrinas, fijar por un procedimiento rigurosamente científico las definiciones y las fórmulas de su gramática; pero labor tan magna no se perderá ciertamente. La Gramática del señor de la Peña durará, podemos augurarlo con toda certeza, siglos y siglos. Su nombre pasará á las futuras edades con los de Antonio de Nebrija, del Brocense, de Bello y de cuantos han fijado las reglas y las leyes de nuestro idioma, contribuyendo á la obra de mantenerle limpio en medio de las invasiones de los nuevos vocablos traídos por los adelantos de las ciencias y la comunicación de los pueblos; de fijarle dentro del áurea red de su maravillosa estructura y de darle, con nuevas voces, con más gallardos giros, y con más gentiles formas, el esplendor que llevan consigo la armonía y la perfección de todo cuanto se desenvuelve y engrandece sin violar las leyes de la naturaleza.

De la GRAMÁTICA del señor de la Peña podemos decir lo que de ciertas comedias del neo-clasicismo dijo un poeta español. Sí; esa Gramática es

¹² Alúdese al trabajo crítico que acerca de la labor gramatical del Sr de la Peña se había encomendado al Sr. Académico, Canónigo D. Francisco de P. Labastida que, por circunstancias que no es necesario referir, no fué leído en la velada en que se pronunció este discurso.

«..... de luz tan pura
 «de juventud tan fresca y tan lozana
 «que vivirá cuanto en la edad futura
 «viva la hermosa lengua castellana.»

Todos los que en lo sucesivo estudien con verdadero amor nuestro idioma, que alcanzó tantas delicadezas psicológicas en Santa Teresa de Jesús, y en el Maestro Alonso de Venegas y tan rotunda sonoridad, como de torrente musical, en que corren mezcladas sin confundirse todas las notas de la naturaleza, en Fray Luis de Granada durante el siglo de oro de la literatura española y casi en nuestros días, en la grandilocuencia de Donoso Cortés; que se elevó á tan sublimes acentos en San Juan de la Cruz y á tan alta serenidad en Fray Luis de León y tuvo tan altos vuelos bajo el genio del Byron español, de Espronceda, que es divino, cuando no arrastra por el lodo sus alas de arcángel; que en estos últimos días ha resplandecido tanto en los versos inmortales de Gabriel y Galán; cuantos estudien no sólo la sintaxis sino la morfología y la fonología de nuestra lengua, tendrán forzosamente que ocurrir á la GRAMÁTICA del señor de la Peña, que en algunas de sus páginas nos ofrece por primera vez, en forma elemental y sistemática, algunos de los más culminantes resultados de las modernas investigaciones sobre las lenguas y de la aplicación de las leyes, en esas investigaciones descubiertas, á nuestra lengua castellana.

Grande fué el señor de la Peña como gramático; y lo fué, porque no se ciñó al mero arte, sino que profesó toda su vida una gramática científica; porque fué un verdadero filólogo. El arte sin la ciencia bien poco vale, co-

mo actividad humana, está subordinado á la verdad, al concepto ideológico, á la investigación científica; y por eso, en el fondo de todo verdadero artista se encuentra siempre un sabio. Todo arte se deriva de una ciencia; se subordina á ella; y por eso, la historia del arte y la de la ciencia marchan paralelas en los anales del humano espíritu. Cuando la antorcha de la ciencia se apaga, las formas encantadoras del arte se desvanecen y se esfuman. La Gramática no es, no puede ser una excepción. Las artes de la lengua pierden su armonía, cuando no las acompaña, preside y dirige la ciencia del pensamiento, la Ontología, ó para decirlo con una voz más comprensiva, por más que pueda suscitar escándalos, la Metafísica. Por eso el señor de la Peña fué un gramático: porque era filósofo, porque era metafísico; porque el arte lingüística estaba enlazada en su espíritu con sus profundos conocimientos ideológicos y psicológicos, es decir, metafísicos.

Si aquí, señores, aquí, dentro de estos muros, que me parece repiten en estos momentos la voz del estudiante que murmura en larga y perseverante labor las palabras de su texto; si bajo las techumbres que cubrían estos muros, el señor de la Peña no hubiera aprendido la Teología, más íntimamente unida con la Metafísica que las otras ciencias; si en las aulas del Seminario y de la antigua Universidad no hubiera consagrado tantas vigili-
 lias á los estudios filosóficos, de cierto que no nos habría dado ni la Gramática, ni las Monografías, que son los títulos de su gloria como filólogo.

Y aquí, señores, hay que hacer una rectificación, que por sí sola es alto elogio. Los que no conocieron íntimamente al señor de la Peña; los que sólo oyeron sus lec-

ciones gramaticales y sus disquisiciones filológicas, si bien tuvieron que vislumbrar en él siempre al filósofo y algunas veces al teólogo, no pudieron, sin embargo, apreciar debidamente los conocimientos que en tan altas ciencias atesoraba; porque lo cierto es, por más que en ellas no nos haya dejado copiosos frutos como en Gramática, que era más que gramático y filólogo, filósofo y hasta teólogo. Su amor á la Filosofía y á la Teología y su competencia en ella revelábanse muy bien en las discusiones académicas; y él mismo, al historiar uno de los periodos de la Academia y á propósito de las definiciones enviadas á la Real Española, y de las discusiones á que dieron lugar en el seno de la Mejicana, decía estas palabras:

«Ya se deja entender que, invadiendo á veces el Diccionario los dominios de las ciencias y la filosofía, de las artes y de la industria, hubo que dilucidar cuestiones á tal punto heterogéneas, que de común sólo había en ellas la primeras letras de las palabras que las sintetizaban, y cuyas definiciones provocaban y alimentaban la discusión. Así es como, después de la voz *Prótesis*, se pasó á estudiar la definición de la palabra *Positivismo*, como nombre de escuela filosófica. Sólo la exposición de este sistema y su definición ocuparon largas y numerosas sesiones. Otro tanto pasó al discutirse la definición de una ú otra ciencia, como la de Biología y la de Astronomía, ó bien al fijarse las acepciones de términos técnicos, así científicos como filosóficos.»¹³

Si esto decía, cuando en 1886 historiaba los trabajos de la Academia, de la cual á la sazón era ya Secretario

13. «Reseña Histórica de la Academia Mejicana,» inserta al principio del tomo III de estas «Memorias.» Página 6.

Perpetuo, años antes, en su profundo estudio sobre el verbo, se había expresado de esta manera: «Como la palabra es la manifestación de nuestras ideas y de nuestros afectos, su análisis nos conduce á graves cuestiones, ya ideológicas, ya psicológicas.»¹⁴

«El conocimiento profundo de las lenguas, decía también, es el conocimiento del espíritu humano que ha vaciado en ellas sus concepciones.»

«Basta, por lo visto, agregaba en otro lugar, recorrer, aunque arrebatadamente, los dominios gramaticales, para convencerse de que sus términos, más retirados de lo que comúnmente se piensa, confinan con todos los ramos del saber humano, puesto que la influencia de la palabra alcanza á todas las manifestaciones del pensamiento.»¹⁵

Tal era el concepto que tenía de la extensión de los estudios gramaticales y de su íntimo enlace con todas las ciencias, especialmente con las filosóficas.

Mas en punto á su ciencia filosófica, no sólo nos dejó breves muestras, sino también algunos trabajos especiales, entre los que es digno de mención su notable discurso pronunciado en la inauguración de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; y mucho más todavía, la impugnación que hizo del positivismo en una discusión cuya memoria dura todavía y durará siempre en los anales de la enseñanza pública nacional.

Al llegar á este punto, el señor de la Peña se nos presenta bajo un aspecto nuevo y singular en su serena y tranquila vida. Modesto hasta la timidez (lo he dicho

14. «Estudio sobre los oficios ideológicos y gramaticales del verbo,» inserto en el tomo II de estas «Memorias.» Pág. 10.

15. Estudio citado, págs. 10 y 12.

antes) no era un luchador; no podía serlo. Llevaba su humildad hasta la más profunda desconfianza de sí mismo; y esa humildad y desconfianza le mantuvieron alejado siempre de todas las cuestiones que, para usar de una frase que va consagrando ya el uso, se han llamado *cuestiones candentes*. Nunca fué, no sé si por desgracia ó por fortuna, ni político ni periodista. Así no vino á esta Academia, saliendo de las filas del periodismo católico, como años después que él vino el insigne Aguilar y Marocho, en quien había algo del temperamento de Luis Veuillot y mucho de la profunda ciencia de Munguía; ni como de las filas del periodismo liberal han venido otros que no necesito señalar. Porque la Academia Mejicana, como todas las dignas de su instituto, no pregunta á sus candidatos ni por su partido político, ni por su credo filosófico, ni por su fe religiosa; sino que abre sus puertas y ofrece puesto de honor á quien quiera que tiene justos títulos de literaria gloria.

El señor de la Peña, cuya pluma no había lanzado jamás las frases contundentes de los grandes polemistas, tenía, sin embargo, el valor de sus convicciones y de su fe religiosa. No las ostentaba; pero no las disimulaba tampoco. Si hubiera estado en el Monte de los Olivos y asistido al espectáculo vergonzoso de la traición de Judas, no habría tomado la espada para cortar la oreja al criado del Pontífice judío; y si en aquella misma noche se hubiera sentado á la lumbre en el patio de la casa de Caifás y la fámula le hubiera interrogado sobre si era uno de los hebreos que estaban con el acusado galileo, de cierto que no habría negado á Jesús. Nunca le negó delante de los hombres. Por eso fué admirable.

Señores: todos vosotros estaréis conmigo de acuerdo

en que si hay algo grande en el mundo, en este bajo mundo de mentira, de dolo y de traición, es el valor de las propias convicciones, la sinceridad en decir lo que se cree. Ese valor, esa sinceridad, que no son otra cosa sino la voz de la conciencia, obtendrán siempre el aplauso de todos los hombres honrados, porque nada hay más bajo que la mentira, ese infame comercio de la palabra; nada hay más vil que la traición; nada hay más despreciable que la venalidad, cuando lo que se vende es la conciencia; cuando lo que se vende es la convicción; cuando lo que se vende es la dignidad; cuando lo que se vende es la fe.

Y por el contrario, es profundamente respetable y digna de homenaje la sinceridad de quien, puesto en el trance, como el señor de la Peña se vió en la discusión del positivismo, ó de hacer traición á sus convicciones ó defenderlas lealmente, toma el nobilísimo partido de exponerlas, si con toda cortesía y miramiento á sus adversarios y hasta con todo respeto á sus contradictores, también con toda franqueza y sin disimulo, y combate lo que en su conciencia cree que debe combatir.

El señor de la Peña dió á ese respecto un ejemplo nobilísimo. Unióse con el ilustre filósofo espiritualista que en nuestra Academia ocupa hoy el puesto que ilustraron Bassoco, Arango y Escandón y García Icazbalceta; y unidos los dos, no obstante las diferencias que bajo otros aspectos los separaban, y colocados en un terreno estrictamente filosófico, midieron sus armas con los que allí estaban defendiendo la herencia de Barreda y, justo es decirlo, eran los primeros en las filas del positivismo. El éxito, debido en mucho á la habilidad y elevación de ideas de uno de nuestros colegas más distinguidos, co-

ronó por entonces los nobles esfuerzos, en que tanta parte ocupó al señor de la Peña, que con su conducta en aquella ocasión nos legó á todos; pero muy especialmente á los que desempeñan los nobles oficios de la pública enseñanza, un ejemplo digno de imitación.¹⁶

Aquel hombre de palabra tan suave y reposada supo encontrar acentos elocuentes para combatir una escuela filosófica, cuyos principios y tendencias debo abstenerme de calificar aquí; aquel hombre, tímido por carácter, tuvo la virtud del valor, cuando se trató de sus convicciones, como la tenía siempre que se trataba del deber; y mostró entonces que, si era incapaz de ofender á nadie, de pronunciar una palabra que á otro pudiera lastimar, aunque fuese de la manera más leve, mucho más incapaz aún era de toda cobardía: y si no cabían en su carácter ni la jactancia ni la ostentación, cabían mucho menos, muchísimo menos, el silencio indigno ni la calculada bajeza. ¡Bendito su carácter nobilísimo! ¡Bendito su ejemplo, que le pone más alto que sus conocimientos gramaticales y filosóficos! porque, dígame lo que se quiera, señores, la grandeza moral es la más alta de todas las grandezas; el pedestal único sobre que el hombre puede levantarse con justos títulos á la admiración de la posteridad; la única llave que puede abrir el templo misterioso destinado á los que dan ejemplos dignos de imitación; el único laurel que no se agosta sobre la

16. Véase el folleto intitulado: «Discurso pronunciado por los profesores José M. Vigil y Rafael Angel de la Peña, en las juntas de catedráticos, celebradas en la Escuela Nacional Preparatoria los días 27 y 31 de agosto, y 1º y 4 de septiembre del presente año, con motivo de la designación de texto para la clase de Lógica.—Publicanse de orden del Ministerio de Justicia é Instrucción Pública.—Méjico.—Imprenta del Gobierno, en Palacio, dirigida por Sabás A. y Munguía.—1885, 70 páginas, en cuarto.

tumba, y si alguna vez le secan los arrasantes vientos de la ingratitud y del olvido, vienen los ángeles del cielo á recoger las hojas caídas, para hacer de ellas polvo y esparcirle como polen fecundante de otras grandezas sobre la faz de la tierra.

En aquel hombre de pequeña estatura y suave carácter, se adunaban, elevándole y vigorizándole, la grandeza intelectual y la grandeza moral.

Hombre así, era muy apto para ejercer la crítica, no al modo, si ilustrado, severo, con que la ejerció el sapientísimo Conde de la Cortina, el solo título de cuyo periódico, «El Zurriago,» anunciaba el intento punitivo de un gran maestro respecto de los desmanes contra el gusto, la belleza y las letras; tampoco á la manera, muy culta ciertamente, pero que no dejaba de ser incisiva, de D. Manuel Peredo; ni mucho menos todavía de la manera punzante, desgarradora, con que, aun sin descender á bajezas ni á insultos, suele ejercerse en el calor de la polémica en que los periodistas se ven precisados á luchar, á las veces, con la presuntuosa ignorancia; á las veces, con la evidente mala fe. No: el señor de la Peña ejerció alta crítica en que á una irreprochable cortesía adunaba siempre una franqueza muy peculiar de su carácter y que no podía lastimar nunca. Los que le conocimos de cerca sabemos muy bien que, como todos los nobles corazones, se complacía en tener que elogiar. Hasta en poetas que han arrastrado á la musa por los suelos, solía hallar algo bueno. Se esforzaba por encontrar el bien en todas partes. Al contrario de lo que hacen críticos malévolos, él andaba, más que á caza de defectos, en busca de bellezas. Hay estudios críticos suyos que, sin faltar en nada á la verdad, son un

elogio desde el principio hasta el fin. Hay otros en que la censura se reduce al fondo filosófico ó religioso de la obra que estudia; desentendiéndose de todos los defectos de pormenor, sin dejar de señalarlos de una manera general. Su obra crítica no corre parejas por su extensión con su obra gramatical; pero sus escritos de ese género contienen gran fondo de doctrina y serán siempre lecciones de buen gusto y modelos que se deben presentar á los criticos malévolos, á los que para aplaudir ó para censurar una obra, investigan primero si la firma es de un escritor católico ó de un escritor liberal; á los que quieran profesar ese alto magisterio que, si fuera ejercido debidamente, daría no poco impulso al estudio de las bellas letras y contribuiría de una manera eficaz á la buena dirección de los talentos que, desenvolviéndose dentro de la órbita de la verdadera belleza, darían largos días de gloria á nuestra literatura nacional.

En esta materia deja también el señor de la Peña un vacío que por mucho tiempo no ha de llenarse, y se había hecho sentir desde que él abandonó por el todo la caritativa tarea de juzgar las obras de otros. La verdadera crítica entre nosotros está muerta. Tal cual ensayo, más ó menos plausible, no es bastante para revivirla; y serán siempre gravísimos obstáculos para ejercerla la falta de cortesía en los unos, la falta de tolerancia en los otros, la falta de indulgencia en éstos, la irracional soberbia en aquellos, y la falta completa del espíritu crítico en todos. Se necesitaría otro Conde de la Cortina, que viniera, como vienen las tempestades á sacudir los aires y á purificar la atmósfera, para barrer de nuestro mundo literario cuanto es indigno de pertenecerle, y

que, en pos de él apareciese un crítico eminente, en que estuviesen fundidos Peredo y de la Peña, como el uno con la risa correctora, y como el otro con la miel de la indulgencia en los labios, para que así, unidos sus esfuerzos, pudieran levantar nuestra hoy caída literatura nacional.

Inmenso vacío, el que deja el señor de la Peña, antes que todo, en nuestra Academia Mejicana, á cuya vida tanto contribuyó con su asiduidad, con su constancia, con sus sabias lecturas, con su participación en todas las discusiones; inmenso el que deja en el profesorado y en la crítica; pero, sobre todo, es de lamentarse el que deja en la sociedad de la que era una verdadera presea.

Su juventud no tuvo devaneos: se deslizó toda en el cultivo de la ciencia y pasó del seno de la honorabilísima familia en que nació, á fundar otra en que fué modelo de domésticas virtudes. Si su juventud no tuvo devaneos, tampoco su edad madura tuvo extravíos. Fué siempre el esposo fiel. A esa juventud honrada y á esa virtuosa edad madura, correspondieron los principios de la ancianidad más honorable. No manchó sus canas con el lodo de las sucias pasiones; no afrentó sus años con ninguna vergüenza. Sobre aquella modesta frente miraba la sociedad entera el resplandor de la virtud. Si la unidad de la vida, si una vida lógica, desde sus primeros albores hasta su último crepúsculo, es siempre un timbre aunque modesto de gloria, la del señor de la Peña le tuvo, pero no modesto, sino grandioso; porque su vida tuvo la unidad de la virtud inmaculada, de la honradez sin tacha; no de esa honradez que el profano mundo aplaude y es compatible, sin embargo, con las se-

cretas faltas y con las secretas vergüenzas; no, sino la honradez cristiana, la que convierte al hombre en dechado de virtudes privadas y públicas, la que hace de él un espejo, en que lo mismo se reflejan las bellezas y las galas de la tierra que los esplendores del cielo.

Esa fué la virtud del señor de la Peña. La divina ley, promulgada sobre las cumbres del Sinai, entre relámpagos y truenos, ante el pueblo de dura cerviz, le guió durante toda su vida como la misteriosa nube que de día daba sombra al israelita en medio de las arenas del desierto y, por la noche, se convertía en antorcha etérea, que le alumbraba el camino entre las sombras. El niño del Seminario, el adolescente y el joven de la Universidad, el virtuoso profesor de San Juan de Letrán y de la Escuela Nacional Preparatoria, el benévolo amigo de sus discípulos durante generaciones y generaciones, el académico por todos sus colegas querido y respetado, no fué sino el mismo hombre, en que resplandecieron las mismas virtudes, en todas las edades, como si Dios hubiera puesto en él un sello de predestinación.

Por todo eso, hemos venido á honrar su memoria; y el empeño difícilísimo de pronunciar un elogio se ha tornado para mí, respecto de él, en la fácil tarea de copiar en breves rasgos su figura intelectual y moral.

Hombres como el señor de la Peña son verdaderos vasos de perfume. Cuando la muerte rompe el vaso, el perfume satura los vientos é impregna la atmósfera de duradera fragancia. La vida de hombres así queda escrita en una página que es siempre lección para la humanidad.

Recojámosla, señores. Recójala la juventud que, en los albores de la vida, llamada está por su futuro des-

tino á reemplazar á los que en la sucesión de las generaciones ya vuelven la espalda al mundo, para entrar en las misteriosas regiones de la eternidad; de la eternidad, señores, que nos espera y pronto, porque los que ya doblamos la cumbre de la vida, nos encontramos cerca, muy cerca del sepulcro.

Al aproximarnos á él, ¡cómo deseáramos que de nosotros pudiera decirse cuanto del señor de la Peña he podido decir en esta noche! Los que creemos como creyó él; los que esperamos como él esperó, quisiéramos que un acento de ultratumba resonara sobre los aires y con materiales voces nos dijera á todos el secreto de lo que hay más allá; y abrasados por este deseo, exclamamos con un gran poeta, en versos que han de pasar á la posteridad:

«¡Voz del sepulcro! sal, robusta y fuerte,
 «anima tu sarcófago vacío;
 «habla al vano filósofo y le advierte
 «que hay algo grande en tu recinto frío:
 «lo infinito cubierto con un velo,
 «la luz, la paz, la inmensidad del cielo!» (17)

17. Estos versos son de una elegía del poeta oajaqueño D. José Blas Santaella. Hállanse en la página 127 del tomo II de sus «Poesías» impresas en Oajaca, en 1880.

E L E G I A

A LA MEMORIA DEL MAESTRO DON RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.

De mis obscuras soledades vengo
y tornaré á mis tristes soledades
á brega altiva, tras camino luengo;

que me allego tan sólo á las ciudades
con vacilante planta y errabunda,
del tiempo antiguo á refrescar saudades.

Yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los montes ignorada,
que el sol calcina y el turbión inunda.

Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mí mismo,
vengo de la región más apartada;

y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.

Surten de allá tan lejos los raudales
de un río, en cuya límpida corriente
inundasteis las testas inmortales.

Al labio virginal de aquella fuente
vuestras palmas, al viento, de callada,
susurran blanda y amorosamente

y el susurrar semeja á la cascada,
al caer sobre el oro de la arena,
diálogos de Teresa y de Granada.

Diálogos en la noche más serena
del tiempo, interminable y luminosa,
de augusta paz y de misterios llena,

en que el genio beatífico reposa
á la luz de los campos siderales,
de azul teñidos, y de nieve, y rosa;

trono para cubrir los pedestales
que el cincel de los siglos ha labrado
al alma de los muertos inmortales. . . .

De otros, que fueron ya, se encuentra al lado,
ardiendo en fe y en caridad y ciencia
y al bien y á la verdad aparejado,

como cuando cruzó por la existencia,
—llama en vaso humildísimo, que ahora
trasciende aún cual ánfora de esencia—

el varón de cabeza pensadora
y penetrante ingenio soberano,
que el paso de los tiempos avalora.

Empuñó libro y lábaro su mano:
creyente, sabio, artista. Fué en la vida
esteta heleno y gladiador cristiano.

En su alba cabellera florecida
fulguraban los últimos reflejos
con que acompaña el sol su despedida,

y vienen de muy lejos, de muy lejos,
las cimas á alumbrar donde perdura
el triste glauco de los bosques viejos.

Se destaca su pálida figura
sobre el marco social enrojecido,
como un jirón de agonizante albura.

De ardiente laureola circuído,
en poridad le revelaba el verbo
sus profundos misterios al oído.

Siempre dominador y nunca siervo
del lenguaje, probó pacientemente
los dulces goces del trabajo acerbo.

Fué el varón fortunado de alta frente
nunca sentado en la manchada silla
de pecadora ni mentida gente;

que crece en altivez cuando se humilla,
incrustando con ánimo sereno,
la frente en Dios y en tierra la rodilla,

y desprecia el relámpago y el trueno
con la inefable dicha de ser sabio
y el orgullo sagrado de ser bueno

Ante él calló la envidia y el agravio,
y en la mundana y dolorosa guerra
no queja alguna murmuró su labio;

y al fin en el Amor los ojos cierra:
pues ¿dónde más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?

Duerme y sueña, señor: tu cuerpo inerte,
cuando del sueño augusto en que reposa
á la inmortal resurrección despierte,

verá que se yergue, al lado de su fosa,
de héroes, santos y reyes gestadores
la no muerta falange luminosa.

Coronistas, poetas y doctores
 departirán contigo en la divina
 fabla, de que sois únicos señores. . . .

¡Oh romance inmortal! Sangre latina
 tus venas abrasó con fuego ardiente
 que transfundió en la historia y la ilumina

y nunca morirá, mientras aliente
 un cerebro que piense en lo que vuela
 y un corazón que sufre en lo que siente.

.....

¡Cuánto envidio á los muertos cuya estela
 marca en los mares el camino luengo
 que dejara su nave de áurea vela!

Y con estas envidias que yo tengo,
 abandono el rumor de las ciudades.
 De mis desiertas soledades vengo
 y torno á mis obscuras soledades

MANUEL JOSÉ OTHON.

Méjico, 24 de Octubre de 1906.

DISCURSO
DEL
SEÑOR CANONIGO DON FRANCISCO DE P. LABASTIDA
EN HONOR DE
DON RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA ¹

Señores:

Siempre fué costumbre pía y laudable renovar la memoria de los que fueron, depositando frescas y galanas flores en sus tumbas, cual si diera á entenderse que si la muerte nos arrebató implacable á seres por cualquier título caros, no ha sido poderosa á cortar los lazos de afecto que con ellos nos unían. Este cariñoso tributo de la amistad ó del amor parece más delicado y expresivo, si las flores esparcidas se piden al mismo jardín que afanoso cultivaba el que duerme el ya postrer sueño; porque durando aún la vida de los seres que la debían á su cuidado, como se sobrevive todavía en el impulso que

1. Encomendado este trabajo filológico por la Academia Mejicana de la Lengua, al señor académico de número, canónigo Don Francisco de P. Labastida, no pudo su autor darle lectura en la ocasión para que el trabajo estaba destinado; pero la Academia lo inserta en el presente tomo de sus *Memorias*, como justo homenaje á dos esclarecidos miembros suyos ya fenecidos.

dió á cuanto le rodeaba, como que todavía recoge el fruto de los últimos esfuerzos de su actividad.

Paréceme que entonces las fúnebres guirnaldas con que se adorna el lecho del descanso postrimero, semejan á aquellas viudas que nos dice la historia de los pueblos orientales, van á consumir de tristeza, en obsequio de su natural señor, la gallardía de sus corolas, la lozania de sus pétalos y el tenue perfume de su cáliz. ¡Pobre y efímero homenaje de un día, á la mañana lleno de hermosura, mustio y deshojado al triste atardecer!

Por dicha nuestra en las esferas del pensamiento y de la idea podemos entretejer coronas de siemprevivas inmortales, que no marchita el cierzo helado del olvido y que perduran cuanto viva la lengua en que se escriben; porque la gloria que alcanzan los ingenios y la fama y renombre que conquistan el talento y la virtud, no son de un siglo, sino de toda la vida de la patria; no pertenecen á una generación, sino á la humanidad entera.

Por eso al traer hoy á este concurso mi modesto hacecillo de laurel para honrar la memoria del reputado maestro D. Rafael Angel de la Peña, Secretario Perpetuo de la Academia Mejicana y correspondiente extranjero de la Real Española, he procurado espigar en los campos que en el discurso de su carrera literaria labró con incansable asiduidad, para ofrecerle, si pobre y rústica láurea, entrelazada á lo menos con las mismas espigas de que allegó parva copiosa, y cuya cultura fué delicia de su vida.

A ser más mirado, no debiera haber emprendido tarea tan ardua para mis flacas fuerzas, pero me ha dado arresto para acometerla, no sólo el que vosotros me hayáis dispensado la honra de encomendarme el panegi-

rico de nuestro insigne filólogo y egregio hablante, sino el cumplir con imperioso y para mí dulce deber de gratitud con el que fué mi maestro, mi amigo y mi guía experto en mis aficiones lingüísticas y literarias. De sus labios escuché en las aulas las lecciones que despertaron en mí el gusto por los estudios gramaticales y me hicieron saborear los primores de locución de nuestros clásicos; á sus eruditas explicaciones debí el conocimiento de las reconditeces y giros peregrinos que dan á nuestra lengua tanta donosura y bizarría, y al lado de él y en compañía suya procuré sondear las tenuísimas y arcanas relaciones que ligan al pensamiento y la palabra.

Bebíamos en las mismas fuentes lingüísticas y filológicas, estudiábamos los mismos libros: no era por tanto maravilla que las más de las veces coincidiese yo con él en los resultados de nuestras lucubraciones.

Perdonad, señores, que mi reconocimiento se haya tomado la licencia de proferir ante vosotros estos desahogos afectuosos; pero antes he querido que me sindicaseis de impertinente que de ingrato.

Apenas recibido el diploma académico, conoció el señor Peña la amplitud de la empresa á cuya colaboración se le llamaba; y en su discurso de recepción, después de aflagranado exordio en que lucen preseas de clásicos giros y castiza locución, presenta como sujeto de su estudio los elementos constantes y variables de la lengua castellana.

Aunque es obvio que la palabra no es más que la expresión del pensamiento, se ha llegado á poner en olvido su servil condición de puro instrumento, y no falta quien pretenda estudiar y cultivar las lenguas con casi total in-

dependencia de la ideología. No es fácil ni hacedero desentenderse de que el lenguaje, así en su clasificación, como en su estructura, y aun en su representación gráfica, está fundado en la realidad misma de las cosas. Porque las hay en el mundo material y aun en el de las ideas, habrá siempre *nombres* para designarlas y poder hablar de ellas; porque estas cosas tienen siempre un conjunto de cualidades más ó menos variables, habrá *adjetivos* para expresarlas, porque es indispensable distinguir en la conversación al que habla del que escucha y del asunto de que tratan, será forzoso que haya *pronombres*; porque al formar juicios de las cosas les atribuímos estados, acciones, etc., es necesarios que haya *verbos* que los expresen; mas como estos estados ó acciones no son de ordinario permanentes, tiénese que anunciar también el tiempo á que se refiere nuestro juicio, tomando casi siempre por punto de comparación el momento de hablar; y porque finalmente, en un raciocinio se suceden los juicios y entrelazan, habrá partículas conexivas que expresen diversas relaciones. En todas partes se encontrarán éstas de causa y efecto, de antecedente y consecuente, de simple sucesión, de coexistencia, de lugar, tiempo, cantidad, posesión, provecho ó daño, instrumento, materia, fin, etc.; y cuanto mayor sea el número de modos que posea para expresar estas relaciones, la lengua será tanto más perfecta, y su sintaxis se moverá con menos trabas y mayor desenfado y elegancia.

Se ve, desde luego, que dondequiera que se hable lengua humana y se formule su gramática, ha de conservarse la clasificación lexigráfica; y que un idioma será indicio de más alta civilización, cuanto más dilatado

sea su léxico y más libre y desembarazada su sintaxis. Un pueblo que ha observado poco, que ha pensado poco y que tiene pocas necesidades, tendrá una lengua pobre, donde faltarán las palabras que expresen las abstracciones, las generalizaciones, las ideas más elevadas, que dan á conocer la cultura de la inteligencia humana. Mientras que otro que ha pensado mucho y que ha progresado en las ciencias prácticas y de especulación, dispondrá de un vocabulario abundantísimo, pues no sólo expresará las ideas de las cosas en lo que éstas tienen de aparente, sino que, examinadas y analizadas, descubrirá diferencias imperceptibles para el vulgo, y se arbitrará medios para dejarlas consignadas. Habiendo así varias ideas que tienen un fondo común y que se diferencian sólo en circunstancias ó accidentes, la lengua tendrá que disponer de medios para manifestarlo; y de hecho así sucede en la nuestra, en que hay generaciones enteras de palabras, las cuales conservan el aire de familia en la raíz, que es la idea fundamental, y toman su individual fisonomía de las terminaciones, desinencias ó flexiones.

De todo esto da cuenta el estudio del señor de la Peña con estilo limpio y castizo, y acopio de conocimientos insólitos entre nosotros, los cuales dejan ver bien á las claras su erudición filológica y filosófica. La historia de la lengua y de la política de España, la lingüística, la filología, las cuestiones ideológicas, todo lo trata con el despejo del que está familiarizado con esas altas disquisiciones y tiene reconocidas y registradas una y otra vez las obras de los maestros más insignes que las han enseñado.

Comienza por estudiar los prefijos, y después las rai-

ces y temas radicales, deteniéndose un tanto en sus variaciones fonéticas; pero, meticoloso en extremo, no llega tan adelante como pudiera, quizá por no retirar demasiado el final de su discurso. Un poco más se extiende en el examen de las terminaciones, tocando como de paso la sinonimia de los vocablos, el neologismo y las condiciones necesarias para legitimarlo, los galicismos, las causas de arcaísmo, las definiciones que fijan el significado técnico y vulgar de las voces, y concluye por censurar, con aquella urbanidad y mesura que bien le conocisteis, el desatinado afán de aumentar, con dicciones y giros innecesarios, el caudal de nuestra lengua, advirtiéndole con su genial probidad «que la verdadera riqueza no ha de consistir en la abundancia de bienes ajenos ó mal adquiridos, sino en la de los propios y honradamente ganados.»

Y porque nadie fuera á pensar que soñaba en dejar el idioma castellano como cristalizado en el apogeo de su edad de oro ó de la nuestra, dice que: «fijarlo y conservarlo no es detener su marcha gloriosa obligándolo á permanecer estadizo en medio del movimiento general; quien tal hiciera, privaría á las ciencias de su poderoso auxilio, á la poesía de sus más dulces acentos; de su frase rotunda, armoniosa al par que enérgica, á la oratoria; y para decirlo de una vez, desnudaría el pensamiento del ropaje más rico y mejor acabado con que puede ataviarse en los tiempos modernos.»

Afanoso por llenar cumplidamente los compromisos pactados con la Real Academia Española, lleva á la práctica lo que ya había anunciado en su discurso de recepción, y da muestra gallarda de cómo debe estudiarse el significado de una palabra para llegar á la definición que

debe constar de ella en el Diccionario de la lengua vulgar. Con ahincado empeño estudia las locuciones *a priori* y *a posteriori*, y con tan puntual y dilatado análisis confronta las opiniones de las varias escuelas filosóficas, desde la peripatética hasta la positivista, para llegar por fin á una definición que exprese aquello en que todas convienen, sin que ninguna pueda reclamarla como suya ó desestimarla como ajena, y sin pretender tampoco la fusión imposible de la idealista que defiende las ideas innatas y los arquetipos, y la sensualista, que cobra á todas nuestras ideas el portazgo de los sentidos.

Comenzaba á descollar en aquellos días uno de los talentos mejor cultivados de la Escuela Preparatoria, y con el ardimiento propio de los pocos años y del que se considera en posesión de la verdad, atacó impetuosamente la definición propuesta por el señor de la Peña, tildándola de redundante y además inexacta. No tardó en publicarse la defensa, en la cual con serenidad y cortesía, no vulgares, pero sí esperadas, fundó el propugante su tesis, aduciendo razones filosóficas no indignas del que por varios años había regentado con aplauso y lucimiento la cátedra de filosofía en nuestro Seminario Conciliar. Presenta con meridiana claridad las diferencias entre los criterios de evidencia inmediata y sentido íntimo, llevando el cotejo hasta sus confines más retirados; pero siempre desconfiado de sí mismo y estimándose muy para poco, dice: «La victoria que sobre mí alcanzaran razonamientos contrarios á los míos, no deslustraría un nombre que ya no puede ser más obscuro de lo que es; pero, aun cuando así sucediera, en las nobles lides de la inteligencia, quien sinceramente ama la verdad, todo debe sacrificarlo en sus aras, hasta

la reputación literaria y científica, y al concluir su disertación: «Muy lejos he estado de pretender que otros sigan mis banderas, volviendo la espalda á las ya juradas: pues bien sé que flacas son mis fuerzas para descuajar ajenas convicciones, mayormente si son profundas y arraigadas de muy antiguo.»

Así se producía no sólo en este discurso; no hay uno de los suyos en que deje de confesar su insuficiencia, los defectos de sus trabajos ó el temor de no haber dado en el hito de alguna abstrusa dificultad gramatical ú ontológica. Y no creáis que fuesen tan sólo artificios retóricos; yo que le tenía conocido intimamente me sé muy bien que eran sinceras expresiones de su recta y delicada conciencia. Pero ¿había por ventura que esperar otra cosa de quien ha explorado los horizontes inmensurables del saber humano y adquirido el convencimiento de que la verdadera sabiduría consiste en conocer cuánto se ignora y qué poco se ha alcanzado á conquistar? Y es que la presunción y la soberbia son microscopios de gran poder amplificador que agrandan desmesuradamente los objetos; pero con campo de visión tan recogido, que llena por completo con el Yo, no se acierta á distinguir que no es el objeto el grande sino su aérea imagen solamente. La verdadera sabiduría al contrario es el telescopio de alcance excepcional, cuyo campo de visión es el universo entero; y adonde quiera que se dirija nos pone frente á frente de lo desconocido y de lo infinito, con sus inabordables lindes, para apagar nuestra desmandada curiosidad y humillar nuestro orgullo y altivez.

Pero volvamos á las disertaciones académicas del se-

ñor Peña, y dejemos su turno á los oficios ideológicos gramaticales del verbo castellano.

Después de afianzar en un exordio tan bien pensado como escrito que la palabra es la manifestación de nuestras ideas y de nuestros afectos, y que su análisis nos conduce á graves cuestiones, ya ideológicas, ya psicológicas; y cómo su estudio se enlaza estrechamente á las especulaciones del filósofo, con las investigaciones del sabio y con las pesquisas del historiador, entra de lleno en el estudio de su asunto.

Desmenuza el verbo, separa sus elementos formativos y muestra, conforme á las doctrinas de los más reputados filólogos, Horne, Tocke, Max-Muller, Bopp, Guardia y Wierzeiski, que la raíz y el tema radical, el elemento temporal y el personal, tienen sus representantes en nuestra conjugación castellana. Con erudición hasta entonces no conocida entre nosotros, expone la morfología de nuestros verbos, y si en nuestros días le aventajan en amplitud de pormenores Lanchetas, Torres, Commelerán y algún otro, quizá por las noticias históricas de la lengua que han podido haber á la mano y colegir de las escrituras, códigos, fueros y documentos de anteriores siglos; á la doctrina morfológica, con estar tan abreviada, nada hay substancial que añadirle ó reformarle.

Con análisis profundo escudriña hasta los más escondidos secretos de modismos y giros no bien aplicado-hasta entonces, discute las opiniones de los que consideran el verbo en infinitivo como un puro sustantivo y de los que le adjudican los oficios de verdadero verbo; y tomando un temperamento entre ambas, se arrima al parecer de Don José Rufino Cuervo, quien asegura que no

puede colocarse definitivamente ni con los substantivos ni con los verbos. Aceptado este concepto del infinitivo, lo descarta del número de los modos de la conjugación castellana, que reduce únicamente á los personales.

Dicho sea con el respeto que el discípulo debe á su maestro, no parece admisible esta manera de clasificación. El mismo insigne filólogo Cuervo ha discutido muy por menor las razones aducidas por Bello (que son las mismas del señor Peña), y lo único que puedo yo inferir lógicamente es que en diversas ocasiones el infinitivo ejerce oficios de nombre; pero no que lo es real y propiamente. Yo tengo para mí que el infinitivo con sus tiempos presente, pretérito y futuro sirve en nuestra lengua para formar los sujetos y complementos con oraciones enteras; porque no sólo las cosas, y por consiguiente los nombres con que las expresamos, pueden ser sujeto ú objeto de alguna de tantas relaciones con el verbo; pueden serlo también los juicios, las voliciones, los acontecimientos, los hechos; y como todo esto hay que expresarlo por medio de oraciones, éstas tendrán que servir de sujeto ó complemento, directo, indirecto, circunstancial, final, causal, etc., y entonces entra el infinitivo á desempeñar sus funciones gramaticales.

Al estudiar los verbos que se construyen con la partícula *se*, de lleno afirma que ésta es pronombre indeterminado, el cual sirve de sujeto á las oraciones impersonales. Esta manera de analizar esas frases simplifica en extremo las reglas para el uso correcto del verbo y establece un criterio seguro para usarlo en singular ó plural. No sucede lo mismo cuando el *se* pertenece á una oración de pasiva; el análisis que hace me parece *demasiado ingenioso para salir verdadero*, cuando afir-

ma que la partícula *se* de nuestra pasiva, es la misma que sirvió para formar la primitiva pasiva latina. Me llevaría demasiado lejos de mi propósito detenerme á discutir esta opinión; pero bástame decir que, aun admitida sin réplica, queda siempre la incógnita: no se sabe qué es dicha partícula en nuestro idioma. Por fin, después de largo y laborioso análisis, llega á formular su definición de verbo. Confieso ingenuamente que, para quien no está acostumbrado á estudios ideológicos, ha de parecer obscura y casi ininteligible; pero no creo que deba culparse al señor de la Peña, sino al objeto definido, que tiene que buscarse en las altas regiones metafísicas, adonde no puede encumbrar inopinadamente toda inteligencia, sin estudios técnicos ni previa preparación. Por lo demás, posee, á mi juicio, las calidades de una definición, y encierra en breve concepto el género próximo del verbo y su diferencia específica.

Una de las delicadezas de nuestra lengua, común por cierto en los idiomas de esta época, es el poseer artículos para señalar qué debemos considerar en el nombre á que se juntan.

Tan importante es la presencia del artículo en las lenguas, que el sabio cardenal Wisseman, muy versado en estudios lingüísticos, llega á afirmar que no sería dable concebir la filosofía alemana del «Yo» al que poseyese solamente un idioma, privado, como el latín, del artículo definido. Sea de ello lo que fuere, la verdad es que el artículo es un precioso recurso para conocer á primera vista si en el nombre ha de considerarse la extensión ó la comprensión, y por consiguiente, si el término es denotativo ó connotativo.

Para conocer el grado de extensión de éstos en las

proposiciones, el peripato y la escolástica habían consignado reglas que fijaban cuándo el sujeto y el atributo ó predicado debían tomarse en toda su extensión ó en parte solamente; nosotros por la simple enunciación del término sabemos si quiere tomarse en cuenta su denotación ó su connotación.

Si el nombre va precedido de artículos nos referimos á los individuos que pertenecen á la clase; si se omite el artículo nos referimos á la connotación ó á los atributos cuyo conjunto constituye el género ó la especie. Y aún hay más finura y nimiedad. . . ; si consideramos á toda la clase con universalidad moral y no matemática, esto es, si tomamos el nombre en toda su extensión, tenemos el artículo definido ó indicativo; si sólo tenemos á la vista la menor parte de la extensión, el artículo genérico ó indefinido. Como la menor parte de la extensión es la individualidad, puede el artículo indeterminado referirse á un individuo cualquiera de la clase, y entonces, con carácter distributivo, se aplica igualmente á toda ella; mas como el artículo definido sirve para señalar también toda la clase, aunque en sentido genérico, habrá locuciones en que se pueda indistintamente emplear uno ú otro artículo, sin alteración del sentido.

Lo mismo será decir, *el hombre es racional, los hombres son racionales, un hombre es racional*; pues en todos estos casos siempre podemos afirmar que *cualquier* hombre es racional. En «Angela canta como el ruiseñor,» entendemos el nombre ruiseñor, en toda su extensión de genérico; esto es: como cualquiera ruiseñor.

En «Angela canta como *un* ruiseñor,» tomamos el nombre *ruiseñor* en la menor parte de su extensión que es la unidad, pero distributivamente, es decir, como

cualquiera *ruiseñor*. En «Angela canta como rruiseñor,» no consideramos la denotación de la palabra *ruiseñor*, sino los atributos que connota, en relación con el canto, y aseveramos que todos ellos los posee Angela. Ya se ve con claridad por qué son equivalentes las tres expresiones.

No es nueva del todo esta doctrina que confiere al artículo dichos oficios; Giró y Roma entre los gramáticos españoles y Laveaux entre los franceses, la habían ya formulado; pero ninguno la estudió tan pormenorizadamente como nuestro hablista, examinando caso por caso los diferentes usos de esa parte de la oración. Las oportunas digresiones con que esclarece algunos conceptos lógicos, la firmeza y claridad con que desvanece opiniones erróneas, divergentes de la suya y sustentadas algunas por afamados preceptistas, y la seguridad de las reglas que asienta para el correcto uso de esta partícula, dan á su monografía un valor sin igual, para los maestros de la lengua muy principalmente y para los amantes de profundizar y conocer su índole.

Otras de las dificultades que han atormentado á los gramáticos es la clasificación y uso del gerundio. Quiénes lo consideran como voz verbal del infinitivo, quiénes como participio, unos le dan el carácter adjetivo, otros adverbial y aun conjuntivo.

Punto de nuestra gramática tan poco explicado por los tratadistas, ha merecido, sin embargo, particulares estudios de Bello, Caro, Cuervo y nuestro profundo gramático Peña. Pero, fuerza es decirlo, la multiplicidad de reglas deja barruntar que no se ha acertado todavía á deslindar bien sus oficios gramaticales. ¿Por qué unas veces significa concomitancia y otras inmediata antela-

ción? ¿Por qué puede usarse como absoluto ó como dependiente de otra oración? ¿Por qué tiene valor de condición, de medio, causa, oposición, etc., y cuándo puede usarse en cada uno de estos sentidos? Si no me engaño, así como el infinitivo, solo ó con sus regímenes, sirve para formular expresiones sustantivas, que pueden ser sujetos ó complementos de una oración, el gerundio, solo también ó con sus regímenes, sirve para expresiones modificativas que pueden referirse así al nombre como al verbo. No obstante la dificultad del asunto, el tratado del gerundio del señor de la Peña aventaja á sus congéneres, en la claridad, en la abundancia de giros y significados que examina, y en atinadas observaciones acerca del uso de esta parte de la oración.

Advierte desde luego que la diferencia propia del gerundio que lo distingue del infinitivo, del participio presente y del adjetivo, es expresar hechos transitorios y no permanentes.

En mi humilde sentir, ésta es la característica del gerundio; porque si se emplea para significar que un hecho, un fenómeno, una volición ó un sentimiento sirven ocasionalmente como adjetivos para calificar ó determinar á un nombre, ó como adverbios para modificar á un verbo, claro es que el hecho, la volición, el sentimiento, etc., meramente accidentales ó transitorios, no pueden pertenecer á la esencia de la cosa, porque las exigiría ésta siempre, ni á la connotación del verbo, que por fuerza ha de ser fija y no oscilante.

Decir que el gerundio expresa la significación del verbo de manera transitoria, no es afirmar que sea instantánea; puede durar un lapso de tiempo más ó menos largo sin que por eso deje de ser accidental la modifica-

ción. Bien aclarado este concepto, sirve de seguro norte para el manejo acertado de esta voz.

Establecido ya el punto de vista en que se coloca, el señor Peña comienza á estudiar menudamente los usos correctos ó incorrectos, y con acopio de ejemplos y autoridades, de escritores antiguos y modernos, nacionales y peninsulares, comprueba la exactitud de sus reglas.

No han quedado sin embargo, muy en claro, todas las dificultades que se ofrecen sobre este punto, ya porque el uso parece en ocasiones indeciso, ya por los diferentes sentidos que pueden admitir algunas locuciones, ya finalmente por falta de mejor clasificación y división. Quizá desde otro punto de vista las conclusiones habrían sido en menor número, pero más prácticas y fructuosas.

Y no creáis por esto, señores, que desestimo como insubstancial y baladí el estudio de señor de la Peña, antes lo reputo como el más rico y completo que hasta aquí se haya dado á la estampa; pero hubiera querido hallarle tan acabado (como todo lo suyo) que no consintiese ya enmiendas y adiciones.

Si los estudios examinados hasta aquí ponen fuera de duda la diligente laboriosidad de nuestro académico, el que versa sobre los relativos, *que*, *cual*, *quien* y *cuyo*, sobrepuja á todos por el recuento casi completo que presenta de sus varios usos. Podrá decirse que agotó la materia, poniendo á la vista cuanto se ha escrito sobre ella, y más todavía de sus propios fondos.

El *que* relativo, ora especificativo, ora explicativo, el anunciativo, el conjuntivo, el simplemente expletivo, el pleonástico, el ponderativo, el indefinido, ó sustantivo, ninguno se esconde á su penetrante análisis, y todos los interpreta y explica airosamente, amparándose siem-

pre de respetables autoridades literarias y gramaticales. Otro tanto podemos afirmar de *cual* y *quien*; pero donde se advierte más originalidad es en el estudio del relativo posesivo *cuyo*.

Después de considerar su etimología y deducir de allí su uso legitimo, defiende ante el tribunal de la ideología y de la práctica de clásicos escritores, muchos usos condenados, quizá con demasiado rigor, porque no aparece en ellos la idea de posesión. Observa juiciosamente que el genitivo expresa relaciones muy variadas y no únicamente la de propiedad, y que siendo *cuyo*, genitivo, puede muy bien denotar, además de la pertenencia, otras relaciones propias de este caso. Al efecto examina una por una, y apoyado en ejemplos escogidos así de antiguos como de modernos hablistas, absuelve de la censura de incorrección muchas locuciones tachadas de impropiedad y bastardía.

Es interesante no menos que curioso observar (lo que con otro motivo ya dijeron Stewart, Cuervo y Lanchetas) cómo en este vocablo el significado de posesión, que etimológicamente le corresponde, se ha ido descolorando y desvaneciendo en las diversas especies de genitivos, hasta que en los de oposición completamente desaparece, de suerte que si *cuyo* ha de recibir el significado propio de tales genitivos, sólo desempeñará en este caso el oficio de puro relativo. El uso de correctos escritores antiguos y modernos, descubre la tendencia de la lengua, á privarlo en algunos casos del carácter de posesivo: opinión autorizada ya con los respetables nombres de Caro y Cuervo.

Quisiera traer á la memoria los discursos sobre la definición de Gramática, el uso de algunos tratamientos y

otras piezas, de gran trascendencia y significado en su fondo filológico, si me lo permitiera su extensión; pero mejor prefiero hablaros, siquiera de paso y como arrebatadamente, de la obra que contiene el resumen de todas las disquisiciones y desvelos de nuestro académico.

Conténtase el artesano con saber empíricamente las reglas de su arte sin inquietarse de los fundamentos racionales de ellas; no así el científico que las considera como meros corolarios de los principios de la ciencia. Asimismo acontece en los estudios gramaticales; porque como la Gramática nos prescribe las reglas del bien decir, hay artesanos de la palabra que empíricamente hablan bien, sin preocuparse de los fundamentos de las reglas; pero hay también científicos que inquietan cuidadosamente el por qué de ellas, y no las consideran legítimas sino cuando las encuentran conformes con las leyes del pensamiento, ó motivadas por las exigencias fisiológicas de los órganos de la voz, ó de la cadencia y ritmo musical del habla. Para los primeros basta un Código de leyes á que debe sujetarse la expresión correcta; los otros han menester pedir á la ideología, á la lingüística, á la fonética, á la acústica la razón científica de ellas,

El señor de la Peña pertenece á este segundo grupo, pues no se ha contentado con formular reglas para bien hablar, sino que ha ido á inquirir de las ciencias comarcanas las causas de las evoluciones del lenguaje.

No se crea por esto que, extremando el idealismo, rompa con el uso canonizado por los doctos; antes en sus estudios deja parte muy amplia á la autoridad de los escritores clásicos y no hay doctrina que no presente apoyada con varios pasajes de sus obras. Ayudado de la razón y del uso de los buenos hablistas ha escrito

la Gramática, con abundancia tal de doctrina, que no creo engañarme aseverando que no hay al presente ninguna otra que la aventaje. Y porque no estiméis hiperbólico mi encomio, voy á hacer breve cotejo con las gramáticas publicadas hasta ahora.

Salvá y Bello, en la primera mitad del siglo poco ha fenecido, fueron de los primeros en consultar el uso de los más respetados literatos desde la edad de oro de la lengua y quizá desde su cuna, hasta fines del décimo octavo siglo: desde Mariana, Cervantes y Granada hasta Jovellanos; y á su ejemplo se debe autorizar las reglas con citas de los clásicos.

Peña no sólo ha quedado en el autor de la Ley Agraria, sino que ha leído y meditado á los hablistas posteriores, desde Martínez de la Rosa y Donoso Cortés hasta Valera y Pidal. Aprovechando las enseñanzas de todos los gramáticos anteriores á él, las ha discutido, aquilatado y mejorado con nuevas observaciones y más altos puntos de vista. Ni Martínez López, ni Flores, ni Avendaño, ni Salazar, ni Salleras, ni otros posteriores á éstos le exceden en doctrina, ni en novedad de método.

Siguiendo la división clásica, considera aisladamente las partes de la oración con sus diversos accidentes gramaticales, y hace de todas ellas un estudio más minucioso seguramente que los hasta hoy conocidos. Al terminar esta primera parte hace un breve resumen de morfología para «dar noticia de los elementos constitutivos de las palabras y de los procedimientos según los cuales se forman y transforman.» Examina después en otra separada la manera de combinar y enlazar estos elementos, agotando cuanto se ha dicho hasta ahora sobre la materia. Presenta en seguida sumariamente, pe-

ro bastante completa sin embargo, la Fonología, que divide en Ortología y Prosodia, y reúne en pocas páginas cuanto de mejor y más comprobado se ha escrito sobre ello; concluyendo también con la Ortografía.

Mientras que Bello estudia la Analogía, y mezcla á veces con ella la Sintaxis, ó según sentir más riguroso no tiene Sintaxis propiamente dicha, ni Ortología, ni Prosodia, ni Ortografía; Peña abarca en su libro cuanto puede saberse hoy de Gramática castellana, conforme á las últimas decisiones de las ciencias auxiliares de ella. Es verdad que Bello publicó un precioso tratado de Ortología y Métrica á la altura de la reputación de tan acreditado filólogo, pero corre separado, y no acompaña como parte integrante, á su Gramática.

El P. Torres publicó en España una excelente Gramática histórico-comparada de la lengua castellana, pero todo queda reducido á la fonética, á la morfología y etimología; mas ni una palabra de Sintaxis. El señor Méndez Pidal ha escrito también conforme al mismo plan, pero con las mismas deficiencias, pues apenas comprende la fonética y la morfología. En resumen, puede en estas gramáticas aprenderse la historia y vicisitudes de las letras y de los elementos formativos de las palabras, las leyes inconscientes que han presidido á estas transformaciones, y nada más. Pero como una lengua está constituida muy principalmente, no por estos elementos disgregados é informes, sino por su combinación y enlace para expresar el pensamiento y como su vehículo de comunicación, quien no conozca la Sintaxis de esa lengua, sus modismos, sus giros propios, sus idiotismos, no la conoce en realidad ni la puede emplear para comunicarse, ni entenderá sus monumentos literarios.

Después de estudiar las gramáticas de Torres y Méndez, ni el español ni el extranjero podrán formar una oración, ni un período, ni un discurso castellano, ni mucho menos entender ni admirar las elegancias de nuestros prosistas y los primores y bellezas de nuestros poetas. No así con la Gramática de Peña. Quien la haya estudiado ó la tenga á la mano, podrá desatar cualquiera dificultad y tendrá un tesoro de modos de expresión castizos y elegantes.

Como Gramática general de la lengua castellana, en mi humilde juicio, descuella entre las conocidas hasta aquí como la más completa, mejor documentada y más rica en enseñanza. Y si el *gramático es*, como dijo nuestro académico, *el cronista de la lengua y ha de ceñirse á presentarla tal como es en el momento en que se estudia*; ha desempeñado cumplidamente su oficio, pues en su libro se ofrece el idioma castellano como lo han hablado y hablan ahora los más afamados escritores; y por eso siempre será una obra de consulta para quien desee conocer en materia de lenguaje el uso genuino propio de nuestra época.

A esta improba labor, ingrata y deslucida, consagró el señor Peña sus ocios y vigiliass y en ella consumió su vida entera. Para darle cima no dejó por estudiar autor, escritor y publicación que pudiera ilustrarlo. Cuanto sobre la materia había visto la luz hasta su tiempo, le era familiar. Dozy y Engelman, Bopp, Diez, Max-Muller Breal, Pot, Antoine, Madbig, Guardia y Wierseiski entre los extranjeros; Nebrija, Aldrete, Valdés (ó quien fuera el autor del diálogo de la lengua,) Garcés, Capmany, Monlau, Baralt y todos los gramáticos españoles, peninsulares y americanos; Caro, el incomparable Cuervo,

Benot, Viñaza, Ríos, Araujo, Godoy, Cejador, Lanchetas, Menéndez, todos le son conocidos y de todos ha espigado para sus trabajos filológicos.

Humanista distinguido, escritor atildado, castizo hablista, filólogo y gramático profundo, mereció elogios de Tamayo y Baus, Núñez de Arce, Menéndez y Pelayo, Caro, y del príncipe de los filólogos americanos, D. Rufino José Cuervo, con quien afectuosamente se correspondía.

En el inimitable monumento que lleva por título Diccionario de régimen y construcción de la lengua castellana, entre los nombres de escritores clásicos que se aducen como autoridades en materia de lenguaje, al lado de Cervantes y Mariana, de los Luises y Solís, de Cortés y de Quintana, de Menéndez y Valera, está inscrito el de Don Rafael Angel de la Peña, circundado con ellos de un mismo esplendor de gloria y de inmortalidad. ¡Justo tributo al mérito conspicuo de nuestro compatriota, y tanto más valioso cuanto más espontáneo y desinteresado!

Así lo ha de haber presentido la Academia Mejicana cuando lo llamó á su seno como su lingüista y filólogo consultor y le nombró su secretario perpetuo. No de otra manera juzgaría la Real Española al condecorarlo con el diploma de correspondiente suyo extranjero; y por eso, seguramente la Escuela Nacional Preparatoria se ha ufano de contarle entre sus fundadores y maestros.

Aunque sea condición de cuanto acaece en el tiempo llegar por fin á un término, la existencia del sabio no es un relámpago que brilla surcando el horizonte para dejar en pos negra tiniebla; es almo sol que desde el orto hasta el ocaso derrama luz á torrentes para dar ca-

lor al cielo y la montaña, al verde soto y cristalino lago; que difunde calor y vida en la naturaleza, lo mismo en el abeto secular donde han colgado sus nidos cien generaciones, que en la flor que descoge su corola de no prestados matices para doblegarse mustia al recibir la última caricia de la aurora vespertina. Sí, podrán sus despojos mortales perderse y olvidarse, pero su idea, su pensamiento, su palabra vivirá, y llevará luz á las inteligencias, y convencerá en lides cien veces repetidas á los entendimientos y conmoverá los corazones, y logrará nuevos triunfos, por no decirnos que alcanzará uno permanente, en su carrera majestuosa por los siglos.

Si el Secretario Perpetuo de la Academia Mejicana, si el sabio filólogo y lingüista, si el literato, el matemático, el filósofo, el teólogo, dejó de existir entre nosotros no ha muerto sin embargo; su voz resuena aún al oído del legislador que formula las leyes y del jurisconsulto que las interpreta; el que tiene la fe pública, recuerda sus lecciones al redactar los contratos y escrituras; el orador forense y el parlamentario buscan en sus doctrinas frase grandilocuente y numerosa con que arrebatarse á las muchedumbres; los poetas tienen á la vista sus enseñanzas para tener estrofas de ritmo candencioso, y la generación presente habla la lengua que aprendió de él en las aulas.

Por eso vive aún en el recuerdo de sus discípulos, vive en el cariño de sus amigos, vive en la admiración de sus devotos, y como si no fuera esto bastante para asegurarle duradera gloria, vive en la fama que llevó su nombre del Nuevo al Viejo Mundo, vive en la historia literaria de nuestra nación, vive y vivirá en los fastos gloriosos de la patria.

LA NOVELA ¹

I

EN GENERAL.

La epopeya fué el primer vagido de la humanidad, el resumen poético y musical de todas las tendencias y aptitudes de su espíritu. En ella, como el universo en el caos, estuvieron comprendidos los gérmenes de toda la civilización. Así como de la nebulosa de Laplace salieron los soles y los sistemas planetarios, así también arrancan de la epopeya, la teología, la historia, la geografía, la legislación, la medicina, la poesía y las bellas artes. De ese foco común, á medida que el progreso ha venido acentuándose, hanse ido desprendiendo todas aquellas cosas para formar entidades independientes, desarrollarse por su propia cuenta y ser origen á su vez de nuevos y complicados sistemas.

La novela no es más que un género de poesía, pues radica en la tendencia á soñar y en el instinto ingénito á la emoción, que palpitan en el fondo de nuestra naturaleza. El verso, por su índole especial, no es propio si-

¹ Estudio leído por su autor ante la Academia Mejicana, en junta de 4 de Agosto de 1905, al tomar posesión de la plaza de Académico de número.

no para cantar lo sublime, y emplea para sus manifestaciones, formas exquisitas y etéreas, que no se compadecen con todos los asuntos. Por eso, en las remotas épocas del origen del arte, fué quedando en el fondo del alma humana un rico residuo de ideas y sentimientos que no habían podido alcanzar completa y satisfactoria expresión dentro de los moldes épicos, y que necesitaba otros más apropiados para su desenvolvimiento y expansión. Pero desde el momento en que surgió y fué cultivada la prosa, quedó abierto el camino á aquellas manifestaciones comprimidas del idealismo, y comenzó á crecer y desarrollarse la novela con vida propia.

El Ramayana, el Mahabarata, la Iliada y la Odisea son ejemplo patente de esas grandiosas síntesis del pensamiento llamadas epopeyas, pues en esos cantos inmortales se encuentra la semilla de todas las meditaciones y de todos los sueños de la humanidad; y de ellos, como de una sinfonía inmensa, han salido cuantas voces, ya triunfales, ya alegres ó plañideras, han cruzado y recorrido con aplauso todos los continentes y todos los mares.

El primer hombre que contó un sueño ó fingió una historia, el primero que agregó á los acontecimientos reales y verdaderos, rasgos y pinceladas procedentes de su propia inventiva, ese hombre fué el primer novelista. Porque la novela se compone de historia y de invención por partes iguales, como que tiene que conformarse con la vida para dar color de verdad á la narración, y con el ideal para hablar el idioma de las ocultas ansias del alma; por eso caben dentro de campo tan extenso, todas las concepciones artísticas que no se elevan á la altura de la lirica.

¿Cuándo comenzó el desprendimiento de la novela, del fondo épico donde yació perdida durante incalculable número de siglos? Nadie puede decirlo. Ni es lícito afirmar tampoco que las leyendas búdicas, los cuentos sibaríticos y milesios, y los escasos relatos latinos que hasta nosotros han llegado, hayan sido los primeros ensayos de la humanidad en ese género literario; porque, bien miradas las cosas, pueden ser consideradas dentro de él, las mitologías inventadas por los pueblos politeístas, como tejido que fueron de fábulas y aventuras, ya grandiosas, ya pueriles, ya románticas, ya obscenas, donde anduvieron revueltos y juntos; dioses, semidioses y simples mortales. Sea de ello lo que fuere, es un hecho que los estudios recientes de los arqueólogos, como los de Maspero por ejemplo, han venido á demostrar, que la novela bajo forma de cuento, tiene orígenes tan remotos, que se pierde en la noche de los tiempos: pues ya el antiguo Egipto produjo narraciones de ese linaje, al estilo de las más recientes, persas ó árabes, de las *Mil y una noches*. *

Entre los griegos, ensayóse por primera vez el género, acaso por los filósofos, quienes se valieron para aclarar sus ideas y demostrar sus principios, de situaciones imaginadas y personajes reales ó ficticios, que desempeñaban en sus diálogos un papel predeterminado. Poco á poco iría desprendiéndose de aquella confusión semi-artística y semicientífica, el elemento puramente fantástico, hasta constituir un género aparte, el cual nunca floreció tanto como en el tiempo de la decadencia helénica, y fué personificado principalmente por el fecundo, elegante y multiforme Luciano, observador de

2 Menéndez y Pelayo.—*Orígenes de la Novela*.

todas las costumbres, flagelador de todos los vicios y burlador de todas las creencias de su tiempo; por Longo, autor de «Dafnis y Cloe,» la primera novela bucólica conocida; y por Heliodoro, autor del célebre «Teágenes,» quien mereció la honra de ser imitado por Cervantes y admirado por Racine.

Poco hay que decir de los romanos á propósito de su producción novelesca, pues de ellos no han llegado hasta nosotros más que dos libros notables de ese género: el *Satiricón* de Petronio y el *Asno de Oro* de Apuleyo.

*
* * *

Después de la aparición del cristianismo y de la caída del imperio romano, nótanse en Europa dos corrientes novelescas bien determinadas: la una levantina, venida de la India, de la Persia ó de la Arabia, pero oriental en todo caso, la cual aparece representada por las colecciones de fábulas y cuentos que tan célebres fueron durante la Edad Media y que llevan por título «Calila y Dimna,» «Sandebar,» «Barlaam y Josafat,» «Disciplina Clericalis,» etc.; la otra, enteramente autóctona y nacida al calor de las nuevas ideas y sentimientos que renovaban el mundo. La primera de esas corrientes contribuyó, sin duda, al desarrollo de la novelística por la ingeniosidad de los argumentos, y el estudio y la pintura de los caracteres; pero la segunda vino á constituir el fondo mismo del nuevo género literario, por el espíritu, las tendencias y los sentimientos que la agitaban y movían.

Existió en la antigüedad la novela, como existió la pintura, y alcanzó á la verdad cierto grado de desarro-

llo; pero solamente el exterior y superficial, que consiste en el enredo fabuloso y en la descripción minuciosa de los hechos. Pero como aquellos tiempos no fueron propicios al florecimiento del idealismo, no pudieron dar origen á la ficción intensa, honda y penetrante, que ha sido el patrimonio de edades más adelantadas. Así pasó también con la pintura. Los griegos supieron pintar bien, y los nombres de Zeuxis, Apeles y Parraxio han pasado á la historia con gran aplauso y prestigio; pero aquellos artistas, según se ve por los restos que de sus obras han llegado hasta nosotros, no supieron más que copiar servilmente la naturaleza, trazar líneas correctas y emplear brillantes y firmes tintas; pero ni conocieron la perspectiva, para dar profundidad y horizontes á sus cuadros, ni la expresión, para infundir carácter, alma y pensamiento á sus creaciones. Por eso, aunque aceptemos que la pintura haya sido conocida en la antigüedad, podemos sin temor de errar, darle el dictado de arte esencialmente moderno. Porque nació en las catacumbas con las formas incorrectas y borrosas del Buen Pastor y de las místicas Orantes, y llegó á lo sumo de su perfección con los ángeles y bienaventurados de Fra Angélico de Fiésolo y con las Virgenes divinas de Murillo. La pintura antigua, material y externa, no recibió la intuición del espíritu, sino cuando le fué insuflada por el pueblo perseguido y lloroso que regó con su sangre las arenas del Circo, y buscó abrigo á sus ideas en las galerías subterráneas de la Ciudad Eterna.

Así ha pasado también con la novela. De relato más ó menos ingenioso y divertido que fué en la antigüedad y siguió siendo en Bizancio, ha venido á ser en los tiempos modernos, el espejo de la vida humana, ya tomada

en conjunto, ya con relación á los arcanos de cada corazón y á las tempestades de cada conciencia

Así como en la antigüedad clásica fueron la arquitectura y la escultura las artes que más florecieron, y sólo en los tiempos modernos vino á tomar pujanza la pintura, merced á los nuevos medios psíquicos criados por la civilización; puédesse decir también que la epopeya fué patrimonio especial de aquella época, y que la novela lo es de la edad que vamos alcanzando, merced al progreso de ideas y afectos, que la hacen al par más inteligible y más profunda.

Al derrumbarse el Imperio Romano, entró el mundo en confusión, perdiéronse los métodos de clasificación y ordenamiento de todas las cosas, y, en cierto modo, reaparecieron las épocas primitivas de obscuridad y de violencia. Es cierto que la naturaleza domada no producía ya las erupciones y diluvios genésicos, en que figuraron Cíclopes, Titanes y Decucaliones; mas fueron destruidas las ciudades, incendiadas las bibliotecas, borrados los caminos, rotas las estatuas y destruido todo rastro de ciencia, orden y cultura. A merced de tan general retroceso, tornaron á desarrollarse entre los hombres, instintos semejantes á los que prevalecieron en los albores de la historia; y la ira, la lujuria, la crueldad, la codicia y las mas rudas y desenfrenadas pasiones reaparecieron sobre el haz de la tierra. Mas en medio de aquel dédalo de tinieblas, quedó plantado un nuevo germen en el cuerpo social, el cual germen tenía que fructificar tarde ó temprano. El alma, desconocida de la antigüedad ó relegada al último término del cuadro de la vida, había cantado victoria sobre sus opresores milenarios; y vestida de blanco, coronada de luz y con los

ojos puestos en lo alto, había hecho su aparición en las sociedades humanas. Ella había endulzado los dolores de la derrota y suavizado el furor de los verdugos, atenuado el estrépito de la caída y hecho surgir el consuelo en medio de la desolación más dolorosa; y en la mezcla y confusión de aquellos días trágicos, en que parecía que la humanidad había llegado á su término, logró encender en el corazón dos llamas desconocidas hasta entonces: el amor ideal y la simpatía humana.

De esos dos elementos nacieron los libros de caballerías.

Según afirman los doctos, puede fijarse el origen de esos libros por los siglos octavo ó noveno de nuestra era; esto es, casi á raíz del derrumbe del Imperio de los Césares, y en los revueltos tiempos en que vándalos, godos, visigodos, alanos y borgoñones salidos de las selvas germánicas, invadían el centro y el sur de Europa, sembrando á su paso, ruina y desolación. Entonces fué cuando, empequeñecidos los ánimos por la inmensa catástrofe, volvieron los hombres á ser primitivos é infantiles, y cuando las antiguas fábulas á que fueron tan dados los pueblos arios, renacieron en los poemas de los poetas anónimos de los *cantares de gesta* y de los romances.

Salidos de aquel estado embrionario con el transcurso del tiempo, alcanzaron su última forma y su boga definitiva los libros andantescos, por los siglos XII y XIII; y aunque oriundos, según se dice, del Norte de Francia y de Inglaterra, llegaron á traducir cumplidamente el estado general de los espíritus en la sociedad medioeval. Los tres ciclos principales de esa literatura: el carolingio, el de las cruzadas y el bretón, dieron origen, cada

uno por su parte, á una serie de poemas, que formó el encanto de damas y caballeros, sacerdotes y seglares, señores y plebeyos de entonces: y Turpín, Fierabrás, el Caballero del Cisne, Lanzarote y otros personajes imaginarios que fuera largo enumerar, llegaron á ser tan populares y conocidos de todos, como lo han sido los reales é históricos de épocas posteriores.

La renovación de la epopeya dió origen al renacimiento de la antigua confusión del pasado, en un mismo molde vasto y colectivo; así que, deshaciéndose el ordenamiento y la emancipación de los asuntos, que habian comenzado á realizar y llevaban ya tan adelantados Grecia y Roma, tornaron á infundirse y á involucrarse en los libros de caballerías, los mismos múltiples elementos que anduvieron revueltos en los poemas primitivos. Teología, historia, geografía, política, poesía, todo volvió á fundirse y amalgamarse en aquellas desordenadas síntesis medioevales; y genios, monstruos, gigantes, enanos, hadas y encantadores, volvieron á tomar puesto de honor en la leyenda.

Los héroes prestigiosos de aquellos relatos, viajaban por países imaginarios, conquistaban reinos desconocidos, sostenían combates increíbles, luchaban contra poderes maravillosos, y al fin de riesgos sin fin, hazañas, heridas y cautiverios, lograban sacar triunfantes con el poder de su robusto brazo, religión, honor y amores. El móvil principal de sus actos, era Dios en primer término; pero después de eso, animábalos una pasión romántica, acendrada y ternísima, á la que se mostraban fieles en todo caso, y la cual parecía ser el encanto que los conducía sanos, salvos y victoriosos al través de países fieros y de descomunales y nunca vistas aventuras.

Y al par de eso, la defensa del débil, el socorro de los oprimidos y la reparación de las injusticias, formaban su lema, su anhelo y el programa constante de su azarosa existencia.

Aquella literatura fué abundantísima en Inglaterra, Francia, España é Italia, y dió celebridad á muchos nombres ahora sepultados en el olvido; y no se sabe cuánto tiempo hubiera continuado prevaleciendo sobre aquella sociedad, á no haber despuntado por los horizontes europeos, el alba del Renacimiento. Caída Constantinopla en poder de los otomanos, se dispersaron por toda Europa, griegos sabios y doctos, que derramaron por donde quiera en discursos, libros y pergaminos, inmensos tesoros científicos y literarios de la clásica antigüedad. Aquella oleada luminosa despertó en las inteligencias el mismo espíritu de claridad y de análisis que había sido patrimonio de los pueblos civilizados vencidos; y Europa, que había vuelto á la infancia por la barbarie, comenzó á sentirse nuevamente adulta por aquel reflorecimiento de la vieja cultura. Y así como las sombras que durante la noche han tomado aspecto de trasgos y vestiglos, se disipan á la aurora reasumiendo sus formas inofensivas; de la misma manera, las visiones medioevales de seres sobrenaturales y maléficos, que persiguieron la fantasía de aquellas sencillas generaciones, se fueron desvaneciendo gradualmente, á medida que la civilización fué haciéndose más intensa. Ya, durante el siglo XVI, habían comenzado á escasear los libros de caballerías, batidos vigorosamente por la reflexión y el criterio de hombres superiores; y los poemas prodigiosos, que en otro tiempo habían mantenido viva y exaltada la imaginación de los lectores, habían ido palideciendo y perdiendo in-

terés, hasta el punto de convertirse en objeto de crítica y sarcasmo.

II

EN ESPAÑA.

España no tuvo epopeya propia, según parece, antes del siglo XII; pero hizo suya interinamente la francesa, y tomó pie en ella para comenzar su evolución poética y literaria. Los juglares que iban á las romerías de Santiago de Compostela, popularizaron entre los españoles los *cantares* franceses *de gesta*, é introdujeron en la lengua y en el alma hispánicas, palabras, giros é ideales traspirenaicos. *El Poema del Cid*, que es la primera epopeya española, data, según se cree, de mediados del siglo XII, y ocupa un lugar cronológico intermedio entre la *Canción de Rolando* y los *Nibelungen*.

De la epopeya caballeresca, cualquiera que haya sido su origen, comenzó á desprenderse bien pronto la novela. El sistema que para ello siguieron los españoles, fué el mismo empleado por los antiguos, cuando empezó á bosquejarse en Grecia el género novelesco; pues lo que Platón y Xenefonte hicieron inventando fábulas para demostrar verdades filosóficas, lo realizaron á su vez los escritores españoles, clérigos ó varones piadosos en su mayor parte, en favor de las enseñanzas cristianas.

Así el célebre *doctor iluminado* Ramón Lull, ó Raimundo Lulio, como comúnmente se le llama, compuso sus libros de ficción *del Gentil y los Tres Sabios*, *El Blaquerua* y algún otro, con el propósito de demostrar, por medio de ejemplos, principios y verdades de carácter teológico; al paso que el infante don Juan Ma-

nuel y el arcipreste de Talavera, aquél con el *Conde Lucanor* y éste con el *El Corbacho*, persiguieron ideales éticos en sus cuentos y fábulas, para solaz y provecho de sus lectores. Y aun el mismo Fr. Anselmo de Turmeda en su *Disputa del Asno* y en sus furibundas invectivas contra frailes y sacerdotes, no perseguía, aunque renegado y entregado á la liviandad en los dominios moriscos, sino fines docentes, para confusión de religiosos relajados y defensa y salvación de incautas ovejas.

Así fué preparándose el advenimiento de la novela desde fines del siglo XIII hasta el siglo XV, en que el arcipreste de Talavera dió á sus composiciones, por la perfección y gracia de su prosa, un carácter tal de adelanto, que pareció iniciar ya la transformación definitiva de este género literario. Menéndez y Pelayo afirma de la manera más categórica, que *La Celestina* y *El Lazarillo de Tormes* se hallan en germen en *El Corbacho*.³

No obstante, aquellos ensayos de literatura propia é independiente, fueron quedando como ahogados en el raudal de libros de caballerías, que Inglaterra, Francia é Italia vomitaban sobre la Península; los cuales libros, aunque exóticos (pues ni las tierras ni los héroes á que aludían, tenían que ver en lo más mínimo con España, á no ser la comunidad de la idea y de los sentimientos religiosos), acabaron por formar escuela, y engendraron una serie numerosa de ficciones andantescas, escritas por ingenios españoles.

Ningún pueblo mejor preparado que el ibero para las fábulas caballerescas, no sólo por su carácter valiente,

³ Orígenes de la Novela.

generoso y aventurero, sino también por la especial circunstancia de haberse hallado comprometido en lucha secular con la morisma, en defensa de su religión y de su independencia. Aquella porfiada guerra, que pasó de padres á hijos durante ocho centurias, é hizo vivir á leoneses, castellanos, aragoneses, valencianos y navarros siempre á caballo, embrazado el escudo y lanza en ristre, mantuvo francas las puertas de su imaginación á todo género de narraciones heroicas, en que el arrojo personal, la fuerza del brazo y la inquebrantable fe religiosa saliesen triunfantes de los más grandes riesgos y de las pruebas más duras; y por otra parte, su trato constante con los musulimes, en paz ó guerra, púsolos en contacto con el mundo mirífico de genios, encantadores, hechiceros y seres extraordinarios que pueblan la fantasía de las razas levantinas. Por eso la literatura caballeresca española de aquella época, fué una de las más ricas de Europa, si bien los nombres de Ordóñez de Montalvo, Silva, Mantorell, Rivera, Ordóñez de Calahorra y tantos otros que en ella se distinguieron, son tan desconocidos para las generaciones actuales, como si nunca hubiesen existido.

Inauguró en España este género literario *El Caballero Cifar*, obra del arcediano Ferrand Martínez, la cual apareció en la primera mitad del siglo XIV. Este libro, al decir de Fitzmaurice-Kelly,⁴ fué la primera novela original escrita en español. Mas á pesar de eso, y de haber suministrado, según se cree, con la creación del escudero Ribaldo (socarrón, taimado y decididor de refranes), la pauta á que se sujetó Cervantes para la creación del tipo de Sancho Panza, no adquirió, ni con mucho,

⁴ Historia de la Literatura Española.

la boga que tuvo el *Amadís de Gaula*, obra posteriormente introducida en aquellos reinos; pues mientras el *Caballero Cifar* quedó casi ignorado desde su publicación, fué el *Amadís* pan espiritual de varias generaciones, solaz y recreo de lectores asiduos y luz y espejo de los más finos y valientes caballeros. Tal fué el favor que llegó á alcanzar aquel libro en el público, cualquiera que haya sido su origen, portugués ó castellano, ya lo haya compuesto Vasco de Lobeira ó algún autor anónimo; que acaso no tenga parecido con el logrado por ningún otro en cualquier país del mundo y en época alguna conocida. Porque, no contentos los españoles con leerlo día y noche, aprenderlo de memoria y adoptarlo acaso como programa de vida, se dieron á imitarlo en sus escritos, y á producir una serie incalculable de obras análogas, que tuvieron por centro al *Amadís* primitivo. Así resultaron hijos, nietos, biznietos, tataranietos y choznos del personaje bretón, en nuevos libros andantescos que fueron apareciendo; todos héroes como el abuelo, á partir de *Esplandián*, hijo de *Amadís* (compuesto por García Ordóñez de Montalvo,) y continuando la serie por *Florisandro* ó *Flores de Grecia*, *Lisuarte de Grecia*, *don Florisel de Niquea*, y tantos otros personajes andantescos de nombre enredado y peregrino.

Aquel torrente de libros de caballerías no cesó de fluir durante un siglo, hasta que el Renacimiento y el *Quijote* acudieron á contenerlo. Pues se cree que Eugenio Martínez, autor de la *Genealogía de la Toledana Discreta*, que había publicado la primera parte de su obra, no se atrevió á imprimir la segunda por temor á la sátira cervantina, y que debido á la misma causa, que-

daron inéditas otras tentativas del mismo género, como el *Pironiso* y *El Canto de los Amores de Felis y Grisaida*.

Así pudo volver la literatura española al buen sendero que nunca hubiera debido abandonar, al que habían comenzado á recorrer Raymundo Lulio, el infante don Juan Manuel, Fr. Anselmo de Turmeda y el arcipreste de Talavera, quienes, por medio de apólogos y cuentos morales, habían ido impulsando las letras españolas por el camino de la observación y de la verdad.

Quieren algunos que sea *El Caballero Cifar* la primer novela española, mientras reservan otros esa primacía para el *Amadís de Gaula*. Sea de ello lo que fuere, lo que no cabe dudar, ni nadie disputa, es, que el *Quijote* haya cerrado el ciclo de los libros de caballerías y abierto la era de la novela moderna.

* * *

Las epopeyas andantescas resumían en sí, aunque en germen, todos los géneros literarios posibles, porque los caballeros heroicos y discretos que en ellas figuraban, eran, á la vez que bravos paladines, galanes enamorados y sencillos, viandantes incansables, y admiradores celosos del campo y de la simplicidad lugareña. Cuando comenzaron aquellos libros á perder su prestigio, se dividieron y fraccionaron en tantas categorías de ficción, como gérmenes literarios entrañaban, y de su moribunda complejidad nacieron las novelas picaresca, sentimental, histórica y pastoril.

Boccaccio abrió la marcha de la sentimental con su aplaudida *Fiammetta*, que pronto fué imitada por Eneas

Silvio Piccolomini, Papa después, bajo el nombre de Pío II. Silvio escribió la *Historia de Eurialo y Lucrecia*, la cual tuvo tal aceptación, que fué impresa más de veinte veces antes de acabar el siglo XV, y traducida además á las principales lenguas vulgares de Europa. Antes de esa época, sólo Dante Alighieri en su *Vita Nuova* había tratado en estilo tierno las pasiones amorosas; pero el libro, á pesar de sus excelencias de primer orden, no parece haber alcanzado la popularidad que tuvieron la *Fiammetta* y la *Historia de Eurialo y Lucrecia*.

La *Arcadia* de Jacobo Sannazzaro, aparecida en Venecia al principiar el siglo XVI, fué otro desprendimiento de la matriz épica, y dió origen á la novela pastoril, bien pronto imitada en Portugal, España y Francia. Pasó con ella cosa semejante á la que aconteció con *Fiammetta*. Sannazzaro vengó á Dante; pues habiendo escrito *Boccaccio* otra novela pastoril, el *Ameto*, antes que apareciese la *Arcadia*, se sobrepuso ésta á aquél de tal suerte, que, mientras nadie hablaba del libro de Boccaccio, fué traducida la *Arcadia* á todos los idiomas europeos.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando vino la inmortal creación de Miguel Cervantes Saavedra á precipitar los acontecimientos. Puede decirse que el *Quijote* obró como poderoso disolvente de la materia épica de los libros de caballerías, apresurando su descomposición. Aquel reactivo enérgico produjo la rápida disgregación de todos los elementos que constituían la leyenda andantesca, y cooperó á la formación de géneros literarios emancipados.

La misma novela picaresca, aparecida poco antes del

Quijote y criada de una pieza con el *Lazarillo de Tormes*, tuvo por punto de partida la literatura caballeresca, cuya contradicción es. Porque, así como los caballeros andantes iban de lugar en lugar en movimiento perpetuo, así también los héroes bellacos de las novelas picarescas eran incansables viajeros; así como los caballeros andantes llevaban vida azarosa y aventurera, llena de subidas, bajadas, cambios y emociones, así también los pícaros novelados andaban envueltos en constantes empresas, dichas y desdichas; y así como los caballeros andantes no apartaban el pensamiento de su Dios y de su dama, y lo exponían y sacrificaban todo á sus nobles cuanto cándidos ideales, así también los Lazarillos, Guzmanes y Obregones se consagraban á matar el hambre como podían, á cazar mendrugos y tomines y á hacer cuantas truhanadas les era dable. Puede ser que el iniciador del género y sus imitadores no hayan tenido siquiera la conciencia de que llevaban á cabo una obra de crítica demoledora al dar vida á sus regocijadas cuanto grotescas creaciones; pero lo cierto es que, viendo las cosas á distancia y considerándolas sobre el fondo de aquella literatura, puede estimarse su labor como fruto del cansancio y del hastío producidos por la monotonía de los libros andantescos, y por la aspiración inconsciente y confusa, pero grande y poderosa de los espíritus, á abandonar las tortuosas callejas de una literatura demasiado artificial, donde se hallaba encerrada toda la inspiración humana, para echar por el atajo áspero y polvoriento, pero amplio y recto de la naturaleza. Es verdad que la tentativa fué harto extremosa, pues, rebasando el límite debido, degeneró en tosca y grosera; pero al menos debe ser vista como un grito de rebelión

lanzado contra el amaneramiento, la inverosimilitud y la pedantería de la literatura reinante.

III

EN MÉJICO.

Tal era el estado que guardaban las cosas, cuando, realizada la conquista de Méjico, surgió á la vida civilizada nuestra flamante Colonia. Los años inmediatos al derribo del Imperio de Moctezuma y á la toma de posesión de estos vastos dominios, no dieron calma ni vagar á los rudos compañeros de Cortés ni á los inmediatos continuadores de su obra, para ocuparse en trabajos meramente literarios; ni eran, en su mayor parte, los aventureros que de España venían, gente dada á los libros ni á la pluma, sino sólo, ó antes que todo, á la acción. Cortés y sus heroicos soldados, Nuño de Guzmán y sus feroces secuaces, Montejo y sus pobres compañeros, todos se distinguieron por aquel arrojo legendario y por aquella indómita energía, que los llevaron á cruzar á caballo desiertos inmensos, inaccesibles montañas y bosques inexplorados, sin desatar las correas de la armadura, día y noche con la espada en la mano, y venciendo climas, exterminando ejércitos y conquistando reinos. Ellos fueron quienes, á costa de su vida y de su sangre, levantaron sobre estas vírgenes comarcas la bandera de Castilla, que no fué arriada durante trescientos años; mientras los otros fundadores de la Colonia, los misioneros, iban conquistando á su paso, almas, respeto y amor. Descalzos y con la cruz empuñada, marchaban delante de la soldadesca, predicando la Buena Nueva á las tri-

bus indígenas, haciéndoles entrever la misericordia al través de los sufrimientos, y preparando su espíritu para su redención y grandeza futuras. Ni unos ni otros, guerreros ó apóstoles, dieron paz á la mano durante largo tiempo: aquéllos consagrados al trabajo de derribar y conquistar un imperio, y éstos al de catequizar y bautizar idólatras, aprender idiomas indígenas y escribir tradiciones, historias, usos y costumbres de pueblos ignotos. Durante aquel dilatado período de destrucción y reconstrucción, solamente la poesía logró hacerse escuchar en la apenas inaugurada y naciente agrupación; pero no la alegre y profana que canta amores, llora desdenes y esfuma ensueños, sino la grave y mística que pudo combinarse con la predicación religiosa y enlazarse con el catequismo y la enseñanza; la que entonaba las alabanzas de Dios, de la Virgen y de los santos, ó llevaba á la escena pasos bíblicos y evangélicos, ú otros hechos edificantes, destinados á la doctrina de las inteligencias y á la moralización de las costumbres.

Desde la toma de Méjico al aparecimiento del *Quijote*, no habían pasado más que ochenta y cuatro años, tiempo insuficiente para que la nueva sociedad de españoles y mestizos que comenzaba á surgir, pudiese desarrollarse y coordinarse hasta un punto tal, que diese motivo y aliento á la literatura novelesca. El aparecimiento de la novela supone una sociedad formada ya, una vida intensa y consciente en actividad, y cierto nivel general de cultura, que convide á los autores á estudiar ideas, pasiones y costumbres bien caracterizadas, y permita al público lector entender la obra, aplaudirla y recompensarla. Una sociedad heterogénea, hirviente y en formación, improvisada con elementos no sólo di-

símiles, sino antagónicos, que no acaba todavía de ahondar y construir sus propios cimientos, y donde no han podido arraigar aún ideales comunes, ni ha llegado á extenderse la red brillante y sutil de una misma lengua, no está preparada para la aparición de la novela, que es el espejo de todos, una innovación á todos y la resultante literaria del pensamiento de todos. Obras de ese género, en un medio social de tal linaje, serían, si llegasen á surgir, verdaderos y sorprendentes fenómenos; y como el desarrollo de las ideas y de las obras que las traducen, es siempre lógico, es inconcuso que determinadas manifestaciones de la cultura no deben buscarse allí donde ella ni ha aparecido todavía, ni es posible que aparezca.

No necesita más explicación que esta el hecho, para algunos extraordinario, de que no hayamos tenido novelistas durante el periodo colonial. Extraño hubiera sido que á raíz de la Conquista y en aquellos revueltos tiempos en que el grupo español era escasísimo en nuestro suelo, pequeño aún el de los criollos y mestizos, y abrumador y predominante el de los indígenas analfabetas, hubiera hecho explosión nuestra literatura novelesca. Una sociedad nueva no se improvisa: requiere largo tiempo para hacer la amalgama de sus variados elementos, y armonizarlos entre sí, para elaborarse un modo de ser propio y entrar en posesión reflexiva de sí misma, estudiarse, conocerse y reproducir su propia imagen. Tres siglos de pugna y evolución para un pueblo nuevo, formado de elementos incongruentes y hostiles, es un período demasiado corto para que pueda aquel salir de su mutismo; pues el verbo analítico colectivo se des-

ata y eleva, no en las épocas de transición, sino en las normales y de equilibrio.

Si de estas consideraciones especiales á la Nueva España, pasamos á las generales relativas al estado que guardaba la novelística por aquella época en el mundo civilizado, llegamos, por otra parte, á la conclusión de que el género en sí mismo, yacía por entonces en una general decadencia.

Después de la publicación de la *Diana* de Jorge de Montemayor, habían ido apareciendo en España numerosas imitaciones de aquella ficción pastoril; pero muy pocas de ellas valieron algo, ninguna se elevó al nivel del original, y todas, en más ó menos grado, pertenecieron al género soporífero y aburrido. Alonso Pérez y Gil Polo escribieron continuaciones de la *Diana*; mas la de Pérez fué vista con absoluto desdén por el público, y la de Gil de Polo sólo llamó la atención por las hermosas quintillas que contenía. Cervantes escribió su *Galatea*, pero esa novela no dió lustre á su nombre, por más que haya sido á tal punto gustada por el autor del *Quijote*, que haya muerto éste con el designio de ponerle una segunda parte. El *Pastor de Filida* de Gálvez de Montalvo, la *Arcadia* de Lope de Vega, *El Siglo de Oro* de Bernardo de Valbuena, y en general, todos los otros engendros más ó menos débiles y de la propia especie, que fueron abortando los ingenios de la época, chocaron de frente con la indiferencia general, y hallaron tumba prematura en el olvido.

La novela picaresca llegó á la perfección con el primer ensayo del género, escrito, á lo que se dice, por el valiente soldado, fino diplomático, gran señor y aplaudido erudito Hurtado de Mendoza. Después del *Laza-*

rillo, siguieron sus imitaciones; pero casi tan desventuradas como las de la novela pastoril. Las únicas dignas de mencionarse son *La Vida del Gran Tacaño*, de don Francisco de Quevedo, donde, á vuelta de sutilizarse todo, situaciones y vocablos, como fué uso y costumbre de tan famoso escritor, se pintan escenas bien estudiadas y se delínean con vigor algunos caracteres.—El *Escudero Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, ofrece mayor interés, tiene más movimiento y cuenta en su abono con la reconocida recomendación de haber servido de modelo al célebre Lessage para su magistral *Gil Blas de Santillana*; pues aparte de que su prólogo fué copiado por Lessage casi al pie de la letra, orientó firmemente la idea principal desarrollada por el autor traspirenaico, y suministró temas á muchos de los más divertidos y picantes pasajes de su novela.—El *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, marca ya un descenso considerable en el género, tanto por lo tocante al interés de la fábula, cuanto por lo que se relaciona con la gracia y belleza del estilo. Aparte de contener un argumento de un parecido notorio con sus congéneres, muestra muy escasos rasgos de inventiva, y viene á ser, más que todo, una parodia premiosa y descolorida de sus modelos.—El descenso siguió á pasos precipitados. Si *El Diablo Cojuelo* de Vélez de Guevara llegó á tener alguna resonancia, las *Verdades Soñadas* y *Novelas de la otra Vida* del mismo autor, no hicieron más que fastidiar á los lectores.—Vino después Jerónimo de Sales Barbadillo, quien fué sencillamente insoportable, y cuyas novelas *El Bachiller Trapasa*, *El Caballero del Quintal* y *El Sutil Cordobés*, se caen de las manos en fuerza de ser pesadas.

Las ejemplares de Cervantes, que reanudaron el género de las moralizadoras de Lulio, D. Juan Manuel y el arcipreste de Talavera, aunque de mérito indiscutible y justamente celebradas en España y en el exterior á raíz de su aparecimiento, no dejaron tras sí una generación lozana y hermosa que las perpetuara; y cuenta que escritores de la talla de Lope, Montalván, Tirso de Molina y doña María de Zayas, entraron por ese camino, procurando emular las creaciones del manco sublime. Pero el caso es que, aunque muchas de ellas rebosan ingenio y tienen muy hermosa dicción, son de mérito escaso, carecen de trascendencia, y más parecen obra de simple pasatiempo, que producto de una meditada labor literaria.

Después del florecimiento de aquellos insignes ingenios, vinieron los días tristes de la primera mitad del siglo XVIII, en que la literatura española pareció muerta para siempre, y en que el tedioso Torres de Villarroel, desdichadísimo y grotesco imitador de Quevedo, publicaba sus *Sueños* provocadores de sueño, á pesar de la inmensa fama que disfrutaron en su época, y que hoy apenas se comprende.

En medio de aquel silencio de decadencia, no es de extrañar que el *Fray Gerundio de Campazas* del Padre Isla, aunque monótono, sin argumento y de estrechísimos horizontes, haya logrado meter tanto alboroto y levantar tanto ruido en nuestra antigua metrópoli; pues si es tan mediano libro en sí mismo, fué una elevada y trascendental composición para su época.

En Italia, después de la rica florecencia de *Dante*, *Bocaccio*, *Silvio* y *Sannazzaro*, llegó la época dolorosa del desaliento, en que los ingenios florentinos, napolita-

nos y venecianos tuvieron que ceder el cetro literario á manos más afortunadas; pues, si bien se considera, no volvió á haber novelista italiano de reputación internacional, hasta los tiempos de Manzoni y Silvio Péllico.

La evolución en Francia, por ese mismo tiempo, había sido más fecunda; pero también se había debilitado pronto, dando lugar á un largo periodo de marasmo y medianía. Ni Bernardino Ribeiro, ni Sannazzaro fueron los iniciadores de ese movimiento, sino Jorge Montemayor, cuya *Diana* traducida al francés, inspiró la *Astrea*, hermosísima pastoral de Honorato Urfé. Pero aquella composición, aunque inmensamente popular y aplaudida fué luego desfigurada por Baltasar Baro, quien le agregó una cuarta é infelicísima parte al fallecimiento de su autor. La *Astrea* careció, además, de imitadores de nota, y bien pronto cansó á los lectores con sus mieles y pesadez campesinas. Carlos Sorel, de ahí á poco, escribió *El Pastor Extravagante* destinado á matar la novela pastoril, y con eso acabó de desconceptuarse aquél género, que no tuvo más representación digna en Francia, que la de Urfé.—Por aquel tiempo nacía en el mismo país la novela llamada histórica, en la cual sobresalieron Gombauld, Saint-Sorlin, La Caprenede, y los Scudéry; pero aquellas ficciones no eran más que otras tantas caricaturas de la historia, como lo habían sido las fábulas de los libros caballerescos, de las cuales eran un visible desprendimiento; ó bien un tejido de alegorías falsas y rebuscadas, que hacían alusión á personajes y sucesos históricos de la época, bajo capa de nombres y hechos de la antigüedad ridículamente desfigurados, tanto, que recibieron el nombre de *novelas de clave*, porque solamente podían ser comprendi-

das, conociéndose los nombres de los personajes de actualidad á que hacían referencia. Todas esas novelas no eran más que meras tentativas para buscar el buen camino que debía conducir á la novela realista. Para llegar á él, echaron mano de dos medios los franceses: la imitación de la novela picaresca, como lo realizaron Sorel con su *Franción* y Lessage con su *Gil Blas*, y la creación de la burlesca, que llevó á cabo Scarrón con varios libros que pusieron en solfa el tono tirante y campanudo de los llamados históricos. Pronto entró el género de estos en decadencia, y durante un prolongado período de tiempo, no aparecieron en Francia más que muy pocas novelas notables, como *la Princesa de Clèves* de Mad. Laffayette y la *Manon Lescaut* del abate Prevost. En pos vinieron Perrault, Voltaire y otros novelistas de menor talla, hasta que con Crebillón hijo y Pigault Lebrun llegó hasta el lodo el descenso de toda la novela. Donde no hubo fango, se le vantaron las mujeres con la monarquía de los libros de ficción, y produjeron una serie no escasa de obras mediocres y dulzonas, muy gustadas entonces é insoportables ahora. ⁵

En Alemania, donde no fué conocido el *Amadís* sino hasta fines del siglo XVI, pasaron miserable é infecundamente los años, hasta el aparecimiento de Goethe. Ese largo intervalo fué cubierto por el *Hércules Cristiano y Alemán* de Bucholtz, por traducciones de la *Astrea* de Urfé, de la *Clelia* de Mlle. de Scudéry, de la *Diana* de Montemayor y de la *Arcadia* de Sidney, y por las novelas pseudo históricas imitadas del francés, donde los héroes griegos y romanos y hasta los patriarcas bíblicos, representaban papeles caballerescos. La ab-

5 "Lengua y Literatura Francesas" por Petit de Julleville.

surda corriente de aquellas ficciones subió tan alto, que el Señor Klipbhausen llegó á publicar una colección de heroidas sobre asuntos bíblicos, en la cual, entre otras curiosidades figuraba una correspondencia galante entre Adán y Eva.—El mal gusto general no sólo fué bufo, sino también pedante. Novelistas hubo, como Werder, que diesen lecciones de historia en sus libros, ó de Geografía, como Happel.—Los más amenos tomaron para escribir, como modelo el *Robinson* de Daniel Defoe, y dieron á la estampa innumerables variaciones de ese mismo tema, conocidas con el nombre de *Robinsonadas*. Así llegaron á multiplicarse de tal suerte los *Robinsones*, que, mientras Inglaterra no tenía más que uno, los hubo en Alemania, sajones, silesios, franconios, suebos, suizos; y morales, ingeniosos, médicos y libreros. En medio de aquella inundación de *Robinsones*, sólo *la Isla de Felsenburgo* de Schnabel, isla verdadera en aquel mar de insulseces, parece haber tenido mérito positivo.—Los alemanes en toda esa época, no produjeron nada original; sólo sabían imitar á los extranjeros. El *Lazarillo de Tormes*, el *Guzmán de Alfarache* y el *Gil Blas* les sirvieron también de pauta para sus composiciones; así que reprodujeron á saciedad en sus libros aquellos tipos, hasta que salió á luz el *Simplicissimus* de Grimmelshausen, el cual sirvió á su vez de punto de partida á otra serie de imitaciones, como el *Trutz Simplex*, el *Springisfeld* y el *Nido Maravilloso*.—Después de eso, no se halla más nombre respetable que el de Wieland en el campo de la novela alemana; sin que pueda decirse por eso que el *Don Silvio de Risalva* (imitación del *Quijote*) de tan famoso poeta, sea de un mérito siquiera mediano. Por fortuna vino Goethe de

ahí á poco á salvar la novela germánica del descrédito merecido en que yacia; y con sus famosos libros *Goetz de Berlichingen* y *Werther*, colocó de un golpe á su patria á la cabeza de Europa en aquel género literario. ⁶

Inglaterra despertó tarde á la novela, pues no llegó á perfeccionar su prosa sino hasta el primer tercio del siglo XVII con los sermones de Tilloston y South y con los escritos de Temple, Halifax y Locke. De aquel movimiento surgieron las alegorías religiosas de Bunyam, y, sobre todo, la *Vida y Muerte de Mr. Badman*, cuya influencia sobre la novela realista de mediados del siguiente siglo, es y sigue siendo asunto de disputa para los criticos.—Después de aquellos primeros ensayos, vinieron los *Viajes de Gulliver* del famoso dean Swift y el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe; mas es forzoso advertir que uno y otro libro, si bien de mérito elevado y reconocido, caben apenas en el género novelesco, porque su ficción no es más que un pretexto, ya para zaherir vicios y costumbres de la época, como pasa con *Gulliver*, ya para predicar el amor al trabajo y al *self help*, como sucede con *Robinson*. No obstante, reservado estaba á Inglaterra, que habia subido tan alto en el drama y la poesía con Shakspeare, Milton, Dreyden y Pope, imprimir un nuevo curso á la novelística europea, de ahí á poco, y sentar las bases de la novela contemporánea. ⁷

Hé aquí á grandes é imperfectos rasgos trazado el cuadro general de ese género literario durante los siglos XVI, XVII y XVIII; cuadro poco brillante, y que demuestra el estado espectante y de gestación en que cayeron

6 A. Bossert. "Historia de la Literatura Alemana."

7 Edmundo Gosse. "Literatura Inglesa."

los espíritus al desplomarse y descomponerse la literatura caballeresca.

Si pasamos de estas consideraciones extensas á las especiales que se relacionan con nuestra propia historia, conviene notar que en nuestra metrópoli muy especialmente, se había acentuado aquella universal decadencia; de suerte que poco ó nada tuvo que esperar nuestra Colonia, ya de la corriente general de las letras europeas, ya de la particular de las españolas. Por lo que, y además de lo dicho, no es de extrañar que en la Nueva España, sociedad en formación, no se haya producido obra alguna de tal especie en ese mismo período de tiempo. Y debe también tomarse en cuenta para explicar el hecho apuntado, que, aun dado que la producción novelesca exterior hubiese sido abundante y florida por aquellos años, no habría podido extender su influencia hasta el público neohispánico, tanto por la prohibición impuesta á los libros de entrar en la Colonia, cuanto por la profunda ignorancia que, en punto á idiomas extranjeros, reinaba en estas comarcas.

Reservado estaba á Samuel Richardson, en la segunda mitad del siglo XVIII, regenerar é infundir nueva vida á la novelística, sacándola del dilatado y fastidioso desmayo en que había caído desde la disolución de la literatura andantesca. La humanidad, aunque cansada de lo maravilloso é inverosímil de los libros de caballerías, repugnaba entregarse para siempre á las truhanadas de los picarescos, y suspendida, por decirlo así, entre un extremo y otro, iba á tientas buscando su camino.

Europa había encontrado cierta compensación á la carencia de libros divertidos, en los primores y atracti-

vos de su teatro, que fué tan brillante por más de un siglo; pues de la época del nacimiento de Shakspeare á la muerte de Calderón, corren más de cien años, y en ese intermedio brillan Lope, Tirso, Moreto, Alarcón, Racine, Corneille, Moliere y otros grandes y no igualados ingenios dramáticos. Que no parece sino que el teatro y la novela, aun siendo hermanos gemelos, se disputan celosamente el predominio del público, y tienden á suplantarse entre sí.

Richardson, que no era más que un impresorcillo de Salisbury Court, dió el golpe anhelado, publicando cuando menos el mundo lo esperaba, su célebre *Clarisa Harlowe*, libro que correspondió cumplidamente á las aspiraciones de la época, y cubrió un vacío literario que hasta entonces nadie había podido llenar. *Clarisa* realizó el tipo de la novela que había venido preparándose lentamente, de la que estaba, por decirlo así, en la atmósfera y cuyo advenimiento se presentía: la llamada antiromántica por Taine, pero que no lo es tanto, y consiste en el estudio sincero del corazón dentro del medio natural de la sociedad contemporánea, sin palabras campanudas, ni ficciones inverosímiles.

El movimiento se vió pronto secundado en Inglaterra por otros escritores no menos originales, como Fielding, Smollet, Sterne y Goldsmith; y fueron apareciendo sucesivamente *Joseph Andrews*, el *Viaje Sentimental Roderick Random* y el *Vicario de Wakefield*, los cuales libros acabaron de acentuar y robustecer tan dichosa evolución. Con todo, la *Clarisa* primero y *La Pamela* del mismo Richardson después, fueron los más leídos en Europa desde fines del siglo XVIII, hasta bien entrado

el XIX, y los que tuvieron la honra de ser más admirados por los grandes escritores continentales.

En pos de tan insignes novelistas, vino Walter Scott (posterior á ellos en tiempo, nó en mérito), á fundar la verdadera novela histórica, ⁸ no la falsa y fantástica de los libros de caballerías, ni la grotesca ó *de clave* de los novelistas franceses del siglo XVIII, sino la legitima y de buena cepa, que hizo pronunciar á Agustín Thierry después de conocerla, aquella célebre frase "*¡c'est mieux que del' historie!*"

De entonces acá data la era gloriosa y triunfal de la novela que vamos alcanzando.

*
* *

Nació la mejicana, aunque endeble y defectuosa, en los precisos momentos en que le era preciso venir á la vida; no mucho después de la publicación de *Clarisa*, y cuando, levantada por Carlos III la prohibición de penetrar en la Colonia los libros extranjeros, se puso en contacto la Nueva España con la literatura europea.

La producción literaria neohispánica tuvo orígenes muy humildes, y se inició por la periodística; pero aun esta misma nació tarde, pues según Beristáin, la inauguró el obispo Castorena hasta principios del siglo XVIII. El eclesiástico Sahagún de Arévalo siguió á Castorena con su *Gaceta* mensual; no mucho después, don José Antonio Alzate fundó su *Gaceta de Literatura*; y el doctor Bertolache de ahí á poco dió á la estampa su *Mercurio Volante*. Pero todas esas publicaciones se consagraban por entero á las noticias marítimas y mercantiles, ó á las

⁸ Edmundo Gosse, "Literatura Inglesa."

de provisiones de empleos, mitras y canongías; ó bien se ocupaban exclusivamente en asuntos científicos. Así que, hasta Octubre de 1905, en que fué fundado el *Diario de Méjico* por el alcalde de corte Villaurrutia, hubo en la Colonia una publicación que destinase espacio y atención preferentes á las letras. Aquella novedad, aunque modesta (pues la edición del *Diario* se hacía en medio pliego pequeño), sirvió, con todo, de estímulo á las dormidas inteligencias coloniales, como pudo verse en seguida por la multitud de ensayos poéticos, letrillas satíricas en su mayor parte, que fueron hallando cabida en aquel periódico. Otra de las causas que influyeron en ese mismo sentido, fué la aparición de la literatura política fernandina y antinapoleónica; pues con motivo de la invasión de España abundaron en la metrópoli y sus colonias, las composiciones en prosa y verso destinadas á loar á Fernando VII y á zaherir á Bonaparte.

Dicese que el español D. Juan Piña Izquierdo fué el primer autor de quien se tiene noticia haya escrito novelas en México; pero lo cierto es que, si aquí las compuso, fué en España donde las publicó (con el título de *Novelas Morales*), y que por esa circunstancia no debe figurar en la historia de nuestra novelística.—Por lo que hace á D. José González Sánchez, de quien se asevera dejó un manuscrito romántico llamado *Fabiano y Aurelia*, poco debe interesarnos también, dado que fué ignorado por sus contemporáneos, y lo sigue siendo por la posteridad.—Lo mismo debe decirse de D. Jacobo Villaurrutia, cuyas *Memorias para la historia de la Virtud* no han dejado rastro de su paso por nuestras letras.

La novela mejicana arranca sin duda alguna del «Pe-

riquillo Sarniento, obra de D. Joaquín Fernández de Lizardi, el *Pensador Mejicano*.

El Periquillo es una novela picaresca, que retrata las costumbres coloniales de fines del siglo XVIII y principios del XIX; y tiene por mérito capital, la perfecta originalidad de su argumento, pues basta hojearla para comprender que es fruto de la observación y de la reflexión personales del autor. Escrita en forma autobiográfica, como todas las de su género, comienza desde la venida al mundo del protagonista, y continúa al través de una serie de relatos y episodios que no tienen entre sí más enlace que el de aludir á un solo personaje. Los lances en el libro se suceden á los lances, las situaciones á las situaciones, y el autobiógrafo, sin rubor ni escrúpulo, como fué costumbre entre Lazarillos, Guzmanes y Obregones, pone á los ojos del lector sus truhanadas y miserias, como si no fuesen cosa que valiese la pena. El objeto principal de esa cansada serie de retablos, parece haber sido el de tomar ocasión de ellos para atacar vicios y rutinas coloniales, á fin de enseñar y moralizar por medio del entretenimiento.

El libro da una idea bien triste del estado que guardaba por entonces la Nueva España, tanto por lo que se refiere á costumbres, como por lo tocante á ilustración y lenguaje. Alumbramientos, lactancia, educación de niños, trato social, conventos, cárceles y diversiones, todo aparece en la narración como en un kaleidoscopio; pero deprime y contrista el ánimo, la estrechez de los horizontes en que esa máquina de cosas se mueve.

Cierto que todo es relativo, y que lo que ahora nos parece insignificante y pequeño, fué en aquel tiempo sagaz y novedoso; pero también lo es que esa misma

consideración, muy atinada en verdad, contribuye á dar pobrisima idea del estado en que se hallaba la sociedad neohispánica, como la dá también el *Teatro Crítico* de Feijoo, del que guardaba España por los tiempos en que, contra las menudas supersticiones é ignorancias de sus contemporáneos, escribió el infatigable benedictino largos y pesados artículos.

La mejor prueba que puede darse de que Fernández de Lizardi fué hombre de claro talento, es la que él mismo proporciona al hablar de *Periquillo* en su segunda novela *Don Catrín de la Fachenda*. «Nó, no se gloriará, dice, mi compañero y amigo *Periquillo* de que su obra halló tan buena acogida en este reino, porque la mía, descargada de *episodios inoportunos*, de *digresiones fastidiosas* y de *moralidades cansadas*, y reducida á un solo tomito, se hará desde luego más apreciable y más legible.» Son esos, en verdad, los defectos del *Periquillo*: carece de interés, abunda en añadiduras y pegotes narrativos, peca de pedantesco y predica tanto y tan á deshora la virtud, que se hace inaguantable; pero con eso y todo, es obra de innegable significación é importancia, tanto por ser piedra angular de nuestra novelística, como por los tesoros de observación perspicaz y exactitud rigurosa que contiene. Merced á ello, es ya considerado ese libro como un documento de inapreciable valor histórico, para conocer bien á la sociedad de los últimos días de la dominación virreinal. Desde su aparición fué objeto de agrias censuras; pero su autor supo defenderse bien, exponiendo en su abono finas razones y robustas autoridades. Por ellas se viene en conocimiento de que Fernández de Lizardi obró en todo conscientemente al escribir como escribió,

y que su libro no es producto del acaso, sino de la meditación; pues según él mismo lo declara, procuró seguir á Cervantes hasta en sus defectos. ¡Lástima que haya tenido á Torres de Villarroel en tan alta estima, que adoptase una frase suya para epigrafe de *Periquillo!*

La verdad es que la Nueva España se exultó con inmenso entusiasmo al aparecimiento del libro; que se hicieron de él en breve tiempo repetidas ediciones; que sus personajes llegaron á ser populares desde luego; y que sus dichos, sentencias y refranes anduvieron bien pronto en todas las bocas. Cualesquiera que sean las deficiencias de la composición, tiene inconcusamente el mérito de haber sido el primer estudio original de la vida neohispánica, el primer eco de nuestra voz y la primera reproducción de nuestra imagen. Si la copia es poco artística, no todos sus defectos deben ser imputados al pintor, pues una gran parte de ellos pertenece al modelo, que era feo, y al medio ambiente, que era pesado y mezquino. Y desde luego, como lo dijo el mismo Lizardi al contestar las durísimas censuras que le dirigió D. Manuel Terán desde las columnas del *Noticioso*, si es cierto, como Horacio lo afirma, que vale la obra que da dinero á los libreros y llega á pasar los mares, lo tiene subido el *Periquillo*, porque fué vendido en Méjico como pan caliente y mereció los honores de la reproducción en Cuba, España, Portugal é Inglaterra.

El ejemplo de Lizardi tuvo por lo pronto escasos imitadores, sin duda á causa de la revuelta situación que reinó en nuestra naciente República á raíz de la Independencia. Graves problemas étnicos, políticos, religiosos y económicos solicitaron desde luego toda nuestra

atención, y hubimos, para resolverlos, de entrar en fiera y dilatada lucha de armas y principios, que se prolongó por más de medio siglo. Así quedó enervada nuestra iniciativa literaria y nos vimos condenados á relativa esterilidad durante aquella crisis penosa. Hubo, pues, un intervalo como de cuarenta años de silencio después del aparecimiento del *Periquillo*; que no media menor tiempo entre la novela de Lizardi y la que se dice escribió D. Anastasio M. de Ochoa, y cuyo título se ignora, por haberse extraviado el libro.

Siguió á Ochoa el Conde de la Cortina, insigne crítico y erudito, y honra y prez de las letras patrias. Desgraciadamente sus dos novelas *Leona y Euclea ó la Ciega de Trieste* que, como suyas deben haber sido de mérito acrisolado, han quedado irremisiblemente perdidas; por no haberse hecho de ellas una impresión especial, y haber perecido juntamente con el diario en que aparecieron, según suerte común de las hojas periodísticas.

No he de seguir paso á paso la historia bibliográfica de la novela mejicana, porque sería larguísima labor é impropia de la ocasión presente, así que sólo bosquejaré á grandes rasgos el desarrollo que ha tenido entre nosotros este importante género literario, señalando como columnas miliarias en mi camino, algunas de las figuras próceres de la galería, para personificar en ellas la dirección y el empuje de nuestro movimiento nacional. ⁹

⁹ Muchos nombres de novelistas deben echarse de menos en estos breves apuntes; mas protesto que las omisiones que aquí se adviertan, provienen ó de flaqueza de mi memoria ó de falta de espacio para introducir en mi trabajo cuanto debiera, y no de dañado propósito.

Séame lícito detenerme un instante en esta marcha precipitada, ante la interesante y melancólica figura de D. Juan Díaz Covarrubias, tres veces coronada por la juventud, el talento y el martirio. Covarrubias pereció á los veintidós años, fusilado en Tacubaya en el calor de nuestras luchas intestinas, por un jefe militar implacable; pero á esa edad, había ya escrito bastante, pues dejó impresas tres novelas: *La Clase Media*, *El Diablo en Méjico* y *Gil Gómez el Insurgente*. Aunque inexperto y demasiado fogoso, como era natural que lo fuese á su temprana edad, mostró raras cualidades de talento, ilustración y nervio en sus libros y dejó huella en nuestra literatura, no tanto por lo que hizo, cuanto por lo que se mostró capaz de haber hecho. Su novela *Gil Gómez*, cualesquiera que sean las deficiencias de que adolezca, contiene estudios concienzudos de la sociedad mejicana de los años de 10 á 11 del pasado siglo, y pinturas bien delineadas de algunos de nuestros más notables personajes históricos de aquella época.

Nuestros mejores novelistas posteriores á Lizardi y anteriores á nuestra época, son sin duda el doctor D. Justo Sierra, D. Florencio M. del Castillo y D. Ignacio M. Altamirano.

Sierra escribió, según parece, tres novelas: *El Mulato*, *Un Año en el Hospital de San Lázaro* y *La Hija del Judío*, de las cuales sólo son conocidas las dos últimas.—*Un Año en el Hospital de San Lázaro* es un estudio moral y filosófico sobre los leprosos, en el cual, con muy levantado criterio, y mediante la pintura de los sufrimientos de un joven recluído en aquel establecimiento durante un año, se muestra de un modo patético cuán cruel é injusto era el trato que entonces se daba

á los infelices atacados de tan terrible mal; libro acaso inspirado por *Los leprosos de Costa* de Javier de Mestre, según alguien lo ha insinuado, mas heraldo y precursor, en todo caso, de la tierna y sublime epopeya realizada años después en favor de esos desventurados por el P. Damián de Veuster en la isla de Molokay.—*La Hija del Judío* pinta las costumbres del siglo XVII en Yucatán, y relata los episodios de una porfiada lucha entablada contra la inquisición por los jesuitas, deseosa aquélla de apoderarse de los bienes de un portugués acusado de judaizante y determinados éstos á contrariar tan inicuas maquinaciones. El libro termina con el triunfo de los jesuitas, realzado por esta palmaria declaración del autor: «Si su presencia (la de los hijos de Loyola) y espíritu dominante pudieron preparar la ruina de algunos países, en Yucatán, por el contrario, no hicieron más que bienes.» Juicio tan sereno sorprende en el escritor; é indica la rectitud de sus ideas y la independencia de su carácter, tanto más cuanto que Sierra debe haber leído antes de escribirlo (porque todos lo leyeron entonces), aquel novelón de folletín escrito por Eugenio Sué en 1844, con el título de *El Judío Errante*, el cual excitó contra los jesuitas el odio de muchos incautos, que creyeron en Rodín como en Julio César ó Hernán Cortés. Como quiera que sea, es inconcuso que Sierra fué un espíritu reposado, noble é independiente, que sus libros fueron escritos sobre hechos de la vida real, y que los móviles que le inspiraron, sobrepujando el anhelo meramente literario del aplauso y de la popularidad, fueron dirigidos á la realización de ideales generosos, como la libertad de conciencia y el respeto á la desgracia.

Don Florencio M. del Castillo es una de las figuras

más simpáticas de nuestra literatura novelesca. Soñador y sentimental, entusiasta y creyente, rindió culto en su vida y en sus obras á los ideales más puros; y así ensalzó con su pluma la castidad, la abnegación y la misericordia, como dió testimonio en sus actos, del más acendrado amor á la patria y á la libertad. Enemigo de la intervención extranjera, fué reducido á prisión en tiempo de Maximiliano, y deportado á San Juan de Ulúa, donde murió á los treinta y cinco años de su edad, víctima de la fiebre amarilla. Después de este breve bosquejo de su vida, poema de nobleza y ensueño, no hay que extrañar el carácter de sus obras, todas impregnadas de los sentimientos mismos que animaron aquella. La novela más importante de Castillo es *La Hermana de los Angeles*, historia de una mujer hermosa, Rafaelita, que se casa con un ciego á quien consagra su corazón y desvelos, y de quien se ve abandonada de un modo insensato y cruel. La ingratitud de aquel ser infeliz, de quien era ángel guardián, no le hace perder la brújula del amor y de la pureza, á pesar de las tentaciones y tropiezos que su belleza incomparable le suscita. Triunfa al fin su virtud, y el esposo descarriado vuelve á su lado arrepentido de sus errores y lleno de veneración hacia ella; pero la santa expira de allí á poco, minada por un mal profundo, que las penas morales habían exacerbado. Las palabras que ponen fin á tan triste historia, son austeras y dejan abiertos ante los ojos, los horizontes de una solemne y dolorosa expiación. «El ciego, dice el novelista, siguió tranquilo y grave hacia su última morada, el cadáver de Rafaelita. Cuando todos los que le acompañaban se retiraron, tomó un ramo de flores, lo deshojó sobre la tierra recién removida y se arrodilló á orar. Después se le-

vantó, y empezó para él, la vida de la miseria. —Escribió también Castillo varias novelitas, todas del mismo corte y carácter de la anterior, como *Amor y desgracia*, *La Corona de Azucenas*, *Dolores ocultos*, *¡Hasta el Cielo!* y *Expiación*. Algunas de ellas son exquisitos y primorosos poemas de pureza y bondad apenas bosquejados, y que casi se esfuman y diluyen en el ambiente. — *La Corona de Azucenas* se refiere á una monja que entró muy niña en la religión y sintió en la juventud una vehemente inclinación amorosa hacia su confesor quien la amaba también. Pero ambos resisten la prueba con firmeza, poniendo á prueba sus pasiones, y la joven, agotada por la lucha, enferma y muere, legando al sacerdote una corona de azucenas que había tejido para su tumba. — *¡Hasta el cielo!* es otro breve relato en que aparecen enamorados entre sí la santa y hermosa mujer de un valetudinario, y un hermano de éste, recto y caballeroso. El valetudinario, después de haber dudado de la fidelidad de la esposa y de la virtud del hermano, muere persuadido de la inocencia de ambos; pero los jóvenes, al verse libres para entregarse á su amor, se separan para siempre por respeto al muerto: él para ir á luchar contra el extranjero en tiempo de la invasión norte-americana, ella para entrar en un convento. En la portería se despiden los jovenes con estas tristes y sublimes palabras: *¡Hasta el cielo!*

A los ensayos iniciales de nuestra novelística, siguieron otros muchos que no hay para qué detallar, por la escasa influencia que tuvieron en el adelanto del género; básteme decir que Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Pablo Féval, Ponson du Terrail, Javier de Montepin, Fernández y González y hasta el mismo Pérez Escrich,

hallaron imitadores entre nosotros; pero tan endebles y desmedrados, que apenas han dejado memoria. Asegura Pimentel en su *Historia de Novelistas y Oradores Mejicanos*, que existían en su tiempo (hará de esto poco más de veinte años) sólo en esta capital, cerca de treinta novelistas; pero la verdad es que sus nombres no han pasado á la historia.—En ese Panteón de incógnitos, resalta, no obsante, el brillante nombre del General D. Vicente Riva Palacio, poeta, polígrafo y autor del *Sol de Mayo*, *Virgen y Casada*, *Martín Garatuza* y algunas otras novelas de tendencias más ó menos históricas. Aunque el gusto reinante no es ya favorable á ese linaje de producciones, no puede negarse que las mencionadas son prueba patente de la admirable fecundidad y de la potencia creadora de su autor.

Casi todos nuestros poetas más inspirados, por otra parte, han escrito, además de versos, uno ú otro cuento ó novelita; pero sólo de paso y sin dar importancia al género. Así D. José M. Roa Bárcena, D. Justo Sierra, D. Juan de Dios Peza, D. Manuel José Othón, D. Manuel Gutiérrez Nájera, D. José Peón Contreras, D. Manuel Caballero, D. Eduardo J. Correa, D. Rafael de Zayas Enríquez, D. Juan A. Mateos, D. Delio Moreno Cantón, D. Antonio Zaragoza, D. Juan B. Delgado, D. Manuel Puga y Acal, D. Rafael de Alba, D. Francisco M. de Olaguibel y otros, han compuesto y dado á la estampa narraciones novelescas, muchas de ellas primorosas, que tendrán acaso olvidadas ellos mismos, pero que el público ha leído y recuerda con gusto.

La novela más trascendental que, á mi juicio, ha aparecido en Méjico en los últimos tiempos, es la de D.

Ignacio M. Altamirano, titulada *Clemencia*. Librito pequeño destinado á relatar un episodio trágico-amoroso de nuestra guerra contra los franceses, carece de pretensiones y es producto espontáneo de la observación personal de su autor, quien la escribió al volver de la campaña en que él mismo había tomado parte. Es inconcuso que Altamirano no sospechó siquiera que su libro pudiese valer tanto, ni creyó que iba á abrir con él nuevos horizontes á la novela nacional; pero es lo cierto que ha sido fecundo en consecuencias, tanto más cuanto que nació sin miras preconcebidas, y no vino al mundo precedido por prospecto rimbombante ni pujos de innovación, como suelen hacerlo en casos análogos, los literatos franceses. La misma modestia de su aparición preparó silenciosamente su éxito, el cual fué paulatino, pero firme y seguro, como el crecimiento de todo germen en un medio propicio. Altamirano pinta y describe en él, por la primera vez entre nosotros, sin exageración y con verdad, nuestras poblaciones, costumbres y tipos nacionales, haciéndolos moverse sobre un fondo lleno de animación y colorido. La lectura de *Clemencia* demuestra de un modo absoluto, una cosa que hasta entonces había sido ignorada en Méjico, y es la condición novelable de nuestras cosas y de nuestra vida. Nuestros novelistas, hasta entonces, habían desarrollado sus argumentos conforme á modelos literarios europeos, haciéndolos pasar, es cierto, en nuestro país; mas sólo por no ponerlos en el aire, y describiendo tan vaga é indecisamente el medio nacional, que apenas era dable reconocer por sus descripciones, el lugar, el tiempo y el pueblo en que la acción se desarrollaba. Dominaba entonces la creencia de que solamente lo ex-

tranjero podía ser novelesco, y, diciéndolo ó no, se tenía por trivial todo lo propio, estimándolo indigno de ser consignado en un hermoso libro de ficción. Esa falta de fe en nuestras cosas, era el rastro que había dejado en nuestro espíritu la condición secundaria de nuestra existencia durante el periodo colonial; porque nuestros abuelos, nacidos, educados y muertos bajo la dominación extranjera, habían nutrido su espíritu con el sentimiento de nuestra inferioridad colectiva. Hombres y cosas, artefactos, ciencias y literatura, todo tenía que ser mejor viniendo de allende el Atlántico: todo cuanto nos pertenecía, comenzando por nosotros mismos, debía ceder el paso á lo que no era nuestro, como de calidad inferior que era. Tal fué el criterio general reinante en el país hasta hace pocos años.

La conciencia de nuestra personalidad independiente en todos los órdenes de la vida, social y política, científica y literaria, no vino á afirmarse definitivamente, sino hasta la caída del Imperio de Maximiliano. Sin meter la hoz en el campo de la política, que es enteramente extraño al objeto de mi trabajo, tengo que fijar y consignar aquí ese hecho innegable, por la íntima relación que tiene con el renacimiento literario de que vengo tratando. Nuestras luchas políticas semiseculares partían de este problema fundamental: el del afianzamiento ó la destrucción de nuestra independencia. El partido conservador, que continuó las tradiciones coloniales, mantuvo siempre fija en Europa la vista, y desde Iturbide hasta Gutiérrez Estrada, se manifestó dispuesto á apelar en último recurso, al elemento extranjero para sacar triunfante su causa. La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano representan el último episo-

dio de esa grande y prolongada contienda, que se desenlazó con el triunfo irrevocable del partido favorable á nuestra absoluta y final emancipación. Esa victoria cortó para siempre los tenues hilos que aun nos mantenían en cierto modo ligados al predominio exterior, y nos dejó en plena posesión de nuestra autonomía. De entónces acá es cuando Méjico se ha sentido árbitro y señor de sus destinos; y lleno de ese sentimiento, y habiendo prescindido para siempre de toda apelación á extraño auxilio, ha ejercido su soberanía vigorosamente á la faz del mundo civilizado. Acontecimientos de este linaje son á la continua el resultado de una larga cadena de hondos y poderosos factores; mas de pronto no pueden ser apreciados en toda su intensidad, ni parecen llevar en sí el germen de tantas mutaciones como entrañan. Pero su desarrollo subsecuente, aquilatado por el estudio y la reflexión, da con posterioridad la clave de su inmensa valía; y años más tarde, si á ellos se vuelven los ojos, es cuando puede apreciarse con acierto su inmensa y trascendental magnitud.

Nuestra República, pues, ha venido á ser definitiva y verdaderamente independiente hasta 1867. De entónces acá ha tenido Códigos propios, una Economía Política propia, un gobierno propio, una literatura propia y una existencia en fin, política, administrativa, interna y externa, genuinamente autónoma.

Fué la *Clemencia* de Altamirano la primer manifestación de esa toma de posesión de nuestra personalidad íntegra, en el campo de las letras; de ese libro arranca la formación de nuestra literatura novelesca nacional, propiamente dicha.—La semilla que dejó plantada Altamirano, fructificó años después, cuando D. Emilio

Rabasa publicó *La Bola* y las novelitas que la siguieron, todas saturadas de ambiente patrio y vida nuestra. Poco tiempo más tarde apareció *La Calandria* de D. Rafael Delgado, libro precioso por su fondo y por su forma, observado y vivido, interesante por su argumento y exquisito por su dicción—el mejor acaso de todos los de su género publicados en Méjico hasta ahora ¹⁰. Posteriormente, don Angel de Campo, aunque no ha publicado más que *La Rumba*, es reconocido como el escritor más penetrado de la vida de nuestra Capital y como el más chispeante y regocijado descriitor de escenas metropolitanas. El docto é impecable estilista D. Victoriano Salado Alvarez, D. Enrique de Olavarría y Ferrari y D. Heriberto Frías han dado á luz episodios históricos nacionales imitados de Erckmann-Chatrian ó de Pérez Galdós; D. Rafael Ceniceros y Villarreal se revela con *La Siega*, penetrante observador y escritor fino y atildado; y el joven escritor casi niño, D. Carlos D. González, autor de la novelita *De Noche*, hace concebir las más risueñas esperanzas de creciente acierto para sus próximas creaciones.

No faltan ni han faltado entre nosotros los novelistas románticos. Hablé ya de Castillo; séame lícito ahora continuar la lista de sus congéneres, la cual, aunque no muy nutrida, llega hasta nuestros días.—D. Fernando Orozco y Berra, escritor de mediados del siglo pasado, la abre con su originalísimo libro *La Guerra de Treinta Años*, que nada tiene que ver con las alemanas de religión, y es un verdadero poema en prosa, á lo By-

10 Si no fuese falta de modestia hacer figurar mi nombre en este catálogo, haría mención aquí de mi novela *La Parcela* juzgada y recibida en el país con singular benevolencia.

ron, destinado á relatar con más ó menos poesía y desenfado, los múltiples y complicados amores del autor, desde los siete hasta los treinta y siete años de su edad. El libro se ha hecho muy escaso; pero aseguran los que lo conocen, que, aunque no carece de defectos, tiene raras cualidades de vigor en el estilo y de colorido en la pintura de los personajes.—D. Manuel Payno, autor de varias novelitas y leyendas, dió á la estampa por los años de 1840 á 1850 una novela de aliento titulada *El Fistol del Diablo*, la cual, aunque fantástica por su fondo, contiene estudios y descripciones muy interesantes sobre la vida de la capital de nuestra República por aquélla época.—D. José M. Ramírez, autor de *Una rosa y un harapo*, novela escrita en sentencias cortas, á lo Victor Hugo, ha dejado memoria de sí por la ternura de sus sentimientos y la poética delicadeza de su lenguaje.—Es justo hacer aquí mención de *Pacotillas*, novela publicada hace pocos años por el célebre filósofo, poeta y galeno D. Porfirio Parra; pues diga lo que quiera la crítica mal humorada, es libro hermoso y tierno, está impregnado de poesía juvenil y recuerda en varios de sus pasajes á *Los Miserables* de Victor Hugo.—En nuestros días, cultiva el mismo género D. Manuel Sánchez Mármol, si bien bastante mezclado de realismo, y hasta un sí es no es de naturalismo. Las tres novelas que conozco de tan insigne literato, *Juanita Souza*, *Antón Pérez* y *Previvida*, son una especie de climax ó ascenso gradual en esta tendencia; porque mientras *Juanita Souza* fué sólo naturalista-sentimental, y *Antón Pérez* histórica (pues solo al concluir es tremendamente romántica), *Previvida*, que acaba de dar dada á la estampa, es todo un ensueño presentido,

realizado y desvanecido, al través de una narración encantadora.

Al lado de los escritores mencionados, figuran algunos naturalistas, como nuestro joven diplomático D. Federico Gamboa, autor de dos obras de ficción de mérito relevante, *Suprema Ley* y *Santa*, con toda probabilidad inspirados por Flaubert y Zolá. Gamboa sería entre nosotros un brillante exótico, á no aparecer acompañado en el género por los jóvenes escritores D. Ciro B. Ceballos, talentoso é incisivo autor de *Un Adulterio* y por D. Bernardo Couto Castillo, quien falleció hace poco, después de haber trazado con pluma precoz en sus *Asfodelos*, punzantes historias de amor decadente.

En el género costumbrista, después de la muerte del celebrado *Facundo*, D. José T. de Cuéllar, tenemos al dibujante y colorista D. Cayetano Rodríguez Beltrán, al fino observador D. José P. Rivera y al fiel retratista de tipos sociales D. Manuel H. San Juan; y en la línea de cuentistas, Alvarez del Castillo, Salado Alvarez, Díaz Dufoo, Verdugo Fálquez, Campos, Léduc, Fentanes, García Rodríguez y otros muchos que por el momento no recuerdo, levantan en alto el estandarte de nuestras letras.

El brevisimo é imperfecto bosquejo que precede, pone de manifiesto dos cosas importantes: la primera, que la novelística mejicana ha entrado con firme paso por la senda de su florecimiento, y la segunda, que la escuela á que pertenece la mayoría de nuestros escritores de ficción, es realista. ¿Por qué? Nadie alcanzaría á explicárselo. El hecho es que desde Fernández de Lizardi hasta Delgado, á través de Sierra y de Altamirano, casi todos nuestros cultivadores de ese género literario, se han alis-

tado bajo la bandera del realismo. ¿Dependerá esto de la idiosincracia de nuestro temperamento, naturalmente inclinado á la firmeza y á la verdad? Ojalá así sea.

Cierto que los ideales y las pasiones que constituyen el fondo de toda poesía, son los mismos bajo todos los climas y en el seno de todos los pueblos, y que, desde este punto de vista, la literatura debe ser universal; pero también lo es que, sobre ese fondo común, se destacan los lineamientos y el colorido propios é intrasmisibles de la vida de cada nación y de cada raza. Y es cierto asimismo que ni los idealismos ni las pasiones que constituyen el elemento poético universal, pueden ser bien pintados ni alcanzar á adquirir gran relieve, si carecen de la sólida base que proporcionan el temperamento, la naturaleza y la historia peculiares de cada pueblo. El conocimiento y la reproducción de la vida circundante, con arte y verdad, son el mejor asiento que puede darse á todo género de ficciones destinadas á poner en vibración las ocultas fibras del sentimiento y los misteriosos resortes de la fantasía.

Todos los sucesos pertenecientes á una misma época, son armónicos y concordantes. La actual, esencialmente analítica, reclama para la literatura el estudio y la comprensión exacta de la compleja é intensa vida de las sociedades contemporáneas. A la antigua inspiración desordenada y flotante de la primera mitad del siglo XIX, ha sucedido la creación artística, meditada y reflexiva, producto de la constancia y del trabajo. Por eso valen hoy más que en el pasado, los literatos y los poetas, porque necesitan saber y saben más que sus predecesores, como que el público actual no se contenta ya con

las pasiones satánicas de Byron y Espronceda ¹¹ ni con las creaciones infantiles é inverosímiles de Dumas ó de Fernández y González; sino exige mayor solidez de discurso y más claro fundamento de verdad, aun en las composiciones de mera ficción. Por lo que el mismo literato y hasta el poeta tienen que ser hoy en día, hombres de labor y de valer científicos, si quieren merecer el aplauso general y despertar emociones simpáticas en el corazón de los lectores.

Ejemplos tomados de los grandes novelistas contemporáneos, podrían servir de ilustración y prueba de esta teoría. Sólo por no pecar de difuso, ni aburrir á mi ilustrado auditorio con la rememoración de lo que tan sabido se tiene, no cito para robustecer mi tesis, anécdotas relativas á Balzac, Thackeray, Dickens, Flaubert, Zola, Tolstoi, Pereda, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez y otros grandes y aplaudidos noveladores de la época. Todos ellos son ó han sido hombres formales, observadores y laboriosos, que han consagrado á su labor todo su tiempo, ya para prepararla por medio de notas y citas, tomadas en viajes y excursiones, ya para revisar, pulir y abrillantar el estilo, como habilísimos y exquisitos orfebres. Han cambiado á tal punto y á este propósito los procedimientos y los gustos artísticos generales, que no pocas de las tituladas obras maestras con que se recrearon nuestros padres, no satisfacen ya el criterio de nuestra generación.

¹¹ Espronceda se burlaba alegremente de su poca ciencia exclamando:

"¡Yo con erudición, cuanto supiera!"

Tal fué el espíritu general de su época con respecto á la instrucción: la zumba y el menosprecio.

III

Su concepto y alcance.

¿Qué papel corresponde desempeñar á la novela en las sociedades modernas? ¿Tiene por único objeto divertir á los lectores, como lo los cuentos de los niños, ó puede y debe realizar otro fin más trascendental?

La novela ante todo, es poesía, y tiende á satisfacer por medios más amplios que la lírica, el ansia de idealismo y de ensueño que palpita en todo corazón. Los que no tienen habilidad para componer rimas, pero poseen intuición estética, fantasía, ternura y bella forma literaria, hallan en el cultivo de la literatura novelesca, ancho campo donde espaciar su impaciente inspiración. ¿Qué significado tiene, pues, la novela? El de la tendencia inconsciente y espontánea del espíritu al delirio mental en pos de mundos soñados y mejores. Cuando no es producto degenerado de una imaginación malsana, no es piedra de escándalo para los lectores ni un simple kaleidoscopio de formas y colores vivos, destinado á deleitar los ojos de los cándidos; sino el verbo de las mil voces íntimas y desconocidas que resuenan en todas las almas, y que claman: ¡amor!, ¡poder!, ¡felicidad! Es la expresión de los sueños humanos en forma menos musical y cantable, pero más amplia y detallada que la del verso; trasunto fidelísimo del alma agitada por los pensamientos, afectos y deseos que engendra, atiza y levanta la vida; estudio psíquico, animado y hermoso, que suele penetrar más hondamente en los oscuros senos del corazón, que las embrolladas y fastidiosas disquisiciones de muchos filósofos titulados.

Ruidoso grito levántase, con todo, contra la novela. Se le acusa de ser foco de concupiscencia, inmoralidad y locura; corruptora de costumbres, trastornadora de cerebros y atizadora de pasiones. . . . No lo neguemos: de eso y más puede hacerse responsable; pero ese defecto no es sólo de ella, sino de todos los libros. La culpa no está en el género, sino en quien lo maneja. El *Contrato Social* de Rousseau, obra humanitaria, contribuyó á producir los errores del 93; los libros de Shopenhauer, destinados á disquisiciones filosóficas, han sido causa de suicidios; las obras económicas de Proudhon, Karl Marx y Lassa!, han despertado el anarquismo y puesto la dinamita en manos de los criminales. Y con todo, ninguno de esos libros es novelesco, ni ha tenido por objeto el simple solaz de los lectores. Condenar, por lo mismo, la novela porque puede haberlas nocivas, sería lógico sólo en el caso de que fuesen condenados también los otros libros, por el peligro de su posible perversidad.

Pero en cambio ¡qué amplio conducto abierto por medio de ella para hablar de cerca á la gran mayoría! El libro científico, el doctrinal, el simplemente literario, no son accesibles á la inmensa muchedumbre; manjar de paladares exquisitos, es gustado tan sólo por los amantes del estudio y los cultores de la ciencia, ó sea por una notoria minoría del grupo social. Pero el ameno, animado, emocionante, el que enciende las ideas, caldea la fantasía y pone en vibración los arcanos resortes del sentimiento, tiene la magia necesaria para recomendarse por sí solo, andar de mano en mano, y ser solicitado á porfía y devorado por todos. Encomendadas las ideas á ese vehículo, pronto se generalizan, y co-

rren y se difunden por donde quiera, como regueros de luz ó pólvora. Si son malas, hacen mucho daño, si buenas, mucho beneficio; pero en ningún caso quedan sepultadas en el olvido, como las de tantos libros demasiado serios, que aunque revienten de mérito, son banquete de irreverente polilla en los anaqueles y entrepaños de las bibliotecas.

La novela es una de tantas facilidades abiertas á la manifestación de las ideas por el espíritu moderno, como el vapor, el teléfono y el telégrafo; es un medio rápido y seguro de comunicación inventado por el progreso. No hay que retroceder ante el peligro; es preciso luchar en el terreno donde nos ha colocado la historia. Puede estallar la caldera, fulminarnos la electricidad y destrozarnos la dinamita. Pero la primera, cuando funciona bien, nos trasporta con rapidez de uno á otro lugar; la segunda, encausada convenientemente, hace ubicuo el pensamiento humano; y la tercera dirigida por mano no criminal, abrevia trabajo, destruye obstáculos y facilita la realización de obras gigantescas. Así la novela, aunque sea corruptora con la *Dama de las Camelias*, induzca al suicidio con *Werther*, ó sirva de escuela á los delitos canallescos con el *Fiacre número trece* y *Las Aventuras de Rocambole*, contribuye á la abolición de la prisión por deudas con *Pickwick Papers*, á la redención de los esclavos con *la Cabaña de Tom*, al amor á la libertad con *Los Miserables* y á la glorificación del cristianismo con *Fabiola* y con *Quo Vadis*. Julio Verne la ha aprovechado magistralmente para popularizar los conocimientos científicos y preparar el camino á los descubrimientos más maravillosos. —Es esta precisamente la época propicia al desarrollo

de la ficción novelesca, y no dejan ni dejarán de echar mano de tal recurso los apóstoles de todas las ideas y de todos los principios para prestigiar sus máximas y doctrinas, y criarse adeptos entre la multitud. Puede asegurarse que los libros de Dostojeuski, Tolstoi y Gorki han influido en el pueblo ruso para luchar ferozmente por sus ideales libertarios, más poderosamente que los de filosofía política publicados por sus sabios. El libro de ficción no debe, pues, ser visto con menosprecio por los hombres pensadores, porque es arma fina y bien templada, que así puede servir para el ataque como para la defensa.

Aparte de eso ¿quién duda que la novela sea un medio educativo, social y artístico, de primer orden? Ella pone en contacto á los lectores con los buenos usos sociales, con las exquisiteces del lujo y con los primores del arte. Así se establece una especie de nivelación entre todas las clases, quedando las cosas, hasta las de precio más alto, al alcance material ó mental de la inmensa mayoría, y esos conocimientos y noticias, aunque parezcan triviales, pulen las maneras y ensanchan el horizonte intelectual. ¡Cuántos ignotos y desheredados no llegarían á tener la idea más remota de lo que son la dicha humana y la vida de las clases opulentas, si esos libros indiscretos no les permitiesen aplicar el ojo y el oído á las cerraduras y rendijas de los alcázares, por donde se filtran las luces, las risas y las músicas de los festines!

El novelista, por otra parte, es el artifice más atento y paciente de la bella forma del decir, el limador más elegante y suntuoso de la palabra; es, dentro de cada pueblo y de cada raza, el lingüista por excelencia, el

buzo hábil y arrojado, que baja á los profundos senos del idioma, á buscar y recoger sus perlas más ricas; y el que sube también á las alturas más eminentes y culminantes de la expresión para hacer brillar los vocablos con fulguraciones y relámpagos deslumbradores. Nadie como él está en contacto con el genio de la lengua, ni con los modismos de la conversación, ni con las novedades del uso; ni en libro alguno, como en los suyos, puede encontrarse la fuerza unida á la dulzura, el casticismo combinado con la elasticidad y la naturalidad armonizada con la elegancia de la frase. Son, pues, los novelistas en la moderna historia de la literatura, los grandes maestros de la palabra: rehabilitan vocablos olvidados, desacreditan y arrojan del uso los mal sonantes, y adoptan, pulen y prestigian los nuevos, que las corrientes reinantes del progreso, van haciendo precisos en el vocabulario. Quien escoge bien y lee buenos libros de ficción, hace, sin saberlo, un curso de literatura, va adquiriendo inconscientemente el buen gusto, y acaba por hablar bien, no sólo sin esfuerzo, sino por medio del goce más fino y exquisito.

Y si aun pareciesen pequeñas estas excelencias, no hay más que analizar, para verlas crecer y multiplicarse, el influjo de esa lectura sobre las emociones del alma. El impedido, el viejo, el desgraciado, los seres sin esperanza para quienes el mundo está lleno de sombras, cuando pasan los ojos por las páginas de esos libros prestigiosos, olvidan sus miserias, sienten que el corazón se les ensancha y ven la luz de la dicha penetrar hasta el fondo de su alma atribulada. Así, el melancólico valedudinario que no puede dejar el sitio á donde le tienen atado sus dolencias, al influjo de la mágica lectura, se

siente ligero y fuerte, y montando el ágil pegaso de la fantasía, cruza comarcas, recorre mares, visita metrópolis y toma parte en el bullicio y regocijo de las delirantes multitudes. Y el anciano de cabellera blanca y espalda encorvada á quien el mundo ha relegado al olvido, y á quien no sonríen ya ni las mujeres ni la fortuna, siente bajo la acción del mismo encanto, que el fuego de la juventud circula nuevamente por sus venas; mirase iluminado por la dicha, recibe la mirada de ojos lánguidos y oye latir alegremente el corazón, como en los tiempos remotos en que fué galán afortunado de románticos idilios. Y aquel á quien la suerte mantiene doblegado bajo su golpe de fierro, el desgraciado que viene al mundo para derramar lágrimas, hollar espinas y vagar por arenales sin fuentes ni palmeras, deslumbrado por la pluma del hábil escritor, corre un velo sobre sus dolores, se identifica con los dichosos á quienes ha dado vida el mago, y da cabida en la mente á una ventura soñada, es cierto, pero de todos modos, sentida, en que nunca se hubiera atrevido á pensar sin aquel elixir: siéntese joven, hermoso, lleno de brío: asiste á los festines mágicos donde truena el espumoso champaña y se escuchan los alegres brindis: y se mezcla en el tumultuoso vals del sarao, llevando en brazos á beldades deslumbradoras, que le sonríen con amor, mientras giran en torno vividas luces, y acentos acariciadores murmuran á su oído el himno del triunfo y de la vida.

Sería cruel negar al espíritu humano solaz tan piadoso y complacencia tan íntima, cerrando esa puerta por donde miran los desgraciados un jirón del cielo y penetra un rayo de sol en la negra noche de su existencia. Esos éxtasis solitarios confunden á la humanidad por

momentos en unos mismos destinos, ciegan los abismos que separan á los dichosos de los tristes, ponen alas en todas las espaldas y abren para todas las almas el océano luminoso del ensueño.

* * *

Es la novela la última palabra de la literatura y la corona de la cultura artística, porque se compone de análisis y reflexión; y sólo es posible su florecimiento cuando la sociedad está bastante adelantada para tener conciencia de sí misma, estudiarse y reproducirse en cuadros de palpitante verdad y colorido. Debemos, pues, saludar con alegría el advenimiento de nuestra novela nacional al campo literario, no sólo por lo que vale ya, sino también y principalmente por el estado social de que es clara y dichosa manifestación. No se cria la novela cuando se quiere, sino nace cuando puede. No es compatible con un estado rudimentario de civilización, como la epopeya; mas florece cuando la situación general de los ánimos y el nivel intelectual de las masas están en sazón para ello: como no se alegran los campos, ni se visten de hojas los árboles, ni cantan los pajarillos, ni se abren y exhalan perfume las flores, sino pasado el invierno, cuando fluyen los arroyos y vierte el sol su luz esplendorosa en el espacio. Dado este gran paso por nuestra literatura, queda abierta la senda para todos los triunfos. Si los novelistas actuales no lo han hecho todo, han abierto al menos la puerta por donde pueden penetrar las nuevas generaciones. Vendrán en pos otros escritores que continuarán la obra hasta ha-

cerla perfecta; y la aparición de los libros prestigiosos que escriban y publiquen en lo porvenir, serán espejo fiel de una patria grande, próspera y victoriosa.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Méjico, Agosto 4 de 1906.

CARTA

SOBRE LOS

“RIPIOS ARISTOCRÁTICOS Y ACADÉMICOS”

DE

DON ANTONIO DE BALBUENA.

I

QUERIDO MAESTRO:

Me sorprendió usted una de estas noches leyendo los «Ripios Académicos» y riéndome con las ocurrencias, muchas veces felices, de D. Antonio de Balbuena; y á causa del profundo y algo sistemático respeto de usted á la docta Corporación de la calle de Valverde en Madrid, se me mostró poco menos que escandalizado de la lectura y de la risa.

Yo defendí, como Dios me dió á entender, una y otra con motivos y razones que no convencieron á usted; y, así por aplacar su enojo como para rendir culto á la justicia, solté algunas frases acerca de lo inadmisibile de muchísimos de los fallos del crítico y acerca también de lo cristalino de su tejado: las cuales frases, acaso porque halagaban la inquina de usted, llamaron su atención y

despertaron su deseo de que yo las apuntara ó escribiera por vía de preparación de alguna labor científica que usted mismo, con la gran suma de sus conocimientos gramaticales, filológicos y de humanidades en general, se decidiría tal vez á emprender tocante á los «Ripios» y demás obras del mencionado Balbuena.

El cebo de esto último me ha hecho picar en el anzuelo, y ha dado origen á los apuntamientos que siguen:

II

Aunque diste mucho de ser autorizado mi voto, por la lectura de la «Fe de erratas del Diccionario,» de los «Ripios Aristocráticos» y de los «Ripios Académicos,» he de sentar en descargo de mi conciencia que, en opinión mía, Balbuena conoce la lengua castellana en su esencia y forma, siéndole familiares el origen y el significado de las voces y siendo él mismo casi siempre correcto en la prosodia y sintaxis y elegante en sus giros. A la buena lectura de griegos y latinos parece juntar la de nuestros clásicos castellanos, claridad y propiedad de dicción las más veces, depurado gusto, y un chiste fecundo é inagotable que es, al par, su principal cualidad y su escollo perpetuo, pues le sacrifica conscientemente y por sistema las reputaciones ajenas y hasta la propia.

Su escuela crítica, que tiene la nimiedad y acritud de Hermsilla, es la de D. Juan Martínez Villergas, que sale exclusivamente á caza de defectos, haciendo punto omiso de las perfecciones y bellezas; con lo cual se declara manca de nacimiento. Coincide también Balbuena con Villergas en hacer servir la crítica literaria á la sa-

tisfacción de odios políticos y antipatías personales, con la circunstancia en el primero de que no perdona á los escritores de su partido que no llegan á la altura de su propia exageración, y de que son para él pesadilla ó coco la nobleza no carlista y la Real Academia Española.

Si llegara á reinar D. Carlos y nombrara ministro suyo á Balbuena, probablemente desaparecería por absolutista decreto la docta Corporación, y hasta sospecho que la reemplazaría en forma unitaria el crítico, declarándose solo pontifice de la lengua. Pero mientras esto no suceda, dicha Corporación, á pesar de los inconvenientes y deficiencias de todas las cosas humanas y de los errores en que haya incurrido y en que pueda seguir incurriendo, es quien ha de sentar la regla y fallar en cuestiones gramaticales. Cierto es que cuando Balbuena tenga razón contra ella—que, á mi juicio, la tiene á veces—se la concederán los inteligentes. Pero también es seguro que cuando solamente en representación de su propia autoridad, esto es, sin exponer y fundar aceptablemente sus razones, se yergue el crítico frente á la Academia, apartándose deliberadamente de sus reglas y usos ó contradiciéndola y declarando erróneos sus fallos, la parte no indocta del público alza los hombros, estimando tal ocurrencia como uno de los no menos salados chistes del escritor.

III

Precisando casos acerca de lo últimamente dicho, ¿quién tomará á lo serio los caprichos, dislates y errores del señor Balbuena en lo que voy á señalar?

1º El empleo del adjetivo *edecuado* por *adecuado*

(del latino *adaequatus*.) «Más *edecuado* consonante era éste, etc.», RIPIOS ACADÉMICOS, página 249. No es errata porque repite la voz en otros pasajes.

2° Su reprobación del sustantivo *trueco* en vez de *trueque*, estando admitidas por el Diccionario ambas voces, y siendo en muchos casos más elegante la primera, como lo prueba el uso de nuestros clásicos. Ibid, página 232.

3° El uso de la partícula *de* á continuación del infinitivo *deber* en los casos en que se omite ella por exigirlo el sentido de la frase. «Debió usted *de haber dicho*,» por «Debió usted haber dicho.» RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, página 193. «... Porque basta con no escribir, que es lo que usted *debía de hacer*.» «Repito que lo que usted *debía de hacer* era no escribir.» RIPIOS ACADÉMICOS, páginas 179 y 197. En todos estos casos y otros muchos, convierte en dubitativa la frase afirmativa y aun prescriptiva.

4° La anteposición del adverbio de comparación *tan* al superlativo. «Haciendo *tan remalísimos* versos, etc.» RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, página 34.

5° Esta omisión de pronombre personal en verbo reflexivo: «... Como se parece tanto á Esaú en lo de *pilosus*, quiere *parecerle* (por parecersele) también en lo de vender etc.» Ibid., pág. 36.

6° Locuciones impropias. «... Vengando su rabieta en la literatura que no tiene *culpa maldita*» (por maldita la culpa). «Después *le volví á recoger*,» hablando de un libreto que por primera vez recogía, Ibid., páginas 124 y 234. Llama *epígrafe* al título de un libro: «... «En uno de esos volúmenes de lujo que llevan el

epígrafe caprichoso de *Colección de Escritores Castellanos*, etc." RIPIOS ACADÉMICOS, pág. 7.

7° Anfibologías, ó, por lo menos, inconsecuencias. Hay en esta materia algo de muy curioso. Da gravemente á D. Alejandro Pidal la regla — de su propia cosecha — de que cuando se han puesto en una oración dos sustantivos, si el verbo se ha de referir al primero de ellos, hay que expresarlo claramente, pues de no hacerlo así, se referirá siempre el verbo al sustantivo más inmediato. Sin detenernos á examinar tal regla, acerca de la cual mucho tendría usted que decir, juzguemos á Balbuena por sus propios cánones: véamos cómo los aplica. Inmediatamente después de sentar lo expuesto, agrega, en són de burla al citado Pidal: "¿Y eso es un académico? preguntará algún lector medio asombrado.—Sí, señor; eso es un académico, ó, mejor dicho, eso son casi todos. Y desde luego, este *Alejandro* que *lo era* ya electo (Alejandro electo) cuando de esa manera se explicaba, *lo es* efectivo (Alejandro efectivo) desde el último domingo, etc." Hablando del mismo Pidal, dice también: «Llegó á considerar á D. Pedro José (su padre) como un gran escritor y un gran hablista, y á decir que *su* apellido *le daba* derecho á entrar en la Academia.» Ibid., páginas 38 y 41. Ese apellido y este derecho, contra la inatención q̄de buena, pertenecen en virtud de su regla, á D. Pedro José Pidal y no á su hijo D. Alejandro.

8° Rebeliones solemnes contra la Academia. En multitud de pasajes de las críticas de Balbuena le da asunto para ellas la circunstancia de que sus víctimas emplean el pronombre *le* en el dativo femenino, como lo ordena la Academia, y no el *la* de que es gran apasionado el

mismo Balbuena, y de que dice aquella Corporación en su gramática: «No faltan autores de nota que usan en dativo las formas *la* y *las* idénticas á las del acusativo. Ejemplo es que no debe imitarse.» El crítico dice á algunos de sus criticados: «Cumple usted en ese *le* un precepto necio de la Academia.» RIPIOS ARISTOCRÁTICOS, pág. 219. Con esto me recuerda Balbuena el candor del negro que no hallaba á una mujer muy hermosa más defecto que su blancura. El mismo escritor usa invariablemente el pronombre *les* en los casos en que todo hablante regular usa el *los*; casos acerca de los cuales dice la gramática: «Usar la forma *les* en acusativo es reprehensible incorrección.» Hé aquí algunas citas de este abuso de Balbuena: «... Si se hubieran muerto hace ocho siglos, *les* hubiera visto el Dante, etc.» ¿Qué *les* hubiera visto? ¿La oreja? «... La emprende el pobre marqués contra los carlistas, acusándoles de todo lo adverso.» ¿Acusándoles recibo? *Ibid*, páginas 176 y 231.

Recapitulando algo de lo contenido en esta especie de inventario, y trayendo á colación algún ejemplo antiguo de la gramática, se puede hacer notar que según los usos y teorías de Balbuena, el juez prendió á unos gitanos y *les* ahorcó, no *los* ahorcó: prendió á unas gitanas y *las* notificó, no *les* notificó, la sentencia: las gitanas *deben de ir*, no *deben ir*, á presidio.

Y antes de poner punto á la enumeración de dislates y errores cazados al vuelo, pues la pesquisa detenida y concienzuda de los tales, no entra en mi exigua provincia, sino en la vasta y rica de usted, no estará de más apuntar que de los dislates y errores gramaticales suele pasar el escritor con la mayor frescura, á los que

pecan contra el arte poética de que se estima profesor. Está, por ejemplo, reñido á muerte con los versos libres ó que carecen de consonancia y de asonancia, y ello es cuestión de gustos y en la cual puede hacer uso de su derecho; pero da por sentado que versos libres los hace cualquiera, y que los del mismo Moratín no valen un comino; al oír todo lo cual se le reirán cuantos sepan lo que son versos libres y lo que son los versos libres de Moratín. «Ni aun versos libres, que los hace cualquiera, sabe hacer este pobre muchacho.» El pobre muchacho es el Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo. «. . . . Son unos versos (los versos libres) que, cuando están bien carpinteados como los de D. Leandro Moratín parecen tan monos y tan ridículos!» RIPIOS ACADÉMICOS, páginas 21 y 53.

IV

Puede haber algo de nimiedad y hasta de escrúpulos monjiles en la mayor parte de lo anotado: pero si se tiene en cuenta la intransigencia y hasta la ferocidad con que Balbuena tacha y anatematiza defectos y descuidos ajenos mucho más baladies, y hasta aquello que sólo por virtud de su propio gusto resulta defectuoso ó descuidado en opinión suya; si tenemos esto en cuenta, repito, no será impertinente recordarle de una manera práctica que, cuando el justo cae siete veces al día, bueno es moderar un poco el celo contra los pecadores.

Si con la gracia y la viveza del chiste y con los conocimientos literarios y gramaticales del señor Balbuena compitieran su rectitud de conciencia (hablo de la conciencia literaria), la fácil y exacta percep-

ción de los fines y la índole del Arte, el verdadero sentimiento de la estética, la caridad hacia el prójimo y la conveniencia y la urbanidad en las formas, no tendría precio como crítico.

Estimándole tal como se nos exhibe, resulta que, si bien nos instruye, interesa y hace reír, subleva por lo común el entendimiento y la conciencia del lector contra sus fallos. Ciertamente es que la mala hierba pulula en las faldas del Parnaso, y que Balbuena no sin justicia, aunque sí con absoluta carencia de misericordia, mata y entierra á algunos adoradores de las Masas, platónicos y desdichados; pero también es indudable que cuando se ensaña contra autores y obras que han merecido el respeto y el aprecio del público inteligente, el lector á menudo se divorcia de las opiniones del crítico y se inclina á juzgar desfavorable y tristemente de sus intenciones.

Refiérome en esto muy principalmente á sus artículos contra D. Marcelino Menéndez y Pelayo, D. Juan Valera y D. Gaspar Núñez de Arce; beneméritos de la literatura española en nuestros días.

En lo general llama la atención que un escritor católico, como lo es sin duda el señor Balbuena, cifre delectación morosa en amenguar el brillo de adalides tan inteligentes y resueltos de nuestra escuela espiritualista, como Menéndez Pelayo y Valera, no obstante las apariencias y jactancias de escepticismo del segundo; en circunstancias en que la ola del positivismo y el verdadero y nauseabundo aluvión materialista, procedente de las novelas de Zola y de sus discípulos y parciales, tratan de arrebatarse y sepultar cuanto distingue al hombre del bruto y á nuestra sociedad de una piara de cerdos. Tal extra-

ñeza es también aplicable á la conducta del crítico respecto de Núñez de Arce, quien si yerra en "La Visión de Fray Martín" y en alguna que otra composición diversa, ha escrito vigorosos y brillantísimos versos en defensa de cuanto hay noble y grande, según se puede ver en sus *Gritos del Combate*.

Viniendo á pormenores, salta á la vista, en confirmación de lo que he dicho de que la crítica de Balbuena sólo busca defectos; salta á la vista, digo, que ha escogido intencionalmente las composiciones y los pasajes más débiles de los mencionados poetas para su examen. Así, en Menéndez Pelayo hace caso omiso de sus mejores y más acabadas versiones de himnos latinos y helenos: en Valera ni mienta la traducción del himno latino al Amor, y las dos silvas originales y bellísimas acerca del amor de un viejo, contenidas en la novela "El Comendador Mendoza:" en Núñez de Arce para nada recuerda el poema "Raimundo Lulio," con que se enorgullece la poesía castellana en nuestra época. En los rarísimos casos en que se aparta de tal sistema, por ejemplo, cuando ataca "La Galerna," de Menéndez, y el "Idilio," de Núñez de Arce, pudiéramos sospechar que lo hace con el deliberado intento de rebajar aquello mismo que más ha agradado á los lectores ó que honra más al autor.

No creo que moleste gran cosa la crítica de versos escritos, probablemente, á ratos perdidos y sin presunción alguna, á los dos mejores prosistas castellanos de nuestro tiempo, notabilísimos, además, en géneros mucho más importantes de la literatura que la poesía lírica; y en cuanto á Núñez de Arce, el poeta lírico por excelencia, ya verá usted que Balbuena, después de fustigarle,

con injusticia casi siempre, le rindè un testimonio de aprecio que tanto como á Núñez de Arce honra al mismo Balbuena.

V

Para dar á usted más aproximada idea de estas críticas, tocaré brevemente una que otra materia de los artículos consagrados á los versos de los tres citados poetas, Menéndez Pelayo, Valera y Núñez de Arce.

Contra el primero de ellos, el primer disparo de Balbuena es un rasgo de mala fe, pues cita así estos endecasílabos de Menéndez, cambiando el acento en *Policrates* para estropearlos y deshacerlos:

“Cantó Anacréon el amor y el vino,
Cual del tirano *Policrates* siervo:
Mas era heleno *Policrates*: cuna
Diérate Samos”.

Con advertir que Menéndez escribió *Policrates* y no *Polícrates*, se ha dicho lo necesario. Igual procedimiento ha empleado Balbuena para descoyuntar este otro endecasílabo:

“Y tus medulas pertinaz gangrena”,

haciendo *médulas* las *medulas*. Vaya un tercer rasgo de mala fe:

“De mis cantos daré la flor primera:
Cobre hermosura al adornar tu frente”.

“Èste cobre, dice Balbuena, á primera vista parece metal; pero después resulta que es verbo.” Lo que resulta aquí es que esto no puede ser crítica.

Censura lo largo de algunos títulos; el empleo de algún texto pagano pudiéndose haber escogido otro, cristiano, para epígrafe; y el uso, en general, de casi todos los adjetivos, pues son éstos la pesadilla de Balbuena.

“¿Por qué de Horacio el numeroso acento.....

“Este numeroso, escribe, no crean ustedes que quiere decir que Horacio tenía muchos acentos: quiere decir *armonioso*.” Gracias por la explicación; pero habríamos preferido que nos explicara por qué reprueba esta frase: “*Tejer* soñadas alcurnias en alabanza de alguien.”

Critica todas las trasposiciones de Menéndez, sin recordar la Rodríguez Caro:

“Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado etc”.

Critica el uso del epíteto *ardido* por osado ó valiente, al parecer sin más razón que la de ser anticuado. Critica el uso del epíteto *lodosa* aplicado á la ciudad de París, sin recordar el significado de *Lutetia*, su antiguo nombre; y hasta parece rebelarse contra la lengua madre del castellano, cuando anatematiza el latinismo con que termina el segundo de estos versos:

“Levántase la forma vencedora
Del mármol que el cincel taja y *escinde*”.

Cita este excelente terceto:

“Corra en la piedra de la vida el río:
Tú serás el cincel, noble señora,
Que labre el mármol del ingenio mío”.

Y se le ocurre que no entiende lo del río de vida que corre en la piedra, agregando: “Pues se conoce que la

noble señora no ha querido meterse á cincel; porque el ingenio de Marcelino, vamos, el ingenio poético, sigue enteramente por labrar.”

Critica algún vocativo, *Dulce y gentil señora*, tomando lo *gentil* en el sentido de pagano; y sin recordar en cuanto á *dulce* aquel verso de Fray Luis de León en su oda “A la Ascensión del Señor.”

“Dulce señor y amigo, dulce hermano”.

Como es casi imposible ocultar siempre la verdad, aunque se procure, además del terceto que acabo de reproducir, ha tenido el crítico el candor de citar estos otros versos, no menos excelentes, de la “Galerna del Sábado de Gloria,” composición de las más bellas de Menéndez Palayo, según ya he dicho:

“Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena de hierro en sus entrañas.
Tejió del roble de la adusta sierra
Y no del frágil mirto su corona,
Que ni falerna vid ni ático olivo
Ni siciliana mies ornan sus campos”.

Y ha citado tales versos, solamente para agregar, sin temor de Dios ni respeto de sí mismo: “Es decir que se por los campos de la libertad, ensartando prosaísmos y ripios como otras veces.” ¡A lo que acaba usted de admirar llama prosaísmos y ripios el señor Balbuena!

Si se hubiera limitado á censurar algunos casos de hiperbaton inadmisibles, versos insonoros, el uso indebido de los agudos entre los graves, y el descuido respecto de asonancias en los finales de versos libres, habría estado en lo justo. De sus innumerables injusticias, sin embar-

go, venga cumplidamente al autor la simple inserción por Balbuena de los versos que yo á mi turno he copiado aquí. Ellos dicen á los inteligentes si es ó no también poeta el profundo humanista D. Marcelino Menéndez y Pelayo, ó sea *ese pobre muchacho* según Balbuena.

VI

En expresión del mismo, D. Juan Valera, el inteligente y ameno crítico, el docto humanista, el claro, castizo y elegantísimo escritor que ha producido la «Pepita Jiménez», «Doña Luz», «El Comendador Mendoza», «Pasarse de listo» y «Las ilusiones del Doctor Faustino»; novelas que cuantos pueblos hablan el castellano tienen ya conocidas, y que son de muy interesante y regocijada lectura, por más que no estemos conformes con todas las tesis que desarrollan, ni con la substancia de todos los chistes maliciosos pero delicados que en ellas campean: en expresión del crítico, repito, D. Juan Valera, «considerado como prosista, es *pasaderillo*; pero como poeta ¡Dios mío, qué malo!»

Para probar lo último, sin ocuparse en los versos de Valera más ó menos recientes, y dándolos por no escritos, Balbuena acude á una antigua colección de poesías de aquel autor, colección que, según el crítico, «tiene ya treinta y dos años de fecha». Y en seguida, escoge y entresaca las composiciones de carácter más íntimo y familiar, para despacharse con ellas á su gusto en cuantos cargos de prosaísmo le formula. La tarea, como usted comprende, no era dificultosa, y, sin embargo, no siempre ha sido feliz el éxito.

Ejemplo de ello. Dijo Valera:

«Jamás en buscar símiles me paro
Si con perfecta claridad explico
Lo que enturbie quizás si lo comparo.»

A esto observa el crítico: «¡Lo que enturbie! sobre ser prosa pura, sobre no haber ni asomos de poesía, tampoco hay gramática. Porque D. Juan quiso decir *lo que enturbiaría si lo comparara*, y por la necesidad del consonante y de la medida y demás, dijo *lo que enturbie* que no tiene sentido gramatical ninguno.» ¿Dónde tenía el suyo Balbuena cuando así discurría? Cualquiera principiante de gramática podrá demostrarle que, dada la construcción de la frase toda, hay entre *enturbie* y *comparo* la misma correspondencia que entre *enturbiaría* y *comparara*, y que lo escrito no es menos ajustado á la regla gramatical que lo propuesto. De más á más, sale holgando la acusación de prosaísmo cuando el género de la composición y la índole del pasaje citado no exigían otra cosa que la buena construcción y la claridad que en él reinan.

Vea usted un nuevo caso de prosaísmo, según el crítico: Compara el poeta el pensamiento con la mujer que necesita de aseo y de primor,

«Para que amable nos parezca y bella,
Pues la falta de ornato y compostura
Eclipsa la beldad que luce en ella.»

Va resultando hasta ahora con los versos de D. Juan Valera, lo que con los de Menéndez Pelayo: que la simple inserción de ellos constituye su mejor defensa.

La repetición de los cargos más ó menos infundados de prosaísmo, y el señalamiento de algunas faltas pro-

sódicas verdaderas y de la mala construcción real de varios versos (cosas muy comunes en los de autor tan novel como tenía que serlo Valera hace cerca de medio siglo), llenan el resto del artículo que le disparó Balbuena. Respecto de las poesías de aquél, posteriores, entre las cuales hay no pocas bellísimas, se calla éste como un muerto.

VII

Llego á lo relativo á D. Gaspar Núñez de Arce, en quien toda la poesía, según Balbuena, es un puro adjetivo.

No quiere el crítico que el poeta llame *petulante* á Maruja, ni que sea *lento* el río en su curso, ni que el lago esté *sin espuma*, ni que se deje correr las horas *sin medida*, porque se cuentan, no se miden; ni que se pueda uno olvidar del mundo *como un preso*, ni que *rindamos la cerviz* al lazo del matrimonio, ni que *se tome*, en vez de *se ponga* á alguien por testigo, *que es lo corriente* (*Tu dixisti*); ni que el amo que despide á un criado le diga *te despido*, ni que se califique de *gallarda* á una rapaza guapa, ni que el mar *abisme en sus olas* á los náufragos ó sus ambiciones, ni que una ermita se alce *enhiesta* en algún picacho, ni que un peñón aparezca *desnudo y solitario*, ni que sean *blanca* una capilla, *verde* la montaña, *desiguales* sus contornos, *tajado* el peñón, *acantilada* la costa, *furiosos* los vendabales, *pintoresca* la vega, *humilde* un poblacho de pescadores, y *honrados, rudos y ásperos* los pescadores que forman el poblacho. ¡Tantas otras cosas no quiere!

Por cierto que entre las aquí no expresadas, había

yo dejado pasar una muy curiosa: no quiere que el cambio ó truco de besos y caricias *quiebre* de pronto pláticas amorosas. ¿Se figura que únicamente los sólidos se quiebran? ¿No recuerda el *fulgura frango* que se ponía de mote á las campanas? ¿Nadie le ha *quebrado*, de chico, la voluntad? Sobre todo, ¿no ha dicho él mismo (RIPIOS ACADÉMICOS, página 141) «... y así salta con el sentido de un terceto á otro *quebrándolos* todos por la mitad?» Pues si él quiebra tercetos, deje que otros quiebren conversaciones.

No me parece más acertado en este otro reparo:

«Cubre su seno incitador espesa
Y nivea malla de ligero encaje.»

Dice Balbuena: «Pero después de haberla hecho usted espesa ¿para qué la quiso usted hacer de encaje ligero? ¿No veía usted que las dos cosas eran incompatibles?» Otros dirán que, aun siendo de ligero encaje, pudo resultar espesa la pañoleta una vez doblada, que es como la usan al cuello las mujeres.

Ni se le fueron menos los bártulos en lo que sigue:

«El horizonte corta y se alza enhiesta
Sobre la calva cresta
Del picacho granítico una ermita.»

«¿*Calva cresta* dice usted? (exclama Balbuena.) Pues crea usted que las crestas no son calvas, y que donde hay cresta no hay calvicie.» Se olvidó de la cresta carnosa de algunas aves; y, sobre todo, de que *cresta*, en su tercera acepción, es cima ó cumbre de montañas, formada de peñascos con la figura de cresta de gallo. Resulta, pues, que puede haber y hay, efectivamente, y

en abundancia, crestas calvas ó que carecen de vegetación, aunque el crítico se sulfure.

Claro está que había de pasarle inadvertida la belleza de la estrofa siguiente, de "La Pesca," en que aparece Rosa al lado de su esposo, y que Balbuena inserta para anatematizar el epíteto *viva*:

«Agraciada mujer viva y morena,
 En la ingrata faena
 Le acompañaba, y con secreto gozo,
 Á menudo ligera como el rayo,
 Mirándole al soslayo
 Orgullosa exclamaba: ¡Es un buen mozo!»

¿Qué valen junto á esto la letra menuda y las cavilidades de los que se propongan empeñar todo brillo?

Creo que después de lo apuntado, bien puedo saltarme á algo de lo que Balbuena dice acerca del «Idilio,» la más sentida de las composiciones de Núñez de Arce. Está lleno, según aquél, de incorrecciones, prosaísmos y ripios, lo cual, caso de que fuera cierto, se le debería perdonar ante la belleza de la generalidad de sus versos, de que dan idea éstos, insertos en el artículo:

«Muy cerca del lugar, junto á la ermita
 De la Virgen bendita,
 Á cuyos muros me llegué temblando,
 Aguardábame sola y enlutada
 Mi madre idolatrada
 Que se arrojó en mis brazos sollozando.
 La estreché desolado y convulsivo.
 —¡Murió! ¿Para qué vivo?
 Grité con ansia inacabable y fiera. . . . »

Véase cómo aprecian lo patético algunos críticos de detalle:

¿«Qué había usted de *gritar*, hombre? Ahí no se pue-

de gritar. Es imposible. Gracias que se pueda sollozar, ó murmurar, ó suspirar, ó decir; pero gritar, nunca. Y luego con ansia *inacabable* precisamente.»

Si hubiera leído *inagotable*, habría dicho que no se trataba de líquidos. En cuanto á gritar ó no gritar en casos así, supongo que ha de ser negocio de temperamentos y caracteres. Sollozar sería poco: limitarse á suspiros, solamente lo haría un alma de cántaro; y de murmurar no sería ocasión, salvo que el crítico quisiera que se murmurara de la Divina Providencia, lo cual no creo.

Y no vaya usted á figurarse que el señor Balbuena es del todo insensible. Hé aquí, á vueltas de pullas impertinentes de que no le es dable prescindir ni en sus raros accesos de sensibilidad, alguna confesión suya que le honra mucho, y á que antes aludi:

«Pero aun el *Idilio*, que es lo mejor que ha escrito usted, también está lleno de incorrecciones. ¡Y cuidado que es hermoso el *Idilio*! Yo no sé si será verdad que ha plagiado usted el argumento. Lo que sé es que el *Idilio* es bellissimo. Con decirle á usted que le he leído muchas veces, y todavía no le puedo leer sin que se me salten las lágrimas, me parece que digo bastante.»

Sí; es bastante. Es el triunfo del Arte en toda tierra de cristianos y hasta de moros; y las lágrimas de un varón tan poco tierno y blando como parece el señor Balbuena, deben compensar de todas sus injusticias al poeta.

Si libre de prejuicios pudiera aquél examinar serenamente el caso, se convencería de que si el «*Idilio*» hubiera sido escrito á su gusto, ó sea ajustadamente al mezquino cartabón de sus reglas, suprimiendo epítetos que dan vida, vigor y movimiento á los afectos, descripciones y acción del poema, y empleando frases rebus-

cadass y alambicados pensamientos en vez de los que llama él prosaismos y que las más veces no son sino realismos de buena ley, no le habría hecho llorar, ni suspirar siquiera, el «Idilio.»

Con sobradísima razón, á la regularidad y aridez de las tragedias de Voltaire y de algùn autor inglés de nota (Addison), preferia el Doctor Johnson las excentricidades y la magnificencia de los dramas de Shakespeare.

VIII.

Comprendo que, aun después de todo lo escrito, no podría yo hacer que usted se formara cabal idea del procedimiento critico de Balbuena sin recurrir á lo que en estos momentos la necesidad me sugiere y voy á poner en práctica: elegir alguna composición buena y corta del antiguo parnaso español, insertarla aquí para que la tenga usted á la vista, y figurar que Balbuena la critica según sus caprichos y genialidades, sin apartarme de sus expresiones y modos característicos.

Elijo, pues, el célebre soneto de Lupercio L. de Argensola «Al Sueño,» que dice:

“Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho
Mostrándome cortado él nudo estrecho
Consuelo sólo de mi adversa suerte.

‘Busca de algùn tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
Ó al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

“El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto:

“El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto
Y déjale al amor sus glorias ciertas.”

Supongamos por un momento que Argensola, en vez de haber brillado en su siglo, viviera hoy modestamente en Madrid pretendiendo un sillón académico ó acudiendo ya periódicamente á ocuparle en la casita de la calle de Valverde, y que hubiera tenido la mal aventurada idea de publicar su soneto en la *Discusión* ó en *La Unión* ó en cualquiera otro periódico de la Villa del Oso y del Madroño. No habría sido extraño sino lógico y naturalísimo que Balbuena cerrara así contra el soneto y el autor:

———

“Imagen espantosa de la muerte”,
(Que en mala parte le tomó se advierte.)
“Sueño cruel”

En sólo un verso y pico dos adjetivos. La aplicación del segundo al sueño es una verdadera crueldad, cuando generalmente se le llama dulce ó blando.

“Sueño cruel, no turbes más mi pecho”,

No-tur-bes-más-mi-pe-cho. Siete notas monosilabas seguidas, con el aditamento del *bes más* en *no turbes más*: todo lo cual es una segunda crueldad contra la poesía y los oyentes.

“Mostrándome cortado el nudo estrecho”
(Fuera mejor “deshecho”,
Porque nunca, si estoy en juicio sano,
Se ha cortado más nudo que el gordiano.)

De paso, van ya tres adjetivos; pero no nos alarmemos por tan poco. El soneto es un chaparrón de ellos.

“Consuelo solo de mi adversa suerte”.

Suelo-solo-sa-su. ¿De qué le servirán las orejas á Argensola?

“Busca de algún tirano el muro *fuerte*,
de jaspe las paredes, de oro el techo”;

El muro y las paredes, ó sea olivos y aceitunos en obsequio de la claridad. De oro el techo. ¿Dónde habrá visto techos de oro el autor? Hay techos dorados, y es cuanto. Á todo esto ¿qué necesidad tiene el sueño de buscar paredes y techos, pudiendo apoderarse desde luego del tirano mismo, sin andarse en rodeos, y, como si dijéramos, por los rincones, ó por los cerros de Ubeda?

“Ó al rico *avaro* en el *angosto* lecho”

Sí, señor, tan luego como se acueste el rico se convierte en avaro. Sería mejor que durmiera en poltrona. Y ese adjetivo *angosto* ¡qué poético! La *estrechez* del nudo gordiano le habría venido mejor á la cama, y lo *angosto* de ella al entendimiento del bardo. Y en *rico avaro* ¿cuál es el sustantivo y cuál el adjetivo? Porque lo mismo puede tratarse de un rico que es avaro, que de un avaro que es rico.

Ó al *rico avaro* en el *agosto* lecho
Haz que temblando *con sudor* despierte.”
(*Sin causar extrañeza ni alboroto,*
Caso nada remoto
Si de terciana sufre ataque fuerte).

Haz por hazle. ¿Temblando con sudor, ó despertando con sudor? Se puede temblar y despertar trasudando, ó bañado en sudor el cuerpo; mas no se dice temblar con sudor ni despertar con sudor. Posible es, si,

despertar á causa de lo abundante del sudor. En todo caso, buen provecho le haga al rico sudar, y que se enjague como pueda. ¡Ocurrencia verdaderamente patológica y asquerosa!

“*El uno vea el popular tumulto*”

El uno. ¿Quién es ese *uno*? ¿Estamos en presidio, donde se designa á cada forzado por su número? Ya irán apareciendo el *Dos* y el *Tres* y los demás.

•El uno vea el popular tumulto
•Romper *con furia* las *herradas* puertas,•

Herradas, sí, que las puertas no han de ser menos que los caballos: el herrador es el poeta:

•El uno vea el *popular* tumulto
Romper *con furia* las *herradas* puertas
Ó al *sobornado* siervo el *hierro oculto*.•
(¿Cómo verle podrá si no hace *bullo*?)

He aquí lo que se llama pretender *con furia* cosas imposibles y disparatadas. ¿Cómo *el Uno* ha de ver el puñal del *Dos* si le tiene éste escondido? Solamente por milagro, ó por alguno de los efectos del hipnotismo, hoy en boga. Anótese la asonancia de *siervo* y *hierro*.

•El otro•

Ya van apareciendo los demás.

•El otro sus *riquezas descubiertas*•

¡Vaya otra asonancia por si hace falta!

•El otro sus *riquezas descubiertas*
Con *llave falsa*•

Léase *ganzúa*, que es como decimos en Castilla.

«El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto;»

Ó con. ¡Pobrecillo de O'Connell! ¡Dios le haya perdonado! Y ¿quién es el insultado? ¿El tesoro escondido y descubierto, ó su dueño, que lleva aquí el número *Tres*?

»El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas.»

Como si dijéramos «déjale en paz.» Afortunadamente así nos dejó ya el autor, puesto que aquí concluye el . . . soneto, para darle algún nombre á esta descomposición. Y adviértase que como los sonetos deben cerrarse con llave de oro, éste se ha cerrado con llave falsa ó ganzúa, que de tal sirvió al bueno de Argensola el soso adjetivo *ciertas* para abrirse salida en las dificultades de la conclusión. Por lo demás, era lógico y debido que acabara con un mal adjetivo el soneto que ya llevaba trece adjetivos en el cuerpo, y que con el adjetivo final completó catorce para que le salgan á uno por verso. El autor es, ciertamente, muy digno del sillón académico.

Aquí termina lo que *mutatis mutandis* habría probablemente dicho Balbuena. Cuantos hayan leído ó leyeren los «Ripios» podrán decir si en algo exagero, y si la imitación que ensayo es inexacta, salvo en sus propias deficiencias de vida y gracejo y también de brusquedad y mala crianza.

IX

Supongo á usted escandalizado y furioso de tanto desacato, y evocando la sombra de D. Manuel José Quintana para que ratifique y sostenga, con el vigor que distinguía al gran poeta é inteligente crítico, lo que en el «Tesoro del Parnaso Español» dijo acerca de esta composición de Argensola:

«La idea principal, los accesorios que la enriquecen, la bella distribución de las partes, la energía de la expresión, la excelencia de los versos, todo es admirable y hace que este pequeño poema éntre en el cortísimo número de aquellos que desesperan por su perfección. Si Lupercio no hubiese escrito más que estos catorce versos, formaríamos de su talento una idea infinitamente mayor que la que resulta de sus demás composiciones. . . . Este *angosto lecho*, este *sudor*, este *temblor* no tienen por su fuerza y por su viveza nada que las iguale en las demás obras del poeta, ni que las exceda en castellano.»

¡A tal punto pueden diferir y hasta resultar antagónicas la autorizada crítica literaria antigua, y la que gusta hoy el señor Balbuena!

¡A tal punto, agrego, fundándome en la fingida crítica del soneto de Argensola, es fácil destrozar ó, cuando menos, deslucir las mejores obras del ingenio!

Porque para hablar sin embozo y decir todo lo que siento, seguro estoy de que, haciendo á un lado cavilosas y guasa, algunas de las observaciones que he atribuído al mismo Balbuena, han parecido á usted, allá

en el fondo de su conciencia, plausibles cuando menos; y de que el recuerdo de ellas le impedirá gozar tan de lleno como antes con la lectura del soneto en que involuntariamente ha de sospechar ó vislumbrar ya desperfectos y equívocos que le asalten como un mal pensamiento, contra el cual, séamos sinceros, ha de carecer de eficacia el agua bendita de las apreciaciones de Quintana.

Esto que á primera vista parece raro é inexplicable, quizá no lo sea para quien algo se fije en los caracteres de la crítica antigua y de la moderna, sobre todo, la del género á que hoy me he referido: aquélla más inclinada á entusiarmarse y alabar; ésta, por regla general, sin ilusión ni alteza de miras, resuelta casi exclusivamente á analizar y demoler. Por otra parte, los adelantos alcanzados obligan á que aun la buena crítica sea hoy mucho más severa y exigente al ocuparse en las formas de todo producto del Arte. El examen y detenido estudio de estos y otros puntos y del verdadero valor de los juicios de Balbuena, más bien que á simples aficionados como yo, debe emplear á personas tan competentes como usted. Animo, pues, querido Maestro: provease usted de magnesia si es necesario, y acometa la empresa, que todos ganaremos con ello.

J. M. ROA BÁRCENA.

Méjico.—1890.

LAURUS NOBILIS

A GUILLERMO PRIETO

ENVIÁNDOLE UNA PLANTA DE LAUREL, RARA EN ESTOS CLIMAS

Laurel de Apolo
que tierno se alza á la materna sombra
del tronco protector.

GRÓGICAS. Traducción de M. A. Caro.

Crece en mi huerto un árbol parecido
al que, en la tumba de Virgilio, antaño
plantó Petrarca, y que en injusto olvido
sufrió del tiempo y de la incuria el daño.

Congénere es del ramo que la frente
del vate y del guerrero
ornaba, cuando Roma armipotente
el triunfo de la lira ó del acero
al Olimpo exaltaba refulgente.

Su aromoso verdor aún del tugurio
alejaba el contagio.
Colocado en la popa del trirremo,
de victorias augurio,
las furias alejaba del naufragio
al compasado rechinar del remo.

Plegaria y voto al par, la gente griega
contra destino infausto
en la onda lustral el lauro anega;
y de oro, más que de agua, en holocausto
la trípode apolínea en Delfos riega.

Él en los juegos píticos ceñía
 la sien sudosa al triunfador atleta
 ó al vencedor del canto.
 Él (pueril vanidad en héroe tanto)
 bajo verde follaje y floreciente,
 del sarcasmo del vulgo sacó salva
 la pensativa frente
 del grande Dictador, radiosa y calva.

Del huerto, donde el aura
 con vivífico aroma
 el vigor de tus músculos restaura
 y de la edad los sinsabores doma,
 este joven laurel ornato sea;
 y creciendo en vigor y lozanía,
 por lustrós de salud y poesía
 de tu vejez las lindes dilatarse
 á inusitado alongamiento vea.

Y cuando apague el luminoso faro
 de tu fértil ingenio la Inclemente,
 de la movable cúpula al amparo
 repose tu ceniza blandamente.

¡Oh buen poeta! En lustrós venideros
 tu sepulcro y el árboi que le asombre
 frecuenten de las letras los obreros
 silabizando con amor tu nombre.

Así justo homenaje á gran renombre
 y de robusta inspiración auxilio,
 de Posilipo en la desierta gruta
 culto, aun sin verlos, el cantor tributa
 al lauro y la ceniza de Virgilio.

CASIMIRO DEL COLLADO.

POESÍAS

DEDICADAS AL SR. D. CASIMIRO DEL COLLADO EN LA MUERTE DE SU HIJA MARGARITA,
ACAECIDA EN FRANCIA

I

Ni riquezas, ni laureo, ni escondido
huerto de amor que al corazón es nido,
ni recto paso y firme en el desierto
árido del vivir, ni triple cota
de calma y de valor, ni la esperanza
lúcida y fiel de prometido puerto
son pararrayo al golpe
que el alma os deja desolada y rota.

Surcad, surcad los mares
rudos, de vuelta á los antiguos lares.
Allá queda una tumba
humedecida en llanto que no agosta
nocturna escarcha ni abrasado estío.
Aquí la dulce imagen
del bien ausente en el hogar ya frío:
y della en torno y de vosotros, niebla,
cielo sin luz ni azul, campos sin flores,
techos sin muros altos que no puebla
la móvil sombra ni el acento flébil
de la que ya murió; y al lado vuestro
tétrica Soledad, Dolor siniestro.

Sólo consuelo es Dios. La humana vida
no bien amaneció cuando ya es ida.
Llévenos su raudal: en el remanso
de la piadosa muerte.

hallan obrero y luchador descanso.
 ¡Oh Margarita bella!
 ¡Oh padres infelices por amante!
 Orad.—Breves instantes
 Un paso más, y os juntaréis con ella.

JOSÉ M. ROA BÁRCENA.

II

Ven, llega, ¡oh dulce amigo! El pie causado
 en la playa feliz de Anáhuac sienta:
 tu asilo sea en la hórrida tormenta
 que te ha movido inexorable el hado.

De esta mi patria el éter azulado,
 el aura tibia que se mece lenta
 y la campiña opaca y opulenta
 bálsamo son al corazón llagado.

El sol americano con luz pura
 la pupila bañó en aqueste suelo
 de aquel ángel de paz y de ventura.

Hoy que á su Dios ha remontado el vuelo,
 ven á Méjico, ven, que de esta altura
 más cerca está la inmensidad del cielo.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA.

III

Hasta Méjico llegó
 desde la margen del Sena
 el gemido que honda pena
 á tu pecho le arrancó.
 Tu queja repercutió
 en nuestro ser; tu amargura
 y tu horrenda desventura

provocaron nuestro llanto,
y se elevó puro y santo
nuestro voto hacia la altura.

¿Cómo no, si tú solías,
honor de los trovadores,
cantar en tiempos mejores
de Anáhuac las alegrías?
¿Cómo no, si en las impías
tormentas de sangre y duelo
que enlutaban nuestro cielo,
tú con generosa mano
brindaste siempre al hermano
el bálsamo del consuelo?

Entonces, allí en tu hogar,
hermosa, gentil, garrida,
joya del alma querida,
pura cual blanco azahar,
Margarita en su mirar
luz del cielo reflejaba,
si en tu ancha frente posaba
con infantil embeleso
de su labio el dulce beso,
y cual las aves cantaba.

En tierra extraña, marchita
la única flor de tu huerto
¡ay triste! quedó; ¡no ha muerto
en Méjico Margarita!
En medio á tu horrible cuita,
al sangrar tu corazón.
¿no alcanza á ver tu razón
que no te quiso causar
Anáhuac, nunca, el pesar
que hallaste en otra región?

Torna á tu hogar; afanosa
te ofrecerá nuestra tierra

la alma ternura que encierra
seno de madre amorosa.
Allá lejos, desastrosa
pudo la horrible aflicción
destrozar tu corazón,
dejar tu bajel desecho. . . .
Tendrá aquí tu noble pecho
cristiana resignación.

Torna á tu hogar; si pasaron
para no volver, los días
de las dulces alegrías
que tus cantos inspiraron,
la blanca estela dejaron
del recuerdo; la piedad
que en horas de adversidad
nuestras penas graves calma,
dará cariñosa á tu alma
como ofrenda la amistad.

FRANCISCO SOSA.

LA CRÍTICA LITERARIA EN MÉJICO *

La estrecha relación que existe entre las diversas manifestaciones del pensamiento que tienen por objeto la expresión de la verdad ó la belleza, no permite puntualizar los límites del dilatado campo en que la crítica ejerce su imperio soberano. No obstante la diferencia fundamental que distingue al genio creador de los talentos observadores y reflexivos, á Homero de Aristóteles y á Cicerón de Quintiliano, la crítica, una de tantas formas por medio de las cuales se revela el sentimiento estético, se confunde no pocas veces con la ciencia de la belleza, y apenas podrán señalarse los linderos que la separan de la historia literaria, la cual, sin ella, no sería más que un catálogo de nombres y de fechas, falto de significación y trascendencia.

Al sentimiento de cándida y sincera admiración que debió producir en los hombres el relato poético de las acciones maravillosas de sus dioses y de las hazañas de sus héroes, hubo de suceder el deseo de inquirir la causa y el fundamento de las gratas emociones que su alma experimentaba. Si los griegos atribuían á los cantos de Lino y Orfeo virtud casi divina que levantaba

(*) El presente estudio fué leído por su autor ante la Academia Mexicana de la Lengua, en junta celebrada el día 16 de Mayo de 1907 al tomar posesión de la plaza de Académico de número.

murallas, suspendía el curso de los ríos y forzaba á los leones y á los tigres á abandonar las selvas y deponer su ingénita fiereza; si varias ciudades helénicas se disputaban la gloria de haber sido la cuna de Homero; no por eso faltaron espíritus curiosos y atrevidos que osaran penetrar, por medio del análisis, en los ocultos senos de la conciencia, para descubrir allí el secreto del placer intenso que sentían, y contemplar el tipo de la eterna belleza, al cual no era dado acercarse sino por la severa observancia de preceptos inviolables. Los verdaderos creadores de la crítica han sido los grandes genios. Homero, astro de primera magnitud en el cielo esplendoroso de la poesía, y el divino Platón, que en lenguaje semejante al de los dioses expuso sus teorías sublimes sobre la belleza, merecen sin duda ser contados entre los primeros reveladores de la suprema hermosura en las obras de la naturaleza y del arte. A su sombra se formaron numerosos é inteligentes cultivadores del gusto, dotados de ese espíritu de análisis y comparación, que es el primer elemento en los estudios críticos, destinados á ocupar lugar prominente en el amplio campo de los conocimientos humanos.

La crítica debió nacer desde el momento en que el acento inspirado de los poetas se dejó oír en el mundo. "La poesía, expresión espontánea del poder intelectual del hombre en las sociedades primitivas; forma primera de la oración y del sentimiento religioso, de la legislación y del amor á la familia y á la patria en las sociedades nacientes; encarnación de cuanto tiene de más íntimo el corazón humano y de más divino el pensamiento; de cuanto en la naturaleza visible tiene mayor magnificencia en las imágenes y más melodía en

los sonidos," según las hermosas palabras de Lamartine,³ tuvo en su origen un carácter sacerdotal y sagrado. ' Pero si la veneración y el respeto nacieron el primer día, en el siguiente apareció la crítica. Las varias partes de una misma obra, diferentemente gustadas, fueron ocasión de preferencias y exclusiones, mediante las cuales se llegó á distinguir lo que se juzgaba bueno de lo que se tenía por malo; lo que causaba placer de lo que desagradaba más ó menos: resultado natural de la diversidad de juicios y de impresiones.'⁴

Dos senderos distintos, sin embargo, siguió la crítica desde su infancia, y es oportuno notarlo desde luego, porque, salva la variedad ocasionada por tiempos y lugares, análogas diferencias se han observado en épocas posteriores. La crítica hubo de elevarse á la consideración del tipo normal de cada género, para dictar las leyes que deben ser observadas si se desea alcanzar la mayor perfección posible; ó bien se limitó á clarificar la frase oscura y á interpretar el sentido de las palabras. La primera manera de ejercer tan elevado magisterio dió origen á las obras inmortales de Aristóteles, Longino, Cicerón y Quintiliano; la segunda informó la crítica de los escoliastas que florecieron en épocas de decadencia literaria.

Aristóteles, el genio más vasto y comprensivo de la antigüedad, no conforme con haber dado leyes al pensamiento por la reducción de todos los razonamientos posibles á un corto número de formas, fuera de las cuales la razón se extravía y cae en el error, dirigió sus miradas al campo de las letras, y no se desdeñó de

³ Curso Familiar de Literatura.

⁴ La Harpe. Curso de Literatura Antigua y Moderna.

aplicar todo el poder de su ingenio observador y profundo al estudio de las obras que hoy miramos como de pura imaginación, pero que en la infancia de las sociedades constituían los elementos más preciosos de la vida intelectual de los hombres. El filósofo de Estagira trató de investigar el origen de la poesía, estableció comparaciones entre los diversos géneros en que ésta puede dividirse, y tuvo la gloria de formular leyes que la posteridad ha aceptado, dándoles el carácter de inviolables. El principio de la unidad de composición, instintivamente observado por Homero, fué elevado por Aristóteles, en su *Poética*, á la categoría de uno de los preceptos fundamentales de toda obra literaria.

Esta manera de crítica, que podemos llamar trascendental, tuvo nuevo florecimiento en tiempo de los filósofos alexandrinos. Aquella época de transición y de análisis tenía que ser favorable á la crítica. Si los tiempos de las grandes creaciones habian pasado, y los nombres gloriosos de Platón y de Aristóteles eran como un eco lejano en los ámbitos de las escuelas fundadas ó restauradas por los sucesores de Alejandro, en cambio el espíritu de investigación y de examen lo había invadido todo; la filosofía era ocupación de los talentos superiores, y el deseo ardiente y apasionado de penetrar los secretos de la antigua sabiduría dominaba todas las inteligencias. La escuela de Alejandría fué una escuela ecléctica; pero para llegar á estos extremos hubo de comenzar por ser escuela crítica. ⁵

A ella pertenece Plotino, cuyas sublimes doctrinas,

⁵ Véase la Historia de la Escuela de Alejandría por Julio Simón. Edición de Paris, 1845, y los artículos relativos en la Enciclopedia del siglo XIX.

expuestas y comentadas en un lenguaje que tanto se acerca al original, por un insigne humanista español; conmueven dulcemente nuestras almas y arrebatan nuestra admiración. El teósofo alejandrino contempla la belleza en sí, libre de toda cosa creada y perecedera, y sus conceptos sublimes, á la vez que nos hacen recordar las efusiones de amor y de ternura en que tanto abundan los escritores místicos españoles del siglo XVI, traen á nuestra memoria las siguientes palabras de un filósofo contemporáneo nuestro: ⁶ «Lo bello se siente y no se define. Está en nosotros y fuera de nosotros, en las perfecciones de la naturaleza y en las maravillas del mundo sensible, en la energía independiente del pensamiento solitario, en el orden público de las sociedades, en la virtud y en las pasiones, en el llanto y en el placer, en la vida y en la muerte.»

Al mismo período pertenece Longino, cuyo *Tratado de lo Sublime* es una obra maestra de buen sentido, de erudición y de elocuencia, superior, en concepto de Fenelón, á cuanto los griegos escribieron acerca de la oratoria. Lo que más cautiva en él, es el amor desinteresado al arte, la pasión que palpita en cada una de sus páginas y que ha hecho de este hermoso libro uno de los monumentos más gloriosos que debemos á la antigüedad clásica. «Longino, dice Mr. Villemain,⁷ convirtió la crítica en una obra de inspiración y de amor, señaló como objeto supremo del arte la aspiración á lo infinitamente hermoso, amó las letras por ellas mismas, é intentó llegar á esa perfección ideal soñada por Platón, y que Cicerón supo expresar con palabras tan felices, que

⁶ Royer Collard.

⁷ Curso de Literatura Francesa en el siglo XVIII.

una vez que han herido nuestra mente no se borran fácilmente de la memoria. »⁸

Por desgracia la crítica no se mantuvo siempre en tan excelsas cumbres; descendió de ellas, y siguiendo el segundo de los caminos al principio señalados, se dedicó á comentar los textos, á aclarar el sentido de los pasajes oscuros, y á descubrir las bellezas y los defectos de las obras que hasta entonces habían sido objeto de admiración dominante y exclusiva. Por uno de esos raros privilegios del genio, los inmortales poemas de Homero fueron el tema sobre el cual se empeñó apasionada discusión. Aristarco de Samotracia, comentador de Píndaro, tomó á su cargo la corrección de aquellos admirables cantos, que en las copias sacadas por orden de Pisistrato adolecían de gravísimos defectos. Procediendo como crítico juicioso, restituyó la Iliada y la Odisea á su pureza primitiva, hizo resaltar las bellezas de los originales, y mereció por su leal proceder la estimación de sus contemporáneos y el reconocimiento de la posteridad, que en honra suya ha dado el nombre de aristarco á todo crítico sereno é imparcial.

Zoilo el Macedonio, contemporáneo y émulo de Aristarco, siguió un camino opuesto al que éste había recorrido. Hizo esfuerzos extraordinarios por derribar á Homero del altar en que la gratitud y la admiración de sus pósteros le habían colocado, sin lograr más que hacerse odioso á sus conciudadanos, y dejar un nombre que ha llegado hasta nosotros cubierto de oprobio, justo castigo de las malas acciones. Zoilo ha sido reputado en

⁸ *Insidebat quippe animo species eximia quædam pulchritudinis, quam intuens in ea quæ defixus, ed illius similitudinem artem manum que dirigebat. Cic. De Orat. Lib. I, part. V.*

todos tiempos como la personificación de la crítica rastro y envidiosa.

Este género de crítica y estas discusiones que hoy se nos figuran frívolas, no carecían de utilidad. La crítica que podemos llamar de pormenores ha sido provechosa en ciertos períodos literarios, porque sin ella no hubiera sido posible elevarse á más altas concepciones. El estudio prolijo y minucioso de los escritos originales en el último período de la literatura griega, no fué ejercicio indigno de los talentos que á él se dedicaron. Restituír los textos á su pristina pureza, interpretar los pasajes oscuros, conciliar sus aparentes contradicciones, no era tarea vana ni trabajo fácil de desempeñar. La posteridad debe mostrarse agradecida á quienes en aquella época, y en otras menos lejanas de nosotros, han tomado á su cargo empresa tan cansada y fatigosa.

En la literatura latina se encuentran mezcladas en proporciones casi iguales la inspiración y la crítica. Destinados los romanos á dominar el mundo con la fuerza de sus armas, fueron, no obstante, vencidos por el encanto y las bellezas de la literatura helénica. En todos los géneros literarios tuvieron por institutores á los griegos, cuya lengua cultivaron y cuyas obras maestras estudiaban con verdadero deleite. El arte difícil de la elocuencia, fué, no obstante, para ellos objeto de particular predilección, como tenía que ser en un pueblo donde la vida pública era tan activa, constantemente agitada por frecuentes perturbaciones y convulsiones profundas. Cicerón, el genio más literario de los antiguos tiempos, orador, filósofo y magistrado, hombre de letras y

hombre de acción, como lo fueron todos los grandes varones de la antigüedad, es el primero cuyo nombre se nos viene á la memoria cuando queremos ponderar y enaltecer el poder mágico de la palabra. Cicerón, que tuvo la rara felicidad de emplear todas sus facultades en el servicio de su patria, disfrutó también el grato placer de perfeccionar su espíritu en la soledad y en las delicias del campo, y el no menos grato de contribuir con sus ejemplos y con sus doctrinas al perfeccionamiento de la oratoria.

Los libros que acerca de ella escribió son harto conocidos, y no hay necesidad de enumerarlos en este lugar. Nadie ignora qué conjunto de raras facultades exigía en el orador perfecto, al cual coloca en cima tan alta, que á su juicio, nadie, entre sus predecesores, había logrado alcanzarla.⁹ Los libros preciosos *De la Invención*, *Del Orador*, etc., son obras maestras de alta crítica literaria, en los cuales expuso los secretos del arte que poseía, con una magnificencia que iguala á la de Platón; El ilustre orador romano pondera y enaltece con amor y con pasión, con verdadera complacencia, el poder de la palabra humana, como quien ha podido medir toda su grandeza y gozar plenamente de sus triunfos.

Después de Cicerón, omitiendo otros nombres, y entre ellos el del grande historiador Tácito, autor presunto de un *Diálogo sobre los oradores*, que se encuentra entre sus obras en la colección de Nisard, hay que recordar aquí á Marco Fabio Quintiliano, cuya influencia saludable en todo lo que atañe al buen decir y á la formación del gusto, se ha prolongado al través de los si-

⁹ Dissertos me cognosse non nullos, oloquentem adhuc neminem. Lib 1, párr. 21. De Orat.

glos. Su libro *De la educación del orador*, fruto de veinte años de enseñanza, es al mismo tiempo un curso de pedagogía, un tratado de gramática y un libro de crítica y preceptiva literaria, el cual ha servido de pauta, de guía y de modelo á cuantos se han dedicado, en las naciones de origen latino, al cultivo de las letras.

Lo que Cicerón para la elocuencia, fué Horacio para la poesía. Su conocida epístola *Ad Pisones*, estudiada y comentada aún en nuestros días, ha sido vista como un código que contiene las leyes más severas del buen gusto y los principios fundamentales del arte literario. «El transcurso de diez y nueve centurias, dice Menéndez y Pelayo,¹⁰ no ha bastado para marchitar su inmortal juventud, porque casi todos los preceptos que encierra son aforismos que corresponden á las leyes eternas del espíritu humano.»

Mas no pasó mucho tiempo sin que se hiciese sentir la decadencia. A la crítica severamente majestuosa, llena de nobleza y gravedad que ha hecho de las obras anteriormente citadas, objeto de respeto y veneración para los espíritus cultos, amantes ardorosos de la belleza, sucedió otra, baja, servil é interesada que apenas merece que se haga mención de ella en la historia de la crítica literaria.

Si el reinado de Augusto ha sido llamado, y con razón, siglo de oro de la literatura latina, por la perfección que durante él alcanzó la lengua nacional y por la copia de preclaros ingenios que le dieron lustre con sus escritos, poco después la abundancia misma de poetas é historiadores fué, quizá, causa de lamentable y vergonzosa caída.

10 Menéndez y Pelayo. Historia de las ideas estéticas en España.

Asinio Pollión, amigo y protegido de Augusto, fundó en Roma la primera biblioteca pública, á la cual llamó *Atrium*, es decir, *santuario de la libertad*, como para dar á entender, dice un historiador,¹¹ que no hay libertad posible sino donde el pensamiento se recoge y se eleva sobre las debilidades de los hombres. A él se debió igualmente la apertura de vastos salones, en donde, á semejanza de lo que hoy pasa con motivo de nuestras conferencias ó conversaciones literarias, acudían poetas é historiadores, faltos de otros medios de publicidad, á leer sus obras, en busca más bien de elogios inmerecidos que de provechosas censuras.

Estas reuniones llegaron á ser tan frecuentes que casi se convirtieron en una institución pública, y bien pronto el severo magisterio de la crítica, ejercido por gente desocupada y baladí, descendió hasta un extremo tal de bajeza y corrupción que apenas se puede concebir. Se dice que los deudores vendían sus sufragios en cambio del aplazamiento ó de la remisión de las deudas que habían contraído. Los que buscaban tan fácil popularidad multiplicaban sus escritos en proporción de los aplausos que recibían. La producción literaria llegó á medirse, según refiere Plinio, como se medían los granos, y solía decirse: *este año ha sido abundante en poetas*, como se decía *ha habido abundancia de melones ó de trigo*.¹²

Con razón Horacio condenó una costumbre que, en su sentir, había sacado el arte de la soledad y del retiro, fuentes de natural inspiración, para ponerlo á merced de viles aduladores, de charlatanes, y de hombres sin gus-

11 M. Beulé. *Augusto, su familia y sus amigos*.

12 Plinio lib. 1, 13. Persio Sat. 1^a y Juvenal Sat. 7^a

to ni conciencia. Este sentimiento de justo enojo, del cual participaron Lucrecio y Juvenal, fué vivamente expresado por otro poeta á quien podemos citar como el último representante de la genuina crítica literaria en Roma.

En el Satirycón de Petronio, documento precioso que nos hace conocer con una crudeza rayana del cinismo, las costumbres corrompidas de la época, se encuentran mezcladas con las impurezas del vicio no pocas lecciones de crítica sensata y delicada. Petronio tomó parte en las disputas literarias de su tiempo, defendió con vehemencia sus opiniones, y el poeta burlón y satirico, suele convertirse en defensor de las antiguas tradiciones, contra los atrevimientos de sus contemporáneos.¹³

Después de Petronio sólo han llegado hasta nosotros nombres oscuros que señalaron el ocaso de las inteligencias y la corrupción del buen gusto en Roma. Así las letras latinas pasaron por todos los artificios y por todas las tentativas de la ciencia literaria, agotando, por decirlo así, según las elocuentes expresiones de un crítico contemporáneo,¹⁴ todas las formas de imitación que el genio helénico pudo inspirarles, primero en la época de su mayor pureza, después en su decadencia; y por último, cuando faltas de aliento y de vigor, intentaron rejuvenecerse por los artificios de los sofistas y los procedimientos de los gramáticos, á falta de sentimientos libres y de pensamientos originales.

¹³ Satirycón, Párrafo 118. Sobre las lecturas públicas puede verse á Gastón Boissier, *La Oposición bajo los Césares* y á D. Nisard, *Los poetas de la decadencia*.

¹⁴ Villemain. Obra citada.

Es opinión común que la crítica literaria desapareció á la caída del imperio romano, y que durante los siglos medios el olvido completo de los buenos estudios hizo imposible el activo ejercicio de las inteligencias en busca de la belleza, con sujeción á cánones previamente establecidos. Se cree, de ordinario, que hasta el renacimiento de las letras, á fines del siglo XV y principios del XVI, la crítica no tuvo materia en qué ejercitarse, dadas la rudeza de los tiempos y la obscuridad casi completa en que se veía envuelto el mundo intelectual.

La mirada penetrante de algunos críticos sagaces y curiosos ha llegado no obstante, á descubrir, siglos atrás; una era nueva para la literatura y el arte.

La revolución extraordinaria que se realizó en el mundo por el cristianismo dió diversa dirección á las ideas, modificó los sentimientos, purificó los afectos y fué origen de una nueva literatura. Los Padres de la Iglesia, esto es, los espíritus mejor cultivados, los caracteres más firmes de aquella época, á pesar de su admiración por las letras profanas, cesaron de imitarlas, y substituyendo el recuento estéril de una riqueza mal apreciada, el anhelo á nuevos ideales y el ardoroso entusiasmo por las doctrinas que enseñaban, depositaron en la tierra la semilla que más adelante debía producir frutos sazonados de hermosura. "Sin los oradores cristianos, sin sus ideas nuevas, sin su entusiasmo, sin las pasiones del claustro y de la tribuna, dice un crítico, los hombres estudiosos hubieran continuado la estéril tarea de comentar á Homero y á Virgilio, y el mundo entero se habría convertido en escoliasta." 15

15 Villemain. Obra citada.

El despertar de las inteligencias fué lento, sin embargo el espíritu humano parecía dormir, y se necesitaba la aparición de un genio poderoso que le hiciera salir de su letargo.

Este genio fué Dante, quien á pesar de su potente originalidad y de su profunda ciencia teológica, tributó humilde homenaje á la soberanía de las letras latinas, conservada á través de todas las vicisitudes del pensamiento humano. El *altísimo poeta*, peregrino en los mundos de ultratumba, guiado por Virgilio, lustre y decoro de todos los cultivadores de la poesía, reconoce y declara que al dulce mantuano debe el estilo granítico, el verso perdurable y la frase máscula que hicieron de la Divina Comedia la enciclopedia portentosa de los tiempos medioevales.

Las imaginaciones, hondamente conmovidas por la aparición del poema del Dante, se entregaron con ardor á la contemplación de las obras del genio. A semejanza de lo que aconteció en los siglos posteriores á Homero, se fundaron en Italia cátedras para interpretar la obra del desterrado florentino, y si bien en los principios la interpretación fué más bien histórica que literaria, después llegó á ser más profunda y general, y tuvo por objeto penetrar en los recónditos pensamientos del poeta, realzar sus bellezas y tributar un culto respetuoso de admiración y de amor al potente genio que, convirtiéndose en distribuidor de la justicia, reveló al mundo todo lo que en la Teología se encuentra de más arcano, de más incomprensible en la Historia y de más hermoso en la Poesía.

Entonces se formó una literatura llena de juventud y de vida, bajo la influencia de quienes, como Angelo Po-

liciano, Ariosto y el Tasso, explicaban con un calor y un entusiasmo que hoy no podemos comprender, las maravillas del genio griego, la inmensidad homérica y la profunda comprensión humana de Eschilo, Sófocles y Eurípides.

De esta suerte "el espíritu de comparación y la admiración ingeniosa y erudita de las obras maestras del espíritu humano, que constituyen la crítica literaria, adquirieron nueva vida, merced á la virtud portentosa del genio." 16

El vasto movimiento intelectual que conmovió á Europa en los primeros albores de la edad moderna, tuvo como caracteres distintivos, una admiración sin reserva á la sabia antigüedad y el culto exclusivo de la belleza sensible y material. El renacimiento de las letras dió origen á apasionadas polémicas entre los humanistas, ocasión propicia para el desarrollo de la crítica literaria. Erasmo, Escaligero y algunos otros eruditos á quienes un escritor ingenioso ha llamado los *gladiadores de las Letras*, denominación en su sentir propia para hacer conocer el ardor que ponían en sus disputas, la rudeza de su estilo, y la pasión que animaba á sus numerosos discípulos, son los primeros que deben ser mencionados en este lugar. 17

Con mayores títulos, quizá, á nuestro reconocimiento deben figurar en la historia de la Crítica otros nombres que apenas nos será dable recordar brevemente.

Ronsard, objeto de grandes elogios y de crítica im-

16 Villemain. Obra citada.

17 Chisard. "Los Gladiadores de la República de las Letras en los Siglos XV, XVI y XVII."

placable, pero, sin duda, profundo conocedor de la poesía clásica, cuyos procedimientos intentó introducir en la poesía francesa; Montaigne, talento de temple superior, admirador sincero de Virgilio, Horacio y Lucrecio, que en cortas frases señaló la relación íntima que existe entre el pensamiento y la expresión;¹⁸ y por último la La Bruyère, á quien la facilidad de descubrir lo ridiculo y señalarlo con rasgos felices y atrevidos, no impidió conocer y estimar la verdadera grandeza, nos dejaron en sus obras observaciones de inestimable precio acerca del arte de escribir; y son escritores dignos de especial mención.¹⁹

Al hablar de crítica literaria en este período, no sería dado omitir el nombre de Boileau, cuya influencia ha sido universal. Este ilustre escritor influyó en el perfeccionamiento de las letras, de tres maneras: como crítico, al herir despiadadamente á sus enemigos literarios,

18 Montaigne decía, refiriéndose á los poetas latinos del siglo de Augusto: "El lenguaje de estos poetas es robusto, de un vigor natural y constante. No es una elocuencia dulce ó inofensiva, es, por el contrario, nerviosa y sólida, que llena y arrebatá á los más fuertes espíritus. Cuando veo estas atrevidas formas de explicarse tan vivas y profundas, *no digo que esto es hablar bien, sino que afirmo que es pensar bien.*"

19 "Hay en el arte un punto de perfección, como lo hay de bondad y de madurez en la naturaleza; el que lo siente y se complace en él, tiene el gusto perfecto; y el que no lo siente y va más allá ó más acá tiene el gusto defectuoso."

"Entre todas las expresiones que pueden servir para comunicar nuestro pensamiento, de palabra ó por escrito, no hay más que una sola que sea buena, y cuando se la ha encontrado, se advierte que era la más sencilla, la más natural, la que parece que debia presentarse á la mente desde el principio, sin esfuerzo de nuestra parte."

Les caracteres ou les mœurs de ce siècle. Chap. I. Des ouvrages de l'esprit.

Estas palabras nos recuerdan otras de Flaubert, asombroso estilista, citadas por nuestro colega el señor Delgado en sus Lecciones de Literatura, pág. 81.

enterrando, según gráfica expresión de Menéndez Pelayo, toda una literatura pésima, fanfarrona y bastarda; como preceptista, por medio de su *Arte Poética*, código completo de leyes y preceptos fundados en el buen sentido y expresados de una manera sencilla y agradable; y como modelo, por sus hermosas composiciones en verso, en las que la espontaneidad y la sencillez corren parejas con la pureza y la elegancia.

Corneille y Racine, los dos príncipes de la poesía dramática francesa, gloria y decoro del siglo de Luis XIV, siglo tan abundante en hombres ilustres, pueden también contarse entre los escritores de crítica literaria, por los prólogos ó advertencias que pusieron á algunos de sus incomparables poemas.

Pero nada dió tanto vuelo á los estudios críticos, en aquella época, como la célebre discusión acerca de la superioridad de los antiguos sobre los modernos, apenas comparable con la que, en nuestros tiempos, sostuvieron en Francia, clásicos y románticos.

Con ocasión de un escrito de Saint Sorlin, favorito del cardenal Richelieu, en el cual su autor, anticipándose al ilustre cantor de las glorias del Cristianismo, afirmó que los asuntos cristianos son los únicos propios de la poesía heroica, Carlos Perrault, en su célebre *Paralelo entre los antiguos y los modernos*, condenó los artificios y las ficciones de los poetas tenidos por clásicos, y señaló como únicos modelos que merecían ser imitados los escritos de los autores cristianos. «El problema del progreso indefinido en literatura, todavía no resuelto, dice Menéndez Pelayo, fué planteado por primera vez en este libro, y no hubo escritor alguno en aquel siglo, que lanzara á la arena tal número de opi-

niones nuevas y paradójicas, unas verdaderas y otras falsas, pero destinadas todas á hacer gran ruido en el mundo.»

Esta polémica despertó el interés de todos los hombres de letras y dió origen á numerosos escritos que vinieron á enriquecer el ya abundante caudal de doctrinas de crítica literaria.

El eco de tan acalorada contienda llegó hasta los oídos del dulce y virtuoso arzobispo de Cambray, quien en sus *Diálogos sobre la Elocuencia*, y en su *Carta á la Academia francesa*, á la par que preceptos de grande estima acerca del estilo y de la composición literaria, legó á la posteridad ejemplos de aquella encantadora ingenuidad, pureza y elegancia, que tanto le asemejan á Virgilio, cuyo estilo fué para él objeto de sincera y constante admiración.

Rollin y Vauvenargues, fueron igualmente escritores dignos de ser contados entre los críticos más distinguidos de la literatura francesa. El primero, Rector de la Universidad de Paris durante muchos años, dejó como preciosa herencia á los que se dedican á la enseñanza de la juventud, con el modesto título de *Tratado de los Estudios*, un libro de Pedagogía, de Crítica y de Moral, donde el arte de alimentar las inteligencias va unido al secreto de engrandecer y purificar las almas. El segundo, muerto en la flor de la edad, unido á los filósofos de su tiempo por la libertad de pensar, pero separado de ellos por el carácter de su pensamiento sinceramente moral y religioso, se hizo digno de los homenajes de Voltaire. A él pertenecen aquellas hermosas palabras frecuentemente repetidas y que nada han perdido de su inmutable verdad por el transcurso del tiempo: "Se

necesita tener alma para tener gusto.” “*Los grandes pensamientos vienen del corazón.*” Su labor literaria, á pesar de su corta vida, fué fecunda, y en algunos trozos de crítica mostró un gusto tan puro como su moral.

*
* *

En la segunda mitad del siglo XVIII aparecieron obras notables de crítica literaria. A esta época pertenece el famoso discurso de Buffon sobre el estilo, pronunciado en la Academia francesa en días del año de 1753.

Ninguno como el ilustre autor de la *Teoría de la Tierra* ha sabido compendiar en el corto espacio de un discurso los preceptos todos de la composición, á la observancia de los cuales debió la superioridad de sus obras. Su discurso, ha dicho alguno, más que la teoría del arte es la confidencia de un grande artista. Buffon, al exponer los procedimientos que emplea para expresar dignamente sus pensamientos, canta sus propios goces y exalta su gloria propia. Montesquieu, más conocido como publicista que como crítico, pagó también su tributo á las costumbres de la época. Su *Ensayo sobre el Gusto* no carece de mérito, por las juiciosas observaciones que contiene y por la importancia que atribuye al sentimiento de las obras de la imaginación. ²⁰

Mas toda la gloria, de los críticos anteriormente citados queda eclipsada, si su influencia se compara á la soberanía literaria que ejerció Voltaire sobre todos los escritores de su tiempo. Cualquiera que sea el juicio

²⁰ Uno de sus últimos capítulos parece haber inspirado á Feijóo el artículo que se lee en su *Teatro crítico* y que se intitula *El no sé qué*.

que se forme de este hombre extraordinario, juzgándole como filósofo, como historiador ó como poeta, no puede ponerse en duda que fué durante cincuenta años el dispensador de todas las gracias y el severo, y hasta injusto censor de todos los extravíos en punto á bellezas literarias. Dotado de una maravillosa facultad de sentir y de expresar sus sentimientos con punzante vivacidad, cultivó, aunque con éxito desigual, todos los géneros, y pretendió ejercer un imperio absoluto en el campo de las letras. La irascibilidad de su carácter le concitó enemigos, cuyos ataques sólo sirvieron para acrecentar su celebridad.²¹

Los juicios críticos de Voltaire no pueden analizarse fácilmente, porque se encuentran diseminados en todas sus obras; pero nadie se atreverá á negarle el derecho que tiene á ser considerado como uno de los escritores que más han contribuido á la formación del buen gusto.

Los nombres de Marmontel y La Harpe son demasiado conocidos. Discípulos uno y otro de Voltaire (si bien el segundo, en la época del Terror, recobró la fe que había perdido y combatió á sus antiguos amigos) ambos han dejado obras de crítica cuya influencia se ha hecho sentir entre nosotros. Marmontel en sus *Elementos de Literatura*, analiza con sagacidad y discernimiento las diversas formas que revisten las producciones literarias, y en vez de apegarse á las reglas que son impotentes para producir el talento, nos enseña á admirar las obras del genio y á gozar el intenso placer que la emoción produce. La Harpe en las lecciones que dió en

²¹ Véase á Ch. Nisard. *Los Enemigos de Voltaire*. Libro curioso que debe leer todo el que quiera formarse una idea de las costumbres literarias de la época.

el Liceo de París y que forman su *Curso de Literatura Antigua y Moderna*, expuso con notable claridad y buen sentido observaciones juiciosas y acertadas acerca del mérito de las obras maestras de la antigüedad y de los grandes escritores del siglo de Luis XIV.

El teatro fué también objeto, por aquel tiempo, de críticas atrevidas y radicales; Diderot trató de renovarle por completo, protestó contra las reglas establecidas y reclamó una imitación más exacta de la naturaleza; al mismo tiempo que Mercier iba más lejos todavía, intentando exterminar todos los géneros, impulsado por el afán de dar á la representación escénica acción social y civilizadora, para difundir la piedad, la benevolencia y el amor á la virtud.²²

*
* *

Las ideas dominantes en Francia en esta época pasaron á Inglaterra. Pope había escrito su *Ensayo sobre la crítica*, en el cual compendió todos los cánones de la escuela clásica; Adisson en *El Espectador*, colección de artículos de crítica literaria publicados desde 1710 hasta 1714, demostró un gusto puro y delicado, y vastos conocimientos en la bella literatura; y Burke, por último, reveló en su *Ensayo sobre lo bello y lo sublime*, la profundidad de sus talentos filosóficos y literarios.

*
* *

Los estudios críticos hubieron de atravesar, en tiempos posteriores, un período de renovación completa. La aparición de la escuela romántica, cuyos precursores en

²² *Historia de las ideas estéticas en España.*

Francia fueron Madama Staël y Chateaubriand, determinó un cambio radical en la manera de sentir y de expresar la belleza, inaceptable para los que, enamorados de los antiguos modelos, creían que el arte había alcanzado el mayor grado de perfección posible. Esto dió origen á la ruidosa contienda entre clásicos y románticos, la revolución más radical que en los tiempos modernos se ha efectuado en el mundo literario. El romanticismo lo invadió todo, la poesía lírica, la dramática, la novela, la historia y las bellas artes, pero donde libró sus más recias batallas fué en el teatro. El Prefacio que Victor Hugo, jefe de la nueva escuela, puso á su drama *Cromwell*, vino á ser, á la vez, la condenación de las doctrinas críticas anteriores y el programa, ó como algunos le han llamado, la carta constitucional de la escuela romántica.

Victor Hugo llegó á decir: «El arte es como Dios; el poeta está presente en todas partes en sus obras. Restaure lo que los analistas han truncado; armoniza lo que ellos desparpajaron, adivina y repara sus omisiones. El objeto del Arte es casi divino. Los escritores tienen derecho para decirlo todo, para atreverse á todo, para crear é inventar su estilo y hacer á un lado la Gramática.»

¿No era esto proclamar la independencia más completa y absoluta de todas las reglas y de todos los preceptos que los clásicos veneraban como oráculos del buen gusto? ¿Esta audaz rebelión no constituía un acto de inusitada crítica, que echaba por tierra todas las enseñanzas anteriores?

Por este motivo las doctrinas y los ejemplos de los románticos, protesta enérgica contra la teoría de la be-

lleza y la manera como el arte la realiza, según los clásicos, tiene que ocupar amplio espacio en la serie de estudios críticos del siglo XIX.

Por lo demás, el romanticismo, moderando más adelante el rigor de sus principios, exagerados en el calor del combate, ha cedido su puesto á nuevas escuelas que han sido, á su vez, objeto de examen y censura de la crítica contemporánea.

La literatura española, á pesar de su inagotable riqueza, no cuenta, si no es en tiempos posteriores, libros de crítica que merezcan mencionarse. Es de creerse que Boscán, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León y otros poetas eruditos que buscaron su inspiración en los modelos de la docta antigüedad, hayan establecido comparaciones entre las obras que estudiaban, formándose un criterio propio, aunque siempre comprendido en los límites de las enseñanzas de la escuela clásica.

Pero no conocemos ninguna obra escrita antes del siglo XVII, en España, digna de ser contada entre los escritos de crítica literaria.

Los nombres ilustres que las diligentes investigaciones y la asombrosa erudición de Menéndez Pelayo, príncipe de los humanistas españoles contemporáneos, han sacado del olvido, deben figurar gloriosamente en la historia de las letras españolas como escritores místicos, enamorados de la Eterna Belleza y Celestial Hermosura del Creador, y no como escritores críticos. El P. Feijóo, que floreció en el siglo XVII, merecedor de tanta loa, por su incansable afán de difundir las luces en su patria y desterrar las preocupaciones populares, en medio de

su grande erudición, sólo expone algunas ideas acerca de la belleza, en dos artículos que han merecido grandes elogios del escritor últimamente citado, por amplitud de criterio que revelan, no común en aquella época.²³

Con mejores títulos que algunos otros, debe figurar entre los críticos españoles del siglo XVIII D. Ignacio Luzán, autor de una Retórica por mucho tiempo estudiada en la Península. El mérito de Luzán como poeta ha sido juzgado de una manera contradictoria; y considerado como crítico, Quintana le echa en cara el tono seco y desabrido de sus lecciones, lo cual demuestra que no se penetró de la belleza de los asuntos que trataba, ni era capaz de sentir la emoción que debe experimentar quien intenta comunicar á los demás las impresiones que su alma siente. Mas sea de ello lo que fuere, es cierto que el carácter genuinamente nacional del teatro español y las incontables bellezas que encierra y que tanto ha enaltecido la moderna crítica alemana, fueron cosa desconocida para Luzán y para los historiadores de la literatura de la Península en aquel tiempo.

Más que la obra del retórico citado, contribuyó á generalizar el gusto por los estudios de esta índole *El Diario de los Literatos*, fundado en 1737, á semejanza de la publicación francesa que tenía un título parecido. Sus redactores se proponían hacer grandes extractos, análisis y juicios *al mismo tiempo mesurados y severos de todas las obras dignas de atención que fueran apareciendo*. Entre los escritores que formaban la redacción se contaba D. Juan de Iriarte, helenista y latinista que gozaba de merecida fama, D. Gerardo Her-

²³ Uno de ellos es el *No sé qué* anteriormente citado.

bas, cuya *Sátira contra los malos escritores*, publicada bajo el seudónimo de *Jorge Pitillas*, adquirió gran celebridad, y algunos otros distinguidos literatos.

Una publicación de la misma índole, que desgraciadamente el autor de este discurso no ha podido consultar, es *El Memorial Literario*, colección de cincuenta y tres tomos, que contiene artículos de los literatos más notables de la época. El erudito D. Antonio Campmany publicó en 1787, con el título de *Teatro crítico-histórico de la elocuencia española*, una selecta colección de trozos en prosa y verso, de los mejores autores, precedida de un discurso preliminar y de observaciones críticas sobre las excelencias de la lengua castellana.

Esta obra y la aparición de *El Parnaso Español*, editado por Sedano en 1768; la sátira en prosa de Cadalso, tan elogiada en su tiempo, é intitulada *Los eruditos á la violeta*; los escritos de D. Pablo Forner y las interminables y apasionadas polémicas de D. Bartolomé Gallardo, generalizaron en España la afición á los estudios críticos. Mas, por mala ventura de las letras españolas, la crítica era más bien general, sin concretarse á puntos bien determinados y definidos, ni menos elevarse á alturas que sólo ha llegado á alcanzar en tiempos posteriores; y esto, cuando no descendía á insultos groseros é indignas personalidades.

No es posible, en los breves límites de este discurso, citar los nombres y aquilatar los méritos de todos los literatos que florecieron en España al terminar el siglo XVIII y comenzar el XIX. Pero sería un olvido imperdonable dejar de mencionar á D. José Hermosilla. *El arte de hablar en prosa y verso*, lo mismo que el *Estudio crítico de los poetas españoles de la última era*, ejercie-

ron bastante influencia en la educación literaria de la juventud mejicana. ²⁴

Por la misma época florecieron en nuestra antigua metrópoli D. Manuel José Quintana, poeta de grande aliento, que publicó, bajo el título de *Tesoro del Parnaso Español*, lo más selecto de la poesía castellana, con estudios críticos dignos del renombre de su autor; el inolvidable D. Alberto Lista, uno de los literatos españoles más beneméritos por la influencia saludable que ejerció sobre toda una generación de poetas y escritores, enemigo acérrimo del romanticismo, en cuanto esta palabra se tomaba como bandera de libertinaje literario, autor de estudios justamente elogiados acerca de Calderón, Tirso, Rojas, Alarcón, Zamora, Cañizares y Moratín; Alcalá Galiano, rico en noticias y en observaciones ingeniosas é instructivas acerca de la literatura de España, Francia, Italia é Inglaterra, en el siglo XVIII, contenidas en la *Historia* que de ellas escribió; Martínez de la Rosa, escritor de carácter mesurado y discreto, en cuya *Arte Poética* se encierran provechosas lecciones de moderación, sensatez y buen gusto; y finalmente el desventurado Larra, que adquirió envidiable celebridad como crítico, y quien, á pesar de sus vaguedades é indecisiones, se eleva á considerable altura sobre el nivel de las medianías, y á través de cuyos escritos se descubre la misantropía de su carácter y las go-

²⁴ Menéndez Pelayo ha hecho plena justicia á esta crítica de pormenores al hablar de Hermosilla. Estas son sus palabras: "Todo esto es trivial, mecánico, enfadoso; convenimos en ello, pero necesario. Es la parte de oficio de que no es posible prescindir en ningún arte; pero á la cual no conviene dar más importancia de la que tiene, ni mucho menos una importancia exclusiva, reduciendo á ella toda la teoría literaria." *Historia de las Ideas Estéticas*. Tom. 3º, vol. 2º, pág. 293.

tas de veneno que la desgracia había acumulado en su corazón. ²⁵

Varias causas han contribuído á dar á la crítica en los tiempos actuales una importancia y una influencia que antes no tenía. La inmensa labor intelectual á que hoy se entregan los hombres de letras, el gusto casi universal por la lectura, especialmente si se trata de obras de pura imaginación, la comunicación frecuente entre los diferentes pueblos y los progresos naturales de la civilización y la cultura, son otras tantas circunstancias que obrando sobre la crítica, la han hecho al mismo tiempo más general y más fecunda. Cada obra literaria ó científica que se publica en Europa provoca juicios más ó menos acertados acerca de ella, y aun las nuevas ediciones de obras literarias de épocas pasadas, dan ocasión á que se rectifiquen juicios anteriores, tal vez erróneos, á que se añadan observaciones nuevas, y se aquilate el mérito literario del autor.

Tales circunstancias dificultan en demasía el estudio de la crítica contemporánea, por la agobiante copia de lecturas que reclama; pero, al mismo tiempo, hay otra que, en cierto modo, puede facilitarlos, y es el deslinde, por decirlo así, que por la misma abundancia de materiales se ha hecho, separando la Crítica propiamente dicha, de la Estética, la Preceptiva, la Gramática general, la Filología y demás ciencias congéneres.

Para juzgar con acierto del actual florecimiento de la crítica literaria, conviene distinguir la forma del fondo,

²⁵ Palabras del P. Blanco en su obra intitulada *La Literatura Española en el Siglo XIX*.

esto es, la manera elegida por el escritor para transmitir sus impresiones y comunicar sus juicios, de las doctrinas que forman su criterio, y del método por él empleado en el estudio de las obras sometidas á su fallo.

En cuanto á lo primero, apenas hay necesidad de decir que la crítica contemporánea ha adoptado todos los medios de publicidad: el libro, el folleto, las publicaciones periódicas aun de carácter político, las revistas científicas ó literarias, y hasta las conferencias ó conversaciones ante concursos más ó menos numerosos. Todas estas diversas maneras de ejercer sobre el público una influencia que puede ser nociva ó provechosa, tiene á su disposición el crítico moderno.

Y la elección de la forma no es de poca importancia, porque no es dable suponer la misma madurez de juicio, meditación igualmente detenida y tan seguros aciertos en quien escribe un libro en la soledad de su gabinete, que en aquellos que se ven apremiados por las exigencias de la prensa diaria y la necesidad de satisfacer la ávida curiosidad de sus lectores. En Francia han sobresalido en este género de crítica, Julio Janin, redactor del folletín de *El Diario de los Debates* durante cuarenta años, á quien la gracia de su estilo y su verba inagotable, dieron indiscutible autoridad; y Gustavo Planche, que ejerció igual magisterio en la *Revista de Ambos Mundos*, desde el año de 1831 hasta 1837, como crítico severo, vigilante é imparcial, que en tiempos de confusión literaria ilustró al público y le hizo volver al buen camino cuando se había extraviado.

En España hay que mencionar, (dejando en el olvido á otros menos notables,) después de Larra, antes nombrado, á Cañete que con noble independencia expresó

su juicio sobre todos los acontecimientos literarios ó artísticos que ocurrieron en su patria, siempre de conformidad con un criterio fijo; á D. Manuel de la Revilla, dotado de maravillosas aptitudes para la crítica; á Palacios Valdés, Leopoldo Alas y la señora Pardo Bazán, que en su *Nuevo Teatro Crítico*, alarde pasmoso de saber y actividad, como alguno le ha llamado, ²⁶ adquirió fama imperecedera por la comprensión sintética y los primores de frase que en sus escritos resplandecen.

Más difícil es formarse cabal concepto de la crítica en la época presente, si se atiende al fondo de las ideas y á las doctrinas que norman el criterio de los grandes críticos contemporáneos. Cada uno de ellos ha creado una nueva forma de crítica que puede tener imitadores, pero que por su originalidad nunca tendrá rivales.

Villemain ha ejercido la crítica bajo la forma de historia literaria, á la luz que derraman los hechos capitales, haciendo á un lado toda discusión acerca de los pormenores; Saint Beuve, aunque algo vago, penetra en el alma del autor que estudia, cuida más del retrato que del cuadro, traza las imágenes con el amor de un verdadero artista y gana el corazón de sus lectores, por el calor que pone en su obra y la perfección y diafanidad de su estilo; Nisard, menos distante que los anteriormente citados de los métodos que empleó por la antigua crítica, ha intentado sustraer las obras de la inteligencia de la tiranía del juicio individual, y juzgarlas conforme á un tipo perfecto, en el cual entran en iguales proporciones las cualidades inmanentes del espíritu hu-

²⁶ Palabras del P. Blanco en su obra intitulada *La Literatura Española en el Siglo XIX*.

mano, y los rasgos propios de la época y de la nación á que el escritor pertenece.²⁷

Saint Marc Girardin se ha servido en sus estudios críticos del análisis delicado y minucioso de las pasiones, como un elemento de crítica que le es peculiar.²⁸

No hay, finalmente, entre las personas que cultivan las letras, quien no conozca la crítica de Taine. Su método es el mismo que ha seguido en sus estudios históricos, corolario lógico de sus teorías filosóficas. Para Taine en cada siglo la filosofía, la religión, el arte, las formas de la familia y del gobierno, las costumbres privadas y las públicas, todas las partes de la vida nacional se suponen unas á otras de tal suerte que ninguna podría alterarse sin que se alterasen las demás. El hombre no es un conjunto de piezas contiguas, sino un sistema de rodajes ordenados. Para formar juicio de un escritor, es necesario estudiar el medio en el cual su talento se ha desarrollado, y se ha formado su carácter.²⁹

Entre los grandes críticos contemporáneos merecen un lugar distinguido Macaulay y Brunetiére. El primero no menos notable como crítico que como historiador y estadista, nos ha dejado en sus *Ensayos Literarios*, escritos con aquel estilo pintoresco y animado que le es propio, modelos admirables de alta crítica; el segundo, muerto hace poco más de un año, desempeñó un papel muy importante en el movimiento literario de nuestros días, ejerciendo el elevado magisterio de la crítica, con grande independencia de carácter y firmeza de criterio,

27 Curso de Literatura dramática.

28 Diccionario de los Diccionarios.

29 H. Taine. Ensayos de Crítica y de Historia. Prefacio.

haciendo que el público, como dice un escritor, «volviese á los antiguos principios de la crítica clásica, renovados y rejuvenecidos por un ingenio muy vivo, muy abierto á las cosas modernas y aun continuamente preocupado de las cosas contemporáneas.»³⁰

*
* *

Si en los modernos críticos españoles no se advierte tan hondamente grabado el sello de su personalidad, no por eso han contribuido menos á los progresos de la crítica con trabajos eruditos é ingeniosos que revelan conocimiento profundo del corazón humano y acertada valuación de las causas exteriores que influyen en la producción de las obras de la inteligencia.

Muchos de los prólogos que preceden á algunas de las obras literarias publicadas en la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneira, son modelos en su género,³¹ y los nombres ilustres de Cánovas del Castillo, Valera y Menéndez Pelayo, serán citados por nuestros pósteros, con la veneración y el respeto que merecen los grandes talentos puestos al servicio de los más hermosos ideales, y auxiliados por una erudición asombrosa.

El primero ha sido comparado por uno de nuestros colegas á dos grandes cultivadores de la crítica profunda y de alto vuelo: Macaulay y Taine: "Dotado el gran estadista español de corazón grande, dice el señor Revilla;

³⁰ Emile Faguet. *Propos Littéraires*. (Deuxième série.)

³¹ Pueden citarse entre otras. *El Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana del siglo XVIII* por D. Leopoldo Augusto Cueto, tomo 61; el Discurso preliminar de los libros de caballería por D. Pascual Gayangos, tomo 40 y el de *Los Autos Sacramentales* por D. Eduardo González Peirozo, tomo 58.

de gusto consumado, dueño de un riquísimo caudal de conocimientos y teniendo pleno señorío de la palabra, encaminó todos estos grandes recursos á un solo fin: la conquista de la verdad para poner en posesión de ella á cuantos la desearan.³²

El mérito de Valera, como crítico y como literato, consiste principalmente en la amenidad de su estilo. “Todo lo que toca con la varilla mágica de su ingenio se transforma; y á propósito del libro más baladí y soporífero, extrae de su erudición, dice el autor del libro intitulado *La Literatura española en el siglo XIX*, copiosos y transparentes raudales de doctrina, y hace que circulen, condensados en fecunda y amena síntesis, los descubrimientos novísimos de la investigación literaria ó científica.”

Los méritos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, como humanista, como literato y como crítico, exceden á toda ponderación. Sus extraordinarios talentos, su asombrosa erudición y su incansable laboriosidad, dotes todas que ha empleado dignamente en enaltecer y glorificar á su patria, le colocan en un puesto que sale de lo ordinario, para confundirle con los ingenios más portentosos que se mencionan en la historia de las Letras en todos los países. De él se ha dicho con verdad “que el sentimiento de la belleza rige y domina con soberano imperio todas sus facultades, y corona de purísimos resplandores los eriales de la bibliografía y la exhumación de los restos fósiles arrancados de las capas geológicas, que amontonó sobre ellos el transcurso de los siglos.”³³

³² Cánovas y las Letras. Estudio crítico acerca de Cánovas del Castillo por D. Manuel G. Revilla.

³³ El P. Blanco. Obra citada.

Todos los elementos que forman el copioso caudal de la crítica literaria desde su infancia, en diferentes tiempos y en diversas medidas, han debido ejercer su influencia en los escritores mejicanos.

En los primeros años de la dominación española no era posible que estudios de esta índole prosperasen en nuestra patria. Aparte de la rudeza de los tiempos y de las necesidades más apremiantes de una sociedad naciente, hay que tener en cuenta que luego que, pacificada la tierra, tuvieron los ánimos vagar y sosiego para dedicarse al estudio, la curiosidad natural debió llevarlos por el lado de las investigaciones históricas, para darse razón de lo que habían sido antes estas comarcas; del origen, de la religión, de los usos y de las costumbres de sus habitantes. A este olvido de los estudios puramente literarios, si tal nombre merece, somos deudores de todo lo que sabemos de la antigua historia de Méjico.

En siglos posteriores, especialmente en el siglo XVIII, el desdén con que en lo general era visto en la Metrópoli este interesante ramo de los conocimientos humanos, explica y justifica nuestra esterilidad. Cuando según confesión propia «las pocas voces generosas que se levantaban pretendiendo sacudir el yugo de una indigesta erudición, se extinguían en medio de la indiferencia univerval,»³⁴ sería una pretensión insensata exigir de la nación que se llamó Nueva España, adelantos mayores en las letras que los que había alcanzado la que era dueña de sus destinos y su maestra en todo género de disciplinas.

La necesidad, sin embargo, de someter al crisol de la

³⁴ Menéndez Pelayo.

discusión las opiniones propias, y el deseo natural de recibir aplausos, ambición alimentada en todos tiempos por las almas generosas, han de haber sido ocasión de que la crítica se ejerciese en reuniones ó tertulias familiares, aun en aquellos tiempos de escasa riqueza intelectual. La historia confirma esta conjetura, al consignar en sus anales que los promotores de nuestra emancipación política se congregaban, con pretexto de tertulia literaria, á tratar asuntos de mayor gravedad y trascendencia: que siempre las letras fueron sociables y comunicativas, y no pocas veces han inspirado á quienes las cultivan valor y aliento para más altas empresas.

Al disfrutar Méjico de una vida independiente, tuvo principio una era nueva para su literatura. La poesía lírica, expresión ardorosa de los afectos que conmueven hondamente el alma, en su forma más espontánea y subjetiva, se anticipó á los demás géneros, y como tenía que suceder, la producción literaria precedió á la crítica. Ortega, Sánchez de Tagle y Quintana Roo, hicieron oír sus vigorosos acentos, cantando las glorias de la patria.

No pasó mucho tiempo sin que los jóvenes á quienes una vocación ardiente llevaba á pulsar la lira y rendir culto á las letras, se reunieran en torno de esclarecidos poetas cuyos nombres pregonaba la fama, para que guiasen sus pasos en los senderos de la gloria. La Academia de Letrán, fundada por los hermanos Lacunza, Tossiat Ferrer y Prieto, y dirigida por Quintana Roo, tuvo entonces su edad de oro. Ramírez, Rodríguez Galván, Carpio, Pesado, Fernando Calderón, Payno y otros muchos jóvenes, se congregaban allí para comunicarse sus primeras y más hermosas inspiraciones.

La turbación de los tiempos contribuyó probablemente á dar mayor impulso á semejantes reuniones, á las cuales concurrían no pocos de los que tomaban una parte activa en la dirección de los negocios públicos; que no es raro ver á los hombres aficionados á las letras, aun en medio de las agitaciones de la política, reunirse en el santuario de las musas para respirar una atmósfera más serena, y restañar la sangre que brota de las heridas causadas por la injusticia y la calumnia.

Más adelante, generalizada entre los mejicanos la afición á los estudios literarios, aparecieron en las publicaciones periódicas numerosas composiciones en prosa y verso, que eran, en lo general, esperanza de futura gloria para sus autores, si bien no exentas de los defectos en que de ordinario hacen incurrir á los jóvenes, los ardores de la fantasía y el afán de adquirir pronta celebridad.

Entonces apareció un crítico justiciero y á la vez imparcial y bien intencionado, que tomando como divisa en la empresa que acometía, un adagio popular harto significativo, fustigó sin piedad á los malos escritores, y volvió por los fueros de la Gramática y de la Ideología lastimosamente quebrantados. D. José Gómez de la Cortina, más comunmente conocido con el nombre de Conde de la Cortina, ejerció una influencia saludable en nuestra naciente literatura. «Era un Argos á quien nada se escapaba, dice uno de sus biógrafos.³⁵ Todo caía bajo su vista para analizarlo, y pocos monumentos literarios ofrecen nuestros anales en que aparezcan mejor combinadas la Lógica, la Crítica más juiciosa, el buen

35 Citado por el señor Sosa.

gusto, las sales de la sátira empleadas con tino y discreción, la belleza del estilo y la pureza del lenguaje.»

El progreso de las luces causó posteriormente, y con especialidad después de la restauración de la República, un nuevo florecimiento de las letras. Organizáronse veladas literarias, se restableció el Liceo Hidalgo, que á semejanza del Ateneo ³⁶ que había florecido algunos años antes, fué el centro en que se reunía lo que de más selecto en el campo de las letras existía en nuestra hermosa capital. En él se promovieron discusiones de alta crítica literaria, como la que sostuvieron D. Ignacio Ramírez, escritor clásico de conocimientos universales y superior talento, y D. Francisco Pimentel, espíritu razonador, de claro criterio y estilo terso y puro, acerca de la poesía erótica de los griegos. ³⁷

Don Ignacio Altamirano, restaurador de esta sociedad, acariciaba en su mente el patriótico proyecto de crear una literatura nacional, con el concurso de todos los escritores mejicanos, sin distinción de ideas políticas ni religiosas. «En el Liceo Hidalgo sentóse, (dice uno de nuestros colegas,) D. José de Jesús Cuevas, escritor correcto y profundo, perteneciente al partido conservador, y recomendable por lo atildado de su estilo, y por la erudición y delicada cortesanía que campea en sus es-

³⁶ El Ateneo Mejicano fué fundado en Febrero de 1844 y en él figuraron todos los hombres notables por su saber que por aquella época residían en la capital de la República.

La Junta de Gobierno estaba presidida por el General D. José María Tornel y tenían en ella el carácter de secretarios los señores D. José María Lafragua y D. Guillermo Prieto. En el periódico que le servía de órgano de publicidad vieron la luz pública artículos muy interesantes sobre asuntos literarios y ciencias sociales.

³⁷ Sosa, en el bien escrito artículo que precede á la edición completa de las obras del señor Pimentel.

critos, frente á los jóvenes de la nueva generación, apasionados defensores de la Reforma.»

Altamirano, más que ningún otro escritor, ejerció grande influencia en la juventud estudiosa de su patria. Talento claro y penetrante, cual conviene al crítico, imaginación viva y animada, corazón ardiente, amante de la belleza artística, á quien el amor á sus ideales de libertad y de justicia llevó, quizá, más allá de lo debido, cuando se dejó arrastrar por la pasión política; Altamirano ocupará siempre un puesto envidiable entre los literatos mejicanos. En sus Revistas no es el tribuno popular, fogoso y arrebatado, que subyuga á las multitudes, desencadenando las pasiones; es el escritor pulcro y comedido que cuida con delicado esmero de la armonía de la frase, de la pureza del lenguaje y de la belleza de la dicción.

Altamirano extendió también su crítica á las artes de la pintura y la escultura, y en su Revista Artística y Monumental publicada en 1884 se contienen observaciones originales acerca de los antiguos pintores mejicanos, muy dignas de ser tomadas en consideración.

El Conde de la Cortina y Altamirano, como críticos, forman notable contraste por la naturaleza de sus estudios, la época en que les tocó vivir y el género de crítica que ejercieron.

Educado el Conde de la Cortina en los severos preceptos de la escuela clásica española, y encontrándose en la plenitud de su saber y de sus talentos, cuando el conocimiento de las obras maestras de la literatura estaba reservado á corto número de personas; en un tiempo en que seducidos los jóvenes por las doctrinas del romanticismo creían que el genio era todo y que las re-

glas estaban de más, el redactor de *El Zurriago* tenía que ejercer una crítica de pormenores, á la manera de Herosilla en España. Cuando los papeles públicos de gran categoría, como el *Diario Oficial del Supremo Gobierno*, daban motivo á justas censuras y sátiras picantes, incurriendo en faltas imperdonables de Ideología y de Gramática, este escritor fué, como debía ser, severo y punzante, dispuesto á censurar toda incorrección, y á descender hasta minucias al parecer insignificantes.

Altamirano, por el contrario, vino al mundo de las letras en una época apartada de la anterior, más que por el transcurso de los años, por los cambios radicales efectuados en las ideas y en los sentimientos. La crítica europea se había elevado á grande altura; encontrábase abiertos nuevos caminos para llegar á la contemplación de la belleza; las obras maestras de la literatura antigua y de los grandes escritores contemporáneos eran más estudiadas y mejor conocidas; su crítica, pues, tenía que ser cual convenía á un público más ilustrado y á espíritus mejor cultivados. La crítica de pormenores en tales circunstancias, sobre ser inútil, habría sido cansada y fastidiosa.

Ambos críticos desempeñaron cumplidamente el destino que la suerte les señaló, según el tiempo en que les tocó vivir, y uno y otro, por diversos caminos, contribuyeron eficazmente á los progresos de la literatura nacional, y se hicieron dignos de la gratitud de sus conciudadanos.

* * *

La producción literaria cada vez mayor en nuestra patria ha dado materia, especialmente en estos últimos

años, á estudios críticos que no carecen de mérito, y que es justo mencionar, si bien la mayor parte de ellos han versado sobre obras de pura imaginación.

Deben ocupar el primer puesto las obras de mayor aliento por su amplitud, y por encontrarse condensadas en ellas las opiniones del autor acerca de una época ó de un asunto determinado, entre las cuales hay que señalar un lugar preferente á la *Historia Crítica de la Poesía en Méjico* de D. Francisco Pimentel, obra escrita conforme á los principios de la Estética y de la Crítica modernas, y fruto de largos y concienzudos estudios. Tenemos también, la *Galería de Oradores Mejicanos*, de Castillo Negrete; los *Bocetos literarios* de Gómez Flores; el *El Ensayo sobre el Teatro en Méjico* por Olavarria y Ferrari; los chispeantes artículos publicados por Riva Palacio en 1882 con el título de *Galería de Contemporáneos, por Cero*; y la *Crítica Filosófica ó Estudio Bibliográfico y Crítico de las Obras de Filosofía, escritas, traducidas ó publicadas en Méjico desde el siglo XVI hasta nuestros días*; por el Pbro. D. Emeterio Valverde Téllez; libros todos de desigual mérito, pero cuyos autores merecen nuestra gratitud por haber allegado materiales para obras de mayor empeño.

También es digno de mencionarse aquí, aunque sea más bien un tratado de Estética que de crítica, el bien escrito libro de D. Diego Baz, intitulado *La Belleza y el Arte*.

Los prólogos puestos respectivamente á dos Antologías, la una de los poetas mejicanos y la otra de las poetisas de la misma nacionalidad, ambos debidos á la docta pluma de nuestro digno Director, merecen mencionar-

se con elogio, por los conocimientos que revelan y el juicioso criterio con que han sido escritos.

El *Ensayo Histórico acerca de Fray Luis de León*, de D. Alejandro Arango, á quien dió tanto fama, aunque no versa sobre puntos exclusivamente literarios, figurará dignamente entre los mejores escritos debidos á plumas mejicanas.

Injusto por demás sería no mencionar en este lugar los numerosos artículos bibliográficos, críticos y de historia literaria, del inolvidable D. Joaquín García Icazbalceta, también Director de esta Academia, cuyo relevante mérito no me atrevo á pregonar en este sitio, porque las personas que me escuchan lo han podido apreciar y estimar mejor que yo. El nombre del señor García Icazbalceta, honrosamente conocido en todos los países donde se habla la hermosa lengua de Cervantes, debe ser recordado por los mejicanos con orgullo y con respeto.

Iguales elogios, no por ser amistosos menos justos y merecidos, debemos tributar al opúsculo que con el modesto título de *Impresiones literarias acerca de Lope de Vega*, ha escrito nuestro actual Director, estudio concienzudo y profundo que bastaría por sí solo para dar fama á quien lo escribió, si trabajos anteriores suyos no le hubiesen hecho digno del alto puesto que ocupa entre nosotros.

La costumbre recientemente introducida de abrir concursos sobre temas literarios, á imitación de los Juegos Florales que se celebraban en Tolosa, ha contribuído igualmente á fomentar los estudios críticos. En el cuaderno que contiene los que fueron premiados en los Juegos Florales de Puebla el año de 1902, se leen inte-

resantes y bien pensados estudios acerca del valor estético de las obras de la escuela decadentista, por los señores Atenedoro Monroy, Victoriano Salado Alvarez y Manuel Romero Ibáñez. El Discurso leído en elogio de Cervantes, por D. Rafael Delgado en el Certamen celebrado en Orizaba con motivo del tercer aniversario secular de la publicación del Quijote, el año de 1905, ha merecido el aplauso de personas competentes.

Aunque de menor aliento, no debemos olvidar los numerosos artículos de crítica publicados en los periódicos ó leídos en las Academias, acerca de nuestros más esclarecidos poetas, como Sor Juana Inés de la Cruz, Ruiz de Alarcón, Fernández Lizardi, el Padre Navarrete, Gorostiza, el Padre Ochoa, Larrañaga y otros.

La biografía es un auxiliar poderoso de la Crítica literaria, porque poniendo la vida del autor frente á su obra, permite estudiar el desarrollo gradual de sus talentos, estimar la influencia que los accidentes exteriores ejercen hasta sobre los espíritus más independientes, y nos presenta al hombre completo por el pensamiento y por la acción. Numerosas son las biografías de hombres de letras que poseemos, y como notables hay que citar la de D. José Joaquín Pesado y la de D. Manuel Eduardo Gorostiza, por D. José María Roa Bárcena, y las muchas que debemos á la correcta pluma é incansable laboriosidad de nuestro consocio D. Francisco Sosa, cuya larga labor literaria le ha hecho acreedor al reconocimiento de todos los que anhelan la creación de una literatura genuinamente nacional. ³⁸

³⁸ Entre las numerosas biografías que se encuentran en publicaciones literarias, merecen especial mención la de Sor Juana Inés de la Cruz, por D. J. de J. Cuevas, publicada en *La Sociedad Católica*; las que escribió el

Al mismo benemérito escritor debemos artículos de crítica de reconocido mérito, puestos á manera de prólogo al frente de algunas obras de autores mejicanos, como la noticia preliminar que precede á las obras completas de D. Francisco Pimentel, y el prólogo de la traducción de la *Jerusalén Libertada*, de D. Francisco Gómez del Palacio.

No son menos interesantes que los anteriores, los juicios críticos que han visto la luz con motivo de la publicación de algunas obras literarias, entre los cuales deben citarse los que han escrito nuestros consocios, el finado señor D. Rafael Angel de la Peña, D. Justo Sierra, D. Joaquín Baranda y D. M. Sánchez Mármol; lo mismo que los que debemos á los señores Riva Palacio, Salado Alvarez, Felipe T. Contreras y otros muchos.

En la crítica teatral se dieron á conocer ventajosamente en nuestros tiempos, Fortún (D. Francisco Zarco), Altamirano y el Dr. Peredo, escritor correcto y ameno, dotado de raras facultades para la crítica. ³⁹

Las breves é imperfectas noticias contenidas en este discurso prueban que la Crítica literaria ha existido en todos tiempos. Su nacimiento data de la aparición de

señor Sosa, y que pasan de sesenta, sólo de poetas y de escritores mejicanos, estudios que si no son propiamente críticos, contienen materiales preciosos para cuando se escriba la historia de la literatura en Méjico.

Finalmente es digna también de mencionarse, la Carta crítica dirigida por D. Felipe T. Contreras á D. Rafael Delgado, con motivo de la publicación de la novela escrita por este último, intitulada *Los Parientes Ricos*.

³⁹ Los artículos críticos del Dr. Peredo se publicaron en *El Renacimiento*.—1869.

En 1888 se publicó en Méjico un cuaderno que contiene juicios críticos acerca de Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera y Juan de Dios Peza. Tiene por título *Los poetas mejicanos contemporáneos. Ensayos críticos de Brummel*.

las primeras obras del ingenio humano, que llenaron á los hombres de admiración y les inspiraron el deseo de imitarlas. Considerados los estudios críticos en este punto de vista, tocan tan de cerca al arte literario, que casi se confunden con él. «La alta crítica, ha dicho Villemain, no es más que la teoría razonada de las bellas artes.»

La Crítica, unas veces bajo la forma de admiración espontánea y casi involuntaria; otras como análisis motivado y reflexivo; ya procaz y sangrienta, ó bien indulgente y benigna; ensañándose en ocasiones contra los infractores de la Ideología y de la Gramática; y penetrando, en otras, el pensamiento íntimo del autor, con menosprecio de la forma, ha existido siempre, y cuando es verdaderamente ilustrada, sensata é imparcial, sus fallos son inapelables. La Crítica viene á ser para los pueblos en lo que á su vida intelectual atañe, lo que es la conciencia para el individuo: el conocimiento desapasionado de sus obras, el acto reflejo que sobre ellas ejerce para aprobarlas ó reprobárlas.

La Crítica, aun en sus extravíos, es provechosa. Los juicios erróneos de los abates Betinelli y Tiraboschi acerca de las letras españolas, movieron á los jesuitas nacidos en la Península y desterrados en Italia, á escribir excelentes obras de Estética é historia literaria. Una pregunta impertinente de un literato extranjero, formulada en estos términos: «¿Qué deben á España las buenas letras?» despertó de su letargo á varios ingenios de esta nación y los impulsó á hacer la apología de su patria;⁴⁰ y á un consejo poco meditado que alguien, aunque

⁴⁰ Es bastante conocida la «Oración Apologética por la España y su mérito literario,» para que sirva de exornación al discurso leído por el abate Deuina, en la Academia de Ciencias de Berlín, respondiendo á la pregunta: ¿qué se debe á España? por Juan Forner. Madrid, 1786.

de buena fe, dió á un joven que intentaba venir á Nueva España, somos deudores de la Biblioteca comenzada por Eguiara y continuada por Beristáin, que si no es una obra de crítica, es la fuente en que han bebido sus noticias cuantos han estudiado los antiguos monumentos de nuestra cultura intelectual. ⁴¹

Los escritores de talento no deben temer los momentáneos yerros de la crítica, porque á la larga siempre se llega á conocer el verdadero mérito. Sabido es que durante veinte años se afirmó en Italia que la Jerusalén Libertada era un mal poema, y que en España se vió con indiferencia la aparición del Quijote, joya la más preciada de la literatura española.

Hay razón, por lo mismo, para exigir que el crítico esté adornado de grandes dotes de inteligencia y carácter. Es una preocupación vulgar el suponer que este género de magisterio esté reservado solamente á los talentos medianos é infecundos. Cicerón y Quintiliano fueron críticos de primer orden, y según la hermosa expresión de un escritor, ⁴² elevaron la crítica al nivel de su pensamiento; borraron la diferencia que separa el arte de juzgar del arte de producir; y por el vigor de su genio realizaron una especie de creación en el examen de las bellas artes; pareciendo que inventaban lo que sólo era objeto de su observación. La crítica requiere aptitudes diversas, pero no inferiores á las que reclama cualquiera otra labor intelectual. «Si para juzgar de una cosa fuera necesario hacerla, dice con su genial donaire D. Manuel de la Revilla; ⁴³ si nadie pudiera juzgar de lo

⁴¹ García Icazbalceta. *Las Bibliotecas de Eguiara y Beristáin*. Tomo 3º

⁴² Villemain. Obra citada.

⁴³ Revilla. *La Crítica Literaria, el Gusto y el Arte*. Discurso pronunciado en la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid.

que no ha hecho, el juicio sería imposible en la mayor parte de los casos:» palabras que corresponden exactamente al pensamiento que de una manera gráfica expresa el vulgo en un adagio de todos conocido.

El crítico debe poseer talento penetrante y agudo, que le permita descubrir todos los matices de las ideas sometidas á su análisis. Sus conocimientos deben ser tan variados, como las diversas materias que son objeto de sus estudios, y su sagacidad tal, que muchas veces tendrá que llegar al ánimo de los lectores por caminos ocultos y desusados, para vencer repugnancias inmotivadas ó destruir reputaciones injustamente adquiridas. “El poeta, dice quien tenía motivos para saberlo, ⁴⁴ se apodera del alma, á la manera de un vencedor que destruye todos los obstáculos que se oponen á su paso; el crítico nada ejecuta con violencia; al atacar la plaza tiene que emplear mil rodeos, hasta el momento difícil en que pueda demostrar á sus lectores que no tienen razón en admirar un poema que les parece hermoso, ó en censurar un drama que juzgan detestable.”

La imparcialidad que del crítico se requiere no excluye la pasión noble y generosa inspirada por el amor al arte, ni el entusiasmo ardiente por lo que estima bueno: calidades ambas que no se oponen á la moderación y á la templanza, ropaje con que muchas veces se cubre la verdad, para llegar más fácilmente á vencer la obstinación de ánimos coléricos é irascibles. Voltaire ha compendiado cuanto se acaba de decir, en estas breves palabras: “un excelente crítico sería un artista que tuviese mucha ciencia y delicado gusto, sin prêocupaciones y sin envidia.”

44 Jules Janin. Historia de la Literatura Dramática. Cap. 3

Los numerosos documentos hasta aquí mencionados, que forman la historia de los estudios críticos en Méjico, sin tomar en cuenta otros muchos que habrán escapado á nuestras investigaciones, ó que la brevedad del tiempo no permite mencionar, prueban que la crítica literaria no ha sido desconocida entre nosotros. Por el contrario, muchos literatos mejicanos han demostrado sus aptitudes en este género de magisterio. Sólo ha faltado para que la crítica produzca los provechosos frutos que de ella deben esperarse, que esas tentativas aisladas, de escasa resonancia, y originadas las más veces por la simpatía ó la amistad, se reúnan en un esfuerzo común, mediante el cual aparezca en el vasto teatro en que se elaboran las obras del ingenio y germinan tantas ideas y se agitan tan encontrados sentimientos, una autoridad por todos reconocida y respetada, que discierna la corona de perdurable gloria á quienes la merezcan, y cuyos fallos inapelables sirvan de eficaz correctivo á los extravíos del mal gusto y á los delirios de la fantasía.

La realización del proyecto acariciado hace años por algunos celosos cultivadores de las letras, de crear una Revista que dé noticia, y forme el juicio crítico de todas las obras científicas ó literarias que vean la luz pública en la Capital y en los Estados, determinaría un trascendental adelanto en la literatura nacional.

La Crítica literaria no debe limitarse tan sólo á la Poesía ó á la Novela. La Filosofía, la Historia y la Eloquencia obedecen también sus leyes, y se someten sumisas á sus fallos. Pero aún cuando así no fuese; aún cuando su jurisdicción hubiera de reducirse á tan estrechos límites, no por eso dejaría de ser provechosa

en el estado actual de nuestras costumbres literarias. En el interesante estudio de la Novela, leído hace poco en el recinto de esta Academia por un estimable colega nuestro, al ponderarse la escasa influencia de las obras científicas ó doctrinales, si se compara con la que ejerce la Novela, se leen estas sensatas palabras: "El libro ameno, animado, emocionante, el que enciende las ideas, caldea la fantasía y pone en vibración los arcanos resortes del sentimiento, tiene la magia necesaria para recomendarse por sí solo, andar de mano en mano y ser solicitado á porfía y devorado por todos: encomendadas las ideas á este vehículo, pronto se generalizan y corren y se difunden por doquiera, como regueros de luz ó pólvora."

Esta consideración seguramente inspiró á un crítico contemporáneo,⁴⁵ los siguientes conceptos que juzgo oportuno copiar aquí, para poner término á este imperfecto ensayo, como la expresión fiel de mi pensamiento.

"La Crítica puede ser, según los tiempos y lugares, una simple especulación ó un deber. En un país en que la literatura no tiene acción inmediata sobre el estado social y político de los pueblos, en que es una distracción instructiva más que un agente directo de civilización, un espejo en que se refleja la sociedad y no una palanca que la impulsa hacia adelante, la Crítica puede contentarse con ser especulativa, y por consiguiente, fácil y conciliadora. Pero en un país en que la literatura gobierna los espíritus, domina los Poderes del Estado, da un órgano á todas las necesidades, una voz á todos los progresos, un grito á todas las quejas; en donde es la

⁴⁵ D Nisard. Estudio acerca de los poetas latinos de la decadencia. Prefacio.

más vital libertad, en vez de ser la indemnización de todas las libertades confiscadas; donde obra no sólo sobre el país sino sobre el mundo, la crítica no es una especulación ociosa, sino un deber, á la vez literario y moral.”

SILVESTRE MORENO CORA.

ELOGIO DE MANUEL JOSÉ OTHON.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Honremos al poeta,
Héspero en luz, en el poder atleta.
ROA BÁRCENA.

Apenas había llegado á nuestro conocimiento la muerte del inolvidable colega y aplaudido poeta D. Manuel José Othón, cuando, sin aguardar á que partiese de vosotros la idea, os pedí me nombraseis para escribir su elogio. Cumple ahora á mi deber haceros presente mi reconocimiento por haber atendido mi súplica, y explicar mi proceder para que no parezca arrogancia en mí, lo que ha sido resultado de gratitud, admiración y cariño, hacia aquel ilustre cantor de la naturaleza.

I

ANTECEDENTES.

Al finalizar el año de 1901, encontrándome en Méjico, supe por la prensa, que el renombrado poeta á quien va consagrado este trabajo, había llegado también á este lugar. Al imponerme de la noticia, sentí vehemente deseo de conocer á Othón personalmente y de tratarle. De reputación le conocía ya, como todo el país, pues con deleite había leído desde hacía años, las principales composiciones en prosa ó verso, que había dado á la estampa. La sencillez de su estilo, la claridad de su

dicción, la elevación de sus ideas y la nobleza incomparable de sus sentimientos, habían hecho nacer en mí una honda simpatía hacia aquel poeta que aplaudía tanto, y lamentaba que no se me hubiese presentado ocasión de entrar con él en comercio amistoso. Doce años antes, con motivo de la publicación de «La República Literaria,» de la que fui uno de los editores, nos habíamos cambiado él y yo algunas cartas, todas cordiales y afectuosas; mi periódico se había engalanado varias veces con las preciosas poesías del vate potosino; y todos los triunfos de aquel preclaro ingenio, habían encontrado aplauso ardentísimo y entusiasta en la redacción de «La República Literaria.» Pero no habían pasado de aquel punto nuestras relaciones.

Poco después de haberme impuesto de la noticia á que aludo, una mañana nublada y fría del mes de octubre, oí llamar á la puerta de mi cuarto. Acudí á abrirla, y me encontré frente á frente con un desconocido de figura simpática. Alto, delgado, de hombros un tanto subidos y deprimido pecho, tez blanca y sonrosada, bigote corto, nariz delgada y de arqueado perfil, ojos pequeños, oscuros y penetrantes, cejas inclinadas hacia la nariz y un tanto elevadas hacia el extremo de las sienes, frente regular y tersa y cabellera castaña, cortada al rape; tal era el aspecto de la persona que estaba delante de mí. Vestía un terno irreprochable, color gris, y llevaba en la mano un sombrero Stetson. Con sonrisa cortés me preguntó si era allí donde vivía el señor López-Portillo. Le contesté poniéndome á sus órdenes, y al oír mi respuesta, abrió los brazos y me dijo:

—¿Es usted? Pues vengo á darle un abrazo. Soy Manuel José Othón.

Abríle también los míos, y nos estrechamos larga y efusivamente. Desde aquel día quedó sellado el pacto de nuestra alianza perpetua, de nuestro cariño sincero, de nuestra consideración invariable; y Dios quiso que en el período de tiempo, corto por desgracia, en que fuimos amigos, ni la nube más ligera, ni el resentimiento más leve hubiesen enturbiado aquellos sentimientos nacidos al calor de su generosidad y su hidalguía.

Más tarde dió nueva muestra de su afecto, cuando salió á mi defensa con denuedo, al verme cruelmente atacado por uno de los diarios de esta capital; y muy recientemente dejó obligada también mi gratitud al dedicarme sus preciosos «Cuentos de Espantos» (que salieron á la luz en «El Mundo Ilustrado»), en líneas tan cariñosas, laudatorias y nobles, que no podré nunca olvidar la fineza.

Para concluir la lista de las deudas y obligaciones que me encadenan á la memoria de mi amigo, réstame sólo consignar un hecho que, si bien no me atañe individualmente, si me comprende como miembro de una colectividad que fué altamente honrada y favorecida por él. Me refiero á la circunstancia de haber Othón dedicado el mejor de sus libros, «Poemas Rústicos», á la querida ciudad donde nací, soñé, amé y fui amado; donde gocé y lloré mucho; donde se meció la cuna de mis hijos y reposan las cenizas de mis padres. Nada de cuanto se refiera á esa ciudad semimoruna, que se asienta en medio de un páramo, pero tiene celajes maravillosos y sonrisas eternas para sus hijos, podrá ser indiferente para mi corazón. Othón dijo así: «Consagro este primer volumen de mis obras líricas á la capital del Estado de Jalisco, porque en ella están vinculadas las más

hondas afecciones de mi alma, pues de sus hijos he recibido hasta hoy, los pocos bienes y las únicas y grandes satisfacciones que han alegrado mis días.» Yo recojo en parte esa dádiva regia, como hijo de Guadalajara, la declaro de incomparable valor y la pongo sobre mi cabeza.

¿Qué menos podría haber hecho, después de lo dicho, al desaparecer el gran poeta, que reclamar para mí la honra de escribir su panegírico, y empeñarme, como voy á hacerlo, por poner de relieve su gran figura poética? He considerado deber imperioso el rendir este homenaje á mi pobre y grande amigo, ya que no me es dable tributarle otro mayor y verdaderamente digno de su nombre.

II

CORTA BIOGRAFIA.

Nació Manuel José Othón, cuya familia paterna fué de origen alemán, en la capital de San Luis Potosí, el 14 de julio de 1858, y fueron sus padres D. José Guadalupe, honrado comerciante de aquella plaza, y Doña Pudenciana Vargas. Hizo sus estudios de latinidad y retórica bajo la dirección particular del Presb. D. Jesús Orozco, quien vive todavía, y debe ser eximio en ambos conocimientos, pues su discípulo fué gran latinista y doctísimo retórico. Continuó sus cursos en el Seminario Conciliar, y, concluido el bachillerato, pasó al Instituto de Ciencias del Estado, donde hizo y terminó sus estudios de Jurisprudencia. A los veinticinco años de su edad, contrajo matrimonio con la señorita Doña Josefa Jiménez, *la Ester* de sus poesías juveniles, mujer

de altísima inteligencia y magnánimo corazón, que le hizo muy dichoso. Cuantas veces me habló de ella, fué con infinito cariño y respeto; bien sabía que aquella mujer superior, á quien había dado su nombre, le quería y admiraba, y estaba dispuesta por su amor á todos los sacrificios. No ignoraba que cuando todo le faltase, y fuese abandonado por todos, había de quedar sola ella á su lado, solícita y cariñosa, para infundirle ánimo con su sonrisa y recompensar con una devoción infinita sus desengaños y sus penas. Y así fué, en efecto. Cuando llegaron para Manuel los tristes momentos del desencanto y de la pobreza, tuvo siempre cerca de sí á ese ángel tutelar, que enjugó sus lágrimas, compartió con él la carga del dolor, y le impulsó con mano blanda por aquel camino sembrado de abrojos, á cuyo término estaba la gloria. Y así fué también cómo, en los últimos momentos de su vida, fué ella quien le consoló, recogió su último suspiro y le acompañó con sus oraciones hasta el cielo.

Muy joven todavía, pues apenas contaba diez y ocho años de edad, dió Othón á conocer su inclinación á las bellas letras, fundando la «Sociedad Alarcón,» única de su especie que ha habido en San Luis, en un largo periodo de tiempo. Entonces publicó también en «El Búcaro,» «El Pensamiento,» «La Esmeralda,» y otros periódicos, exquisitas é inspiradas poesías, que dieron indicio de la elevación de su numen y de la delicadeza y pureza de su estilo. Por aquella misma época escribió y dió al teatro varias obras dramáticas, como «Herida en el Corazón,» «La Cadena de Flores» y «La Sombra del Hogar.» En 1880 publicó su primer tomo de versos, «Violetas y Leyendas,» con prólogo de nuestro

docto y caro colega D. Victoriano Agüeros; y algún tiempo después, otro, «Últimas Poesías,» donde apareció la hermosísima titulada «Don Quijote y Dulcinea,» que llamó profundamente la atención de la República, y dió la vuelta por todos los periódicos nacionales.

Ese mismo año de 1883, y á la temprana edad de veinticinco años, terminó é hizo representar su inmortal drama «Después de la muerte,» que es, sin disputa, el más hermoso y de mayor empuje que se ha escrito en Méjico desde aquellos tiempos hasta los actuales. Después de representado en el Teatro Alarcón de San Luis Potosí con inmenso éxito, fué dado á la escena en el Teatro Principal de esta ciudad, en 1885. Con motivo de aquella representación, dijo lo siguiente nuestro buen amigo y meritisimo escritor D. Enrique de Olavarría y Ferrari. «Este drama magnifico basta por si solo para honrar á su autor, á su patria y á las letras nacionales. En mi opinión, y más que en la mia, que poco vale, en la de escritores y criticos imparciales, quizá no se encuentre entre nosotros nada que le sea semejante en mérito, desde que existió D. Juan Ruiz de Alarcón, dejando aparte las obras de género enteramente distinto de D. Manuel Eduardo de Gorostiza. El trascendental pensamiento que inspiró á Othón la acertadísima trama, su desarrollo lógico y perfecto, sus situaciones diestramente preparadas con la mayor naturalidad, sus mayores golpes dramáticos, su correcta é inspirada versificación sembrada de grandes pensamientos en un diálogo expertamente conducido, son para admirar y producir asombro... En el estreno, el público del Principal no pudo menos de dejarse subyugar por el admira-

ble talento del autor, aplaudiendo la obra con estusias-
ta frenesi.»

Las redondillas del drama son elegantísimas y brillan-
tes. Al acaso recuerdo una, que es un apóstrofe dirigi-
do por una esposa culpable al esposo indignado:

«Y fuerte con tu derecho,
Rompiendo ó atando lazos,
Perdona, aquí están mis brazos,
Ó hiere, aquí está mi pecho.»

Tan enérgicas y dramáticas como ésta son todas las
de la obra; de suerte que la emoción reina soberana al
través de la acción, desde el principio hasta el fin, co-
mo en las de cualquiera de los grandes maestros.

Posteriormente escribió Othón otro drama, en prosa
esta vez, «Lo que hay detrás de la dicha.» el cual, cier-
tamente, no es indigno del anterior, pues sobre tener
un argumento altamente dramático, está escrito en un
purísimo y elegante estilo, que da al diálogo clásico sa-
bor, parecido al de las obras de Tamayo y Baus. Des-
pués de eso, no dió ya al teatro más que algunos mo-
nólogos, y su «Ultimo Capitulo,» con motivo del Centena-
rio del Quijote; inspiradísimos y muy galanos trabajos,
que mantuvieron su nombre á la altura de la reputación
conquistada con «Después de la Muerte.» El «Ultimo
Capítulo,» que es en un acto, fué representado también
en San Luis, y obtuvo muy calurosos y merecidos aplau-
sos. Tanto por lo bien estudiado de las situaciones,
que pintan á Cervantes en el hogar, pobre, acribillado
de deudas y perseguido por acreedores, como por su
hermoso lenguaje y el conocimiento de la época que re-
vela, hace la impresión de reproducir una escena real

y efectiva de la vida del inmortal autor del «Quijote.»

El Dr. D. Francisco de A. Castro, que publicó en «El Estandarte,» de San Luis Potosí, un bien escrito estudio sobre Othón, á raíz de su muerte, del cual tomo los datos que voy condensando, dice que Othón fué también un admirable cuentista y un periodista distinguido, y menciona entre sus trabajos de la primera clase, el «Exclaustrado,» «El Pastor Coridón» y «Los Cuentos de Espantos.» Era, en efecto, tan variado el talento de Othón, que no había manifestación alguna del arte literario en que no sobresaliese.

El Dr. Castro sabe que Othón deja inéditos varios cuentos y una novela: «La Gleba.» Por mi parte, puedo dar testimonio también de que concluyó otros dos ó tres dramas, pues la última vez que vino á Méjico, á fines del año anterior, me lo dijo varias veces, y aun dió pasos en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, para que fuesen representados aquí por alguna de las compañías subvencionadas. Aguardemos que los albaceas y herederos de tan insigne vate y escritor, logren reunir esos materiales y darlos á conocer del público, ya por medio de la prensa, ya por medio de representaciones escénicas, para mayor honra y gloria de nuestro llorado y querido amigo.

III

EL HALLAZGO DEL NUMEN.

Pero con ser tan grande el mérito de Othón en el campo dramático y en el novelesco, fué mayor todavía el que alcanzó en el de la poesía lírica. Puede decirse

que no había encontrado todavía su verdadero camino cuando escribió sus dramas y novelas. Brilló en todos esos estadios, porque tenía talento poderoso, una admirable intuición estética y un corazón vibrante de emociones. Aun cuando nunca hubiese escrito cantos líricos, su nombre hubiera sido inmortal, porque sus obras anteriores y, sobre todo, su intensísimo drama «Después de la muerte,» le colocan á la cabeza de la falange de nuestros modernos dramaturgos; pero una vez descubierto su verdadero numen, una vez aparecida la entonación misteriosa que le hacía único en nuestro Parnaso, no tuvo ya límite ni contrapeso en la ascensión de su estro, y fué elevándose todos los días más por los horizontes artísticos hasta ser uno de los príncipes de nuestras letras, y una de las glorias de nuestra patria.

Dios había criado el ojo de Othón para ver las inmensidades del cielo, para recrearse con los primores de la luz, para atisbar las sonrisas de la aurora, seguir al sol en su camino, contemplarle en su zenit y acompañarle hasta el ocaso; para mirar los celajes, las neblinas, las nubes, todas las mutaciones del espacio, desde la calma hasta la tormenta y todos los tonos del ambiente, desde el blanco del alba y el rosicler de la aurora, hasta el fuego del mediodía, y el violáceo de la tarde. Dios había hecho su alma para abismarse en la contemplación de las abruptas serranías, de los montes inaccesibles, de los bosques resonantes, de los riscos temerosos, de las águilas caudales, de la tempestad desencadenada, de los torrentes desbordados, de la noche temerosa, de las mañanas frescas y sonrosadas, y de todo lo grande, gigante y misterioso que muestran al

mortal los cielos y la tierra, y elevan el espíritu á las regiones inaccesibles del éxtasis y de la adoración.

Acaso Othón no hubiera sospechado haber recibido de lo alto aquel destino, si los azares de su vida no le hubiesen llevado fuera de San Luis Potosí, en pos de trabajo y de recursos. Juez de varios Partidos en los Estados fronterizos, ó abogado postulante y apoderado de diversos terratenientes en Tamaulipas y Durango, vióse obligado á cruzar en diversos sentidos la grandiosa, incomparable y abrupta Huasteca.

He aquí lo que á este propósito me escribe la distinguida viuda del poeta:

«Voy á referir á Ud. cómo compuso Manuel su «Himno de los Bosques.» Tuvo que atravesar por negocios de su profesión un largo trayecto de la Sierra Madre, en el Estado de Tamaulipas, y yo fui con él. Le ví vivamente impresionado con lo que miraba y oía. En presencia de aquella grandiosa é imponente hermosura, paraba á ratos el caballo para abismarse en la contemplación del espectáculo que tanto lo deleitaba, y para escribir aquellos versos que agradaron y agradarán tanto, porque fueron tan hondamente sentidos.»

Desde aquel momento, el viaje inolvidable de Othón por tan majestuosos lugares, cambió de todo á todo el rumbo de su inspiración, celebró pacto perpetuo con la naturaleza, fué ella desde entonces el objeto íntimo y constante de sus amores, y si bien volvió á cantar aún otras bellezas y otros afectos, fué ya sólo de una manera transitoria é incidental, y mezclando siempre con sus infidelidades líricas, reminiscencias y alusiones al objeto único, constante y perdurable de su entusiasmo: la luz, el cielo, la sierra, la noche, la madre tierra con

todos sus encantos, y los ilimitados horizontes con todos sus cambiantes y matices, soplos y voces.

IV

LA NATURALEZA.

Séame licito abrir aquí un paréntesis para hablar especialmente de la madre de todos los seres. En tratándose de poesías como la de Othón, impregnadas de la adoración más vehemente á la naturaleza, apenas puede decirse que una digresión de este linaje, sea una verdadera desviación del punto adonde se tiende.

La naturaleza, ¡qué gran prodigio y qué gran concepto! Y con todo, ¡qué difícil de definir, y cuán indecisa en sus términos! ¿Qué es, en efecto? ¿Es el conjunto de lo existente y pasivo, ó el de las fuerzas ocultas que producen los fenómenos del mundo inorgánico y de la vida? Una y otra cosa, sin duda. La naturaleza se compone del marco de materia que nos rodea, que han presenciado los siglos y seguirán contemplando las edades, y de los poderes ignotos que gobiernan lo criado, forman nuevas estrellas, destruyen soles resplandecientes, lanzan cometas al través del espacio, conmueven y resquebrajan la corteza terrestre, inflan y hacen estallar los volcanes, hunden continentes, y aterran; maravillan y anonadan el espíritu con su recóndita é inagotable energía. La naturaleza se compone de las dos potencias de que hablaba Spinoza: la *Natura naturans* y la *Natura naturata*.

Mas para llegar á encontrar y definir estos conceptos, se ha necesitado el transcurso de miles de años. La an-

tigüedad no tuvo la noción de ellos. Para los antiguos, no hubo más naturaleza que la teogonía, esto es, el génesis de la Creación envuelto en conceptos teológicos. Nuestros antecesores remotos, no llegaron á separar y desprender el concepto de los seres y de las fuerzas creadoras, de su misticismo religioso, ni á formarse idea de un poder especial, abstracción si se quiere, que pudiese ser tomado en cuenta, al hablar del mundo y de los fenómenos que lo rigen. Buena prueba de ello es, que ni los egipcios, ni los hindus, ni los hebreos, ni los persas, ni pueblo alguno de aquellas edades, inscribió en su vocabulario una palabra que correspondiese á esta noción: naturaleza. El vocablo fué inventado por los griegos, y así tenía que ser, porque ese pueblo fué el primero cuyo pensamiento llegó á analizar el Universo como cosa independiente de la Teología; pero nació, como era de esperarse, vago é indefinido, y ya en tiempo de Aristóteles, apenas criado, disputaban mucho los filósofos acerca de su alcance y significado precisos. Sin duda por eso los helenos, que divinizaron todas las cosas y personificaron tantas abstracciones, como la sabiduría, la guerra, la belleza y la gracia, nunca erigieron estatuas á la naturaleza. Eso no obstante, cabe la gloria á esa admirable nación, de haber sido la primera en levantar el velo que cubría á la divinidad ignota, más grande que todas las adoradas por ella misma y por las otras naciones, porque era el gran receptáculo, el espacio inmenso, la maravillosa totalidad que comprendía y abarcaba todas las religiones y mitologías independientes del monoteísmo.

Pero ya que la palabra no existía, bien que el concepto no hubiese sido suficientemente dilucidado, la cosa

en sí había estado constantemente delante de los ojos, rodeando al hombre y estrechándole por todas partes, y ejerciendo sobre él influencia incontrastable, ya en el mundo de los sentidos, ya en el impalpable de la imaginación, ya en el más elevado todavía de los pensamientos. ¿Cómo resistir, en efecto, al poder misterioso del mundo material en que flotamos, que se pone en comunicación con nosotros por medio de nuestro organismo—átomo de su inmensidad,—y que solicita nuestra atención á todas horas, ya por el dolor intenso que nos hace sufrir al chocar con nuestro cuerpo frágil, ya por el placer que en nosotros suscita, al acariciar nuestros nervios con sus brisas suaves, embriagadores perfumes, músicas deliciosas y claridades triunfales de ráfagas, cambiantes y matices? Así, antes de elevarse la mente humana á las regiones de la abstracción, se dejó llevar naturalmente por las espoleadas de los sentidos, y sobre las creaciones de una imaginación, hija de las impresiones físicas, fué erigiendo sistemas que, bajo el nombre de religiones, no fueron más que otros tantos cultos rendidos al Universo y á sus fuerzas misteriosas. Así los chinos, llevados de su adoración á los inmensos espacios poblados de astros, se llamaron á sí mismos hijos del cielo; y los persas, asirios y fenicios, rindieron culto al fuego, purificador, triunfante, origen de todo lo criado y causa de la vida; y los egipcios deificaron al Nilo, que inundaba y fertilizaba su angosto oasis, é hicieron á Isis, la Vaca Celeste, señora de las fuerzas misteriosas y bienhechoras de la naturaleza. La India hizo todavía más: se unió tan completamente con la naturaleza, que se vió á sí misma como parte de ese todo, océano infinito en el cual es el hombre la espuma mo-

vible y fugitiva, elevada un momento sobre la cresta de las olas, para deshacerse luego en el vacío sin dejar rastro alguno de su paso.

Todos los esfuerzos intelectuales de la antigüedad, aun independientes de la religión, parecen haberse dirigido al estudio de ese ser inmenso, complejo, misterioso, indefinido en su duración é incontrastable en su energía, llamado mundo, universo, cosmos ó naturaleza. Los griegos, cuyo pensamiento resplandece en las remotas edades de la historia como una bella aurora en medio de las tinieblas, apartándose resueltamente de la Teología, fueron los primeros de todos los pueblos antiguos que consideraron y estudiaron ese gran agente en sí mismo, y se esforzaron por analizar y profundizar sus misterios. Pasma mirar cómo aquellos pensadores, privados de las luces de la observación científica y de los métodos é instrumentos de análisis de que se dispone en nuestra época, lograron elevarse por la sola fuerza de la abstracción, á alturas sistemáticas sobre lo criado, que esbozaron ya las teorías más avanzadas de nuestros tiempos, incluso las novísimas de Darwin y Spencer. Sería impropio de esta ocasión extenderme sobre este asunto, por interesante y fecundo que sea; mas conviene á mi propósito, para hacer resaltar la magia atractiva que la naturaleza ha ejercido siempre sobre el espíritu humano, recordar aquí que la filosofía griega, toda entera, fué una continuada cosmología, pues tuvo por objeto explicar los orígenes del universo y las leyes que lo rigen. Así, Thales de Mileto miraba en el agua el origen de todo lo criado; Anaximandro, y Empédocles sostenían el transformismo de los seres; Anaxímenes y Diógenes de Apolonia miraban el aire como el

germen primitivo de lo existente; Pitágoras veía en los números la fuerza creadora; Jenófanes y Parménides la hallaban en un ser único, origen de todas las cosas; Heráclito saludaba en el fuego la causa de todo lo criado; Damócrito era partidario del atomismo; y Anáxoras de la eternidad del principio constitutivo de las cosas. A esa tendencia general de la filosofía griega á explicar la naturaleza, no puede asignarse, acaso, más excepción que la de Sócrates, quien no quería que se perdiese el tiempo en meditar cosas que reputaba inútiles, y enseñaba que la filosofía debe reducirse al estudio exclusivo del hombre, para llegar al conocimiento de la virtud. Mas el ejemplo de ese gran maestro del pensamiento no fué seguido por sus discípulos, pues ya Platón volvió á interesarse en las cuestiones cosmológicas, y así lo hizo también Aristóteles, quien mereció ser llamado en su tiempo, el secretario de la naturaleza. En lo sucesivo, los estoicos deificaron á la madre de los seres, llegando por este camino casi al panteísmo; y los epicúreos, discípulos de Demócrito, volvieron los ojos al atomismo vagaroso. Los mismos alejandrinos, finalmente, no se abstuvieron de echar un vistazo á la materia, ya para admirarla (aunque temiéndola, como Plotino, por ser antitética del espíritu), ya para considerarla tan sólo como un simple vehiculo que hacía visible el pensamiento.

La *rerum alma parens*, como se ve, ha sido el origen de la sabiduría humana, la puerta por donde la inteligencia ha penetrado en los senos más oscuros de la abstracción, y la escala por donde ha subido á las esferas más altas de la luz.

A partir de la época en que triunfaron las ideas de

los hebreos sobre el origen del mundo, y en que no fué ya considerado el universo sino como la *vestidura de Jehová*, cesó la filosofía de ser cosmológica, y siguió de preferencia el camino socrático, convirtiéndose en moralista. No obstante, obsérvase en nuestra época una marcada corriente regresiva á los procedimientos antiguos, pues tanto Darwin como Spencer (por más que el primero no figure entre los filósofos), han vuelto á elaborar sistemas explicativos de la naturaleza y de sus leyes.

Mas el culto verdadero y capital que rinde á la madre de los seres la edad moderna, es el de la ciencia. Iluminada por la observación y la experiencia, ha penetrado gradualmente en los santuarios inexplorados de aquélla, sorprendiendo las leyes que la rigen, y aprendiendo á sujetar, encausar y dirigir las fuerzas de que se forma. Los antiguos fueron inferiores á nosotros en asuntos científicos, tanto porque para ellos no había más ciencia elevada que la especulativa, como porque sus mismos estudios y observaciones estaban concentrados en el cielo y los astros, y no descendían á este bajo mundo, que es el propio de la experimentación y del análisis. Los coetáneos, por el contrario, han afocado principalmente su atención hacia este último campo, y es en él donde han realizado adelantos maravillosos, por los cuales han logrado iluminar los arcanos de la creación, y mejorar las condiciones materiales, económicas y sociales de la humanidad. El hombre moderno rinde culto grandioso á la naturaleza en los laboratorios de los sabios: de esos sitios de estudio salen á diario, así los descubrimientos portentosos que van cambiando la faz del mundo, como

las teorías é hipótesis que van descorriendo poco á poco los velos que ocultan el plan del universo.

Pero si grande ha sido el influjo de la naturaleza sobre las religiones y la Filosofía, aun ha sido mayor el que ha ejercido sobre la poesía de los pueblos. La misma teoría que se aplica al carácter de las naciones por las particularidades del terreno donde se desarrollan y el cielo bajo el cual viven, conviene aplicar, y con mayor razón, á la inspiración poética. Porque si de la forma plana ó montañosa de un país, de su pobreza ó feracidad, disposición de sus costas, color de sus mares y predominio habitual de los vientos que la cruzan, viene á resultar el humor guerrero ó pacífico, laborioso ó perezoso de sus moradores, es lógico admitir que esas mismas circunstancias influyan con más gran vigor sobre su imaginación, sensibilidad é idealismo. Esto ya lo dijo Hipócrates antes que Montesquieu y que Taine, y es un hecho de observación, que podría comprobarse con sólo pasar en revista la índole no sólo de los caracteres, sino también de las poesías nacionales, con relación á los climas que los han producido. «Por la inmensidad de los mares y de las llanuras, por la exuberancia de la vegetación y la increíble multiplicidad de las especies animales, desarrollaba la naturaleza de los países orientales en el hombre, la vaga y absorbente emoción del infinito. Los griegos en su península no encontraron un río digno de ser dios, como el Ganges y el Nilo, ni una montaña que se elevase sobre las otras, como el Himalaya sobre las cadenas del Asia. No era el Olimpo la única altura bastante sublime para que los dioses homéricos celebrasen consejo: el Parnaso y el Menalo, el Taigetes mismo y el Himeto rivalizaban con él en divinidad. En

la tierra griega, si todo respiraba harmonia, nada estaba combinado para llevar al espíritu de la mano á la idea de la unidad absoluta. Dividido el país en una multitud de sistemas casi aislados, de variada producción, así como de figura y clima, daba cabida, así á los ricos pastos donde se criaban las yeguas tesalias, como á las colinas secas en cuyos montecillos de salvia y espliego, iban á libar su miel las abejas áticas. Por este motivo reinaba el principio del fraccionamiento en la organización política y religiosa de Grecia; siendo, no obstante, ajena su diversidad á toda confusión. Una naturaleza variada, pero sobria, no borra en la inteligencia humana la idea de un número comensurable y de un contorno determinado. Así resume Laprade sus consideraciones sobre el influjo de la naturaleza en la poesía de los pueblos.

Los griegos, pues, no sintieron el infinito ni lo expresaron en sus obras artísticas, sino que, colocando al hombre en el primer término, convirtieron á la naturaleza en un simple ornato dibujado al término último del cuadro. Gabriel Charmes ha dicho, que entre el suelo y la bóveda celeste, no se extendía á los ojos de los griegos una distancia sin medida, inaccesible á la imaginación, ilimitada como los sueños, inconmensurable como los deseos de un corazón no satisfecho; Schiller agrega que, si se toma en cuenta la bella naturaleza que rodeaba á los griegos, y la libre intimidad en que con ella vivían bajo un cielo tan puro, debe asombrar hayan sentido tan poco del interés profundo con que los modernos permanecemos suspensos ante esas escenas grandiosas. La naturaleza, agrega, parece haber cautivado su inteligencia más bien que su sentimiento moral, pues

nunca se apegaron á ella con la simpatía y la melancolía dulce de algunos de nuestros contemporáneos.

Una de las causas que, indudablemente influyeron de un modo capital en los poetas helenos para apartarlos del dulce romanticismo de tiempos posteriores, fué su mitología. Porque, enemigos de las abstracciones aterradoras de los hindus, del Panteísmo y de la pérdida de su personalidad, inventaron por instinto una religión pintoresca, pero limitada, en la que todo lo existente, desde lo más temeroso hasta lo más alegre, y desde lo más grande hasta lo más pequeño, ó estaba personificado por dioses antropomorfos, de figura, ideas y pasiones en todo iguales á las de los hombres, ó bajo el dominio directo de alguna de aquellas divinidades. El cielo brillaba á sus ojos poblado de dioses: los astros eran divinidades que andaban vagando por el espacio; Apolo era el sol; la luna Selene; el rayo salía de la diestra de Júpiter. En el centro de la tierra, tenía su morada Vulcano; los Titanes yacían sepultados bajo los grandes túmulos de los volcanes; los terremotos y las erupciones eran las sacudidas y el aliento de aquellos gigantes. Los vientos eran el soplo de Eolo. Una vez arregladas así las cosas, ni la ciencia tenía ya mucho que investigar, pues todo se tenía por sabido, á la luz de aquellas explicaciones brillantes y pueriles, ni los poetas podían encontrar en esas fábulas al nivel del suelo, inspiraciones altas, ni idealistas; porque los horizontes del pensamiento eran estrechos, visibles al simple ojo y enteramente humanos. «El mar mismo, dice Laprade, esa inmensidad que confunde al espíritu, ese símbolo visible de lo eterno ignoto, queda convertido en Neptuno, ávido, turbulento, robusto, vengativo, ciego en su fuerza, admi-

rablemente dispuesto para expresar por medio del arte humano, lo que es susceptible de representación en la vida maravillosa del océano. En lugar del océano mismo, será, pues, la figura de Neptuno la que estará á los ojos del poeta, como ocultando la mar inmensa, y traduciendo en su fisonomía impresionante, pero reducida, todas las pasiones que agitan la faz terrible y sin límites del ponto. En presencia de la tempestad mugidora, ¿vosotros todos los que no sois Homero, pero miráis la naturaleza con vuestro corazón en lugar de buscarla en las fábulas griegas, no podríais decirnos algo más profundo y más religioso?»

Alguien ha dicho, que la vida exterior llegaba á los griegos llena de imágenes y sensaciones, y salía de ellos y tornaba á las cosas llena de dioses. Es verdad; pero también lo es que aquellos dioses nada tenían de inmensos ni de misteriosos, y no podían despertar en los líricos helenos, más que sentimientos de ponderación y de belleza óptica, sin anhelos misteriosos de vaguedades sin término. Así carecieron, por lo general, de las dos nociones que forman hoy los polos sobre los cuales gira la poesía: la del infinito y la de la sensibilidad. El griego no tuvo siquiera una palabra propia para expresar esta última idea.

La mitología, dice Chateaubriand, al poblar el Universo de elegantes fantasmas, quitó á la Creación su gravedad, su grandeza y su soledad.

La nota soñadora sólo por acaso llegó á aparecer en la poesía griega. Un pasaje frecuentemente citado de la Iliada, donde un pastor contempla la noche serena, y algunos trozos de Teócrito, Bion y Mosco, son casi las únicas excepciones que pueden encontrarse á este pro-

pósito; tomando en globo aquella labor poética, se advierte en ella, como rasgo distintivo, no el ensueño, sino la brillantez, la armonía, y, sobre todo, la serenidad olímpica, que fué el bello ideal de la raza.

Los romanos participaron en gran manera de ese mismo carácter, como que fueron discípulos de los griegos casi en todo lo que se refiere á las bellas artes; y, por lo que mira á su propio genio, no tuvieron en sus orígenes más que un Olimpo formado por deidades abstractas y rurales, muy poco á propósito para ejercitar y levantar su inspiración. Tanto es así, que al decir de Carlos Huit,¹ permanecieron seis siglos sin poesía de la naturaleza. Mas es forzoso convenir en que, una vez desarrollada ésta, alcanzó una altura y una intensidad muy superiores á las de los griegos. Lucrecio escribió un libro sobre la naturaleza, *De rerum natura*, el cual, á vueltas de ser una exposición amplificada de las doctrinas epicureístas, contenía descripciones de mano maestra, donde se advierten á las veces arrebatos de ternura y de emoción poco conocidos hasta la época. Virgilio, que es considerado como discípulo y continuador de Lucrecio en el amor á la madre universal de los seres, llegó á tal perfección en su culto á ella, que casi alcanzó la exquisitez y la delicadeza de los sentimientos modernos. Un griego no habría alcanzado á sentir ni formular su honda y triste frase *¡sunt lacrimæ rerum!* clamor hondo y romántico, que abre un abismo de meditación y de dolor en el espíritu al ser escuchado. Virgilio, con todo, no llegó á sistemar su poesía por este camino; pero profesó un amor tan grande á la naturaleza y supo describirla con tono tan conmovido, que sus cua-

1 «La Philosophie de la Nature chez les Anciens.»

dros y cantos han quedado en el mundo literario como perpetuos modelos de belleza, que acaso nadie llegará á superar.

El tono definitivo de la poesía de la naturaleza, fué inspirado á la humanidad á la muerte del paganismo; cuando, derribado el Olimpo y muertas las deidades que poblaron los cielos y la tierra, apareció á los ojos de las almas el cielo espiritual, esa inmensidad misteriosa, insondable, habitada desde la eternidad y para siempre, por el Único y el Infinito.

Cuando palpité en el corazón la conciencia de la inmortalidad, y apareció la muerte como la puerta que da paso á lo ilimitado y desconocido; cuando el hombre, no contento con lo tangible y corpóreo, miró lo existente como la imagen de lo invisible, y la naturaleza como símbolo del ideal; entonces brotaron por sí solas las nociones de la inmensidad y del ensueño. Los Santos Padres del Imperio de Oriente fueron los primeros en lanzar la nota melancólica y soñadora, como un prelude de lo que debía ser la poesía andando los tiempos. Escrito por Chateaubriand, parece este pasaje de San Gregorio Nazianceno: «Ayer, atormentado por mis penas, me hallaba sentado á la sombra de un bosque espeso, solo y devorando mi corazón. . . Las brisas, en consorcio con los pájaros, vertían un dulce sueño desde lo alto de los árboles, donde cantaban regocijados ante la luz. Ocultas bajo la yerba, las cigarras hacían resonar todo el bosque; una agua límpida bañaba mis pies, corriendo dulcemente á través del fresco bosque; pero yo permanecía agobiado por mi dolor, é indiferente á todo lo demás. . . En el torbellino de mi corazón agitado, dejaba escapar estas palabras: ¿qué soy? ¿qué seré?»

Somos inferiores á los griegos y romanos bajo muchos conceptos, pero superiores á ellos desde el punto de vista de la poesía de la naturaleza. Breton, en su «Poesía Filosófica de Grecia,» se expresa á este propósito de la siguiente manera: «El antropomorfismo, con su aspecto seductor y su brillo superficial, es un sistema funesto á la poesía. Su aparente liberalidad oculta la estrechez y el exclusivismo. Hacer entrar á la naturaleza en el mundo humano, es destruirla. La mitología griega mató la naturaleza y la verdadera poesía. Los griegos comprendieron que la materia no basta para explicar el mundo; sintieron la vida agitarse á su derredor y penetrar por todos los poros de la masa inerte, moverla, darle una voz y un alma; pero su imaginación, demasiado enamorada de la claridad para consentir en dejarse rodear por nebulosidades, demasiado exacta para concebir cosa alguna bajo rasgos indecisos y flotantes, no supo respetar los matices infinitamente variados de la creación. No pudiendo representar en sí mismas las cosas naturales, inventaron genios ó dioses por una especie de regresión al fetichismo primitivo. He aquí una encina: la vida de ese árbol no le pertenece: es una driada. La imaginación queda satisfecha, pero la emoción desaparece. La naturaleza no recibe los honores de la apoteosis, sino porque se ha muerto. Todo lo que hay de espontáneo en las cosas, se aparta de ellas poco á poco, y va á poblar el Olimpo. El mudo ha guardado su forma, pero su alma se ha ido á otra parte. He aquí por qué los antiguos conocieron tan escasamente lo que nuestros literatos modernos llaman el sentimiento de la naturaleza, que es, como dice Huit: «la emoción profunda, pero penetrante, que el espectáculo del

mundo exterior desarrolla en el fondo de un alma particularmente alta y delicada. Semejante dolor estético, como ha dado en llamársele, fué para los antiguos casi ignorado. Ninguno de entre ellos sintió el contacto de la naturaleza, el placer inquieto, la emoción profunda, el mal de amor de ciertos contemporáneos. »

Solamente la lira moderna ha sabido producir esos cantos hondos y tiernos en que el hombre, anegándose en el seno de lo criado, se siente absorto por la admiración, por el entusiasmo, y, sobre todo, por el ensueño. El ensueño es también cosa moderna: una ascensión del alma, un presentimiento, un anhelo, un suspiro. Ninguno de los poetas antiguos, por grandes que sean, han alcanzado á este respecto, notas comparables á las de Goethe, Chateaubriand, Lamartine, Longfellow y Gabriel d'Anunzio. Lamartine se jactaba, y con razón, de haber hecho descender á la poesía del Parnaso, y dado á lo que se llamaba la Musa, en vez de una lira con siete cuerdas convencionales, las fibras mismas del corazón, tocadas y conmovidas por los innumerables estremecimientos del alma y de la naturaleza.

V.

LA POESÍA DE OTHÓN.

A esa deidad inmensa, alma de lo creado; á la fuerza misteriosa que todo lo gobierna en los cielos y en la tierra, impulsando y haciendo girar los soles, encendiendo las auroras, desatando los huracanes, lanzando el rayo, elevando las montañas, cavando los barrancos y poblando de flores y pájaros la campiña; á esa deidad

inominada para los antiguos, pero sentida y admirada siempre por los hombres, en cuyos altares han oficiado con rendido culto las religiones naturales, la Filosofía antigua, la Ciencia moderna y la Poesía de todos los tiempos; á ella fué á quien Othón consagró su entusiasmo; para ella pulsó la lira y elevó el canto; á ella y sólo á ella, consagró las excelencias de su altísimo numen. Y cuenta que el amor del poeta á tan grandiosa musa, no fué el de un aficionado de talento, sino el de un apasionado de verdad, el de un caballero andante á la señora única y absoluta de sus pensamientos. Vates numerosos entonan alabanzas á la madre universal; pero sólo por diletantismo, gala y elegancia, sin quererla mucho, ni entregarle su albedrío; desarrollado el tema con exquisitez, gracia é ingenio, apágase la llama en su pecho y no vuelven á pensar en ella, para seguir cantando amorcillos ó tristezas cortesanas, falsas y supuestas las más veces, sin calor, arrebató, ni verdad, sino con esmerada lima, artificio de sobra, y colores crudos y chillones. La poesía de Othón fué el reverso de la de esos diletantes, ingenua, sentida, *vivida* como el dice; y sus apóstrofes á la naturaleza, que tanto amó, y con la cual vivió en comunión tan estrecha, brotaban, son sus palabras, de las *hondonadas* más íntimas de su alma.

Poeta de su tiempo, é impregnado hasta la médula de los huesos, de las ideas y de los sentimientos de la época, contemplaba, amaba y cantaba la naturaleza al estilo moderno, con voz grave, contenida y romántica. Conocedor profundo de los poetas latinos, profesábales á todos una admiración sin límites, pero sobre todo, á Virgilio. Leía constantemente al Mantuano, y aun com-

puso, á imitación suya, varias poesías de sabor clásico y factura irreprochable. A ese número pertenecen sus *Sonetos paganos*, y tres hermosísimos dedicados á Clearco Meonio.² No puedo resistir la tentación de transcribir aquí uno de los últimos.

LA SELVA.

Hay en mi seno voces interiores
Jamás por los mortales escuchadas,
Que oyéronlas tan sólo á las vegadas
Los dioses convertidos en pastores.

Al ritmo de mis plácidos rumores,
Cruzaron por mis sendas nunca holladas
Y los seguían faunos y driadas,
Ciñéndoles de lauro, mirto y flores.

Su flauta el viejo Pan dejó escondida
Donde habitan mis genios tutelares,
Que es del misterio y del amor manida;
Mas robada le fué, y hoy sus cantares
Se desbordan en hálitos de vida,
Resonando por montes y por mares.

Mas pronto se apartó Othón de aquella forma aristocrática, pero imitadora y caduca, para abrirse su senda y andar por sus propios caminos. Así lo declaró paladinamente en el prefacio de sus «Poemas Rústicos»: «Desdemiadolescencia compongo versos, dijo; pero hace más de veinte años he sacudido, ó al menos he procurado sacudir, *todo ajeno influjo*. La musa no ha de ser un espíritu extraño que venga del exterior é impresionarnos; sino que ha de brotar de nosotros mismos para que, al sentirla en nuestra presencia, en contacto con la naturaleza deslumbradora, enamorada y acariciante, podamos exclamar en el deliquio sagrado de la admiración y del éxtasis, lo que el padre del género humano

2. El Ilmo. señor D. Joaquín Arcadio Pagaza.

ante su divina y eterna desposada: «Os ex ossibus meis et caro de carne mea.» Por otra parte, el artista ha de ser sincero hasta la ingenuidad. No debemos expresar nada que no hayamos visto, nada sentido ó pensado á través de ajenos temperamentos, pues si tal hacemos, ya no será nuestro espíritu quien hable, y mentimos á los demás, engañándonos á nosotros mismos.—Pero no basta con esto. Es necesario considerar en el arte lo que es en sí: no sólo una cosa grave y seria, sino profundamente religiosa porque el arte es religión en cuanto belleza y en cuanto verdad, y uno de los vínculos, acaso el más fuerte, que nos liga con la eterna verdad y con la belleza infinita; porque, en suma, el arte es amor, amor á las cosas que están dentro y fuera de nosotros. Estos son mis principios y esta mi teoría estética, que he creído deber apuntar de paso y en compendio, porque tal vez servirá de disculpa á lo exiguo, débil y deficiente de mi labor; pues tengo que agregar á lo ya dicho, que el arte no puede ni debe ser tomado como pasatiempo, ocio ó distracción, sino que hay que consagrar á él todas las energías del corazón, del cerebro y de la vida. Y esto, desgraciadamente, no ha podido ser para mí, por más que la voluntad y la inclinación hayan sobrepujado á las veces el límite de mis aptitudes, y roto casi siempre la argolla de hierro de mis necesidades. Sólo sí diré, que todos los cantos que publico y que publicaré, los he sentido, pensado y vivido muy intensamente, y han brotado de las hondonadas más profundas de mi espíritu. Si la forma no corresponde á la pasión, será porque mi molde es muy estrecho y muy frágil, y ha estallado cuando quise vaciar en él mis emociones.»

Tal fué la profesión de fe del altísimo poeta: sacudir todo ajeno influjo, hallar en la propia inspiración la voz de la poesía; no cantar sino lo visto y sentido; y ser sincero en la expresión de sus emociones artísticas. Para él, amante rendido de la naturaleza, debía reinar la verdad como señora absoluta, en toda obra poética, y el mundo no debía oír sino voces brotadas del alma, á compás de los latidos del corazón. Y así fué, en efecto, su obra, la que le hizo inmortal: veraz, honda, sincera; nacida *en las hondonadas más profundas de su espíritu*. Esa ingenuidad, esa blancura y diafaneidad de su musa, es lo que forma su mayor encanto, y constituye el título que ostenta á los ojos del público para hacerse no sólo aplaudir, sino amar y admirar con indecible entusiasmo. El numen de Othón, por otra parte, no era más que una manifestación de la grandeza y de la sencillez nativas de su alma, porque aquel ilustre poeta fué el hombre más modesto de la República: sencillo en su trato, enemigo, tanto de hinchazones y rebuscamientos, como de palabras cabalísticas y entonaciones teatrales. Jamás convirtió en tripode su asiento, ni su palabra en sentencia; jamás impuso su parecer á los demás, ni exigió de nadie postración, homenaje ni incienso. Desconoció en lo absoluto eso que llaman *pose* los franceses: fué un hombre como todos. Cuando no hacía versos, no se distinguía de los otros sino por su dulzura infinita, por su exquisita cortesanía y por su admirable candor infantil. Y así fué también en el atavío exterior de su persona: ni llevó cabellera larga, ni sombrero á la Rembrandt, ni gran corbata en forma de mariposa; ni entornaba los ojos, ni se las daba de Mamfredo ó de D. Juan. Vistió ternos al uso común, gastó

sombrero de bola ó de copa y ciñó al cuello corbatas ajustadas al gusto reinante.

La forma poética adoptada por Othón, fué adecuada asimismo á esas otras manifestaciones de su ser: sencilla, clara y sin afectación. Fatigado quizás de la belleza dulzona de los idilios y no atraído por el estilo semididáctico de las geórgicas; incapaz de sentir las melancolías enfermizas de René; ajeno al misticismo contemplativo de Lamartine, y enemigo por temperamento del romanticismo confuso, triste y sensual de d'Anunzio, cantó la naturaleza á su modo, elevándole los himnos sencillos que brotaban de su corazón. Por eso es su obra tan personal, pues, aunque perteneciente al género que han cultivado antes que él y con tanto éxito otros poetas, lleva un sello exclusivo é inconfundible, que la diferencia de cualquiera otra. El que tome en sus manos los «Poemas Rústicos» y pase los ojos por sus prestigiosas páginas, sentirá hondamente esta verdad: no hay en la obra poética de Othón, salvo unos cuantos versos de sabor virgiliano, imitación, eco ó reminiscencia de alguna otra poesía. Toda ella es original, salida directamente del alma del vate; porque éste, fiel á su anunciado y bien meditado propósito, rompió en cierto momento de su vida toda comunicación con sus antiguos modelos, no guardando de ellos sino el buen gusto, la pureza de la forma y la nobleza de las imágenes. Y metiéndose dentro de sí mismo, halló en el rico fondo de sus propias emociones, su inspiración individual, cuyas voces tradujo sin admitir el consorcio de ninguna otra, extraviada, guardada ó rezagada en el santuario de su memoria.

Por lo que ve á su versificación, se amoldó triunfal-

mente á los cánones de la más pura y clara de los siglos de oro de Castilla, sin serle menester, para expresar sus delicados conceptos, giros desusados ni palabras sesquipedales, ni versos de veinte sílabas, ni oscuridad desdeñosa, ni mayor número de cuerdas en la lira, que el que ha tenido ella siempre. Nuestra hermosa lengua española, con su genio, tradiciones, prosodia, música y carácter tradicionales, fué suficiente al desarrollo de su inspiración, y jamás se quejó de que su numen se encontrase estrecho dentro de los moldes grandiosos donde vaciaron su genio Garcilaso, Herrera y Fr. Luis de León.

Veamos ahora cuál fué el procedimiento de que se valió para poner en vibración los ocultos resortes de su numen: volver al seno de la naturaleza como un niño al de la madre; lanzarse resueltamente á la vida del campo como un hombre primitivo; contemplar con sus propios ojos aquellas escenas y oír con sus mismos oídos aquellos rumores que no miran ó escuchan los otros, sino al través de ajenas descripciones, desfiguradas ó abultadas, dislocadas y deformadas de un modo convencional, cual paisajes de lacas japonesas.

Ya dije que el primer paso dado por Othón en esta senda, fué enteramente casual. Pero una vez encontrado el camino que anhelaba su instinto, se engolfó en él con entusiasmo y no lo dejó ya en su vida, porque era el que había soñado, el que convenía y satisfacía plenamente á sus ambiciones artísticas. Cuando la estrechez de su vida económica le obligó á salir de su ciudad natal, y á cruzar por primera vez la Sierra Madre, al verse en presencia de aquel grandioso espectáculo, se sintió, como lo dije antes, poseído por el vér-

tigo de lo grande, de lo hermoso, de lo sublime. Paróse á contemplarlo con intensa é inefable emoción: su alma había sido criada para abarcar, comprender y admirar aquel panorama; el observador estaba á la altura del maravilloso cuadro; aquel espíritu abierto de par en par á la emoción estética, podía corresponder con vibraciones intensas y voces y cantos grandiosos, á la magnitud y á la majestad de la cordillera Y pulsando la lira en aquellas eminencias, lanzó á los cuatro vientos de la República, himnos que fueron como gritos de águila sobre la roca inaccesible.

Así fué cómo aquel viajero que caminaba por la serranía, agujoneado por las necesidades de la vida, encontró su verdadero destino y se halló en presencia de la musa que le atraía desde su adolescencia, y á la cual no había logrado acercarse. Mas al fin la veía, al fin la admiraba, y se hallaba en su regazo. ¡Qué placer tan inmenso! ¡Qué satisfacción tan infinita! Aquello fué, por decirlo así, la apertura á la luz de los ojos del poeta, aquello fué su bautismo artístico. Desde entonces nació en su corazón el amor inmenso, arrebatador á la naturaleza, que fué la pasión de su vida, sin ostentación ni vana palabrería, sino hondo, sincero, inextinguible; un botón de fuego en su corazón, un ósculo luminoso sobre su frente. El encuentro casual no pareció ya bastante á aquel corazón anegado en emociones; fuéle preciso entrar en comunicación más detenida, frecuente é íntima con la buena, hermosa y arcana madre. Llevado de tales sentimientos, dióse, pues, Othón, á la vida especial de hombre y poeta, que le asigna en nuestro Parnaso un lugar privilegiado. Se convirtió en cazador, en explorador, en montañés, en todo lo que se quiera, en

todo cuanto signifique ver, escudriñar y habitar los sitios bravíos y vírgenes donde apenas se ha posado la planta del hombre.

Joven, robusto y entusiasta, echóse á cruzar aquellas asperezas, unas veces á caballo, las más á pie, para poder mirarlas y escudriñarlas, y penetrarse mejor de su belleza. Con la carabina al hombro y el morral al costado, triscaba por las peñas como los ciervos, ó bajaba al fondo de los barrancos, deslizándose por vertiginosas pendientes; reposaba á la orilla de los ríos para contemplar su corriente, y prestaba oído á la voz de las filtraciones que se rezumaban por las juntas de las rocas. Buscaba al medio día, sombra bajo los árboles ó al amparo de los recios picachos, y cuando la noche extendía sus sombras sobre la cordillera, dormía á la intemperie, reclinada la cabeza en la silla de montar ó en alguna redonda piedra, y rebujado en su capa. Llegaba á las veces á las chozas de los pastores, y entrando en sociedad con ellos, participaba de su colación frugal: leche, tortillas de maiz, frijoles y tal vez algún trozo de cabrito asado al fuego. Vez hubo que, perdido por las cañadas tortuosas, le sirviese para orientarse, la fogata encendida por los leñadores, y, guiado por ella, llegase cansado y aterido de frío al amor de la lumbre, donde pasaba la noche al lado de los montañeses profundamente dormidos, que no llegaban á notar su presencia. De una de esas excursiones nació su admirable *Salmo del fuego*, cuya verdad, poesía y elevación, son de todo punto insuperables.

Sus aventuras cinegéticas fueron dando gran perspicacia á su vista y firmeza á su mano, de suerte que llegó á ser un famoso cazador, que hacía riza y estrago

entre los animales montaraces de la comarca. Tigres, gatos monteses, pumas y coyotes, cayeron en gran número bajo la certera bala de su escopeta, y no pocas garzas morenas y águilas caudales, abatieron el vuelo majestuoso alcanzadas por sus proyectiles. Así llegó á formarse en él una ardiente pasión por la caza, al punto que, cuando á ella se entregaba, lo olvidaba todo, no comía ni dormía, y sólo volvía en su acuerdo cuando había logrado el objeto apetecido, matando la vestía ó el ave que perseguía.

Sé de buena fuente, que una ocasión, después de enlazado con su adorada Ester, olvidó á esta en lo más espeso del monte (á donde la había llevado lleno de amor), con motivo de la persecución de una rica pieza, que fué siguiendo por cuevas y barrancos. Al obscurecer de aquel día, llegó sudoroso y fatigado á una estación del ferrocarril, donde se aprovechó del vapor para tornar al pueblo donde vivía. Su primer cuidado al volver á su hogar, fué preguntar por Ester, y sólo volvió en sí y recordó lo que le había pasado, cuando fué informado por la servidumbre de que se la había llevado consigo. Al oír esto, se dió un golpe en la frente, y cuando, lleno de confusión y de pena, se disponía á tornar á la montaña para buscar á su dulce compañera, se presentó ésta por sí misma, seguida por un mozo de estribo, no enfadada, sino risueña, porque, conociendo bien á su esposo, había recibido la falta no como una ofensa, sino como una genialidad que mucho la divertía.

Después de lo dicho, puédese ya formar idea de la estrecha comunión en que llegó Othón á vivir con la naturaleza. ¡Cuántas veces vería el poeta sonreír el alba en el remoto horizonte, desde la cumbre de los ce-

ros; cuántas al aurora abrir con sus dedos de rosa las puertas del oriente; y cuántas surgir el sol deslumbrador y triunfal por encima de las cumbres cubiertas de perpetua nieve! ¡Cuántas le sorprendería el sol zenital en los abruptos desfiladeros convertidos en hornos, y participaría de la languidez de la naturaleza en aquellas pesadas y largas horas; y cuántas presenciaria con ojos extáticos la majestuosa puesta del sol detrás de las lejanas cordilleras, y los celajes melancólicos del ocaso, y la tristeza inefable del cielo, y el avance de las sombras, y su condensación en los hondos repliegues de los barrancos! Las tempestades del Trópico, que vomitan cataratas diluvianas sobre la tierra, le sorprendieron con frecuencia en pleno campo; y pudo así oír el furioso bramido de los vientos, el gemido de los árboles sacudidos por el huracán, la gritería de las aves amedrentadas, y el retumbar del rayo, que multiplicaba su estrépito en las cóncavas profundidades de la serranía. A sus ojos corrieron por las cañadas los arroyos convertidos en torrentes, rodaron las rocas desgajadas de las cumbres, fueron los árboles arrancados de cuajo y se precipitaron los ríos coléricos, deshechos en blanca espuma, desde la altura vertiginosa hasta el seno del abismo insondable.

Esas impresiones, imponentes y aterradores á las veces, ó á las veces plácidas y risueñas, causaron hondísima impresión en su mente, y salieron de su alma convertidas en odas y sonetos de belleza inmortal. Recorriendo las páginas de «Poemas Rústicos,» puede seguirse paso á paso la vida de Othón como hijo y admirador de la naturaleza. Allí es donde se le debe ver, estudiar y admirar, porque es su reino, está en su casa,

y boga, por decirlo así, en su elemento natural. Séame ácito, para ponerlo de resalto, traer á colación algunas de esas sublimes estrofas. Imaginémonos por un instante al poeta, engolfado en lo más recóndito de la serrañía, mirando con ojo anheloso y escuchando con oído atento, las bellezas y los rumores del paisaje. Allí mismo, en ese lugar, y bajo el imperio de su emoción intensa, figurémosle entonando su inmortal «Himno de los Bosques.» Sí, ese canto grandioso no es obra de gabinete, ni fruto de fría retórica; es la vibración misma del alma conmovida por una emoción intensa, es el eco acordado de voces escuchadas, recogidas y amadas, que brota de la lira al unísono con ellas, y no indignas de su majestad.

Oigamos la sinfonía:

En este sosegado apartamiento,
Lejos de cortesanas ambiciones,
Libre curso dejando al pensamiento,
Quiero escuchar suspiros y canciones.
El ¡Himno de los Bosques! Lo acompaña
Con su apacible susurrar el viento,
El coro de las aves con su acento,
Con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
A la honda sima, con furor azota
Las piedras de su lecho, y la infinita
Estrofa ardiente de los antros brota.
¡Del gigante saltorio en cada nota
El salmo inmenso del amor palpita!

La estrofa anterior contiene el resumen de una de las principales fases de la inspiración poética de Othón. La Creación toda, era para él un inmenso saltorio: el viento, los árboles, los pájaros, los ríos, los arroyuelos, las cascadas, la tempestad, el trueno, el mugido de las

fieras, el chirriar de las aves de rapiña, todo, hasta las montañas enormes, todo cantaba, todo prorrumpía en voces y acentos acordados, cuyo augusto conjunto era el himno que la tierra alzaba á las alturas. Este tema, hermoso y grande, se repite en innumerables pasajes de la obra del vate, y forma, por decirlo así, la esencia misma de su contemplación y de su éxtasis. Nada lo expresa tan bien, ni de una manera tan vigorosa, como el soneto XVII, de la «Noche de Walpurgis:»

LA MONTAÑA.

El encinar solloza. La hondonada
Que raja el monte, es una boca ingente
Por donde grita el bramador torrente
De furiosa melena desgredada.

La piedra tiene acentos. Vibra cada
Roca como una cuerda, intensamente,
Que en sus moles quedó perpetuamente
Del Génesis la voz petrificada.

Del hondo seno de granito escucha
Las voces, oh poeta: Clama el oro,
¡Vive y goza mortal!: el hierro, *¡lucha!*

Mas oye al par sobre la altura inmensa,
Cantar en almo y perdurable coro
A las agudas cumbres, *jora y piensa!*

Para Othón hay una alma poética en las cosas, que las hace vivir en constante elevación hacia las cimas, y esplendor, brillar, estremecerse en homenaje de adoración á la Omnipotencia Criadora.

Otra nota característica de la poesía de Othón, es el talento estético. Sabe ver, contemplar y gozar las bellezas ópticas; no pierde detalle alguno de los que constituyen las maravillas del paisaje. Y enardecido y entusiasmado por el éxtasis, reproduce en sus estrofas aquellos cuadros, aquellas escenas, aquellas maravillas que

le arroban, engrandecidas y sublimadas por la nobleza de las imágenes y la música del ritmo. ¿Quiere verse cómo describe el primer albor de la mañana? Volvamos al «Himno de los Bosques:»

Del Oriente los blancos resplandores
 A aparecer comienzan: la cañada
 Suspira vagamente. El sauce llora
 Sobre la fresca orilla del riachuelo;
 Y la alondra gentil levanta al cielo
 Un prelude del himno de la aurora;
 La bandada de pájaros canora
 Sus trinos une al murmurar del río;
 Gime el follaje temblador; colora
 La luz el monte, las campiñas dora,
 Y á lo lejos blanquea el caserío.
 Y va creciendo el resplandor, y crece
 El concierto á la vez. Ya los rumores
 Y los rayos de luz se hinchan al viento,
 Hacen temblar el éter, y parece
 Que en explosión de notas y colores
 Va á inundar á la tierra el firmamento.

Veamos ahora cómo describe una salida del sol:

Allá tras las montañas orientales,
 Surge de pronto el sol, como una roja
 Llamada de incendios colosales,
 Y sobre los abruptos peñascales,
 Ríos de lava incandescente arroja.
 Entonces de los flancos de la sierra
 Bañada en luz, del robledal oscuro,
 Del espantoso acantilado muro,
 Que el paso estrecho á la hondonada cierra,
 De los profundos valles, de los lagos
 Azules y lejanos que se mecen
 Blandamente del aura los halagos,
 Y de los matorrales que estremecen
 Los vientos: de las flores, de los nidos,
 De todo lo que tiembla ó lo que canta,
 Una voz poderosa se levanta
 De arpegios, y sollozos, y gemidos.

He aquí cómo describe la siesta.

Oigo pasar bajo las frescas chacas,
 Que del sol templan los ardientes rayos,
 En bandadas, los verdes guacamayos,
 Dispersas en desorden las urracas.
 Va creciendo el calor, comienza el viento
 Las alas á plegar. Entre las frondas,
 Lanzando triste y gemidor acento,
 La solitaria tórtola aletea.

 Las palomas zurean en el nido;
 Entre las hojas de la verde caña.
 Se escucha el agudísimo zumbido
 Del insecto apresado por la araña;
 Las ramas secas quiébranse al ligero
 Salto de las ardillas; su chasquido
 A unirse va con el golpeo bronco
 Del pintado y nervioso *carpintero*,
 Que está en el árbol taladrando el tronco;
 Y las hondas armónicas desgarran,
 Con desacorde son, el chirriante
 Metálico estridor de la cigarra.
 Corre por la hojarasca crepitante
 La lagartija gris; zumba la mosca,
 Luciendo al aire el tornasol brillante,
 Y, agitando su crótalo sonante,
 Bajo el breñal la víbora se enrosca.

¡Qué ojo tan sutil y qué mirada tan penetrante la del poeta! Nada escapaba á su observación, ni siquiera el agudo zumbido del insecto apresado por la araña, ni el golpe seco del pico del pájaro carpintero en el tronco del árbol. Sabía escuchar el metálico estridor de la cigarra, ver á la lagartija gris correr por la trepidante hojarasca, oír el zumbido de la mosca que lucía al aire el tornasol brillante de su coraza, y mirar la víbora enroscarse bajo el breñal, agitando su sonante crótalo. Nada puede imaginarse más hermoso, verdadero ni artístico que esa magistral descripción. Al leer las estrofas de ese himno

admirable, siente el lector como que comprende mejor la naturaleza, como que la observa por primera vez y que la ama más que nunca, porque penetra mejor sus secretos; y ese redoblamiento de amor y de admiración hacia ella, se torna asimismo en amor y admiración hacia el poeta, que así supo comprenderla y adorarla, y ponernos en contacto de admiración y culto con la gran madre de los seres.

Me haría interminable si quisiese trasladar aquí, para completar la demostración, todo cuanto encierra de bello y sublime el «Himno de los bosques» en el desarrollo de su inmenso tema; mas no puedo prescindir de transcribir la estrofa de la tempestad, porque señala á Othón como poeta vigoroso y de estro enérgico, que es una nueva fase de su talento:

Mas ya Aquilón sus furias apareja
Y su pulmón la tempestad inflama,
Ronco alarido y angustiosa queja
Por sus gargantas de granito deja
La montaña escapar, maldice y clama;
El bosque ruge y el torrente brama;
Y de las altas cimas despeñado,
Por el espasmo trágico rompido,
Rueda el vertiginoso acantilado,
Donde han hecho las águilas el nido
Y su salvaje amor depositado;
Y al mirarle por tierra destruido.
Expresión de su cólera sombría,
Aterrador y lúgubre graznido
Unen á la tremenda sinfonía.

¿No es solemne y terrible este cuadro? Parece que se mira y oye todo cuanto en él se agita. El Aquilón se enfurece, la tempestad inflama sus pulmones, las gargantas de la montaña dejan escapar ronco alarido, ruge el bosque, brama el torrente, y sacudido por el espasmo

trágico, cae en el abismo el gigante cantil, donde han hecho las águilas su nido y depositado á los hijos de su amor; y al verle derribado, prorrumpen éstas en graznidos aterradores y lúgubres, que se unen á la sinfonia tremenda de la tempestad. Nada tan grandioso como esto se habia escrito en nuestro pais antes de Othón, y dificilmente habrá quien se eleve después de él á tan sublimes alturas. ¡Cuán insípida y fría aparece la inspiración de Carpio desde estas eminencias:

¡Espléndido es tu cielo, patria mía,
De un purísimo azul como el zafiro;
Allá el inmenso sol hace su giro
Y el blanco globo de la luna fría!

Mucho más blanca y fría que el globo de la luna, siéntese la cuarteta.

Si queremos contemplar á Othón por su lado soñador y dulce, nos bastará hechar un vistazo al último soneto de «Angelus Dómine.»

EL ANGEL VESPERTINO.

Ondulante y azul, trémulo y vago,
El ángel de la noche se avecina,
Del crepúsculo envuelto en la neblina
Y en los vapores gráciles del lago.

Del Septentrión al murmurante halago,
Los pliegues de su túnica divina
Se extienden sobre el valle y la colina,
Para librarnos del nocturno estrago.

Su voz tristezas y consuelos vierte.
Humedecen sus ojos de zafiro
Auras de vida y ráfagas de muerte;

Levanta el vuelo en silencioso giro
Y, al llegar á la altura, se convierte
En oración, y lágrima, y suspiro.

Nada más pintoresco ni poético. ¡El Angel Vespertino, ondulante y azul, trémulo y vago, acercándose envuelto en las neblinas del crepúsculo y en los tenues vapores del lago, extiende los pliegues de su túnica divina, al soplo del viento, sobre la colina y el valle, lanza voces tristes y consoladoras, y muestra los ojos humedecidos por auras de vida y ráfagas de muerte! He aquí una figura augusta y melancólica, que hiere á la vez la imaginación y el sentimiento con indecible intensidad. Pero no es eso todo; el mensajero alado levanta el vuelo en giro silencioso, y se convierte, al llegar á la altura en oración, suspiro y lágrima. . . . ¡Qué bien tradujo el poeta las impresiones dulces y tristes que agitan á las almas contemplativas á la caída de la tarde! Esa, esa es la emoción que produce en el pecho la hora vespertina; suave, dolorosa, indefinible; más religiosa que humana. —El soneto vale tanto como el *Angelus* de Millet.

VI.

EPÍLOGO.

Se necesitaría un grueso volumen para hacer el análisis formal y completo de la obra de Othón; pero como tan arduo y delicado trabajo no es propio de esta ocasión, ni soy competente crítico para llevarlo á cabo, tengo que contentarme muy á pesar mio, con lo que llevo escrito á este propósito. Eruditos y elocuentes escritores vendrán después de mí, que se encargarán de llenar los huecos que dejo en el presente estudio, y pondrán más de resalto el valor extraordinario del vate ilustre, cuyo nombre he evocado. Cábeme la satisfacción

con todo, de que ninguno de ellos, por competente que sea, podrá poner en sus escritos, ni la admiración, ni el cariño, ni el entusiasmo que he puesto en el mío; porque es difícil que alguien comprenda y estime á Othón, tanto como le comprendí y estimé. En la cariñosa comunión de ideas y de afectos en que por un tiempo vivimos, se reveló á mí por entero, y su alma, os aseguro, era tan grande, tan buena y tan alta, como su numen.

Poco me queda que decir para terminar. Mis últimas palabras serán un epílogo doloroso.

Con motivo del fallecimiento de nuestro docto, caballero é inolvidable Secretario Perpetuo D. Rafael Angel de la Peña, fué designado Othón por esta Academia para decir una poesia en la velada que se organizó en honor de aquel hombre ilustre; y el inspirado poeta, á pesar de sentirse enfermo y encadenado en Ciudad Lerdo á penosas labores profesionales, aceptó la invitación y se trasladó á esta ciudad en tiempo debido. Acudí á recibirle á la estación del Nacional, una mañana, á temprana hora. No bien bajó del Pullman y le hube recibido en los brazos, cuando me habló de lo muy quebrantada que sentía la salud. Dijome que adolecía de un penoso enfisema, que le atacaba la respiración y le ocasionaba toses persistentes y desgarradoras. Y efectivamente, varias veces interrumpió su relato acongojado por accesos de tos sumamente crueles, que se prolongaban por varios segundos, le sofocaban, le amorataban el rostro y le hacían salir casi de las órbitas los azorados ojos. Triste impresión me causó mirarle en aquel estado, aunque procuré disimularla, y le alenté cuanto pude, asegurándole que el mal parecía ligero y curable.

Pasó el día conmigo. Se refugió en mi casa para concluir los admirables tercetos de su elegía, que aún no traía pulidos ni terminados. A la siesta, se despojó del jaquet y del chaleco, que era la forma por él adoptada para consagrarse al trabajo, y luciendo los tirantes oscuros sobre la blanca camisa y cruzados sobre la espalda un tanto inclinada, dióse á dictar al escribiente la poesía que tenía que leer aquella misma noche. Me asombró la facilidad con que versificaba. Es probable que hubiese traído pensado ya el final de la composición; pero se veía que aún no le daba forma, y sabido es cuán delicada es ésta en la poesía, y, sobre todo, al final de las composiciones. Lo cierto es que Othón dictó al amanuense los últimos tercetos, casi como quien escribe prosa, y que á poco me leyó integra la elegía. Quedé deslumbrado por su elevación, brillo y majestad; era sencillamente admirable. Cuando mi amigo hubo concluido la lectura, me levanté del asiento y le estreché la mano, diciéndole que su poesía me había hecho recordar los versos de Lope:

«De mis soledades vengo,
A mis soledades voy.»

La sentí impregnada, por una parte, del mismo amor á la naturaleza que resplandece soberanamente en la inspiración del vate, y, por otra, de esa vaga tristeza, de esa melancolía indefinible, que parecen rodear las últimas acciones y las últimas palabras de los que van á morir. Sin saber por qué, me cerró el corazón una angustia indefinible cuando la escuché, y tuve como un confuso anuncio interior del fin próximo de mi amigo.

La noche de aquel día, 26 de octubre de 1906, reci-

tó el poeta sus tercetos en la velada, ante público selecto reunido en el Teatro del Conservatorio, bajo la presidencia del señor General D. Porfirio Díaz y de su Gabinete; y, á pesar de que Othón leía sin artificio é ignoraba el arte de modular la voz para causar efecto, apenas hubo concluido la lectura, resonó por todo el recinto una larga y nutrida salva de aplausos. Cuando volvió á sentarse á mi lado, respiré satisfecho al ver que habia salido gallardamente de la prueba; pues llegué á temer que no pudiese declamar la poesia, porque le ahogaba la tos momentos antes de ocupar la tribuna. A fuerza de frasquitos y pastillas calmantes, logró apaciguar los accesos durante algunos segundos, y decir los tercetos de una sola tirada, sin interrupciones ni flaquezas de la voz. Concluida la velada, se precipitaron vates y literatos á felicitar al poeta con grande y caluroso entusiasmo; y al siguiente dia engalanó sus columnas uno de los diarios de esta capital, con aquel canto del cisne.

Permaneció algún tiempo en Méjico, seducido por el trato y conversación de artistas, poetas y literatos, que no cesaban de visitarle; y se encontraba tan bien en esta atmósfera intelectual y artistica, que no pensaba en tornar á sus hogares. Pero su estado fisico empeoraba todos los dias, y se veía que momento á momento iba perdiendo terreno. Se desvelaba con frecuencia, ora en reuniones musicales, ora en coloquio con sus colegas, los inspirados y exquisitos; se levantaba al llegar el sol al zenit, y llevaba una vida tan irregular y antihigiénica, que hubiera perjudicado á un hombre con salud de hierro. Yo, que le queria tanto cuanto le admiraba, me alarmaba al ver cuán rápidamente la enfermedad iba minando sus fuerzas. Llévéle á la consulta del célebre

especialista, doctor Vázquez Gómez, y quedé aterrado por el diagnóstico: tenía una enfermedad cardíaca, paavorosamente desarrollada, y debía salir de Méjico á la mayor brevedad; la altura de la Mesa Central le estaba matando, y podía ocasionarle la muerte en el momento menos pensado. Tuve que ejercer sobre él cariñosa vioiencia para arrancarle de la ciudad, y no paré hasta dejarle cierta noche en el tren que debia conducirle al lugar de su residencia. Le dí el último abrazo en el andén, con la esperanza de volver á verle en circunstancias más favorables, pues mucho podía esperarse de su robustez y de la acción benéfica de tierras más bajas y de aire más denso; y le recomendé no permaneciese en San Luis, cuya altura es casi igual á la de Méjico, y que se trasladase directamente hasta Ciudad Lerdo. Pero me desobedeció, porque era caprichoso como un adolescente, y porque, sin duda, no creia, allá para sus adentros, estar tan seriamente enfermo como se lo decían los hombres de ciencia. El caso es que permaneció varios dias en su ciudad natal, retenido, quizás, por destino misterioso, que quiso cavar su fosa al pie mismo de su cuna.

Llegó el 28 de noviembre, marcado por la mano de Dios para que fuese el último de su vida. Por fortuna, su santa y buena esposa, el ángel tutelar de su vida, estaba ya á su lado. Yacía Othón en el lecho atormen-
tado por la asfixia; pero fuerte y entero. Creyente sincero y animado de un espíritu poéticamente religioso, se había preparado para morir como cumplía á su deber, recibiendo la Bendición de Paz, el Pan del Fuerte y la Unción del Sepulcro. Tranquilo con aquella mística provisión para emprender el gran viaje, pegó los labios al

crucifijo; y aguardó el instante supremo. No se hizo esperar mucho. Murmuraba una plegaria, cuando le sorprendió la tos: el acceso no se cortó, sacudiéndole los pulmones; sofocándole y poniendo espanto en sus ojos. De pronto, sobrevino un vómito, arrojó torrentes de sangre, y expiró. La enorme aneurisma que se le había formado en la aorta, había reventado al golpe de la tos, como herida por un puñal ó por una bala.

Aquel grande espíritu, que pasó la vida abismado en la contemplación y en la alabanza de las obras de Dios, debe haber exclamado al salir de este mundo, como en la conclusión de su hermosísima «Pastoral:»

«Ya se bañan de azul el horizonte
Y el alma.... ¡Oh Infinito! ¡Oh Infinito!

Así Xenofonte y su heroica falanje gritaron: *¡thalassa! ¡thalassa!* al ver el mar desde las alturas del Theches; y Rodrigo de Triana gritó: *¡tierra! ¡tierra!* desde la caravela de Colón, al vislumbrar las islas de América.

Tal fué el doloroso término de esa gran vida, toda consagrada al culto del arte y de la eterna belleza; sencilla, buena y fecunda como pocas. Contados de nuestros hombres ilustres habrán valido tanto como Othón, que fué tan grande por el corazón como por el numen. Inteligencia preclara y conciencia de niño, nunca sintió turbada la paz de su vida por la bajeza ni por las malas pasiones. Diaz Mirón, ese poeta inmenso, ese genio poderoso, honra de Méjico y de nuestra raza, consideraba á Othón, no sólo como uno de los poetas próceres de la República, sino también como una de las almas más dulces y buenas que hubiese conocido. «Ma-

nuel José Othón, le oí decir varias veces, tiene seis alas blancas, como los serafines. • Esas alas enormes, immaculadas y espléndidas, se agitan ya por el Infinito, y se extienden por nuestro horizonte intelectual como una aurora de luz.

Othón debe tener una estatua. ¡Qué bien estaría su efigie enorme y granítica, colocada sobre la cumbre de un elevado picacho de la Sierra Madre, para que pudiese ser vista desde lejos, con el arpa en las manos, como los antiguos bardos, y el rostro vuelto hacia arriba: ahí, solo, de pie, azotado por el viento, empapado por la lluvia, acariciado por la aurora, tostado por el sol, empalidecido por el crepúsculo y envuelto en la sombra de la noche; escuchando el bramar de la tormenta, el estampido del trueno y el rugido de la catarata; mirando absorto las cosas arcanas de la creación, siguiendo con mirada estática el vuelo de las águilas y pareciendo acompañar con sus cantos de adoración perpetua, el coro de las voces divinas, que brota de aquel conjunto maravilloso!

Méjico, mayo 22 de 1907.

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

BREVES OBSERVACIONES ACERCA DEL TERMINO

“GARAGE.”

Numerosos como lo son ya los rótulos en un idioma extraño, que se ven en los almacenes y despachos de esta capital, no debiera sorprendernos una nueva lesión de tantas como aquí se le infieren á la lengua vernácula; y puesto que con pasiva indiferencia contemplamos que vaya día á día suplantando en Méjico el inglés al castellano por calles y plazas, bien podríamos encogernos de hombros al ver aparecer una nueva palabra del todo extraña que desde reciente fecha se ostenta con osado alarde en algunos sitios públicos: la palabra *Garage*. Pero es el caso que á mí, dióme en rostro desde el primer momento que reparé en ella, sin que haya dejado después de ofenderme la vista y el oído, cuantas veces la oí pronunciar ó la vi escrita en la portada de los almacenes de automóviles.

La diferencia entre aquella especie de amarga resignación con que miro en nuestras calles los rótulos en inglés y la desazón con que noto la palabra *Garage*, la hallo en que los primeros, aunque implican cierto menosprecio del idioma patrio, á lo menos lo dejan incólume en su ser intrínseco, mientras que el vocablo re-

ferido, sobre entrañar el cargo de impotencia para el castellano, en la designación de un objeto nuevo, es atentatorio á su misma pureza; puesto que se pretende la intrusión de un mal término forastero en nuestro vocabulario. La palabra *Garage* es, además, en gran manera chocante, por cuanto á que, ó la pronunciamos con el sonido de la *g* francesa, exótico en el castellano, ó la pronunciamos á la española con la desinencia en *aje*, y entonces nos resulta su sonido muy semejante al de dos voces españolas innobles una y otra.

Con referencia al idioma francés parece muy bien derivada la voz *Garage* de *gare* (estación); si bien el término resulta genérico y no específico como debiera, pues que *Garage* no expresa otra idea que la de almacenaje, sin significar la clase de almacenaje que sea.

No existiendo en castellano el primitivo *gare*, mal podríamos conformarnos con la adopción de un derivado suyo. Así, pues, el término *Garage* es inaceptable por los tres capítulos de no expresar con precisión el objeto que designa, por ser un derivado de un primitivo exótico y por resultar mal sonante para oídos castellanos.

Fácilmente se explica que, los extranjeros, dueños de los almacenes de automóviles, no muy conocedores muchos de ellos, de nuestro idioma, hayan acudido al neologismo francés para designar aquellos mismos almacenes; pero no se justifica que quienes posean algún conocimiento del castellano y le tengan por su lengua natal, se resignen ante la imposición de una palabra extraña, deficiente, mal sonante y bárbara.

Lo único que abonaría al vocablo en cuestión, es su brevedad, aunque no resulte el mismo, á pesar de esa

brevedad, suficientemente comprensivo ó sintético en su connotación.

Paréceme que el nombre adecuado para los almacenes de que se trata, podría ser el de Depósito de Automóviles: este nombre resultaría castizo y eufónico. No veo la necesidad de hacerlo más breve á expensas de lo castizo; pero si tal exigencia se tuviese, precedentes hay en nuestra lengua en el procedimiento de yuxtaposición de las voces, formando de dos ó tres una sola, que nos proporcionaría el medio de obtener un término corto y comprensivo del objeto. Así como tenemos la voz de yuxtapuestos ferro-carril, proveniente de una palabra latina y otra castellana, y en la cual hállase comprendido el género próximo, *carril*, y la diferencia específica, *he hierro*; de la propia manera podríamos de la palabra genérica depósito y de la específica automóvil, formar una sola, yuxtaponiéndolas entre sí y decir: *autos-depósito*; y todavía más, consultando la brevedad y la eufonía y buscando el engranaje y solidificación del término, podríamos elidir la *s*, quedando entonces *auto-depósito*, voz híbrida, si se quiere, formada de griego y de latín; pero ni más ni menos que la de ferro-carril, auto-móvil, veló-dromo y otras de adopción castellana. Elementos grecizantes y latinizantes fueron de continuo traídos á nuestra habla desde que ella apareció. Aun en francés resultaría mucho mejor por su propiedad *auto-dépôt*, que *Garage*, en concepto mío.

Quiero suponer que para algunos sea inaceptable el término auto-depósito que formo; mas como la riqueza del castellano siempre sale verdadera, para los descontentos propondría yo adoptar al mismo intento el neologismo de puro abolengo castellano, *Guardautomóvi-*

les, por analogía con guardamangel, oficina donde se reciben las viandas para Palacio; guardamuebles, aposento donde se conservan los muebles; guardarropa, oficina para custodiar la ropa, y guardavajilla, en fin, pieza destinada para las vajillas de las casas grandes.

Propondría yo, por último, á los descontentadizos, que aun la misma palabra *Garage* se acepte; pero á condición de reemplazarle la inicial que la hace tan ingrata como extraña y antiespañola, trocándosela en una sencilla *p*, que nos daría *paraje* por *Garage*, voz castellana, pura, bien sonante y expresiva del mismo objeto; y si la palabra automóvil nos da la idea de movimiento, la palabra paraje nos da la contraria, la cesación del mismo; resultando una contraposición entre automóvil y paraje tan apropiada como exacta; y todavía más, para quitarle la vaguedad al término paraje, podríamos yuxtaponerlo con el primer elemento auto, obteniéndose la dicción autoparaje, castiza y llena, y no nada lesiva para la noble y caudalosa lengua castellana.

Méjico, 21 de junio de 1909.

MANUEL G. REVILLA.

ELOGIO

DEL

SEÑOR ACADÉMICO

D. JOSE PEON Y CONTRERAS

LEIDO POR

D. MANUEL SANCHEZ MARMOL

EN LA SESIÓN

DEL 28 DE OCTUBRE DE 1907.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Con ser yo el designado para decir el elogio del inefable José Peón y Contreras, cuya pérdida siempre será reciente para los que le sentimos y le amamos, no sufre detrimento el prestigio del meritisimo Director de este Instituto, ni por esta vez siquiera reciente menoscabo el tino y discreción que nunca se echó de menos en sus actos.

No os alarméis: no toméis esta declaración mía por alarde de presuntuosa suficiencia, pues mejor que ningún otro siento que si para el desempeño de este encargo hubiérase buscado la competencia intelectual del elegido, mi nombre ni por el magín habria pasado de los honorables miembros de esta Ilustre Corporación.

No en el más apto, sin duda, es en el más obligado en quien ha debido recaer la regocijosa labor de decir aquí de Peón y Contreras, que decir de él es hacer su cumplida loa, que no hay aspecto por donde sea considerada su simpática personalidad por el cual no resulte crecidamente acreedora al más levantado encomio. Puedan otros escatimárselo, acendrárselo en el crisol de la crítica más exigente; á mí tan sólo me es dado aplaudirle y admirarle, ó ya la gratitud fuera sentimiento proscrito del corazón humano; mas ella es á manera de censo irredimible, y todo intento de solventarlo, no viene á ser sino simple renovación de su reconocimiento.

José Peón y Contreras, con quien me encontré y emparejé, yo hecho ya hombre, él franqueando apenas los umbrales de la pubertad, fué, sin embargo, para mí, como el hermano mayor; tanta fué su solicitud por hacerme grata la vida de estudiante en la hospitalaria y festiva Mérida, de quien llegué á alcanzar la gracia de que me tuviera como su hijo propio. Y no se conformó él con darme su cariño, tal como él sabía otorgarlo: franco, entero y sin reservas; ganó para mí la estima singular de sus honorabilísimos padres, aquella graciosa, ideligente y exquisita gaditana, que depositó en el hijo la gema de las virtudes más delicadas; cumplido varón aquél, Ulises de prudencia y dechado de pundonor, de quien heredó las cualidades que más enaltecen al hombre, geminándose, fundiéndose por tal conjunción en su naturaleza, los atributos más hermosos del uno y del otro sexo. ¹

¹ José Peón y Contreras fué hijo del Licenciado Don Juan Bautista Peón y de Doña Pilar Contreras Elizalde, nacida en Cádiz durante la excursión que su familia efectuaba por las tierras de España.

Y como si hacer tanto por mí no le pareciera bastante, llevó las munificencias de su afecto hasta abrigarme en su propio hogar, dando así público é inequívoco testimonio del amor que me profesara. ¡Miren si no tengo de sentirme excepcionalmente obligado hacia quien tanto hizo en mi pro!

El poeta nace, y José Peón y Contreras es la más solemne comprobación de esta sentencia. Nació poeta, y sin saber de métrica, hizo versos impecables, é hizo poesía genuina, antes de conocer los cánones de la Poética. El pájaro abandona el nido y se lanza al aire sin aprender á volar y vierte en las frondas la armonía de sus cantos sin previa iniciación en los secretos del arte.

Todo lo que el de la poesía requiere para ser cultivado con aplauso, se aunó por nativo privilegio, con apretado hermanazgo, en José Peón y Contreras: imaginación viva, sentimiento delicado, percepción clara é intuitiva, emotividad profunda, entusiasmo fogoso, dicción pronta en traducir la idea, y de este conjunto, la espontaneidad creadora que constituye la originalidad del artista. Por eso es Peón y Contreras más que poeta, órgano de la Poesía, y poeta habría sido en cualquiera época en que le hubiera sido otorgado el don de la vida, que no es, en resumen, otro fenómeno que la manifestación de determinado organismo. Tocóle en suerte mostrarse en fiestas cívicas, en liceos, en prosenios y academias, que á haber florecido en la época trovadoresca, por natural impulso habríasele visto echado al hombro el laúd en bandolera, marcharse errabundo á través de las tierras, para ir á amanzar corazones al encanto de sus trovas, ora á las rejas de beldad es-

quiva, ora al pie de la torre señorial, morada de altiva castellana. Si; habría sido trovador, como le vimos incomparable zagal cantar la Egloga diestramente acordada al són de la zampoña pastoril.

Mozuelo aún, sintió en su ser la conmoción del mundo, los estremecimientos de la vida, el tropel de las cosas que nacen, corren y desaparecen en la fantasmagoría del universo; percibió y entendió el himno inacabable en que vibra toda la creación y lo acertó á traducir en la lengua grata al divino Apolo. No hubo acento que á su interpretación escapara, semejándose á aquellas arpas maravillosas que sonaban al contacto de todos los vientos.

Divino es el poeta, porque es creador. Solo en el mundo, poblarálo de seres, harálos semejantes suyos, animarálos con su propio sujeto y puesto en comunicación con ellos, los mostrará dotados de sentimiento y de intelectualidad, y comprenderá y traducirá lo que dice el murmurio de la fuente, el cuchicheo de las ramas, el estruendo del torrente, el callado recogimiento de la soledad; entenderá los vagos rumores que vienen de las lejanías; sabrá lo que está secreteando el abismo en el fondo de su tiniebla Intérprete de la palabra universal, siéntese envuelto en la inmensidad del Cosmos, descifra el jeroglífico de las constelaciones que cintilan prodigiosas en la inconmensurable altura, y halla la revelación del Gran Misterio en la palpitación de la vida, siempre inagotable en las redondeces del infinito.

Así se reveló Peón y Contreras á su gente, en tempranísima edad, y fué como clave y como símbolo del nacimiento de la Poesía, que es reflejo y vibración del universo, en la conciencia humana.

Vástago de una familia prócera, por ambas líneas, aunque no favorecida con los dones de Pluto, había que salvar al muchacho del humillante parasitismo, apercibiéndolo á la lucha por la vida; que integrar su personalidad, que libertarlo del duro menester de adivinar en el semblante sus caprichos al magnate; y para ello era preciso asegurarle una carrera de las que proporcionan honra y lucro. Ciertamente que su misma constitución física redimíalo del mal efecto de una primera impresión; llevaba el alma en el rostro: dulce la mirada de aquellos sus ojos grandes y vívidos, el arco de su boca correctamente marcado, anuncio de franca sinceridad, y todo se harmonizaba por modo tal en su fisonomía, que le aseguraba por donde fuera la acogida más cordial. La talla bien proporcionada; derecha, sin rigidez; gallarda, sin altiveza, denotaba á las claras que podía caer de rodillas para adorar, para adular nunca.

No había amplio campo en que hacer elección de carrera entre las que, por entonces, se ofrecían en su tierra á la humana vocación; reducíanse á tres: la eclesiástica, la forense y la médica. Para la primera, había retraentes poderosos. El principal radicaba en su propia naturaleza: temperamento erótico, ó mejor dicho, para atenuar el significado de la palabra, «amoroso,» tal le nombra Justo Sierra, tenía conciencia de que iba á carecer de suficiente poder de coersión para substraerse á los riesgos á que orilla y empuja la frecuentación del trato del *devoto sexo femenino*, como enfáticamente llama la Iglesia á la mujer, y esa resistencia la acentuaba, hacíala más insuperable, la fe religiosa de la familia del poeta, sincera y radicalmente católica, que habría tenido á desdoro, á mengua é ignominia, contar

entre sus miembros á un reo de sacrilegio. ¿Se haría abogado? Éralo su padre: pero él había tomado la Licenciatura sólo como título decorativo, que cuadraba mal á su carácter ejercitarse en las triquiñuelas no ajenas al oficio, ora por enfermiza inclinación á falsear la verdad á que espolea la espectación del éxito, ora por la necesidad de defenderse con las propias armas, contra la temeridad del adversario. Animado del genuino sentimiento de lo justo, habriase avergonzado de recurrir á ardides más ó menos habilidosos para ganar un pleito. No era, pues, de esperarse que el padre sugiriera al hijo, que de él había heredado honradez y rectitud, la adopción de una carrera que no contaba con su simpatía, y si á ésto se agrega que el hijo profesaba repugnancia invencible á cuanto olierá á Curia, no había que pensar la emprendiera por este camino. Se hizo, pues, médico.

La ciencia que tiene por generoso objeto el alivio, cuando no la liberación completa de los sufrimientos que atormentan al hombre, que lucha por retardar en la naturaleza humana el cumplimiento de la inexorable ley del anonadamiento, no podía menos que atraerse la consagración de la actividad noble y desinteresada de quien estaba hecho de bondad y de amor.

La ocupación profesional y á conciencia del joven médico, no fué en parte á entibiar en él su dedicación á la gaya poesía; renunciar á ella, habría sido renunciar á su propio ser; tanto como pedir al agua que no fertilice la tierra, al sol que no alumbre. Como de Ruiz de Aguilera dice Doña Emilia Pardo Bazán, «el bocado de pan lo esperaba de la medicina y el nombre, de los

versos.² Y la medicina dió pan á Peón y Contreras; sí que se lo dió; no con hartura, es verdad, pero sazonado el suficiente con la sabrosa satisfacción de dejar agradecido al pobre y no lesionada la sensibilidad del rico, á trueque de la dolencia curada, y diéronle los versos nombre y renombre, y doble asiento en el Parnaso, sin tristeza de nadie, mas con aplauso de todos.

Manantial copioso y perenne fué la inspiración de nuestro poeta. Dos facultades predominaron en ella con no desmayada intensidad, el sentimiento y la imaginación. Ambas inseparablemente hermanadas animaron su lira de oro. Por el sentimiento, vivió en comunión perpetua con cuanto es capaz de ennoblecer el corazón humano; por la fantasía, se reveló dotado de singular potencia creadora. Ellas fueron las incansables alas con que se remontó á las regiones del puro ideal, de donde puede decirse que nunca descendió. Por idealista y por bueno, con bondad no aprendida, sino en él orgánica, fué optimista: halló que la vida es un dón real y efectivo, y gozó de ella en toda su latitud; y los inconvenientes y las dificultades y las contradicciones que en ella no escasean, parecieronle cosa natural é inherente á la condición propia de lo que es mudable, de lo no definitivo, de lo que es en su esencia misma cambio y evolución. No era él, por tanto, quien podía poner tacha al Creador, y pues El había encontrado muy bueno lo hecho por El, *vidit cuncta quæ fecerat et erant valdè bona*, muy bueno tenía que ser.

Su labor, como poeta, fué múltiple; sobra la limitación, que no hubo acto suyo que no llevara la marca

² Discurso leído en la Universidad de Salamanca en honor del poeta Gabriel y Galán.

del poeta. A modo de diamante de incontables facetas, reflejaba la luz por todas partes. Amoroso, amábalo todo; amable, era de ley amarle. Todo el caudal de su producción de poesía propiamente dicha, es decir, la versificada, así lo muestra y lo proclama. Sus versos nunca fluyeron para desembrollar temas filosóficos, ni ofrecer soluciones á problemas de ninguna especie. Espejo dotado de conciencia, reprodujo siempre las escenas del mundo según la impresión que le causaban, y de ninguna como de la suya cabe decir que la obra de Arte es la percepción de la naturaleza á través de un temperamento, y Peón y Contreras resulta, por eso, una personalidad literaria perfectamente definida.

Fué lírico en todo y ante todo, y así es natural que fuera. Su carácter, su emotividad, su imaginación ardiente y pronta al entusiasmo, llevábanlo al género de poesía en que el estro arde con espontáneo encendimiento, se mueve sin trabas, vuela con más poderoso arranque, sin menester de preparación, sino que rompe de súbito en epinicio ó canción; en anacreóntica ó elegía, para celebrar la gloria del triunfo, suspirar los embelesos del amor, reír las alegrías del placer ó gemir el duelo de las hondas añoranzas. Musa prodigiosamente prolífica, sus versos brotan copiosos, nítidos y acabados, como preciadas flores en jardín que vivifica la Primavera con la plenitud de sus encantos.

En todo objeto halla motivo de inspiración, y no como la vaga y holgazana mariposa, sino que imita á la industriosa abeja en el ir recogiendo néctares y perfumes con que enriquecer sus panales, de los que fluye miel más deliciosa que la que destilaran los áticos rosales del Himeto.

Aquí me viene el deseo de espigar de su opulenta lírica, para mostrar cuánto sintió la belleza, y con cuánta limpidez y galanura supo expresarla, mas precáveme de intentarlo la consideración de que, de no adolecer de deplorable deficiencia, no cabría la labor en una sesión de la Academia.

Este desmañado discurso mío es, y no debe ser otra cosa, que mero estudio de conjunto, de síntesis pura, que no consiente entrar en el análisis de particularidades, y aun cuando esta reflexión no bastara; surge el óbice de mis actuales condiciones, nada adecuadas á tarea de tanta magnitud. Aplazo el concebido propósito para más tarde, si aun hubiere más tarde para mí, cuando la pluma pueda correr menos cohibida por las discreteces del bien parecer.

Dos poderosas influencias obraron en el espíritu del poeta adolescente y orientaron su estro: la de dos insigne poetas yucatecos: el Maestro D. José Antonio Cisneros ⁽³⁾ y el prestigioso D. Pedro Ildefonso Pérez, sin embargo de lo distinto y hasta diverso de sus respectivos modos: aquél, acoplando á las austeridades de la Filosofía, las formas de la Musa castellana de la Edad de Oro; éste uniendo á la palpitante viveza de las imágenes, las prodigiosas sonoridades de nuestra habla. De ambos aprendió Peón y Contreras; copiólos, nunca; que poseía sobrada genialidad para no cantar en arpa ajena: aun cuando en esta composición siguiera el modo de Cisneros, en estotra, el de Pérez, su personalidad no

3 Viene de rigor el epíteto de Maestro á D. José Antonio Cisneros, pues aparte de que fué guía y Mentor de la juventud dada al cultivo de las bellas letras, profesó en la Universidad de Mérida de Yucatán las asignaturas de Derecho Natural, Civil y de Economía Política, con indisputable acierto.

desaparecía, conservábala íntegra y genuina en cuanto brotó de su numen.

Fué por las esferas del sentimiento por donde voló más á sus anchas, mas regocijado, y no hay composición suya en que no se perciba la vibración de esta cuerda. «Halló que la vida es un don real y efectivo; amoroso, amábalo todo,» tengo dicho de él, y fué el sentimiento por antonomasia, el amor, por el que más se unió á las cosas y á los seres del universo. Hablar de José Peón y Contreras, es no salir del amor, y él, sin duda, habría encontrado en los labios del divino Jesús, las mismas palabras de absolución con que alzó del suelo á la hermosa arrepentida Magdalena.

No supo qué fuera desamor, ni tuvo noticia del odio: en vano buscar, pues, en sus versos la sátira, el epigrama, el sarcasmo, ni siquiera la ironía, que suele no ser trascendente á daño del prójimo. Nada del áspid podía haber en el ángel.

No menos que Euterpe, fuéle propicia Melpómene; parecían disputárselo para otorgarle sus favores con largueza de mimo.

Como en la Lírica, entró en la Dramática como quien se ejercita en oficio propio; sus veinte años no quitaron á la Musa la severidad del continente, y sus personajes están vaciados en el molde de la pasión y del sentimiento que deben representar. Su imaginación, su lirismo, su sentido del arte, no consintieron que descendiera á los realismos de la vida, y fué, por eso, dramaturgo idealista, y resistió acomodarse á los procedimientos que el Maestro Cisneros enseñaba, por aquel entonces, con la doctrina y con el ejemplo: puesto que el drama, decía, no es, ni debe ser otra cosa que la co-

pia ó remedo, dentro de los cánones de la estética, de las acciones humanas inspiradas por determinada pasión, los personajes del drama han de hablar y moverse tal como en la vida ordinaria hablan y se mueven los tipos que el poema reproduce. Ni se platica, ni se razona en verso, de ahí que la representación escénica deba ser trasuntada en el lenguaje habitual, la prosa; quede el verso, en todo caso, para la comedia humorística ó para la de ficción pura. Y puesto que solamente los locos soliloquian en alta voz, ni es verosímil que el personaje teatral denuncie su pensamiento á su interlocutor, el monólogo debe ser proscripto de la escena. (4)

Tamañas razones no pudieron en el ánimo del joven bardo; para no apartarse de las tradiciones tuvo otras que no le parecieron de menor momento. Desde luego, él tenía al verso como la expresión natural del arte poética, de donde todo asunto de poesía era de fuerza que tomara la forma versificada. Aparte de esto, pensaba que el verso, por razón del ritmo, de la cadencia y de la armonía, goza del prestigio de cautivar, de embargar la atención del auditorio, facilitándole, por tal circunstancia, retener en la memoria aquellos trances del drama en que la pasión ó el sentimiento se acentúan de modo más patético. Y en cuanto al monólogo ¿cómo prescindir del único recurso de hacer patente al espectador el estado de alma, la situación psíquica del personaje en escena?

(4) Por el año de 1860, D. José Antonio Cisneros sostuvo la tesis y púso-la por obra, de que el drama debiera ser escrito en prosa y de él desterrado el recurso de los monólogos y apartes. Su doctrina no hizo fortuna, ni trascendió fuera de Yucatán. Ha sido necesario que el enorme genio de Ibsen viniera á establecer la innovación.

Ciertamente que á su perspicuidad no pudo escaparse que la doctrina del Maestro se conformaba con la verdad, suprema reguladora del arte; mas un temor le arredraba á entrarse por la nueva senda; ¿se alcanzaría por allí el buen éxito? La innovación reclamaba públicos cultos y de fácil y pronta percepción, y actores que estuvieran á la altura de esos públicos, de modo que, por el gesto, por el ademán, por las actitudes, por la tonalidad ó por la inflección de la voz, pudiera hacerse perceptible la tendencia, la intención y finalidad del acto ejecutado ó de la palabra proferida, y á su edad, y en sus otras condiciones personales, y en su medio, estaba en lo cierto al pensar que no contaría ni con públicos, ni con actores semejantes.

Se fué, pues, por donde su inspiración lo llevara á los tanteos del arte escénico.

Sus ensayos encontraron la acogida más lisonjera, que muy lejos de entibiarse, cuando más versado en su labor se trasladó á la Capital y aquí se dió á conocer, quedó ejecutoriada: se captó al público, conquistó aplausos rayanos en frenesi, mereció el tributo de ruidosas ovaciones, y con ellos, popularidad por ningún otro dramaturgo ganada; sí, por ningún otro, de D. Fernando Calderón y D. Ignacio Rodríguez Galván, á D. Aurelio Luis Gallardo y D. Francisco González Bocanegra, sin exceptuar de esta zaga á la misma egregia poetiza Doña Isabel Prieto de Landázuri, que á los hechizos de su sexo sumara las riquezas de su caudaloso numen.

Para componer sus dramas no se echó á las honduras de la filosofía sabihonda; no buceó los secretos que el corazón oculta en sus fondos, ni se empeñó jamás en dar solución á problemas de orden social. La in-

terpretación del sentimiento y los recursos de su imaginación ofrecieronle arsenal inagotable en que abastecerse para tramar y desatar sus concepciones teatrales. Elegido el asunto, ideado el plan, abandonábase al soplo de su estro, seguro de que no extraviaría la ruta. A fin de moverse con entera libertad en el desarrollo y término de la acción, huye los temas abstrusos, las tesis escabrosas, los problemas planteados adrede, y tomando por los senderos trillados de la vida, anima á sus personajes con afectos intensos, susceptibles de llegar á la vehemencia y hasta al arretrato de la pasión, y al través de una textura exenta de arduidades, sólo atenta á emocionar y conmover á su público, llega triunfante á soluciones siempre simpáticas, en las que jamás resuena victoriosa la carcajada del cálculo protervo ó de la dañina maquinación, sino el regocijo del bien, condignamente recompensado.

No hace demostraciones; confórmase con producir impresiones profundas, percatándose de no dejar en los pechos sensación de malestar, antes de satisfacción y contento. Su despreocupación por los detalles llévalo á prescindir de la documentación, hasta en sus dramas históricos. Tomado el hecho capital y concreto, váse á él derechamente, desembarazado de incidentes circunstanciales, tal como su magín se lo sugiere, apercebido únicamente á mantenerse dentro de los rigores de la verosimilitud, consciente de que en la obra de arte, basta con realizar la verdad relativa.

Tal procedimiento, del que nunca se apartó, ni causó daño á su firme reputación, ni empobreció su rara fecundidad. Por ésta llegó á comparársele con el gran Lope, valga el anacronismo; que para Lope le sobraba

lo romántico. De ésta su fecundidad dan vocinglero testimonio las treinta y tres composiciones dramáticas que engendró su pluma, de ellas, una sola comedia, que tenía aversión á recrearse mostrando el lado ridículo de las acciones humanas. (5)

El libro denuncia la personalidad del autor, y hasta la retrata; y ésta ya vieja y averiguada observación, en nadie cuadra mejor que en Peón y Contreras. Sus protagonistas son hidalgos, gentiles y magnánimos: tal era él; sus heroínas son sensibles, tiernas, animosas y abnegadas, tal era su concepto de la mujer, de modo que aun para los que no disfrutaron la gracia de tratarle, bastaría con estudiarle en sus obras, para tener ante sí la personalidad moral del celebrado artista.

Por supuesto que, no hay para qué decirlo, si el dramaturgo saboreó las embriagueces del aplauso, si su mérito, antes que desconocido, ganó justiciero homenaje, y la crítica lo aquilató y levantó muy en alto; no le faltaron censores; de estos ninguno, es verdad, por mal sentimiento, por desafección, que á todos fué simpático y por todos querido. Pero en materia de Arte, cada quien tiene su credo, cada quien su modo especial de juzgar. Norabuena que los imbuídos de los conceptos de la escuela doctrinaria, que aquellos que los

(5) Por vía de ilustración pongo aquí el inventario de la producción dramática de Peón y Contreras:

Obras dramáticas: "María la Loca," "El Castigo de Dios," "El Conde de Santiesteban," "El sacrificio de la Vida," "Gil González de Avila," "Hasta el Cielo," "La Hija del Rey," "Un Amor de Hernán Cortés," "Juan de Villalpando," "Antón de Alaminos," "El Conde de Peñalva," "El Capitán Pedreñales," "Luchas de Honor y de Amor," "Impulsos del corazón," "Esperanza," "Por el Joyel del Sombrero," "Doña Leonor de Sarabia," "Vivo ó Muerto," "El Bardo," "La Eternidad de un minuto," "En el umbral de la Dicha," "La Cabeza de Uconor," "El Padre José," "Soledad," "Gabriela," "Una Tormenta en el Mar," "Laureana," "Por la Patria," "Margaritas," "Irene," "Pablo y Virginia," "Gertrudis" y la comedia "Entre mi Tío y mi Tía."

proclaman y los observan, juzgue desde los puntos de vista que orientan su criterio y conformándose con ellos, encomien ó condenen; tal critica, si alguna vez errada, está exenta de malevolencia, no la emponzoña el virus de la envidia, sino que se inspira en el celo por el mantenimiento de lo que es para ellos ortodoxia literaria; y es respetable por lo que tiene de impersonal, y es impersonal por cuanto procede en virtud de reglas pre-establecidas; no por aficiones de momento. Pero lo que no es tolerable es el derecho que se arrogan á juzgar de la obra ajena, á superponer su Yo al Yo del autor, los ecléticos, los modernistas, los emancipados de la tutela de las tradiciones del arte. Someter al propio criterio el criterio de otro, en nombre de una superioridad de intelecto, aun no reconocida por consenso de los demás, tiene toda la deformidad de un atentado; de una invasión á los fueros de la personalidad; importa tanto como desconocer el privativo derecho que á cada quien asiste de profesar ideas propias, de emplear procedimientos propios para crear lo suyo. Que cada árbol lleve su fruto, así debe ser; que es cuestión de paladares, el que á este le sepa suave ó deleitoso, á aquel insípido ó desabrido.

Diráse que este sentir es anárquico; si lo fuere, no lo será, á fe, por culpa de quien lo enuncia, sino de los emancipados, de los sufficientistas, que en el paroxismo de su orgullo, se creen superiores á todo, sin reflexionar que al erigirse en prototipos de la estética, pueden estar haciendo lo del infante aquel de la leyenda mística, empeñado en abarcar la inmensidad del océano en la oquedad de una conchuela.

El elogio de Peón y Contreras no puede terminar

aquí; hay que hacer mención de su obra postrimera, de su canto de cisne, que así me atrevo á calificarlo, en el que logró aunar á la frescura y lozanía y al primor de un numen juvenil, el acierto más cumplido en la concepción y la ejecución de su obra. Refiérome á su Poema «Flérida y Garcilaso», creación felicísima en que asoció y dió unidad á dos estilos al parecer inhermanables, el bucólico y el épico. Pues ambos se hallan en él tan hábilmente concertados, tan admirablemente fundidos; la ficción y la verdad con tal maestría entremezcladas, que no se acierta á deslindar la fábula de la realidad.

En cuanto al héroe del Poema, con ser nada menos que el Príncipe de la Lirica española, resulta tan admirablemente interpretado, que no se sabe cuándo es Peón y Contreras, cuándo Garcilaso el que canta y ¡con cuán atinado arte supo acomodar en el Canto II, insertándolos á la letra, los reclamos del desdeñado Tirreno á la esquiva Flérida, de la Egloga III del gran Lírico! Aun cuando Peón y Contreras no hubiera compuesto más poesía que este Poema, él sólo le bastara para radiar á la altura á que lo contemplamos y le rendimos culto fervoroso sus admiradores.

Labor tanta y tan acertada; tan fácil y fluída que parece ejecutada sin esfuerzo, era natural que le pusiera en relieve, visible á todas las miradas, é hiciera su mérito de todos reconocido. Su fama literaria abrióle de par en par las puertas de esta Academia, lo que vino á significar como la consagración suprema de su valía. El asiento que aquí le fué adjudicado, no lo alcanzó, pues, en modo alguno.

Por vanas consecuencias del estado,

sino que lo debió á propio y legítimo merecimiento. Tuvo la fortuna de hallar justicia hasta en su propia tierra. Mucho la amó, es verdad; mas ella no lo amó menos; amólo con entrañas de madre, orgullosa de tal hijo. Mérida, su ciudad nativa, lo consagró á la inmortalidad, dando el nombre de «Peón y Contreras» al Coliseo que en honor suyo erigiera. Hizo más: había determinado celebrar fiesta solemne dedicada á ceñir la frente de su poeta con el laurel de Apolo; mas, por entonces no fué poca parte á impedirlo la ingénita modestia del ya laureado por aclamación de sus conterráneos.

Nuestro distinguido colega D. Joaquín Baranda, en su elegante decir, dijo de Peón y Contreras: «Poeta que tantos lauros alcanzó, á quien tantos aplausos se tributaron, vencedor en torneos literarios en los que conquistó la áurea palma, poseía la virtud de la modestia. . . . Sin envidias ni vanidades, pasaba su vida tranquilo y satisfecho, rindiendo culto á las musas.»⁶ No voy á incurrir en el atrevimiento de corregir el concepto; mas era virtud más alta que la modestia la que caracterizara á Peón y Contreras: era humilde, sincera, genuinamente humilde, sin asomos de alarde, que aun cuando parezca paradójico y antinómico, hay alardes de humildad. La de nuestro celebrado poeta jamás se traslució ni en palabras ni en actitudes; su humildad era callada, semejábase á esos ríos profundos, cuya superficie no denuncia la corriente que los lleva. Tan honda, tan callada era esa su humildad, que nunca se le oyó, ni por

⁶ Artículo Necrológico, publicado en «El Tiempo Ilustrado» de 24 de febrero de 1907.

alusión siquiera, hablar de una producción suya. Si por halagarlo alguien se la citaba con encomio, sonreía agradecido y mudo. Podía habérsele imitado, hasta plagiado, sin que sus labios se abrieran para reivindicar la propiedad de la idea ó de la invención. Esta fué, sin duda, la causa de que no suscitara en su contra ponzoñosas envidias ni moviera enojosas polémicas.

En un país como el nuestro, en una democracia como esta en que vivimos, el cultivo de las letras no alcanza otra recompensa que la encomienda de alguna función pública, el hombre de letras, si no es rico, ha de considerarse como adscripto á la política. ¿Cómo lo estuvo Peón y Contreras? De ningún modo. Servía á su patria donde se le ponía, pero jamás hizo profesión de fe de tal ó cual programa político, ni declaración de afiliado en determinada bandería. No era posible: corazón, todo corazón, no era dable se aviniera con el descorazonamiento, y la política no tiene entrañas; procede según las conveniencias, y á ellas lo sacrifica todo. Es el formidable carro de aquella divinidad india que atropella y tritura lo que encuentra á su paso. Busca resultados de conjunto, de totalidad; es justa expletivamente; mas Peón y Contreras quería el bien para cada individuo, realizada la justicia atributiva, y la política que más le hubiera simpatizado, la que él hubiera puesto en acción, habría sido la de aquel gran rey que deseaba que cada súbdito suyo pudiera echar una gallina en su puchero.

Contento de sí mismo, que es la mayor de las dichas; con savia de primavera en las venas, y la mente aun soñadora, exento de anhelos irrealizables, entraba firme y sereno en la tarde de la vida, cuando vino á convidarle con la perspectiva de nuevos alborozos la cariño-

sa solicitud filial. Su hijo el mayor, poeta como él, como él artista, quiso llevarle consigo á una excursión por tierras de Europa, y fué la invitación en tal manera expresiva y empeñosa que no hubo forma de esquivarla, como que la acentuaba y la hacía más constriñente el recuerdo de una promesa que allá en su mocedad le fuera hecha por el autor de sus días, y por la muerte de éste frustrada. Tardía realización de aquel temprano deseo, que iba á serle funesta!

Partió, pues; traspuso el Atlántico, arribó á Paris y cuando apenas comenzaba á sentirse envuelto en la mágica atmósfera de la Cosmópolis de los mil prodigios, una mañana, al despertar, al abandonar el lecho, experimentó la instantánea sensación de un vértigo; en pie, parecióle que el suelo huía; intentó marchar, y sus pasos fueron oblicuos y de través. Instintivamente percibió su mal, atenuado, sí, por el instinto de la propia salud. Aquel accidente podía no ser más que advertencia oportuna, grito de alarma de la inminencia del peligro. Desgraciadamente era el naufragio, el desastre mismo, si bien aun no en toda su espantosa realidad. La ciencia podía, tal vez, detener la parálisis; ya no impedirla.

Medio individuo no es ya el individuo. Y medio individuo fué lo que recogió en Paris y nos trajo á Méjico el segundo de sus hijos, el entendido médico. El fué el único á quien no cegó la venda del amor; él vió con dolorosa claridad que el adorable padre no se alzaría más del golpe que lo había aterrado. Guardó para sí el que no era secreto; no quiso privar de los consoladores espejismos de la esperanza, al corazón de la tierna y enamorada esposa y á ella y á la desolada hija las imbuyó fácilmente del engaño de que el enfermó tornaría

á recobrar el regular funcionamiento de sus miembros.

Era para mover á piedad al corazón menos blando ver retenido, inmóvil entre los mimbres del sillón de enfermo al que había sido foco de vida y radiación de actividad, concentrada toda aquella no más que en fulgor de sus luminosas pupilas, único sentido por donde el mundo se acusaba á su conciencia, único por el que se daba cuenta de los testimonios de amorosa adhesión que le rendía la ternura de los suyos, de los homenajes de simpática condolencia que le tributábamos cuantos por él nos interesábamos, que éramos muchos; pero su Yo, su potente, su fecundo é inagotable Yo, sufría la tormentosa impotencia de exteriorizarse, de inundar con los efluvios de su sentimiento y de su espíritu los corazones y los cerebros que tuviera avasallados con aceptado, con proclamado vasallaje. ¡Cuán horrible tortura! ¡Qué lucha más espantosa! En el interior, todo el empuje, todo el hervor de la vida, toda la concentración de las energías mentales; mas allí detenidas, estancadas, inmovilizadas por la invisible resistencia de la parálisis. El músculo ya no impulsa, la articulación ya no se dobla, los nervios ya no vibran; concibe el alma, manda la voluntad, el verbo es formulado, pero la lengua no obedece y la palabra queda inarticulada y muerta en las profundidades del cerebro. ¡Oh angustia sin nombre! Y esto lo sufre el que antes vivido y fogoso se agitó y ardió en entusiasmos de fiebre; el que, caballero en su Pegaso de cien alas, substraído á los convencionalismos de las edades de hierro, combatió por hacer efectivos los fueros de la soñadora Quimera!

El suplicio no se prolongó, por fortuna. La madre providente, convencida de su incapacidad para reconstruir

aquella existencia, para mantener aun la trabazón de aquellos órganos que reclamaban su disgregamiento, acudió solícita en socorro del hijo muy amado. Y otra mañana, á la hora en que el sol rompía las brumas del Oriente, difundió sobre los miembros del mártir la gran anestesia de la muerte, y puso así término á la horrible tortura.

A cada quien lo suyo, la madre naturaleza es, también, gran justiciera. Aquel organismo, inútil ya para la vida humana, era de fuerza prosiguiera las evoluciones ulteriores. Era menester que los elementos que concurrían á su formación, vinieran á reivindicar lo que les pertenecía. Todo quedaba allí. ¿Todo? ¿Y qué se había hecho del Yo de la conciencia de aquella personalidad? También continuaba siendo. Lo inmanente es imperecedero, y el Yo es inmanente. Vive, subsiste de sí mismo. Si la fe religiosa no lo dogmatizara, demostrarlo la ciencia.

No es perecedero lo que no está sometido á las limitaciones del tiempo y del espacio. En el Yo, todo es de presente: actualiza el pasado, la vida ya vivida, por el recuerdo y la memoria; actualiza lo porvenir, la vida que aun está por ser vivida, por la previsión y el presentimiento. Está simultáneamente en la tierra y fuera de la tierra. Con mejor fortuna que Briareo, escala los cielos, se remonta á las estrellas, y más allá, y aun más allá. . . No; el Yo no perece, sobrevive al organismo que anima, para continuar cumpliendo su función de acusar la sensación del ser, en formas ignotas.

Sabemos que si dado le hubiera sido disponer de su cadáver, habríalo entregado á su augusta Komúlea, á su carísima Mérida, á la que ya de antes tenía dada el al-

ma. (7) Hubiera querido que ella acogiera, que guardara, que envolviera y estrechara en definitivo é inacabable abrazo sus despojos mortales, á fin de que poseyera al hijo de su mayor integridad.

SEÑORES ACADÉMICOS:

La muerte de José Peón y Contreras priva á esta Academia de uno de sus individuos más justamente celebrados; de un glorificador, á la literatura nacional; á la Patria, de un ornamento de virtudes cívicas; á su familia de una jefatura ejemplar por la cariñosa solicitud con que proveyó á su bienestar y contento, y á nosotros sus amigos, á los que tal como le amamos, habremos de continuar amándole, de un corazón leal y sincero en el que, quizás como en ningún otro, se acendró la firmeza de los afectos, dejándonos, si, en compensación, impregnada el alma del suave perfume, como de mirra selecta, de su inolvidable recuerdo.

Repitámoslo en coro: Peón y Contreras fué bueno, bueno, *integra causa*, de los que no se multiplican, porque son del número de los escogidos.

¿Cuándo vendrá el que le iguale? ¿Cuándo quien le supere?

(7) Ya había cantado *A bordo del Cleopatra*.

“Patria del corazón, amada patria:
 Dame el aroma de tus blancas flores,
 Dame el ambiente de tus tibias auras,
 Dame el beso de amor de tus riberas....
 En cambio de ese amor, te traigo el alma.”

La Naturaleza es celosa guardadora de sus tesoros, y no prodiga lo extraordinario. Conformémonos, pues, con honrar y glorificar á nuestros inclitos, á nuestros supremos, y aliéntenos y fortalézcanos el pensamiento de que el hombre, por su esencia perfectible, elabora sin cesar el adelanto y el embellecimiento de su especie, y es así como se cumple la seductora profecía de Satanás á la primera mujer: *et eritis sicut dii*, y seréis como dioses.

TRES POESIAS

DE

JOSUÉ CARDUCCI

TRADUCIDAS POR

DON ENRIQUE FERNANDEZ GRANADOS.

RUIT HORA

Verde y querida soledad, lejana
Al rumor de los hombres!
Hémos aquí con nuestros dos amigos:
Vino y Amor ¡oh Lidia!

¡Ay! cómo ríe en los cristales fúlgidos
Líeo, eterno joven!
¡Cómo en tus ojos, esplendente Lidia,
Amor triunfa y desvéndase!

El Sol asoma entre la verde parra,
Nos mira y reverbera
Rojo en mi vaso; en tu cabello, Lidia,
Áureo cintila y trémulo.

En tu negro cabello, blanca Lidia.
Muere una rosa pálida;
Y templa en mi alma del amor el fuego
Dulce tristeza súbita . . .

Dime: ¿por qué, bajo el flamante Véspero,
Hondo gemido lúgubre
Manda allí abajo el mar? Lidia: ¿qué cánticos
Entre los pinos cantan?

Mira con cuánto amor los brazos tiende
 La tierra al Sol occiduo:
 A par que ella le pide el beso último,
 Crece la sombra y cúbrela. . . .

Pido tus besos, si la sombra envuélveme,
 Lico, eterno joven!
 Pido tus ojos ¡oh fulgente Lidia!
 Si el ígneo Sol se hunde.

Precipítase la hora ¡oh boca roja,
 Ábrete! ¡oh flor del alma!
 ¡Oh flor de los deseos, abre tu cáliz!
 ¡Brazos que anhelo, abríos! . . .

EL BUEY

Te amo, benigno buey; de un sentimieto
 De vigor y de paz mi alma circundas;
 Ora si ves, solemne monumento,
 Los liberales campos que fecundas;

Ora al yugo inclinándote contento.
 Si, grave, al hombre en su labor secundas;
 Él te exhorta, te aguija, y vuelves lento
 Y de paciencia tu mirada inundas.

De tu ancha nariz, húmeda y negra,
 Sale en vapor tu aliento; himno que alegre
 Es tu mugido que en lo azul se pierde;

Y de tus ojos glaucos en la austera
 Dulzura se retrata, amplia y severa,
 La divina quietud del campo verde.

MIRAMAR

Al Sr. Lic. Joaquín D. Casasús.

¡Oh Miramar! hacia tus blancas torres,
Que plúmbeo el cielo en tempestad atedia,
Hoscas, con vuelo de siniestras aves,
Vienen las nubes,

¡Oh Miramar! contra tus duras rocas,
Baten, del torvo piélago surgiendo,
Turbias las olas, con reproche de almas
Llenas de angustia.

Bajo la sombra de las nubes, tristes
Hacia los golfos ven las torreadas
Muggia y Pirano y Égida y Parenzo,
Joyas del ponto!

Lanza el océano todas sus mugientes
Iras en contra del bastión de escollos
Donde te muestras á las vistas de Adria,
Roca de Hapsburgo!

Truena á lo largo de la costa el cielo
En Nabresina; y, tras la lluvia, Trieste
Se alza en el fondo con la sien ceñida
De ígneos relámpagos!

¡Ah! cómo todo, la mañana aquella
De abril, reía! Con su esbelta esposa
Ví al Archiduque navegar, dejando
Lejos la playa.

De su semblante el poderoso imperio
Noble irradiaba, y, sobre el mar fulgente,
Iban los ojos de la dama, azules,
Claros y altivos.

¡Queda, castillo, para alegres horas
Nido de amores construído en vano!
Aura enemiga á procelosos mares
Los arrebatá.

Dejan tus salas con ardiente anhelo,
Llenas de triunfos y de ciencia escritas. (1)
Desde los lienzos, Dante y Goëthe al Sire
Hablan en vano.

Pérfida esfinge con movibles ojos
Sobre las ondas los atrae, él cede
Y deja abierto á la mitad el libro
Del romancero.

¡No de aventuras ni de amor los cantos
Fíes le acojan, ni ecos de guitarra,
Allá en la España del Azteca! ¿cuáles
Lúgubres nenias

Desde la punta de Salvore vienen,
Entre el plañido de dolientes olas?
¿Cantan los muertos venecianos? ¿de Istria
La Hada caduca?

—¡Ay! mal conduces por los mares nuestros,
Hijo de Hapsburgo, la fatal «Novara.»

1 Algunos recuerdos del Castillo de Miramar hacen tal vez necesaria en estos versos una aclaración. En la estancia de estudio de Maximiliano, construída á semejanza del camarote del buque contralmirante *Novara*, que lo trasportó á México, se encuentran los retratos del Dante y de Goethe, cerca del lugar donde se sentaba á estudiar el Archiduque. Todavía se conserva abierto sobre el atril un antiguo ejemplar de romances castellanos, que, según recuerdo, es muy raro y fué impreso en los Países-Bajos. En el salón principal se ven esculpidas algunas sentencias latinas, memorables por el lugar y la persona que lo habitó; tales como éstas: SI FORTUNA IU VAT CAVETO TOLLI.—SI FORTUNA TONAT CAVETO MERGI.—SÆPE SUB DULCI MELLE VENENA LATENT.—NON AD ASTRA MOLLIS E TERRIS VIA.—VIVITUR INGENIO, CÆTERA MORTIS ERUNT'

Sobre tu nave las Erinas negras
 Ciernen su vuelo!

Mira cuál muda de semblante, pérfida,
 Retrocediendo, frente á tí, la esfinge!
 ¡Es el semblante de la loca Juana
 Vuelto á Carlota!

¡Es la cabeza de Antonieta exangüe
 La que te guiña! De Motecuzoma
 La cara hirsuta que te ve con fijos,
 Pútridos ojos!

Entre los bosques de ágaves crüeles,
 Recios al aura de benignos vientos,
 Se alza en lo alto del Teocali, humeante,
 Lívida llama,

En la tiniebla tropical! Es, mira,
 Huitzilopochtli que tu sangre husmea
 Y, al mar tendiendo la mirada, ulula:
 —¡Llega, ya, llega!

¡Cuánto ha que aguardo! La barbarie blanca
 Mi ara echó á tierra, destruyó mi reino.....
 Llega, ofrecida víctima, ¡oh vástago
 De Carlos Quinto!

No á tus abuelos purulentos, viles
 Y enardecidos por reales furias:
 Á tí te ansiaba, á tí te cojo, nueva
 Rosa de Hapsburgo!

Y al alma heroica de Cuauhtémoc, siempre
 Reinante bajo el pabellón del cielo,
 Doite en ofrenda ¡oh fuerte! ¡oh bello! ¡oh puro
 Maximiliano!

DISCURSO

QUE EN LOS FUNERALES DE DON JOSE M. VIGIL

PRONUNCIÓ

DON IGNACIO MARISCAL

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES Y DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEJICANA DE LA LENGUA.

EL DIA 20 DE FEBRERO DE 1909.

Señores: La muerte es siempre aterradora, pero no la del sabio y la del justo, y justo y sabio fué D. José M. Vigil. ¿Qué terror podía inspirarle esa reina de los espantos, como suele llamársela, si él por sus convicciones espiritualistas no debía temblar ante lo desconocido, ni menos ante el horror del aniquilamiento de la nada, ni estremecerse tompoco, por la tranquilidad de su conciencia, ante la amenaza de un Juez justo y severo? Mas si para él la muerte ha debido llegar como un alivio, como supremo descanso de las faenas, de los inevitables sufrimientos de esta vida, en cambio, para los suyos, para su familia y sus amigos, para su patria, sobreviene como una dolorosa é irreparable pérdida.

Las cualidades y virtudes que hermosteaban la inteligencia y el corazón de nuestro lamentado amigo, os son, señores, bien conocidas, para que en torpe y brevisimo discurso preten la yo detallarlas. Allí están, resplandeciendo en sus numerosos escritos literarios, históricos, filosóficos ó de polémica, y grabados tendréis

en la memoria el espíritu de justicia que dominaba en todos sus actos, y la afabilidad y benevolencia que lo distinguían. Ni mi poca aptitud para el caso, ni la brevedad que se impone en esta triste ceremonia, me permiten extenderme sobre sus méritos, ni siquiera delinear á grandes rasgos todos sus títulos á nuestra admiración y reconocimiento, ya sea como literato, como historiador ó como académico de la lengua.

Básteme insistir en que revisten un carácter extraordinario, cumpliendo al encomiarlo justamente con mi deber de miembro de la Academia que él por tantos años presidió, y dando también algún desahogo al sentimiento que me aflige por la desaparición de un amigo con quien siempre simpaticé, de un mejicano merecedor del elogio más completo. La Corporación á que aludo y en cuyo nombre me cabe la honra de expresarme, se encargará muy pronto de hacer públicamente ese elogio, tan perfecto y acabado como le sea posible.

Entre tanto, señores, vengo á despedirme de los restos de mi colega, confiando en que su espíritu (como él lo esperó en vida), disfrutará de suerte muy más dichosa de la que pudo gozar sobre la tierra

EL HISTORIADOR Y NOVELISTA

D. JOSE M. ROA BARCENA

POR

D. MANUEL G. REVILLA.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Va siendo ya consuetudinario en esta Academia encomendar á algunos de sus miembros el elogio de los socios difuntos; práctica laudable en gran manera, por el homenaje que se tributa á los méritos del escritor ilustre desaparecido, por la ocasión que con ello se le brinda á la labor literaria del panegirista y, en fin, porque la lectura del elogio concurre á dar pábulo á la actividad de la misma Academia.

Así fué como de la pluma de nuestros ilustres consocios, los señores Vigil, Baranda, Sosa, García, Salado Alvarez, López-Portillo y Rojas y Sánchez Mármol, han brotado selectos estudios criticos, cuya lectura hemos

oído en fecha no lejana, ora sobre el esclarecido historiógrafo D. Joaquín García Icazbalceta, ora sobre el elegante poeta lírico D. Casimiro del Collado, ya sobre el docto gramático D. Rafael Angel de la Peña, ya sobre el erudito anticuario D. Alfredo Chavero, bien sobre el bucólico poeta D. Manuel José Othón, bien, por último, sobre el inspirado dramaturgo D. José Peón Contreras. Y sube de punto la importancia de estudios tales, al considerar lo muy poco que entre nosotros se cultiva la crítica literaria y la facilidad con que se borran y desvanecen datos y noticias referentes á nuestros hombres de letras. Los estudios críticos relativos al Conde de Bassoco, á D. Alejandro Arango y Escandón, á D. Manuel Peredo, á D. Francisco Pimentel y á otros no menos ilustres humanistas, que dieron prez á esta Corporación, están aún por escribirse. Muy distinto habría sido si la práctica seguida hoy por la Academia, se hubiese adoptado desde época menos reciente. De desearse es que en ella persevere, ya que tan acorde va con los fines de la institución y tan en consonancia con lo que de justicia se les debe á los hombres que descuellan por su talento, su valor ó sus virtudes. El literato al par que el estadista, el sabio, el guerrero, aporta su valioso contingente al acervo común de la Patria. Desempeña una triple y elevada misión: como artista, por el honesto y exquisito solaz que proporciona con sus creaciones; como ilustrador de la muchedumbre, por los nobles y útiles pensamientos que entre ella divulga, y, en fin, como elaborador y purificador de la palabra por todo cuanto escribe y publica. Por este triple motivo merecen los escritores el homenaje de los contemporáneos y de los pósteros.

Tócame á mi, por benévola designación vuestra, llevar la voz de la Academia en la presente ocasión, para honrar la memoria del señor D. José María Roa Bárcena, que dejó por la eterna la terrenal morada, el 21 de Septiembre de 1908.

Si á la autoridad y al saber hubieseis atendido, otro panegirista que no yo, habriaisle designado á este hombre de letras; mas sin duda os fijasteis, al darme cometido para mí tan honroso, en la circunstancia de haber trabado con él conocimiento y trato, acaso más que otros de nuestros compañeros de labores, y en ser yo también, ahora y siempre, admirador muy sincero de su meritísima producción literaria.

Comenzó desde muy joven el señor Roa Bárcena á cultivar las letras, en la carrera del periodismo, al trasladarse de su ciudad natal, la risueña Jalapa, á la capital de la República, en época en que las luchas de los partidos políticos eran en nuestro suelo asaz recias y enconadas. Aquí residió el resto de su vida; y cuando abandonó las tareas azarosas del periodista de combate, alejándose por siempre del campo de la política, entregóse de lleno á las pacíficas, tranquilas y no mal remuneradas operaciones del haber y del debe, sin que ellas amortiguasen su arraigada inclinación á los encantos de las bellas letras. La literatura, el comercio y la familia, ocuparon su atención el resto de sus días, desde la caída del Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.

En los famosos periódicos conservadores *La Cruz* y *La Sociedad*, dió al público artículos de polémica, además de muy variadas composiciones líricas. Cultivó,

aparte del género periodístico, el narrativo de casos ficticios, el biográfico, el histórico propiamente tal, así como la crítica literaria. *Noche al Raso*, colección de divertidísimos cuentos, las biografías de D. Manuel Eduardo de Gorostiza y de D. José Joaquín Pesado, *Recuerdos de la invasión norte-americana*, una antología de sonetos castellanos con comentarios críticos, y una carta literaria sobre el escritor Balbuena, autor de los *Ripios Académicos*, con otros trabajos de menor importancia, constituyen el caudal con que el señor Roa Bárcena acreditóse de laborioso á la par que selecto humanista; y esas obras son los mármoles y los broncees en que grabado quedará su nombre para la inmortalidad.

Pertenecía Roa Bárcena al tipo de los conservadores de la vieja cepa, de aquellos para quienes la religión ó el catolicismo, debería estar estrechamente unido con todas las cosas referentes á la vida pública. No concebían ésta sin el más estrecho vínculo con los intereses religiosos, ó, por mejor decir, sin supeditar la política al catolicismo. Bien pudieran haber tomado por mote y divisa «*res-pública ancilla religionis*»; amigos incondicionales de la vieja tradición, de los privilegios de clase, del *statu quo* en los organismos del Estado, y adversarios resueltos y tenaces de cualquiera reforma con visos de libertad; de la libertad, deidad abominada por enemiga de Dios y de los hombres. Conservadores eran éstos de contornos precisos y de una sola pieza, sin distinguos, sin concesiones, sin transacciones ni acomodos, partidarios del todo ó nada. Después que el alto espíritu de León XIII bendijo la libertad, haciendo que el catolicismo fraternizara con ella, y que deslindara en

sus áureas encíclicas los campos, reclamando para Dios lo que es de Dios y para el César lo que es del César, aquel tipo del conservador á la antigua, ha debido modificarse profundamente, en términos, de haber sido de labios de un ministro no liberal, de D. Antonio Maura, de los que en reciente fecha saliera la célebre frase de que la libertad se ha hecho conservadora.

Era Roa Bárcena hombre de honrados procederes y exento de rencores; de seso y de peso; siempre cortés, urbano siempre, y para delinearle de un solo rasgo, que hizo de la hidalguía como la segunda religión suya. Esta clase de hombres de rectitud á toda prueba, inflexibles en sus ideas, enemigos de componendas, y magnánimos, caballeros, hidalgos en todo, sea por efecto del medio en que se vive, mudable y vario de suyo, sea por efecto de nuevas circunstancias psicológicas, modificadas á compás que el medio varía y se transforma, ó sea por efecto de ambas causas juntas, ello es que el espécimen de los hombres que digo, va haciéndose cada vez más raro; pérdida, ciertamente, mucho más digna de deplorarse que la desaparición, cada día más notable, de preciosas especies de la fauna americana: las vicuñas, las águilas y los quetzales.

Junto con D. José Joaquín Pesado, con el obispo Munguía y con D. José Ignacio de Anievas, libró por la prensa periódica, recias batallas contra el liberalismo y las exaltaciones del radicalismo prepotente, y en pró de la tradición y de la Iglesia, de la que hasta en sus postremos días fué hijo sumiso. Nunca sirvió en puestos públicos, y ni en las administraciones de los liberales, ni en las de los conservadores, figuró su nombre, ni por una vez sola, en las nóminas de los presupuestos.

Cuando en la República más se ponían en tela de juicio los viejos organismos del Estado, la veneranda tradición sufría más embates, se cambiaban las bases del derecho público y todas las instituciones políticas se alteraban profundamente, por efecto del espíritu reformista que cundía y tomaba raíces en las esferas de la política, dió á luz nuestro autor su novela política *La Quinta Modelo*, encaminada á satirizar los cambios y las nuevas instituciones, magnificadas por la parcialidad contraria.—Supone el autor en esta su novela, que uno de los corifeos de la fracción política más avanzada, implanta en una finca rústica de su propiedad—la quinta modelo,—no ciertamente nuevos procedimientos de cultivo, ni otras fuentes de rendimientos, sino un régimen interior totalmente nuevo é inusitado, y conforme al cual, amos y mozos serían en lo sucesivo por completo iguales, y los peones de labranza, libres para continuar ó abandonar las faenas agrícolas. Todos los asuntos de la hacienda se resolverían por el sufragio de los mismos peones, y el cargo del antiguo administrador quedaría abolido. Una república en pequeño, un prototipo de democracia minúscula, una reducida comunidad, regida de acuerdo con los ideales de Fourier y San Simón, esto sería la Quinta Modelo; y en cuanto á la familia del propietario, tendría por evangelio doméstico para la educación de la prole, libertad en todos y para todo.

Con un régimen semejante, dan en breve al traste el predio y la familia. El uno, por el anárquico desbarajuste en que cae, y la otra, por la miseria y la ruina;

pero, merced á tan duros escarmientos, y más que todo, á las exhortaciones de un buen párroco, las cosas se reparan muy presto, vuelve á imperar el antiguo régimen en la finca y todos los males se conjuran como por ensalmo. Y el autor concluye con esta reflexión: «Ojalá que siendo, como es, uno mismo el remedio, los males causados por la demagogia á todo un pueblo, fuesen tan fáciles de remediar como los que causa un loco en una quinta de su propiedad exclusiva.»

Otras novelas cortas originales y del gusto romántico, escribió nuestro autor, tales como *Una flor en el sepulcro*, *Aminta* y *Buendelmonti*, y algunas otras publicó, traducidas. Entre aquellas tres novelitas y su pequeña colección de cuentos titulada: *Noche al Raso* y *Lanchitus*, otro cuento independiente de la serie denominada *Noche al Raso*, media una muy grande diferencia, así en los asuntos como en el tono dominante y en el estilo, tanto, que no parecen haber sido escritas unas y otras narraciones por la misma pluma. Por estos últimos cuentos aparece que no era el sentimentalismo idealista la mejor fuente de la inspiración de Roa Bárcena, sino los cuadros de la vida diaria, prosaica, si se quiere, pero interesante por lo verdadera, y que no entró en su genuino y apropiado género como novelista, sino cuando contempló la realidad de frente y no pretendiendo adornarla con ensueños ni falsos idealismos. Estos divertidos y sazonados cuentezuelos, llenos de gracia, donaire é interés, que se llaman *El Crucifijo Milagroso*, *La docena de sillas para igualar*, *El hombre del caballo rucio*, *El cuadro de Murillo* y *A dos dedos del abismo*, forman la pequeña colección comprendida bajo el común título de *Noche al Raso*, que cons-

tituye una serie de animados cuadros, de escenas familiares, de interiores, de perspectivas, de paisajes, en los que palpita un sincero y noble realismo, y que, por lo familiar de los asuntos, por lo bien manejado del colorido, por la maestría del claro oscuro, por el dibujo fino y acabado, por el primor, en fin, de la ejecución, recuerdan los característicos cuadros de la escuela holandesa. Allí aparecen llenos de verdad y de vida los tipos que han formado parte integrante de nuestro medio social; los vecinos mismos que hemos tenido al alcance de nuestra propia observación, los personajes entre bondadosos y cómicos con quienes hemos trabado por acaso algún conocimiento: el farmacéutico y el prendero de la esquina, el rancharo y el abogado con quienes más de una vez hemos tropezado en la vida, la venerable ama de su casa y esclava de su marido, confinada en las cuatro paredes del hogar doméstico, que no alcanza á ver á dos palmos más allá de sus narices y que ni siente agravios ni agradece beneficios; el militar retirado que conoció y trató á los jefes insurgentes, con su correspondiente arsenal de regocijadas anécdotas, etc., etc., moviéndose todos ellos en nuestro propio ambiente, y reflejando las tradicionales costumbres, aun no del todo desaparecidas, del Méjico de otros días. Nos interesan estos cuentos por su exacta interpretación de la realidad, por sus chistes urbanos, por el arte, en fin, que el autor puso en su desempeño.

El lado cómico de sus personajes está muy bien tomado, aunque sin extremos, ensañamiento, ni acritud, antes bien con cierto espíritu de bondad en que se transparenta el alma del autor. Muy de sentirse es que no hubiese perseverado éste en cultivar un género en el

que halló la vena de una inspiración original y efectiva.

Camino de Amozoc para Puebla, en una desvencijada y polvorienta diligencia, á un militar inválido, un notario de avinagrado rostro, un almonedero y un boticario, aconteceles que, por efecto de un salto brusco en uno de esos terribles hoyancos, propios de nuestras descuidadas carreteras, se les desbarata el prehistórico carruaje, y tienen que pernoctar en mitad del camino y al abrigo de las constelaciones celestes. Para entretener la velada y divagar el apetito, cada uno de los asendereados viajeros, pónese á relatar percances en relación con sus respectivas costumbres y profesiones, á cual más sazonado y divertido.

El asunto de *El Santo Cristo Milagroso*, es una novada que de puro simple provoca á risa. El licenciado Retortillo, es visitado por un payo en su despacho, en los apurados instantes de formular demandas, consultar textos y registrar expedientes, y para poner fin á la inoportuna, prolongada y enfadosa visita, ocúrresele intempestivamente al abogado ir á arrodillarse con los brazos en cruz ante un Crucifijo que ampara la estancia; sorprendido el payo de tan inesperada actitud de su grave interlocutor, y preguntándole el motivo de ella, sabe de sus labios el ranchero que no ha sido otro su objeto, que lograr de la sagrada imagen el milagro de que se ausenten los visitantes inoportunos; y el pobre rústico, corrido y aleccionado, se ve en el caso de ponerse en faz de fuga y tomar las de Villadiego. La pintura de caracteres y el fondo de la escena son de mano maestra.

No menos bien retratados aparecen los personajes de las demás historietas, cuyos asuntos (incidentes de muertos que se aparecen ó de vivos que esgrimen sablazos

con ingenio y travesura), son por demás ocurrentes; muy bien urdidas se presentan las tramas y los diálogos están manejados con soltura, animación y donaire. No me detendré en referir los argumentos, pues sería tanto como quitarles la sal y pimienta que el autor derramó en ellos. Sólo he de decir que *El Cuadro de Murillo*, en el que se trata de la refinada hazaña de un petardista, consumada por medio de un cuadro apócrifo del insigne sevillano, es una obra maestra de inventiva, naturalidad, verosimilitud y gracia, en que los tipos que nos son familiares, las costumbres y el medio que nos rodea, están con perfección retratados. Cuantas personas leen estos cuentos, sean de los gustos que fueren, los saborean, celebran y enaltecen.

No poca analogía presentan con las *Historias Vulgares* del insigne escritor español Castro y Serrano, por el noble realismo que en unos y otras resplandece, por el conocimiento y fiel traslado de las costumbres de la clase media de sus respectivas sociedades; por el dibujo firme de los caracteres cómicos al par que simpáticos; por el hallazgo de situaciones donosas que provocan á risa; por la animación constante del relato, y por el lenguaje familiar, siempre natural y espontáneo. Ambos escritores nos proporcionan un plácido recreo, una alegría sana, una continuada fiesta para el espíritu.

No tiene Roa Bárcena la facundia de Castro y Serrano. La vena creadora es menos caudalosa en el primero que en el segundo, pero es un hilo de este propio raudal.

Castro y Serrano fué un cuentista de más alientos, de mayor fuerza productiva, de lengua más caudalosa; pero á vivir Roa Bárcena en un país más literario que

el nuestro, y donde la producción tuviese mayores estímulos y alicientes, acaso el paralelo entre el escritor español y el mejicano, hubiera podido llevarse mucho más adelante.

Dos cumplidas muestras del género biográfico dejó nuestro autor: las biografías de D. José Joaquín Pesado y de D. Manuel Eduardo de Gorostiza. Extensos, concienzudos, nutridos de erudición y de buena crítica, ambos trabajos se leen con agrado y provecho, y, á pesar de su extensión, con interés incesante.

Amigo personal de Roa Bárcena fué Pesado, figura muy caracterizada y prominente en la misma agrupación política á que el primero perteneció, su compañero de labores en las luchas del periodismo y su favorecedor constante. Todas estas circunstancias hicieron que el biógrafo de Pesado desempeñara su trabajo en consonancia con el cariño, el respeto, la gratitud y la admiración que sentía por Pesado, proporcionándose copiosos datos para su intento.

Paréceme que el modelo que tuvo presente nuestro autor para este trabajo, fueron las biografías de Alamán y de Carpio, escritas respectivamente por Bassoco y por Couto. En nuestra bibliografía no le hallo otros precedentes, por lo extenso, lo circunstanciado y concienzudo de un trabajo en relación con los otros. Míranse mover en torno á la figura política de Pesado, los acontecimientos de un periodo de los más borrascosos del Méjico contemporáneo, y en los que con harta frecuencia intervino ó como funcionario público, ó como periodista. Es esta biografía un cabal compendio de nuestra historia en el no corto plazo que aquélla misma abarca; período álgido de las asonadas incesantes, de las inter-

minables contiendas civiles, de la primera guerra con Francia, de la invasión norte-americana, de los violentos y sañudos conflictos entre lo civil y lo religioso; época en que todavía alternaban en el gobierno del Estado, federalistas y centralistas, liberales y conservadores, con sus respectivos programas, ó en extremo avanzados ó extremo reaccionarios, aunque todos por igual intransigentes. Harto bien refleja la biografía situación tan azarosa cuanto prolongada. Resalta en ella Pesado todavía más que como literato, como político y periodista.

Interés particular ofrecen, sobre todo, los capítulos consagrados á las campañas libradas contra el liberalismo por el periódico *La Cruz*, bajo la activa y enérgica dirección de Pesado. Fielmente aparece allí expuesto el ideal político del partido conservador mejicano: el mantenimiento, en la estabilidad más absoluta, de los viejos organismos gubernamentales. Ninguna concesión á las nuevas corrientes de la época, ninguna á las recientes necesidades creadas por los tiempos nuevos. La Iglesia predominante en todo y absorbiendo á la sociedad civil. Un Estado englobado en otro Estado: tal era la suprema aspiración de los redactores de *La Cruz*, y tal la dirección por donde encaminaron su esforzada y tenaz labor periodística. Defensores resueltos y firmes del viejo espíritu de otras edades, sus esfuerzos honrados provocan al respeto, pero se comprende que á la postre resultaran estériles, por haber querido reinar contra la corriente. ¹

1 Si los conservadores de Méjico se caracterizaron por su estacionamiento en ideas, los liberales nacionales, justo es también reconocerlo, señalaronse siempre por no llevar á la práctica aquellos principios de que fueron ardientes propugnadores, excepción hecha de sus conquistas en contra de la Iglesia católica, respecto de las cuales sí que han sabido mostrar consecuencia.

Diplomático y dramaturgo, soldado y patriota, D. Manuel Eduardo de Gorostiza despierta con sus hechos la simpatía, la admiración y el respeto; y nuestro letrado que hizo diligentes investigaciones acerca de aquellos hechos, que recogió datos numerosos relativos á personaje tan sugestivo, que logra exponer y analizar su producción dramática con tan cabal acierto, merece calurosos aplausos por una empresa tan á feliz término llevada. Este trabajo suyo que comprende la biografía propiamente dicha y el estudio de las comedias de Gorostiza, es minucioso y completo, sin resultar nimio ni prolijo. Poco deja que desear la parte crítica ni en la exposición exacta de los argumentos de las piezas, ni en los análisis de las mismas, donde se hacen resaltar con inteligencia sus bellezas y no se disimulan tampoco los lunares de que adolecen.

Son para Roa Bárcena las mejores obras de Gorostiza, *Indulgencia para todos*, *Las costumbres de antaño* y *Contigo pan y cebolla*. Y en efecto, la fuerza de la gracia, la sátira cómica, lo ingenioso y variado de los argumentos, la exacta representación de las costumbres de la época, la verdad de los caracteres y situaciones, la enseñanza que de tales obras se desprende, y la soltura del lenguaje que en todas tres aparece, hacen que se lean, (ya que por desgracia muy rara vez se representan) con gusto y regocijo. El mayor defecto que en concepto del crítico de Gorostiza tienen estas comedias, es la intriga que fingen los personajes de las mismas; recurso uniforme de que se vale el autor para hacer marchar, la acción de sus principales piezas, y que duplica,

por decirlo así, la trama de ellas, pues se representan dos comedias en una: la que va mirando el espectador y la que fingen los personajes de la misma comedia.

A la escuela de Moratín hijo pertenece Gorostiza, en concepto de Roa Bárcena, figurando en ella en segunda línea; escuela admirable en punto á juicio, orden y buen gusto—expresa el mismo crítico—en consonancia con las costumbres de la sociedad española contemporánea; esclava muy sumisa de las tres unidades, y que no se distingue ni por la novedad y elevación de las ideas, ni por la profundidad de los afectos.

No se busquen en esta biografía rasgos llamativos ó brillantes; búsquense sí, y se encontrarán á manos llenas, los elementos para formar cabal concepto de lo que Gorostiza fué como hombre de valer y como literato de estima. En realidad son dos trabajos los de Roa Bárcena sobre el dramaturgo: la biografía propiamente tal y un extenso apéndice escrito con posterioridad á ésta, en el que considerablemente amplia su primitivo estudio. La obra en total habría ganado, si de sus dos trabajos hubiese hecho el autor una sola refundición.

La crítica le es asimismo deudora á Roa Bárcena de un precioso libro: la colección de ciento cincuenta y tres escogidos sonetos castellanos de poetas peninsulares é hispano-americanos, con prólogo del coleccionista, y eruditos y muy gustosos comentarios del mismo. De este curioso libro sólo se imprimieron sesenta ejemplares, en una edición limpia y elegante. Antología tan amena, divierte y entretiene al aficionado al par que le enseña,

dándole, juntamente, una cumplida idea del saber literario del humanista, autor de la colección, así como una muestra de sus gustos y doctrinas literarias. Las extensas notas que se ponen al fin del soneto ó grupo de sonetos de cada autor, encaminanse á hacer notar las bellezas de pensamiento, los primores de elocución y las gallardías de la métrica que aparecen en cada pieza analizada; sin que falte tal cual oportuna y curiosa noticia referente á los autores. Versan, pues, de preferencia, los comentarios, sobre la parte técnica de las composiciones, y por esto mismo siempre será harto instructiva su lectura.

Sin pretender remontarse á encumbradas teorías estéticas, con las que no en toda ocasión se libran de extraviarse y de extraviar los autores, Roa Bárcena con llaneza y sencillez, nos hace saborear la obra poética, poniendo de relieve la destreza de la ejecución y el primor del detalle. Se ocupa, en fin, el autor, en ciertas cosas que vienen á ser el todo.

De algo meticoloso y apegado á lo escolástico y tradicional puede tildarse su criterio literario en sus preferencias por las producciones poéticas seleccionadas; pues para Roa Bárcena, la suprema muestra legada por la poética española en el género literario de que se trata, es el soneto *La Avaricia* de Juan de Arguijo, soneto que por cierto, á vueltas de dos ó tres felices imágenes y de otras tantas lozanas figuras retóricas, lo desdoran el rebuscamiento en los conceptos y la afectación en los giros. Es de llamar la atención que en esta rica colección de sonetos, no se le diera cabida ni á uno solo de los de Núñez de Arce, que tan estupendos los produjo, y que tampoco figure en ella "Pro Senectute," de D. Mi-

guel Antonio Caro, que quizá sea el soneto más magistralmente escrito en toda la América española.

En comprobación de esa meticulosidad ó encogimiento que digo, de nuestro literato, creo oportuno citar el hecho de haberse negado á incluir en la antología de poetas mejicanos que por encargo de la Academia Mejicana de la Lengua, formó con el concurso de D. Casimiro del Collado, la poesía *Ante un cadáver*, de Manuel Acuña, á pesar de su hondo sentido, bellas imágenes é impecables tercetos, por impía ó incrédula. La poesía ha de ser poesía y no lección de moral, y así lo estimó seguramente Menéndez y Pelayo, que no tuvo escrúpulo al dar á la composición de Acuña triunfal entrada en la antología de poetas mejicanos que vió la luz pública bajo los auspicios de la Real Academia Española.

No halláramos dos temperamentos más desemejantes como escritores, que D. Antonio Balbuena, el famoso autor de los *Ripios*, y nuestro compatriota. El primero intemperante, rudo y agresivo en sus críticas, si bien salpimentado siempre; el segundo todo miramiento y mesura, y, si no tan chispeante como Balbuena, no exento del chiste urbano. Pero como uno y otro son de la misma escuela de Hermsilla, muy ceñidos en el detalle menudo, en la filípica que en forma de carta enderezó Roa Bárcena al autor de los *Ripios*, no diremos que éste se encontrara precisamente con la horma de su zapato, pues para ello habría sido preciso, no sólo la travesura, sino la acrimonia y el espíritu cruelmente sarcástico y corrosivo que caracteriza á Balbuena; pero, por lo menos; dicha carta, en la que se le mide á éste con su propia medida, en la que se le aplican los mis-

mos procedimientos críticos que él acostumbraba con los grandes escritores contemporáneos, es una buena felpa que se le propina, y una lección dura, al marcársele con dedo inexorable, sus errores, extravíos é intemperancias. Nadie podrá negarle saber á Balbuena en punto á lenguaje, pero hay que reconocer igualmente, que no es de un criterio levantado ni imparcial, y si nimio, obcecado y á veces hasta pueril; y que, su crítica, por lo general, por lo sistemáticamente irrespetuosa con la Academia de la Lengua, es profundamente anárquica y también—hemos de reconocerlo—antiespañola.

Empresa meritísima la de Roa Bárcena fué, pues, haberle hecho ver las estrellas al crítico intemperante, aunque con mano harto menos dura de lo que podía esperarse

Muy atinado me parece que estuvo el escritor mejicano al elegir el mejor soneto de uno de los Argensolas, el dedicado al sueño, y al aplicarle el procedimiento *balbuenesco*, con lo cual, dicho se está, queda convertido en riza el ponderado poemita; porque no hay obra por acabada que sea, que soporte crítica tan malévola y mezquina.

Los artículos de Balbuena es cierto que regocijan y divierten al vulgo lector, pero también le engañan y extravían. La carta de Roa Bárcena, impresa en muy reducido número de ejemplares y, por ende, conocida de pocos, merecería que, como justa reparación que es de los desafueros contra nuestra suprema autoridad en punto á lenguaje, fuese reimpressa á expensas de la ilustre Corporación á quien me dirijo.

Su amor á la tierra en que nació y el noble propósito de hacer justicia al esfuerzo de nuestros soldados, hicieron que el escritor de quien trato, acometiera la ardua empresa, llevada á feliz término, de escribir con documentos de primera mano, la historia de la guerra que los Estados Unidos del Norte promovieron contra Méjico. Obra seria, serena y utilísima por la dura lección que proporciona, es, sin género de duda, *Recuerdos de la Invasión Norte-Americana, por un joven de entonces.*

Mucho más que la prosperidad enseña la desgracia, ha dicho Cánovas del Castillo; así que, la laboriosa investigación y la narración exacta de los hechos que constituyeron aquella funesta guerra y las causas de los descalabros que en ella sufrimos, es un transcendental servicio prestado á la Patria. La lectura de obra semejante, serviría de elocuente lección al pueblo que supiese aprovecharse de ella.

Quiso Roa Bárcena poner de manifiesto que nuestra nación no se condujo en tan grave trance con mengua ni cobardía, y que el general en jefe del ejército mejicano se portó dignamente; pero como el autor es un historiador de buena fe, que deja que hablen de por sí los hechos, á despecho de sus generosos deseos de rehabilitar al general Santa Anna, lo que el lector ve y palpa, leyendo esta historia, son los esfuerzos generosos, pero estériles, de nuestros soldados, ante las insensatas luchas civiles de los políticos mejicanos, ante la imprevisión de nuestros gobiernos, ante las mezquinas rivalidades de los jefes y ante las incontables torpezas del general Santa Anna. Esa perfidia, esa doblez, esa

ambición jamás satisfecha de nuestros vecinos del Norte, hallaron en Méjico campo abonado donde cebarse. Grandes fueron los desaciertos del ejército norteamericano al operar en nuestro territorio; pero mucho mayores aún fueron los del ejército mejicano, ó mejor dicho, los de su general en jefe, en términos de que, conociendo sus resoluciones, disposiciones y acciones, se le presenta al lector el ineindible dilema de haber sido aquel ó un soldado ñoño, ó un felón á su Patria. El abandono de Tampico, la esterilidad de la batalla de la Angostura, la segura y prevista derrota en Cerro Gordo, la rendición del fuerte de Perote sin resistencia, la inacción en Padier-na y en todas las acciones del Valle, hacen parecer que Santa Anna dirigia la campaña toda como un mero simulacro de defensa de nuestro suelo. No, el historiador no consigue desvanecer la idea de ser Santa Anna la más siniestra figura de nuestra historia. (2)

Comparada esta obra con la que, muy recientes todavía los acontecimientos, escribieron sobre los mismos sucesos D. Manuel Payno, D. Guillermo Prieto, D. Ignacio Ramírez, D. Ramón Isaac Alcaraz y otros relatores en número de quince, se advierte que la de Roa Bárcena está mejor documentada y es más extensa y completa. La de los quince se lee con interés, por el tono de sincera amargura que aparece en todas sus páginas, por la narración viva y desembarazada, y por la claridad á que concurren los planos explicativos que la ilustran.

(2) Según el respetable testimonio de un alto funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores, de cuyos propios labios oí la especie, en el archivo reservado de la misma Cancillería, existe un documento auténtico de D. Antonio López de Santa Anna, comprobatorio de sus infidencias á la Patria.

El estilo narrativo es más castigado en Roa Bárcena, si bien más premioso; y causa cierta fatiga la frecuente intercalación en su relato de datos en cierto modo acumulados, aunque siempre sean de muy buena fuente, comprobatorios de los hechos, y muchos procedentes del enemigo. Todo lo que se refiere á las negociaciones de la paz es tan completo en su obra como exiguo en la de los quince; y es en gran manera digna de celebrarse la justicia que hace al partido liberal moderado, á los esclarecidos patricios Mannel de la Peña y Peña, José Joaquín de Herrera, Pedro María Anaya, Luis de la Rosa, Luis Gonzaga Cuevas, José Bernado Couto, Miguel Atristáin, Ignacio Mora y Villamil, José Fernando Ramírez y otros que, puestos en lo razonable, cortaron á tiempo la guerra y celebraron la paz, aunque á costa de forzosos sacrificios. Salvaron á la Patria del completo desastre que la amenazaba, ante la temeraria actitud de los liberales avanzados, que pedían á cualquier precio la prosecución de la guerra.

Como obra informativa es excelente esta historia, como obra de arte algunos reparos pueden hacércele, consistiendo el principal en no haberle aligerado al lector la tarea de enterarse de los textos que se intercalan, abreviando y sintetizando pormenores algún tanto prolijos. Perla es la obra del señor Roa Bárcena, pero aun no bien cuajada en su concha.

Maneja la prosa castellana nuestro escritor con conocimiento de su índole y recursos; y no es lo menos que debe elogiársele, que en el empleo de las voces, los

giros y el tono, sepa acomodarse á la naturaleza de los diversos géneros que cultiva. Familiar y regocijado en los cuentos, grave y expresivo en las biografías, técnico, preciso y ceñido en la crítica, y severo y exacto en la historia, muéstrase de continuo substancioso por el pensamiento, castizo por el empleo de las voces, limado por la construcción de las cláusulas. Menos feliz me parece en la práctica del artificio métrico, por lo forzado de los giros y lo duro y deficiente en el ritmo. Su Oda al Imperio es tal vez, en verso, de lo menos endeble que Roa Bárcena produjo.

Puede estudiarse el castellano en la prosa de nuestro autor, no menos que por la propiedad y pureza, como un reflejo ó muestra del hablado en Méjico por la gente culta en determinada época, hasta con sus modismos y provincialismos peculiares. Con harta razón fué llamado á formar parte de esta agrupación ilustre, á poco de haber sido constituida. Y fué llamado no sólo como hablista, sino como miembro caracterizado que era del partido conservador ya desaparecido.

Esta Academia, á ejemplo de la Francesa y de la Real Española, en las que junto á un ministro liberal toma asiento un purpurado, y junto al ciudadano más modesto un prócer de la sangre ó del Estado, ha venido designando como miembros suyos desde su fundación, á personas de opiniones distintas, sin otro requisito que el de su cultura en costumbres y en letras; y liberales y conservadores, y muy caracterizados ministros y hasta algún presidente de la República y simples escritores, han sido fraternales colegas en este reducido cenáculo del estudio y modesto templo, donde se le rinde culto á

la noble, bella y majestuosa habla de nuestros mayores. (3)

Si en la condición del académico entra por mucho, según yo creo, el ser estudioso observador del idioma patrio, entusiasta por su galanura y bellezas, asiduo cultivador de sus formas hablada y escrita, celoso custodio de su integridad y pureza, frecuentador constante de su léxico y gramática, si bien con la conciencia cierta de las evoluciones necesarias de todo organismo viviente; si ha de propender además al aticismo en el estilo, depurándolo de toda frase de relumbrón ó falso ornato; si ha de tener un espíritu tolerante por el conocimiento del mundo y discreto por las conveniencias sociales, no rígido ni inflexible y sí ameno y afable en el trato, en el señor D. José María Roa Bárcena tenemos, á mi ver, el tipo del académico, aun cuando no llegara á alcanzar el aticismo en todo el rigor de la palabra, y tal como nos lo legaron Julio César entre los latinos, Gastón Boissier entre los franceses y Juan Valera entre los españoles.

Cumplida comprobación de sus formas corteses la tenemos en toda la serie numerosa de artículos de polémica que publicó en los periódicos *La Cruz* y *La Sociedad*, en los que, aun en medio de la efervescencia de las pasiones políticas y religiosas, soliviantadas por la lucha de los más contrapuestos ideales é intereses, nunca llega á escapársele ninguna expresión acre, dura ó mal sonante. Igual testimonio nos ofrecen las biografías de Pesado y de Gorostiza, así como la carta en con-

(3) Entre los miembros fundadores de la Academia Mejicana de la Lengua, figuró D. Sebastián Lerdo de Tejada, siendo presidente de la República.

tra de Balbuena, en las que la divergencia en las ideas y el calor de la discusión, no le hacen prescindir, ni por un mometo, de su genial reposo y templanza.

No era de esperarse del temperamento académico, por decirlo así, del señor Roa Bárcena, que viera con desvio á esta Corporación. Fué, por lo contrario, muy adicto á ella y concurrente asiduo á sus sesiones, hasta que una enfermedad de la vista se lo estorbó en sus últimos años.

Entre los trabajos que desempeñó como miembro de la Academia Mejicana, deben con particularidad mencionarse sus discusiones sobre puntos gramaticales, con D. Rafael Angel de la Peña, con ocasión de la lectura que ante la propia Academia dió este docto filólogo, de algunos capítulos de su *Gramática teórico-práctica de la Lengua Castellana*; el concurso que prestó para la formación de la duodécima edición del Diccionario, publicado por la Real Academia Española, definiendo algunas voces y proponiendo la aceptación de otras, y la comisión á que ya antes hice referencia, que por encargo de nuestra corporación desempeñó con D. Casimiro del Collado, con motivo de coleccionar las poesías líricas de autores mejicanos que habrían de ser propuestas á la Academia Matriz, para la antología de poetas hispano-americanos que aquella se preparaba á editar al conmemorarse el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo. (4)

(4) Nuestra Corporación, como se recordará, mandó á la Real Academia Española un florilegio impreso, en tirada que se hizo de sólo seis ejemplares, sin portada ni pie de imprenta, aunque posteriormente sí se reimprimiera el mismo libro en mayor número de ejemplares. La circunstancia de figurar en esa colección producciones no escasas de poetas vivos, hizo que poco se aprovechara de ella en Madrid, pues que en la Antología que dió á la estampa la Real Academia, se insertaron únicamente composiciones de poetas fenecidos.

Cuanto sea lo que para la integridad y consolidación de las nacionalidades significan sus respectivos idiomas, pocos habrá que al presente puedan desconocerlo. Lo que las lenguas significan en el predominio de unos pueblos sobre otros, ya nos lo están diciendo con elocuentes voces, los alemanes proscribiendo tenazmente el uso del francés en la Alsacia y la Lorena, hasta en los nombres bautismales; los ingleses desterrando el holandés del recién debelado Transvaal; los rusos negando á los polacos la facultad de expresarse en su nativo idioma; los anglo-canadenses pugnando un día y otro por arrancar á los franco-canadenses el privilegio de hacer uso en los actos oficiales de la lengua francesa; el Presidente Roosevelt, promoviendo la simplificación de la ortografía inglesa, á fin de facilitar el uso de este idioma y ver de substituirlo al francés como lengua de la diplomacia. Los pueblos, á menos de que nada se les importe verse postergados por otros pueblos, tienen que preocuparse grandemente por la conservación de sus idiomas respectivos. Y no es en las escuelas sólo, en los actos oficiales, en las leyes, en las transacciones del comercio, en el periodismo y en los usos diarios de la vida, donde ha de procurarse que prevalezca el idioma nativo, sino que, juntamente conviene velar por su integridad y pureza. Los escritores que en sus obras mantienen pura y no contaminada con voces forasteras y espurias la hermosa habla de nuestros padres, esos realizan obra de patriotas.

Uno de los mayores genios de los pueblos latinos, el gran Cardenal de Richelieu, ambicionando darle unidad,

fuerza y grandeza á su patria, después de postergar al partido hugonote, como elemento de desunión y de discordia; de abatir á la nobleza por detentadora de preeminencias que debilitaban al poder Real y, por ende, al gobierno; de menoscabar el poderio de las potencias rivales; de reorganizar el ejército y la hacienda pública; de dictar sabias leyes conducentes á los más elevados fines; no consideró completa su magna obra de cohesión y de fuerza, sino cuando instituyó la agrupación de escritores que habrían de ser custodios del idioma de su pueblo; cuando bajo los auspicios del poder Real, quedó constituida la Academia Francesa, que ha sido, es y proseguirá siendo el guardián celoso del verbo de la Francia, que lleva el alma de aquel pueblo por todos los confines de la tierra.

Y pues nosotros contamos con una institución semejante á la creada por el gran Cardenal, augurio lisonjero para nuestra nacionalidad podría ser semejante institución, siempre que otras más intrínsecas y primordiales condiciones no nos falten para lo porvenir en nuestra vida pública: la previsión y la prudencia, el espíritu de unión y de orden, con el arraigado sentimiento de la propia dignidad; de la dignidad sobre todo; que el pueblo que lleve como divisa el honor, bien puede esperar que todo lo demás se le dé por añadidura. La lengua sí, es salvaguardia de las nacionalidades, pero á condición de que éstas posean las altas prendas del carácter; porque el carácter es energía y la energía es fuerza y, hay que desengañarse, la fuerza es, en cualquiera línea que se la considere, compañera inseparable de la victoria.

Méjico, á 30 de Marzo de 1909.

DISCURSOS

QUE

D. IGNACIO MARISCAL Y D. JUAN ANTONIO CAVESTANY

PRONUNCIARON EN LA SESION

DE LA

ACADEMIA MEJICANA DE LA LENGUA

A QUE

EL SEGUNDO CONCURRIO EL DIA 26 DE SEPTIEMBRE DE 1909.

SEÑORES:

Ya es de ustedes bien conocido el señor Senador Cavestany, primero por su reputación de insigne literato, y después por las brillantes conferencias que ha dado en Méjico, mostrándose inspirado poeta, recitador de talento y orador de elocuencia y facundia extraordinarias. Por lo mismo, huelga enteramente una presentación formal en este caso. Lo que tengo que hacer es congratularme con ustedes por la presencia entre nosotros de este distinguido miembro de la Real Academia Española de la Lengua; de esa venerable Institución Matriz de todas las asociaciones americanas que cultivan nuestro idioma. El viaje del señor Senador Cavestany aumentará, sin duda, la natural

simpatía entre la vieja España y la que por tres siglos fué llamada Nueva España, promoviendo entre las dos naciones la unión literaria que ha de producir los más halagüenos resultados en esta República.

A la Academia Mejicana de la Lengua

Saludo respetuosa y efusivamente á la Academia Mejicana de la Lengua, en nombre de su hermana mayor la Real Española, y acepto, agradecido, para ella, no para mí, el honroso homenaje que esta recepción representa

Ignoro si soy el primer individuo de número de aquella ilustre y gloriosa Corporación, que tiene el honor de ser recibido oficialmente por sus hermanos los correspondientes de Méjico: sospecho que sí; y esta sospecha me hace agradecerlo doblemente á vuestra bondad y á mi fortuna, puesto que siendo tal vez quien menos mereca tan señalada honra, soy el primero que la recibe. Estoy cierto de que aun aquellos de mis insignes compañeros que han llegado á las cimas más altas de la inteligencia, del saber y de la nombradía, considerarían este acto solemne como uno de los más memorables de su existencia. ¿Cómo no ha de enorgullecerme á mí lo que seguramente enorgulle-

cería á un Menéndez Pelayo, á un Echegaray ó á un Ramón y Cajal?

Yo entiendo, señores Académicos, que el acto que en mi honor celebráis, y del que guardaré perdurable memoria (por lo mismo que personalmente no lo merezco) tiene altísima significación, como lo tiene todo aquello que tiende á estrechar los lazos de unión y de cordialidad entre España y los pueblos Ibero-Americanos, principalmente en cuanto se refiere á lo que nosotros estamos llamados á guardar de uno y otro lado del Atlántico; á la tradición literaria, á la pureza y esplendor de nuestra incomparable Lengua Castellana.

Y si siempre han sido de la más singular importancia las relaciones de la Academia Española con sus correspondientes de América, de la madre común con sus hijas, esa importancia es cada día mayor, porque en lo que afecta á la pureza y propaganda de nuestro hermoso idioma, va envuelta además de la cuestión literaria, otra que podríamos llamar política, en la más noble y elevada acepción de esta palabra; una cuestión que acaso envuelve el porvenir de toda nuestra raza. Más que en Cancillerías y Congresos, puede hacerse hoy en las Academias, por la unión y por la grandeza de tantos pueblos hermanos, ligados por el lazo indestructible del idioma, que como he tenido el honor de decir públicamente hace pocos días, será el arma que ha de realizar las conquistas del mundo futuro.

El derecho moderno y las modernas tendencias de las sociedades al romper la espada de los conquistadores, dejó á la palabra, ó lo que es lo mismo, á la razón, á la justicia, á la influencia moral, al espíritu, en fin, más que á la brutalidad de la fuerza, el dominio del mun-

do por venir; y siendo el idioma el arma que ha de realizar esas conquistas y asegurar ese dominio, importa mucho conservarlo puro, como importa conservar bien templado el acero con que se ha de combatir. Ved por qué os decía que la misión de las Academias es de la más alta y trascendental importancia; porque ellas al velar por la limpieza del lenguaje, no sólo guardan el arca santa de las glorias de nuestra literatura, sino que laboran por la grandeza de las Patrias comunes, que juntas constituyen este gran todo, esta gran unidad, casi indivisible, que se llama la raza Ibero-Americana.

Acaso ninguna de cuantas corporaciones similares aspiran á este fin pueden hacer tanto por la realización de tan hermoso ideal, como la Academia Mejicana. Compuesta de hombres tan eminentes como su ilustre Director, el señor Mariscal, como los señores Sierra y Casasús (y perdonadme que no os nombre á todos, siendo todos igualmente dignos de especial mención); establecida en un noble país de historia gloriosa, de porvenir brillante y cada día más próspero y culto; concedora, en fin, de la importantísima misión que está llamada á cumplir, estoy seguro de que será la más eficaz colaboradora de la gran obra.

Esta misma inmerecida muestra de consideración que á mi me tributa, es prueba de ello, porque, libreme Dios de caer en la tentación de sospechar siquiera, que este agasajo va dirigido á mi persona: en mi recibís y honráis, no al Académico, que lo es solo á título de gracia, sino á la Academia misma, á una de las más grandes instituciones españolas, de cuyo viejo tronco sois ramas frondosas.

Y esta unión en que queréis vivir con ella, este lazo que así demostráis querer estrechar, es garantía y prenda de que juntas trabajáis una y otra en la obra común, y de que lo que hoy es solo risueña esperanza, será en breve gloriosa realidad.

Por lo que á mí afecta, cuando terminado este viaje, que habéis hecho dulce y breve con la más generosa de las hospitalidades, vuelva á España y me restituya al seno de aquella docta Corporación, diré á mis compañeros, recordando el acto de hoy, de que vuelvo á repetir que me ufanaré siempre; "la primera de vuestras hermanas del otro lado del mar, la Academia Mejicana, celebró en mi honor (es decir, en honor vuestro), una sesión brillante. En ella tuve la honra de recibir su saludo, que os trasmito, como tuve igualmente el placer de ser intérprete cerca de ella de vuestros sentimientos de consideración, afecto y confraternidad.

Permitidme que me enorgullezca de ser el mediador de este doble saludo, de ser el encargado de trasmitir este cordial abrazo, que en mí y por mí se dieron la Real Academia Española y su hija predilecta la correspondiente Mejicana."

(1) En la misma junta académica á que concurrió el señor Cavestany, dieron lectura sus autores respectivos á los siguientes trabajos: *A Cuauh-temoc*, *A la muerte* y *El sitio de Zaragoza*, poesía las dos primeras originales y la segunda traducida, D. Ignacio Mariscal; *Provincialismos de ex-presión en Méjico. Cuáles son los aceptables y cuáles los viciosos*, D. Manuel G. Revilla; el primer capítulo de una biografía del poeta latino Tibullo, D. Joaquín D. Casasús, y un soneto á Campoamor, D. Francisco Sosa. En la sesión halláronse presentes, además de los mencionados, los señores Académicos D. Justo Sierra, D. Porfirio Parra, D. Victoriano Salado Alvarez y D. Enrique Fernández Granados.

EL DRAMATURGO

D. JUAN RUIZ ALARCON Y MENDOZA,

Que la literatura dramática en la más elevada de sus formas, se cultivó en Méjico desde los primeros tiempos de la Colonia, es un hecho apoyado en testimonios históricos dignos de todo crédito. Hemos visto que Eugenio de Salazar, en su epístola á Fernando de Herrera, menciona el *cómico y el trágico*, entre los diversos géneros de poesía que entraban ya por mucho en la producción intelectual de nuestro país; y todavía es más explícito Valbuena cuando al hablar de las variadas recreaciones que ofrecía Méjico, señala entre ellas los espectáculos dramáticos:

Fiesta y comedias nuevas cada día
De varios entremeses y primores,
Gusto, entretenimiento y alegría;

sobre lo cual observa con razón el señor Menéndez y Pelayo que "no hemos de creer que se trataba de los simplicísimos autos antiguos, sino de verdaderas comedias como las de Lope y sus discípulos." Tenemos, además, la positiva afirmación del biógrafo de Zetina

referente al "libro de comedias morales en prosa y verso," escritas por este poeta durante su residencia en Méjico; y sabemos, por último, que Luis de Belmonte Bermúdez, autor de *El Diablo Predicador*, estuvo dos veces en nuestro país, "donde no pudiendo olvidar el manjar sabroso de las Musas, escribió *muchas comedias*, que algunas hay impresas, y la vida del Patriarca Ignacio de Loyola, en versos castellanos." (1)

Compréndese, por esto, la enorme pérdida de aquella copiosa mies dramática, cuando sólo nos han llegado los *Coloquios* de González de Eslava, y unas pocas de las pequeñas piezas escritas náhuatl, de que ya hemos hablado en nuestro capítulo anterior. Tenemos sin embargo, valiosísima compensación para llenar esa laguna, con el nombre y las obras de un autor que goza de fama universal, y á quien Méjico se gloria de contar entre sus más ilustres hijos: nos referimos á D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza. Tal vez se nos objete, que habiendo realizado este poeta toda su evolución dramática en España, donde figuró con honor al lado de los grandes dramaturgos de aquella época, no debe aparecer en la historia literaria de nuestro país, por no haber contribuido directamente á su desarrollo; pero tal objeción se desvanece al considerar que además del nacimiento, que por sí solo imprime carácter indeleble en el individuo, Alarcón hizo en Méjico la mayor parte de su educación literaria; que en nuestra Universidad obtuvo el grado de Licenciado; que aquí desempeñó puestos de importancia, y que formando entonces la Nueva España parte integrante de la Monarquía Española, el criollo que

(1) Prólogo del Lic. Juan Bermúdez y Alfaro al poema inédito de Bermúdez, *La Hispánica*. (Cita del señor Menéndez y Pelayo.)

se trasladaba á la Península no cambiaba por eso de nacionalidad, ni de patria, y por consiguiente no había derecho de rechazar como extranjero al indiano que estaba en las mismas condiciones que todos los súbditos del Monarca de Castilla. La misma España nos suministra un ejemplo análogo: Bernardo de Valbuena que desde niño vino á Méjico, que aquí hizo todos sus estudios, que aquí escribió todas sus obras, en las que se descubre especial cariño por nuestra patria, ocupa el puesto merecido en la historia de la literatura española, sin que á nadie le haya ocurrido excluirle de ella por las circunstancias indicadas. Dejando, pues, desvanecidos los escrúpulos que á nuestros propósitos pudieran oponerse, entremos en materia.

Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, de muy noble familia, nació en Méjico, ⁽²⁾ y á una edad bien temprana dió muestras de poseer dos cualidades notables, que le acompañaron toda su vida, y que no siempre con-

(2) Aunque se ignora la fecha precisa de su nacimiento, es prudente señalarla en los primeros años de la década de 1580-90, teniendo en cuenta la cronología bien determinada de varios hechos que señalaremos más adelante. En cuanto al lugar de su nacimiento, aunque ha dominado la opinión de ser *Taxco*, es éste un error, autorizado por Fr. Baltasar de Medina en su *Crónica de la Provincia de San Diego de Méjico* (1682). equivocación debida probablemente á la larga permanencia del padre de nuestro poeta en aquel rico mineral, donde nació un hermano del segundo, llamado D. Pedro, graduado de Licenciado en Teología en la Universidad de Méjico, Capellán y Rector del Colegio de San Juan de Letrán. Hay, en cambio, varios documentos auténticos que echan por tierra el error dicho, pues en la certificación de estudios y grados hechos y obtenidos por Alarcón, en Salamanca, desde el año de 1600 á 1602, se lee lo siguiente: "*Sant Lucas de 1600.—Bachilleramiento en Cánones de Juan Ruiz de Alarcón, natural de Méjico, en la Nueva España. Trajo sus cursos de Méjico;*" y la misma afirmación se repite en el acta levantada por Bartolomé Sánchez, Notario Público y Secretario de la Universidad de Salamanca, sobre la concesión del grado de Bachilleramiento en Leyes á Ruiz de Alarcón 3 el de Diciembre de 1602.

curren en el mismo sujeto: una inteligencia superior y un amor ardentísimo por el estudio. Concluida su instrucción preparatoria en que entraban como principales elementos la Gramática y la Filosofía, comprendiéndose bajo el primer nombre no sólo el idioma latino, sino el estudio de los antiguos clásicos, así como el de la Retórica y Arte poética, se matriculó en la Universidad de Méjico, á la facultad de Cánones, quedando, después de tres años, en aptitud de alcanzar el grado de Bachiller. La gran reputación que en aquel tiempo gozaba la Universidad de Salamanca, inspiró á Alarcón el deseo de graduarse en ella, y al efecto se embarcó rumbo á España adonde llegó en principios de Mayo de 1600, y sin pérdida de tiempo se dirigió luego al famoso instituto. Allí dió muestra satisfactoria de sus conocimientos en diez lecciones de más de media hora cada una, fuera de otras pruebas y ejercicios, y hecha la petición al Cancelario, vió el aprovechado estudiante coronados sus deseos al recibir el grado de Bachiller en Cánones el 25 de Octubre del mismo año. No satisfecho, sin embargo, con el éxito alcanzado, quiso obtener la misma distinción en Derecho Civil, inscribiéndose inmediatamente en esta facultad, y hechos los cursos necesarios, se le concedió el segundo bachillerato el 3 de Diciembre de 1602.

Abierto tenía ya nuestro poeta el camino para los grados superiores de licenciado y doctor; más quiso todavía ampliar sus estudios que dió por terminados el 24 de Junio de 1605; y no pudiendo permanecer en Salamanca, que pocos recursos ofrecía á un pasante, y siendo enormes los gastos que había que hacer para la obtención de la licenciatura, dirigióse á Sevilla donde

permaneció cerca de tres años abogado en su Real Audiencia, ejercicio en que adquirió crédito de muy entendido y fama de hombre honrado, en vida y costumbres excelentes. (3)

Ese periodo fué muy importante en la vida de Alarcón, pues encontró un círculo de fervorosa actividad literaria de que luego formó parte, entrando en relación con los muchos escritores que lo componían, entre los cuales se contaban Cervantes, Rodrigo Caro y Francisco de Rioja. El entusiasmo por la poesía se había generalizado en la sociedad española, de tal suerte, que no había función religiosa, fiesta ó regocijo público, victoria ó descalabro en las armas nacionales, ni bautizo, boda ó entierro de adinerado señor, que no se solemnizase con una academia poética. (4) Los altos personajes celebrábanlas con frecuencia en sus palacios donde asistían ingenios más ó menos distinguidos, que conquistaban por este medio el favor de los grandes. Dos eran en aquel tiempo las principales academias de Sevilla: la del Duque de Alcalá y la del Veinticuatro Arguijo, á las que hay que agregar la encabezada por D. Diego Jiménez de Enciso, bajo el modesto nombre de Cofradía, que si no podía competir con las primeras en riqueza y esplendidez, sí las superaba en contentamiento y buen humor como de ello tenemos una curiosa prueba.

En principios de la primavera de 1606, dispuso aquella agrupación un día de campo, en que poniendo aparte todo encogimiento reinó la más franca alegría,

(3) Expediente de la licenciatura en el Archivo de la Universidad de Méjico.

(4) Don Luis Fernández Guerra y Orbe.—*D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*. Part. I. Cap. V.

nacida de ese espíritu de compañerismo que liga á personas que siguen el mismo sendero guiadas por aspiraciones semejantes. El lugar de la fiesta fué una amena huerta y espaciosa casa dentro de San Juan de Alfarache á la margen derecha del Guadalquivir, contándose entre los concurrentes Miguel de Cervantes y Ruiz de Alarcón. Es lo único que de ella se sabe, pues no se ha encontrado la narración dirigida por el primero á D. Diego de Astudillo; pero contentísimos deben de haber quedado los miembros de la Cofradía, pues el 4 de Julio de dicho año se repitió la fiesta en el mismo lugar y bajo las mismas condiciones, pudiendo esta vez tener de ella noticia completa, gracias á la narración dirigida como la anterior por Cervantes al mencionado Astudillo, y que felizmente se ha salvado de la injuria del tiempo.

El carácter de aquella regocijada diversión puede colegirse, sólo con saber que el presidente y anfitrión, Diego de Colindres, puso por ley, con puntualidad obedecida, "que dejando todos el juicio á un lado, se esfuerce cada cual en parecer más loco," y mandó para divertir el camino se distribuyeran asuntos sobre los cuales se compondrían versos, sin reparar en la habilidad de aquellos en quienes recayera la suerte. Los asuntos eran: alabar la *sopa en vino*, la *esgrima*, *consolar á una dama que le sudan las manos*, (este tocó á Alarcón) *ponderar los trabajos de los poetas*, la *pereza*, *los habladores*, etc. (5) En ambas fiestas Ruiz de

(5) Los doce que tomaron parte en el certamen poético fueron los siguientes: Miguel de Cervantes Saavedra, Juan de Ochoa, Hernando de Castro. Juan Ruiz de Alarcón, Diego Jiménez de Enciso, Diego Arias de la Hoz, Andrés de la Plaza, Roque de Herrera, Lorenzo de Medina, Juan Bautista de Espinosa, Juan Antonio de Ulloa y el Licenciado Gayoso.

Alarcón hizo de fiscal y Cervantes de secretario disponiendo los juegos, señalando los asuntos y cuanto más contribuyese á mantener la alegría de la reunión. Los cofrades se dividieron en dos grupos bajo las denominaciones de *luz* y *sangre*, contándose en el primero los festivos é ingeniosos, y en el segundo los de vivacidad corporal, alborotadores y satíricos. Entraron al certamen doce poetas; en el torneo justaron ocho caballeros, el mantenedor y tres jueces. A las diez fué el desayuno, á las dos comenzó la lectura de los versos, y á las tres se comió en el suelo á *usanza morisca*. Concluida la comida salieron á recibir nuevas damas que llegaban, conduciéndolas luego á una sala donde se les dió asiento con otras muchas, y en seguida se representó la farsa de *Perseo y Andrómeda*, “desenfado burlesco, aderezado, para mayor solaz, con ridículas coplas.” A las cinco y media de la tarde principió el torneo, y concluído con la revuelta folla, se adjudicaron los premios y volvieron todos á la ciudad. (6)

Así dividía Alarcón su vida entre los trabajos profesionales y las dulces relaciones con los literatos sus amigos, entre los cuales, á pesar de la diferencia de edades, ocupaba el primer lugar el inmortal autor de *D. Quijote*, con-

(6) Los que como caballeros tomaron parte en el torneo fueron los siguientes con los títulos burlescos que adoptaron:

El mantenedor Jiménez de Enciso, *El caballero del Buen Gusto*.

Juan de Ochoa Ibañez, *Don Metrilino Arrianzo de Dacia*.

Hernando de Castro, *Don Tal, Príncipe de Para-Cual la Baja*.

Diego Arias de la Hoz, *Don Golondronio Guatatumbo*.

Juan Antonio de Ulloa, *Don Rocandolfo de la Insula Firme*.

El licenciado Gayoso, *Pandulfo Rutillón de Trastamara*.

Lorenzo de Medina, *Satánice Príncipe Moscovita*.

Roque de Herrera, *Rilandulfo de Ilenia Atabaliva*.

Juan Ruiz de Alarcón, *Don Floripando Talludo, Príncipe de Chunga*.

cediendo de este modo una parte del tiempo al cultivo de la poesía, y á la observación de aquella bulliciosa sociedad, fecunda en elementos para el estudio del corazón humano. Nuestro poeta debía sentirse contento; no obstante, diversas causas que sería largo señalar, á las que se agregaba la partida de Cervantes, le hicieron tomar la resolución de dejar á Sevilla y regresar á Méjico, donde á la vez que satisfacía su amor á la tierra natal, se le presentaba la oportunidad de obtener el grado de licenciado, que era su constante deseo. Embarcóse, pues, el 31 de Marzo de 1608 en la flota de Nueva España, comandada por el General D. Lope Diez de Aux y Armendáriz, y el Almirante Juan Flores de Ravanal.

En gran manera agradable fué la travesía para Alarcón, á quien la suerte deparó tres excelentes compañeros con quienes divertir las horas tediosas de su largo viaje. Estos fueron Hernando de Castro, aquél que con el burlesco nombre de *Don Tal* tomó parte en el torneo de 1606, Brisciano Diez Cruzate su camarada salamanqués de 1604 y 1605, que iba con el designio de abogar en la Real Audiencia de Nueva España y el célebre autor del *Pícaro Guzmán de Alfarache*, Mateo Alemán, de quien hablaremos más adelante, que á la sazón se dirigía á Méjico, con un cargo de la Real Hacienda. Al llegar á Veracruz, después de más de 60 días de navegación, y visitada la iglesia mayor en acción de gracias por el feliz arribo, se dirigieron los cuatro á la capital del Virreinato, que había alcanzado alto grado de prosperidad, tanto en el orden material, como en el orden intelectual.

Alarcón, como es de suponerse, no perdía de vista

el negocio de la licenciatura, y una vez arreglados los documentos indispensables, se presentó en la Universidad de Méjico el 5 de febrero de 1609, pidiendo se le concediera el referido grado. Varios días pasaron en la tramitación reglamentaria, y después de haber salido airoso de las múltiples y difíciles pruebas por las que tenían que pasar los postulantes, vió coronados sus deseos, el 21 de dicho mes, al ser unánimemente aprobado por los 21 jueces que le arguyeron en la última prueba, los cuales gozaban de alta y merecida reputación científica.

Provisto ya del ambicionado título, aspiró al servicio de cátedras en la Universidad, durante los años de 1609 y 1610, leyendo de oposición en diferentes ocasiones; pero aunque se le aprobaron los ejercicios, no obtuvo ninguna resolución favorable, lo cual le hizo desistir de pretender la borla de Doctor en leyes. Ahora bien, si su aptitud era bien probada y reconocida ¿á qué atribuir esa contradicción que tiene visos de injusta? Tris-le y doloroso es decirlo: al defecto físico que le acompañó desde su nacimiento, á la joroba que le hizo blanco de las burlas más crueles que envenenaron aquella noble existencia. Y esto no es una simple conjetura, pues en el informe de julio de 1625, pedido por Felipe IV al Consejo de Indias acerca de los méritos de Alarcón que deseaba emplearse "en ocupación digna de sus letras y profesión," el referido Consejo, después de hablar en los términos más favorables sobre los antecedentes del solicitante, pone la siguiente taxativa: "Y el Consejo ha tenido siempre satisfacción de sus letras y conocido su talento, y aunque por sus partes era merecedor de que le propusiese á V. M. para una

plaza de asiento de las Audiencias menores, lo ha *dejado de hacer por el defecto corporal que tiene, el cual es grande para la autoridad que ha menester representar en cosa semejante.*" Y concluye indicando otros puestos en que pudiera ser colocado.

Sin embargo, el Foro y la Audiencia presidida por el Virrey D. Luis de Velasco (ya Marqués de Salinas desde el año de 1609, en premio de sus buenos servicios al proyectar y emprender las obras de desaguar la laguna), indemnizaron muy pronto á Alarcón de los pasados reveses. Actuó en el tribunal con crédito; supo distinguirse allí por su elocuencia y rectitud; subyugó la afición de los señores, que así antonomásticamente se decían los magistrados, y el Acuerdo le ocupó en varias y delicadas comisiones, de que dió buena cuenta. Mostróse enérgico en ellas, celoso, imparcial, conciliador y prudente; de modo que, haciéndose á no reparar en su joroba los discretísimos pilotos de aquella bien regida nave del Estado, y conociendo cuánto gusto daban al anciano Virrey, Marqués de Salinas, facilitaron que á D. Juan se le nombrase Teniente de Corregidor de Méjico. Este dia fué uno de los mejores que tuvo el ingenioso Licenciado. La virtud y el mérito propios le habían conseguido triunfar de la enemiga naturaleza; no era óbice la corcova para que se le fiase el gobierno de la ciudad; subía, no por asalto, mas legitimamente á los codiciados honores. (7)

Todo parecía sonreír á D. Juan: á poco tiempo se ausentó el Corregidor, y entró entonces á ejercer el oficio de propietario granjéandose la aprobación general, pues sentenció muchas causas y se le calificó de

(7) Op. cit. Cap. XVIII passim.

buen juez en la residencia. Además, la circunstancia de intervenir por razón del cargo, en las obras emprendidas para librar de las inundaciones á la ciudad, y en que el Virrey tenía el mayor empeño, le conquistaron el favor del alto personaje, que gustaba de verle diariamente á su lado. Pero un suceso imprevisto, vino á turbar aquella situación bonancible, decidiendo del porvenir de nuestro poeta. Es el caso, que entre la correspondencia de España dirigida al Virrey, encontró éste una carta de Felipe III, en que le decía haber proveído en él la Presidencia del Consejo de Indias. Rápidamente circuló la noticia, haciendo surgir desde luego, la duda de que á su avanzada edad pudiese correr el Marqués los peligros de una larga navegación; mas no tardó en saberse que el viaje estaba decidido, y que en compañía del anciano prócer se ausentaría D. Juan Ruiz de Alarcón. Así sucedió; y después de la travesía comenzada en junio y terminada en octubre de 1611, el nuevo Presidente del Consejo de Indias y su ilustre acompañante se presentaron en la corte de Madrid.

Ahora bien, ¿qué motivos bastante poderosos tuvo el Licenciado para dejar una posición cierta y holgada, separarse de sus deudos y amigos de infancia, abandonar los sitios donde se anidaban los recuerdos de sus primeros años, y todo por correr tras esperanzas engañosas, pues bien sabía los obstáculos casi invencibles con que tenían que luchar los pretendientes en el revuelto mar de la corte española? Difícil es adivinarlo; pero no lo es tanto el presumirlo. Desde luego contaba con el sólido valimiento de D. Luis de Velasco, personaje de gloriosos antecedentes, que iba á ocupar un puesto de primera importancia, y que gozaba de altísi-

mo y bien merecido favor cerca del monarca; y la brillante perspectiva de figurar en el centro del vastísimo poder cuyos dominios no conocían la puesta del sol, bien pudo hacer que nuestro poeta pospusiese afecciones halagüeñas y delicados sentimientos, que no satisfacían una ambición legítima, en cuanto á que se fundaba en la recta conciencia de su propio valer. Pero aun había otra aspiración más noble y fascinadora, la de buscar un campo de mayor extensión para desplegar las alas de su genio, la de luchar con los grandes atletas de la poesía española, conquistando una rama de aquel frondoso laurel que sombreaba la cumbre del parnaso castellano. Después de esto, fácil es comprender que esa resolución no era del todo aventurada, pues por lo menos en lo que se refiere á la segunda parte, el éxito coronó con usura sus legítimas esperanzas.

Al llegar Alarcón á Madrid, hallábase la corte bajo la impresión del reciente fallecimiento de la reina Doña Margarita de Austria, cuyos funerales se celebraron poco después (17 y 18 de noviembre) y el 19 se verificó una academia en el palacio de D. Diego Gómez de Sandoval, con el fin de que los poetas de más fama allí reunidos, contribuyesen á enaltecer con su ingenio la memoria de la ilustre difunta. Entre los convidados se contó el Marqués de Salinas, acompañado de D. Juan que formaba parte de su servidumbre, y que aprovechó aquella oportunidad para ponerse en contacto con los más ilustres representantes de la poesía española. Lope de Vega, que hizo de secretario, leyó una canción, y se repartieron los asuntos de los versos que debían leerse el sábado siguiente.

La vida del vate mejicano durante algún tiempo se

deslizó tranquila en el Palacio del ex-Virrey de la Nueva España, disponiendo con toda libertad de la mayor parte de su tiempo, pues bien poco le era necesario para cumplir con los deberes de reconocido huésped hacia su ilustre protector. Empero, una sorda impaciencia agitaba su espíritu, pues no llegaba la ocasión de hacer valer las pretensiones que le habían conducido á la corte de Madrid. En efecto, el resultado favorable dependía ante todo, de las valiosas influencias que lo apoyaran, y él sólo contaba con la de D. Luis de Velasco, poderosa sin duda, mas que poco á poco iba perdiendo su eficacia, tanto por la edad avanzada que le tenía alejado de la actividad ministerial, como por los disgustos con que le agobiaban los adversos informes que de Méjico se recibían, sobre el negocio del desagüe que había iniciado con la mejor voluntad del mundo. Así pasó todo el año de 1512, y al ver D. Juan que su situación se hacía cada vez más delicada, optó por el único sendero que se le ofrecía para darse á conocer: las letras, la poesía, y especialmente el teatro, que era el medio más rápido para labrarse, si acaso, una reputación distinguida, á la vez que aseguraba los medios de proveer á la subsistencia.

La empresa era en verdad harto difícil, y hasta si se quiere, imposible. ¿Cómo lograr un sitio honroso en medio de tantos ingenios, algunos de ellos ilustrísimos, que mantenían en constante excitación á un público apasionado por los espectáculos escénicos? ¿Cómo hacerse distinguir en el deslumbramiento universal, producido por un astro de primera magnitud, por el inmortal Lope de Vega, cuando carecía de antecedentes literarios suficientemente conocidos, cuando llevaba la

nota poco recomendable de criollo, y cuando cargaba con el estigma de una deformidad física en que se cebaría la malignidad de sus émulos? Sin embargo, Alarcón no vaciló, y esta es la mejor prueba que se puede ofrecer de aquel carácter firmísimo, sostenido por una voluntad incontrastable, y por la conciencia clara y segura de sus propias fuerzas.

Doce años (1613-1625) duró apenas la labor dramática de Alarcón; pero en ese corto período, el más interesante de su vida, y mediante una producción corta, si se compara con la pasmosa fecundidad de algunos de sus contemporáneos,⁽⁷⁾ pudo conquistar un puesto al lado de los grandes dramaturgos españoles, entre los cuales se destaca su personalidad, iluminada por el prestigio de una gloria legítima. Pero ¡cuán caro le costaron esos triunfos y esa inmortalidad! Puede decirse que cada paso dado por la senda escabrosa que se propuso recorrer, fué seguido de golpes dolorosos que hubieran hecho prescindir á los más ambiciosos de una reputación bien adquirida. Porque no fueron únicamente los fallos de injustas críticas encaminadas á destruir las obras del insigne mejicano; no fueron tampoco las agrias censuras de moralistas maldicientes que

7 En ese corto de tiempo dió á la escena las siguientes comedias por el orden cronológico que les señala el Sr. Guerra y Orbe: *El Semejante á sí mismo*, *El desdichado en fingir*, *La cueva de Salamanca*, 1613.—*Todo es ventura*, 1614.—*La manganilla de Melilla*, *Quien mal anda mal acaba*, 1615, *Ganar amigos*, *La culpa busca la pena y el agravio la venganza*, 1616.—*Las paredes oyen*, *La prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse*, 1617.—*Los favores del mundo*, *La amistad castigada*, *El dueño de las estrellas*, *El Anti-Cristo*, 1618.—*Cautela contra cautela*, *La crueldad por el honor*, *La verdad sospechosa*, *La industria y la muerte*, *Los empeños de un engaño*, 1619.—*Los pechos privilegiados*, 1620.—*El tejedor de Segovia*, 1620.—*Siempre ayuda la verdad*, 1623.—*No hay mal que por bien no venga*, *D. Domingo de D. Blas*, 1624.—*El examen de maridos*, 1625.—Total 26 obras.

fuesen á escarbar en los defectos reales ó supuestos del autor, que se exhibía desarmado ante las miradas de un público mal prevenido: la ola borrascosa que se hinchó contra Alarcón, fué impelida por los bruscos ataques de una mosquetería desenfrenada para hacer fracasar cada una de sus obras; fué la conjuración de pasiones malsamas, empeñadas en vejar, satirizar y escarnecer á aquel hombre superior, convertido en objeto de sangrientos sarcasmos por una deformidad que no había estado en su mano evitar, y que en vez de las risas del desprecio debía provocar la conmiseración y el respeto en los mejor favorecidos por la naturaleza. Y en esa rabiosa batida de todos contra uno, que lastima y entristece á la vez, no figuraron solamente los malesines de la literatura, que buscan en el insulto al verdadero mérito desahogo á la envidia que les inspira su propia impotencia, sino egregios representantes de las letras españolas, que descendieron de su alto puesto para lanzar sendos epigramas contra su víctima indefensa.

Muy lejos nos llevaría puntualizar las ruines intrigas con que tuvo que luchar nuestro poeta en ese periodo de recordación dolorosa, y solo nos detendremos en el memorable incidente que puso en evidencia la saña de sus enemigos, al mismo tiempo que la entereza de la víctima para soportar la deshecha tempestad desatada contra ella. Es el caso, que entre las fiestas con que se obsequió al Príncipe de Gales, Carlos Stuardo, llegado á Madrid en marzo de 1623 con objeto de tratar su casamiento con la infanta D^a María, hermana de Felipe IV, se distinguió por su pompa y magnificencia la que tuvo lugar en la Plaza Mayor el 21 de agosto del mis-

mo año. El Duque de Cea, uno de los personajes más honrados por el rey en aquellas grandiosas manifestaciones, dispuso que se escribiese y publicase un *Elogio* descriptivo de ellas, confiando su desempeño á D. Juan Ruiz de Alarcón. Ahora bien, si se tiene en cuenta por una parte el influjo que había alcanzado ya en aquel tiempo la escuela literaria á la que Góngora tuvo la mala suerte de dar su nombre, y por otra, la clásica severidad de nuestro autor, no podían ofrecerse dos términos en oposición más abierta. Efectivamente, aquel hablar enrevesado y nebuloso, aquel dislocar las palabras sacándolas de su sitio y natural significado para convertirlas en enigmas metafóricos, aquella hinchazón artificiosa que mataba la idea á fuerza de sutilizarla, no podían amalgamarse con el concepto claro y la dicción pura y diáfana del poeta filósofo; y sin embargo, tal era la empresa que se le había encomendado, pues la obra debía aparecer revestida con el vano oropel que formaba las delicias del vulgo, cuyo gusto estragado rechazaba la verdadera belleza como cosa prosaica y baladí.

Sintiendo su impotencia para llevar á cabo tarea semejante, recurrió D. Juan á un amigo pidiendo le aconsejase el modo de salir airoso de tan apurada situación, y ese amigo, que parece haber sido el Dr. Mira de Amezcuá, le surgió la idea de que repartiase la hechura de cierto número de octavas en estilo gongoriano, entre personas capaces de ello, encargándose en seguida de reunir las y ligarlas de manera que resultase un conjunto más ó menos homogéneo. El plan se realizó sin dificultad, y á su tiempo apareció en letras de molde el famoso *Elogio* descriptivo, encabezado con la dedicatoria al Duque Adelantado etc., por D. Juan Ruiz de Alar-

cón y Mendoza. Escándalo farisaico produjeron en las esferas literarias aquellas desdichadas octavas, no porque fuesen malas de remate, pues bien podían hallar cabida entre las producciones de la nueva escuela, sino porque iban amparadas con el nombre del poeta jorobado, y ofrecían la oportunidad de descargar sobre éste toda la inquina de sus gratuitos enemigos. En la academia de D. Francisco de Mendoza, secretario del Conde de Monterrey, célebre reunión á la que concurrían los más famosos ingenios de la época, leyó Quevedo una censura escrita con la acritud que le era propia, cargando sobre todo la mano en el supuesto autor; mas queriendo prevenir el reparo de haber desperdiciado el tiempo, echando sobre Alarcón la culpa de delitos ajenos, véase la especie de rectificación puesta al calce de su acerba crítica.

“Habiendo dado fin á esta censura, me dijeron por cosa cierta que estas estancias no eran del señor don Juan, sino que él las pidió á diferentes personas: y así me dieron la memoria de sus dueños, cuyos nombres pongo aquí sin graduación, y el número de las estancias que compusieron:

D. Fernando de Lodeña.....	8
D. Diego de Villegas.....	6
El Dr. Mira de Amezcu.....	7
D. Pedro de la Barreda.....	5
Anastasio Pantaleón.....	8
Luis de Belmonte.....	10
Juan Pablo Mártir Rizo.....	6
Antonio López de Vega.....	4
Manuel Ponce.....	4
Francisco de Francia.....	2
Diego Vélez de Guevara.....	6
Luis Vélez de Guevara.....	7

73

“De modo, que todas esas partidas suman y montan setenta y tres octavas, y el dicho señor don Juan no hizo sino trastocarlas y trasladarlas. Difi-

culté el dar crédito á ello, así por no persuadirme que nuestro poeta haría una cosa semejante, como por ser las octavas tan malas, y los autores de ellas de tanta opinión. Por esta razón lo pregunté luego á algunos de ellos, y todos conformes me dijeron que eran suyas, y que ellos las habían compuesto por hacer burla de D. Juan, porque él llegaba á pedirles estancias en el estilo de D. Luis, y que ellos burlándose, hicieron las que se han visto, sin pasarles por la imaginación escribir de veras. Con esto, y con la décima de D. Luis de Góngora, me persuadí que las estancias no tenían más que el nombre de D. Juan, y que mi censura por ser los versos como he dicho, bernardina.

Hoy de las fiestas reales
 Sastre y no poeta seas,
 Si á octavas como libreas
 Introduces oficiales.
 ¿De agenas plumas te vales,
 Corneja? desmentirás
 Lo que delante y detrás
 Gémina concha te viste:
 Galápago siempre fuiste
 Y galápago serás.

“Confieso que me pesa de haberme cansado; más pues he llegado hasta aquí, quédese lo dicho dicho.”

Acto final de esta conjuración contra el poeta jorobado fué el vejamen memorable que celebró la referida academia, la cual impuso á los concurrentes la obligación de que llevase cada uno su respectiva décima, dirigida contra el padre putativo de las octavas. En esa *broma*, que no por entrar en los usos de la época, merece disculpa, atendido el espíritu injusto y agresivo que en ella dominó, tomaron parte varios ingenios, algunos de primer orden, habiendo llegado hasta nosotros dieciseis décimas de los signientos: Góngora, Lope de Vega, Quevedo, Antonio de Mendoza, Pérez de Montalván, Luis Téllez, Salas Barbadillo, Fr. Juan Centeno, Alonso de Castillo Solórzano, Andrés Claramonte, Juan de Espina, Alonso de Pusmarin, Gonzalo de Heredia y un aragonés (anónimo). En estos epigramas se repiten los ataques á Alarcón por la joroba, y la supuesta res-

ponsabilidad de las octavas, lo cual echa por tierra la aseveración de Quevedo, en cuanto á que solo por la ignorancia de los verdaderos autores habia escrito su censura, siendo Lope de Vega el único que hizo justicia al poeta fustigado, tachando de crueldad el hacer pesar sobre él culpas ajenas.

¡Pedirme en tal relación
 Parecer! Cosa excusada,
 Porque á mí todo me agrada,
 Sino es D. Juan de Alarcón.
 Versos de tirela son,
 Y si no hay que hacer espantos
 Si son centones ó cantos,
 Que es también cosa cruel
 Ponerle la culpa á él
 De lo que la tienen tantos. (8)

Adviértase que entre los que tomaron parte en la *broma*, aparece Mira de Amezcuá, uno de los autores de las referidas octavas.

Después de tantos años de esperanzas frustadas, obtuvo nuestro poeta, la plaza de relator en el Consejo Real de las Indias, el 17 de junio de 1626, merced á la valiosa influencia del duque de Medina de las Torres. Aquel auxilio no podía ser más oportuno. En el colmo del desaliento, enfermo y cansado de brega tan dura, el

8. En el *Laurel de Apolo*, silva segunda, se encuentra el siguiente elogio de Alarcón, que citamos como prueba de la grande estimación que por él tuvo Lope de Vega, no obstante las diferencias que alteraron las relaciones amistosas entre estos grandes escritores.

En Méjico la fama
 Que, como el sol descubre cuanto mira,
 A *Don Juan de Alarcón* halló, que aspira,
 Con dulce ingenio á la divina rama,
 La máxima cumplida
 De lo que puede la virtud unida.

ilustre dramaturgo había colgado la pluma desde el año anterior, privándose así de los escasos recursos que aquella le proporcionaba. El cambio fué completo: á la inquietud constante por la incertidumbre de fallos caprichosos á la humillación de verse vencido por la ignorancia ó la malevolencia, sucedió la calma, la tranquilidad, si tranquilidad puede llamarse á la hez de amargura que en el fondo de su corazón quedaba depositada, y que con frecuencia tenía que agitarse al contacto de los punzantes recuerdos que sintetizaban el curso de su vida literaria.

Pocos, poquisimos fueron los amigos, cuyas relaciones cultivó en ese periodo de aislamiento, que se entregó por completo al desempeño de las múltiples funciones de su encargo; pues además de la cevera exactitud con que sabía cumplir los deberes una vez contraídos parece que en aquella febril actividad procuraba amortiguar al menos las dolorosas emociones de una sensibilidad profundamente alterada. Pero si ya no luchaba, si había cedido el campo á sus enconados enemigos, quiso poner sus obras á cubierto de indignas especulaciones, apelando al fallo desapasionado de una posteridad justiciera. A este fin, emprendió la publicación de sus producciones dramáticas, y en 1628 apareció la primera parte, compuesta de las ocho siguientes: *Los favores del mundo*, *La industria y la suerte*, *Las paredes oyen*, *El semejante á sí mismo*, *La cueva de Salamca*, *Mudarse por mejorarse*, *Todo es ventura*, *El desdichado en fingir*.

En la dedicatoria al Duque de Medina de las Torres, se leen las siguientes palabras bien significativas "éstas pues ocho comedias, si no lícitos divertimientos

del ocio, virtuosos efectos *de la necesidad en que la dilación de mis pretensiones me puso*, reciba V. Exc. en su protección, que si bien parecerá que por haber pasado la censura del teatro, no necesitan de tan gran defensa: *tal es la envidia que la han menester.*" Y luego, dando suelta á su indignación por tanto tiempo reprimida, lanza este tremendo apóstrofe en que se compendian las quejas de una alma herida por los groseros golpes de la ignorancia: "*El Autor al Vulgo.*—Contigo hablo, bestia fiera, que con la nobleza no es menester, que ella se dicta más que yo sabría: Allá van estas comedias, tratálas como sueles, no como es justo, sino como es gusto, que ellas te miran con desprecio, y sin temor, como las que pasaron ya el peligro de tus silbos, y ahora pueden sólo pasar el de tus rincones. Si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas, y si no, me vengará de que no lo son, el dinero que te han de costar."

En 1634 publicó la Segunda Parte con estas doce comedias: *Los empeños de un engaño*, *El dueño de las estrellas*, *La amistad castigada*, *La manganilla de Melilla*, *Ganar amigos*, *La verdad sospechosa*, *El Anti-Cristo*, *El tejedor de Segovia*, *Los pechos privilegiados*, *La prueba de las promesas*, *La crueldad por el honor*, *Examen de maridos*. Con la franqueza propia de su noble carácter, declara Alarcón que hacía aquella impresión, no por el pretexto vulgar de haber sido importunado de amigos, que nadie lo había solicitado, y que solo había tenido el deseo de publicar lo que debía al Duque de Medina de las Torres. En efecto, á este alto personaje aparece igualmente dedicada la Segunda Parte; pero había algo más, y era reivindicar

la propiedad de piezas que habían sido publicadas bajo el nombre de otros autores, *cuya fama no quería que padeciera con notas de ignorancia*. He aquí ese interesante documento en que se muestra en toda su desnudez el alma del poeta:

“*Al Lector*.—Cualquiera que tu seas, ó mal contento (ó bien intencionado) sabe que las Ocho Comedias de mi Primera Parte, y las doce desta Segunda son todas mias, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son el *El tejedor de Segovia*, *La verdad sospechosa*, *Examen de maridos* y otras que andan impresas por de otros dueños: culpa de los impresores que les dan lo que les parece, no de los autores á quienes las han atribuido, cuyo mayor descuido luce más que mi mayor cuidado; y así he querido declarar esto, más por su honra que por la mia, que no es justo que padezca su fama notas de mi ignorancia; mas con todo no te arrojes fácil á condenar las que te lo parecieren, advierte que han pasado por los bancos de Flandes, que para las comedias lo son los del teatro de Madrid; y mira que en este consejo hago más tu negocio que el mio, que siendo mordaz ganarás opinión de tal, y á mi, ni me quitarás la que con ellas adquirí entonces (si no miente la fama) de buen poeta, ni la que hoy pretendo de buen ministro. Vale.”

Después de esto que puede considerarse como su testamento literario, se encerró Alarcón en el estrecho círculo de sus deberes oficiales, sin dar más signos de vida que tres ó cuatro pequeñas composiciones arrancadas por compromiso en elogio de algunas obras, como entonces se usaba. Aquel periodo de triste aislamiento duró poco, pues en 1637 se sintió atacado del

mal que dos años más tarde le llevó al sepulcro. En ese espacio de tiempo, los sufrimientos morales que atormentaban su espíritu, se complicaron con los dolores que minaban su existencia. La enfermedad fué creciendo al extremo de verse obligado á guardar cama desde principios de 1639; el 1° de agosto de este año otorgó su testamento antes el escribano Lucas del Pozo, nombrando albaceas á D. Antonio Rodriguez de León Pinelo y al Capitán Reynoso; y el 4 del mismo mes murió con la tranquilidad del hombre justo.

Ahora bien. ¿Qué impresión causó la muerte del ilustre poeta? ¿Qué homenajes se tributaron á su memoria? ¿Cuántos liras sonaron en la apoteosis del inmortal dramaturgo? Oigamos lo que á este propósito dice el señor Guerra y Orbe: "Para Alarcón no hubo una corona poética, ni una sola flor, ni de pasada un solo recuerdo en el más ajeno libro. Unicamente, cinco dias después, á 9 de agosto, el cronista Pellicer rebuscando noticias volanderas de la corte para sus *Avisos* vino á tomar la siguiente nota: *Murió D. Juan de Alarcón, poeta famoso, así por sus comedias como por sus corcobas, y relatos del Consejo de Indias.*"

Dejemos en paz al poeta y echemos una ojeada sobre sus obras y lo que ellas puedan decirnos en cuanto al carácter y pensamientos del autor.

Pocas personalidades literarias pueden presentarse tan bien definidas como la de Alarcón, de donde procede la uniformidad de juicios que se advierte en todos los escritores que le han hecho objeto de su estudio: así es que si dijéramos que el dramaturgo mejicano fué el creador de la comedia de carácter; que sus obras se distinguen por el fin moral á que tienden; que la sentencia

filosófica brota espontánea bajo su pluma, y que su estilo se distingue por su nitidez, la concisión, la ausencia del lirismo, lo cual hace que sea entre los poetas sus contemporáneos, el que más se acerca á las formas y gusto del teatro moderno, no haríamos más que repetir lo que han dicho D. Juan Eugenio Hartzhenbusch, D. Francisco Martínez de la Rosa, D. Alberto Lista y Aragón, D. Ramón de Mesonero Romanos, D. Antonio Gil de Zárate, D. Luis Fernández Guerra y Orbe, sin hablar de los extranjeros, de los cuales solo citaremos á Voltaire, que refiriéndose al *Manteur* de Corneille dice: "No es la citada obra sino una traducción (de *La verdad sospechosa*); pero probablemente á esa traducción, es á la que debemos Molière. Es imposible, en efecto, que Molière haya visto esa composición, sin descubrir al punto la singular ventaja que lleva ese género á todos los demás, y sin haberse dedicado enteramente á él." Juicio que confirma el mismo Molière cuando dice en una carta á Boileau: "Mucho debo al *Mentiroso*: cuando se presentó éste, ya tenía yo deseos de escribir, pero me hallaba dudoso acerca de lo que escribiría; mis ideas aun estaban confusas. En fin, sin el *Mentiroso*, hubiera compuesto sin duda algunas comedias de enredo, *El Atolondrado*, *El despecho amoroso*; pero tal vez no hubiera compuesto *El Misántropo*."

La verdad sospechosa es considerada como la obra maestra de Alarcón, sin que por eso se rebaje el mérito de sus otras producciones, en todas las cuales aparecen las dotes características del corcobado dramaturgo. La sencillez del plan, el interés sostenido y creciente

del principio al fin, el fondo moral hábilmente desarrollado hacen de la pieza referida una verdadera joya del teatro español. D. García, el protagonista, posee las cualidades más propias para hacerse simpático: joven, noble, instruído, valiente y rico, está llamado á ocupar un puesto distinguido en la sociedad más culta; sin embargo, tiene un defecto, mentir; no precisamente con una mira aviesa, pues sería incapaz de calumniar á nadie, sino por ligereza, por abuso de su ingenio, que es sin duda fecundo, como lo prueban las graciosas improvisaciones de que da repetidas muestras. Su padre D. Beltrán, siente verdaderamente pesadumbre al saber el pie de que cojea su hijo, y llegada la ocasión le dirige la severa reprimenda que se ve en la siguiente escena, la más bella de la obra:

D. BELTRAN

¿Sois caballero, García?

D. GARCIA

Téngome por hijo vuestro

D. BELTRAN.

¿Y basta ser hijo mío
Para ser vos caballero?

D. GARCIA

Yo pienso, señor, que sí.

D. BELTRAN

¡Que engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
Como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
Nobles? Los ilustres hechos
De sus primeros autores;
Sin mirar sus nacimientos,
Hazañas de hombres humildes

Honraron sus herederos;
 Luego en obrar mal ó bien,
 Está el ser malo ó ser bueno.
 ¿Es así?

D. GARCIA

Que las hazañas
 Den nobleza, no lo niego:
 Mas no neguéis, que sin ellas
 Tambien la da el nacimiento.

D. BELTRAN

Pues si honor puede ganar
 Quien nació sin él, ¿no es cierto
 Que por el contrario puede,
 Quien con él nació perdello?

D. GARCIA

Es verdad.

D. BELTRAN

Luego si vos
 Obráis afrentosos hechos,
 Aunque seáis hijo mío,
 Dejáis de ser caballero;
 Luego, si vuestras costumbres
 Os infaman en el pueblo,
 No importan paternas armas,
 Ni sirven altos abuelos.
 ¿Qué cosa es, que la fama
 Diga á mis oídos mesmos
 Que á Salamanca admiraron
 Vuestras mentiras y enredos?
 ¡Qué caballero, y qué nada!
 Si afrenta al noble y plebeyo
 Sólo el decirle que miente,
 Decid, ¿qué será el hacerlo,

Si vivo sin honra yo,
 Según los humanos fueros,
 Mientras de aquel que me dijo
 Que mentía no me vengo?
 ¿Tan larga tenéis la espada,
 Tan duro tenéis el pecho,
 Que pensáis poder vengaros
 Diciéndolo todo el pueblo?
 ¿Posible es que tenga un hombre
 Tan humildes pensamientos,
 Que viva sujeto al vicio
 Más sin gusto y sin provecho?
 El deleite natural
 Tiene á los lascivos presos;
 Obliga á los codiciosos
 El poder que da el dinero;
 El gusto de los manjares
 Al glotón; el pasatiempo
 Y el cebo de la ganancia
 A los que cursan el juego;
 Su venganza al homicida,
 Al robador su remedio,
 La fama y la presunción
 Al que es por la espada inquieto:
 Todos los vicios al fin
 O dan gusto, ó dan provecho;
 Mas de mentir ¿qué se saca
 Sino infamia y menosprecio?

D. GARCIA

Quien dice que miento yo,
 Ha mentido.

D. BELTRAN

También eso
 Es mentir; que aun desmentir
 No sabéis, sino mintiendo.

D. GARCIA

Pues si dais en no creerme.

D. BELTRAN

¿No seré necio si creo
 Que vos decís verdad sólo,
 Y miente el lugar entero?
 Lo que importa es desmentir
 Esta fama con los hechos,
 Pensar que este es otro mundo,
 Hablar poco, y verdadero;
 Mirad que estáis á la vista
 De un rey tan santo y perfecto,
 Que vuestros yerros no pueden
 Hallar disculpa en sus yerros;
 Que tratáis aquí con grandes,
 Títulos y caballeros,
 Que si os saben la flaqueza
 Os perderán el respeto;
 Que tenéis barba en el rostro,
 Que al lado ceñís acero,
 Que naciste noble al fin,
 Y que yo soy padre vuestro,
 Y no he de deciros más;
 Que esta sofrenada espero
 Que baste para quien tiene
 Calidad y entendimiento.

Esta escena esencialmente humana puede presentarse como un modelo de verdad y de belleza, pues no habrá nadie, sean cuales fueren sus opiniones ó creencias, que no comprenda y estiue en todo su valor, las palabras del noble anciano. La reprensión severísima en el fondo deja la razón su pleno dominio, y al carácter del padre la dignidad que le corresponde, poniendo á los ojos del hijo extraviado, la fealdad del vicio de-

gradante que le hace descender del puesto que en la sociedad ocupa. Ninguna mella causan, sin embargo, en el ánimo de D. García las paternales advertencias de D. Beltrán, quien diciendo al continuar el diálogo, que le tenía tratado un gran casamiento con Jacinta, la hija de D. Fernando Pacheco, el embustero incorregible, que cree estar enamorado de Lucrecia, contesta que á tal combinación se opone un obstáculo insuperable, pues se ha casado en Salamanca, y hace en seguida una minuciosa relación de los supuestos hechos que le obligaron á celebrar su matrimonio. Más tarde, D. Beltrán descubre la mentira, y García se disculpa con el amor que profesa á Lucrecia. El padre de ésta acepta la petición en matrimonio que el primero hace para su hijo; pero es el caso que al darse las manos resulta que la que éste había tomado por tal, es Jacinta, la cual se esposa con D. Juan de Sosa, no quedando á D. García más remedio que casarse con la verdadera Lucrecia, que estaba lejos de ser la dama de sus pensamientos. De esta manera, el mentiroso es víctima de sus propios embustes, mereciendo la lección final de su criado Tristán al decirle:

Y aquí verás cuan dañosa
Es la mentira, y verá
El Senado, que en la boca
Del que mentir acostumbra
Es la *verdad sospechosa*.

Sicon tanto acierto anduvo Alarcón al trazar el carácter del embustero, no fué menos feliz al vapular en la escena otro vicio más repugnante y odioso, la maledicencia. Intima relación guardan en el fondo, *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*; ambas tienen la

misma intención moral, y en ambas emplea el autor procedimientos semejantes, pues tanto el mentiroso como el murmurador reciben el castigo merecido por sus propias obras, al ver frustradas sus inclinaciones amorosas. Hay empero en la segunda una diferencia que realza su interés, el contraste que resulta entre el boqui-flojo D. Mendo y el circunspecto y caballeroso D. Juan. Los dos pretenden á la misma dama, la cual ha dado la preferencia al primero, seducida por sus cualidades físicas, pues es bello, rico y elegante; mientras que el segundo aparece pobre, feo y de *mal talle*; pero por la sola fuerza de las cosas y por el comportamiento de cada uno la situación cambia, y la blanca mano de D^a Ana acaba por ser el justo premio del virtuoso galán.

D. Juan ve con tristeza pero sin envidia las ventajas que le lleva su rival, y aunque con poca esperanza se resuelve á declarar á la hermosa joven la vehemencia de sus sentimientos. Esta escena desarrollada de mano maestra, es una de las mejores de la comedia, pues presenta en original contraste la resignada timidez del galán con el franco despejo de la dama, resultando de aquí una situación eminentemente cómica. Apenas ha comenzado D. Juan á pintar con apasionados colores la impresión que le causan las gracias de la bella D^a Ana, cuando esta le interrumpe diciéndole:

D^a ANA.

Tened D. Juan, esto ¿para
Todo en que amor me tenéis?

D. JUAN.

No, porque ya lo sabeis.
Y en vano el tiempo gastara.

D^a ANA.

¿En que os morís?

D. JUAN.

No, señora,
Pues ni en morir parará;
Que en el alma vivirá
El amor que os tengo ahora.

D^a ANA.

¿Para en pedirme que os quiera?

D. JUAN.

Ni llega, señora, ahí;
Que no hay méritos en mí
Para que á tal me atreviera.

D^a ANA.

Pues decid lo que queréis.

D. JUAN.

Quiero, Sólo sé que os quiero,
Y que remedio no espero,
Viendo lo que merecéis.
Como el mísero doliente
Que en el lecho fatigado,
A cualquier parte inclinado,
Los mismos dolores siente,
Y por huir del tormento
Que en cada lado es mayor,
Busca alivio á su dolor
En el mismo movimiento,
Así yo con mi cuidado
Vengo á vos, dueño querido,
No de esperanza inducido,
Sino de dolor forzado;
Por no morir con callallo,
No por sanar con decillo;
Que es imposible el sufrillo
Como lo es el remediallo.
Y así no os ha de ofender
Que me atreva á declarar,

Pues va junto el confesar
Que no os puedo merecer.

D^a ANA.

¿Queréis más?

D. JUAN.

¿Qué más que vos?
Si queréis saber mi estado,
En que os quiero está cifrado.

D^a ANA.

Pues, señor D. Juan, adiós.

D. JUAN.

Tened. ¿No me respondéis?
¿Desta suerte me dejáis?

D^a ANA.

¿No habéis dicho que me amáis?

D. JUAN.

Yo lo he dicho, y vos lo veis.

D^a ANA.

¿No decís que vuestro intento
No es pedirme que yo os quiera,
Porque atrevimiento fuera?

D. JUAN.

Así lo he dicho, y lo siento.

D^a ANA.

¿No decís que no tenéis
Esperanza de ablandarme?

D. JUAN.

Yo lo he dicho.

D^a ANA.

Y que igualarme
En méritos no podéis,
¿Vuestra lengua no afirmó?

D. JUAN.

Yo lo he dicho de ese modo.

D^a ANA.

Pues si vos lo decís todo
¿Qué queréis que os diga yo? (*Vase*)

D. JUAN.

¡Oh! venga la muerte, acabe
Con vida tan desdichada
Que sólo puede su espada
Remediar pena tan grave.
¿Qué delito cometí
En quererte, ingrata fiera?
¡Quiera Dios!..... Pero no quiera;
Que te quiero más que á mí.

Muy distinta era la condición de D. Mendo, que podía llamarse un feliz mortal, especialmente en asuntos de amores, de lo cual se jactaba con ese vanistorio, inseparable compañero de la fatuidad:

En el signo de León
Marte y Venus concurrieron
De mi nacimiento el día,
Y si hay cierta astrología,
Ellos amable me hicieron.

Amante correspondido de D^a Ana con quien pronto efectuaría su enlace, conservaba aún relaciones con la prima de aquella, D^a Lucrecia, la cual no dejaba de cansar con celos impertinentes á su veleidoso galán, despreciando por ende las amarteladas instancias de un Conde.

Recién llegado á Madrid el Duque de Urbina, se acompaña de D. Juan y D. Mendo, con quienes va también Beltrán, criado del primero, en un paseo nocturno para que le informen sobre el estado y cualidades de

os principales vecinos, y sobre los peligros y asechanzas en que suelen caer los forasteros. Esto da lugar á las respuestas antitéticas de los acompañantes, pues los elogios del primero son contestados por el segundo con satíricos comentarios más ó menos picantes:

D. MENDO

Esta es la Calle Mayor.

D. JUAN

Las Indias de nuestro polo.

D. MENDO

Si hay Indias de empobrecer,
Yo también Indias la nombro.

D. JUAN

Es gran tercera de gustos.

D. MENDO

Y gran cosaria de tontos.

D. JUAN

Aquí compran las mujeres.

D. MENDO

Y nos venden á nosotros.

DUQUE

¿Quién habita en esta casa?

D. JUAN

D. Lope de Lara, un mozo,
Muy rico, pero más noble.

D. MENDO

Y menos noble que tonto.
(*Hacen dentro ruido de baile*)

DUQUE

Tened, que bailan allí.

D. JUAN

San Juan es fiesta de todos.

D. MENDO

Yo aseguro que van éstos
Más alegres que devotos,

DUQUE

¿Quién vive aquí?

D. JUAN

Una viuda
Muy honrada y de buen rostro.

D. MENDO

Casta es la que no es rogada.
Alegres tiene los ojos.

D. BELTRAN (*ap*)

¡Bien haya tan buena lengua!
¡Vive Cristo, que es un Momo!

D. JUAN

Esta imagen puso aquí
Un extranjero devoto.

D. MENDO

Y entre aquestas devociones
No le sabe mal un logro.

D. JUAN

Un regidor desta villa
Hizo este hospital famoso.

D. MENDO

Y también hizo los pobres.

BELTRAN

(Po. Dios que lo arrasa todo.)

En este momento aparecen en la ventana D^a Ana y Celia, pues aquella había vuelto de Alcalá con objeto de pasar la noche de San Juan en Madrid, y al pasar por el frente de su casa se continúa el diálogo en los siguientes términos:

DUQUE

¿Cuyos son estos balcones?

D: JUAN

De D^a Ana de Contreras:
El sol por sus vidrieras
Suele abrazar corazones.

D^a ANA

Escucha, que hablan de mí. (*Ap. á Celia.*)

DUQUE

¿Es la viuda de Siqueo?

D. JUAN

La misma.

DUQUE

Verla deseo.

D. MENDO

Pues agora no está aquí.
(Ni yo en mí, que estoy sin ella)

D. Juan hace luego un cumplido elogio de D^a Ana, poniendo por las nubes las bellas cualidades que la adornan; y D. Mendo con el temor de que tales alabanzas engendren amor en el Duque, contesta.

Ciego sois, ó yo soy ciego,
O la viuda no es tan bella:
Ella tiene el cerca feo

Si el lejos os ha agradado;
Que yo estoy desengañado
Porque en su casa la veo.

DUQUE

Visitaisla.

D. MENDO

Por pariente,
Alguna vez la visito;
Que si no, fuera delito,
Según es de impertinente.

D^a ANA

¡Ah traidor!

D. MENDO

Si el labio mueve,
Su mediano entendimiento,
Helado queda su acento
Entre palabras de nieve.

BELTRAN

Ya escampa. (*ap.*)

D. JUAN (*ap. á Beltrán*)

¡Que trate así
Un caballero á quien ama!

BELTRAN

Esto dice de su dama.

Mira ¡qué dirá de tí!

D. MENDO

Pues la edad no sufre engaños,
Aunque la tez resplandece.

D^a ANA

¡Ah falso!—¡Qué te parece! (*A Celia*)

Aun no perdona mis años.

D. MENDO

Mil botes son el Jordán
Con que se remoza y lava.

DUQUE

¿Pues cómo D. Juan la alaba? (ap. *los dos.*)

D. MENDO

Para entre los dos, D. Juan
Es un buen hombre; y si digo
Que tiene poco de sabio,
Puedo sin hacerle agravio.
Vuestro deudo es, y mi amigo;
Mas esto no es murmurar.

D. JUAN

¡Que queráis poner defecto
En tan hermoso sujeto!

D. MENDO

En la rosa suele estar
Oculta la aguda espina.

D. JUAN

Ellos son gustas, y el mío,
O del todo desvarío,
O esta mujer es divina.

D. MENDO

Poco sabéis de mujeres.

D. JUAN

Veréisla, Duque, algún día
Y acabará esta porfía
De encontrados pareceres.

CELIA (á su ama)

¿Que te parece?

D^a ANA

Estoy loca.

CELIA

¡A este hombre tienes amor!

D^a ANA

El pecho abraza el furor,

Fuego arrojo por la boca.

Esta escena, de excelente efecto cómico, determina ya el desenlace de la pieza. El chasco que se lleva el maldiciente al ridiculizar á la dama con quien estaba próximo á casarse; y la cólera de ésta cuando se oye llamar fea, vieja y tonta, por el hombre á quien había entregado su corazón, tiene que provocar la risa de los espectadores, al ver la ridícula situación en que aquél ha quedado por su propia mordacidad. La elección de D^a Ana se decide, como era de esperarse en favor de su discreto enamorado D. Juan, mientras que el vanidoso murmurador no conseguirá siquiera el reconciliarse con la desdeñada Lucrecia á quien procura contentar á última hora.

El espíritu filosófico que caracteriza á Alarcón, se manifiesta en todas sus obras, pues no pierde oportunidad de deslizar esas sentencias claras, sencillas, comprensibles por todos, y que se graban fácilmente en la memoria, gracias al artificio de una versificación admirable, como de ello son prueba los ejemplos que ponemos á continuación.

Que no consiste en nacer,
Señor, la gloria mayor;

Que es dicha nacer señor
Y es valor saberlo ser. (9)

—
El que prueba á la mujer,
Indicios de necio da.
—A la que es mujer ya;
Mas no á lo que lo ha de ser. (10)

—
En el hombre no has de ver,
La hermosura ó gentileza:
Su hermosura es la nobleza,
Su gentileza el saber;

.....
Que aunque al principio repara
La vista, con la costumbre
Pierde el gusto ó pesadumbre
De la buena ó mala cara. (11)

—¿Qué es lo que más condenamos
En las mujeres? ¡El ser
De inconstante parecer!
Nosotros las enseñamos:

Que el hombre que llega á estar
Del ciego dios más herido,
No deja de ser perdido
Por el *troppo* variar

—¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto;
O tire una piedra el justo
Que no incurra en este error.

—¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer
Si algún hombre porfía,
Y todos al cuarto día
Se cansan de pretender?

9 Los empeños de un engaño III. 3.

10 El semejante á sí mismo II. 5.

11 Las paredes oyen II. 4.

—¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
Si todos somos extremos?
Difícil, lo aborrecemos,
Y fácil no lo estimamos.

Pues si los varones son
Maestros de las mujeres,
Y sin ellas los placeres
Carecen de perfección,
Mala pascua tenga quien
De tan hermoso animal
Dice mal ni le hace mal,
Y quien no dijera: *Amén.* (12)

Culpa á aquel que, de su alma
Olvidando los defectos,
Graceja con apodar
Los que otro lleva en el cuerpo. . . .

Dios no lo ha dado todo á uno;
Que piadoso y justiciero,
Con divina providencia
Dispone el repartimiento.

Al que le plugo de dar
Mal cuerpo, dió sufrimiento
Para llevar cuerdamente
Los apodos de los necios;

Al que le dió cuerpo grande,
Le dió corto entendimiento;
Hace malquisto al dichoso;
Hace al rico majadero.

Próvida naturaleza
Nubes congela en el viento,
Y repartiendo sus lluvias,
Riega al árbol más pequeño. (13)

(12) *Todo es ventura* III. 9.—Esta ingeniosa defensa de la mujer, nos trae á la memoria la tan conocida de Sor Juana Inés de la Cruz, haciéndonos presumir tal vez la Monja jerónima se inspiró en la obra de su compatriota el poeta corcovado.

(13) *Los pechos privilegiados* III. ∞.

Lección digna del poeta filósofo, que sin perder la calma de una inteligencia bien equilibrada, sabía humillar el orgullo de los engreídos por dones gratuitos de la suerte, que no saben respetar á los menos favorecidos por la ciega fortuna. Por lo demás, esas pequeñas miserias de las pasiones humanas, que suelen envenenar la vida de los grandes hombres, pasan y se desvanecen en la misma nada de donde salieron, y sólo queda en pie, firme y perdurable, la obra general que la humanidad recoge y guarda como prenda constitutiva de su rico patrimonio.

JOSÉ M. VIGIL.

Méjico 1908.

THANATOPSIS

(TRADUCIDA DE BRYANT)

Para el mortal que reverente admira
La creación, á su visible forma
El entusiasta corazón uniendo
Con vínculos de amor, vario lenguaje
Natura emplea. En horas de alegría
Ecos le brinda de ventura y gozo,
Y en las amargas horas
Que empozofia la fúnebre tristeza,
Blandamente en el ánima insinúa
De su doliente amigo
Una voz melancólica, suave,
Que, la profunda agitación calmando,
En corriente apacible sus ideas
Plácida mueve.—Cuando el pensamiento
De los instantes últimos del hombre
En tu agobiado espíritu cayere,
Como la escarcha en débil florecilla;
Y el sombrío ataúd, y la agonía
Congojosa, y el hórrido sepulcro
En negra perspectiva te amenacen,
Y temblando de horror ya desfallezcas;
Sal pronto á la campiña, bajo el ancho
Pabellón de los cielos, y allí escucha
La misteriosa voz que se desprende
De la tierra y las aguas, del abismo
De los aires sin fin.

«En breve plazo
(Dirá la oculta voz) el sol radiante
Que alumbra todo en su triunfal carrera,
Ya no te alumbrará: bajo el helado
Terruño en que tu forma se escondiere

Por pocos años, ó en la mar salobre
 Que un momento la abrigue, al fin tu imagen
 Se perderá también. La madre tierra
 Que alimentó tu vida, sus derechos
 Reclamará; los elementos mismos
 Con que el sér moterial te dió en el mundo
 Volverán á su seno; y, ya perdida
 Tu identidad, con el peñasco rudo,
 O el terrón insensible que el labriego
 Pisa y rompe tal vez con el arado,
 Se irán á confundir. La añosa encina
 Con su bronca raíz ira esparciendo
 El vano polvo en que estribó tu hechura.

«Mas no sin numerosa compañía
 Al vasto lecho de eternal reposo
 Descenderás, ni un tálamo más regio
 Pudieras concebir. En él descanso
 Lograrás en unión de los patriarcas
 De la edad primitiva, de los reyes
 Y grandes de la tierra, de los sabios,
 Los héroes que los hombres divinizan,
 Y las beldades que su pecho encienden;
 Los poderosos y los buenos, todos
 Allí en profunda confusión mezclados.
 Los montes de granítico esqueleto,
 Antiguos como el sol, los quietos valles
 Que yacen soñolientos á su falda;
 Los bosques venerandos; lentos ríos
 Que fluyen majestosos; arroyuelos
 Triscando alegres por el verde prado
 Que esmaltan en mil flores; y en contorno
 Derramado, infinito allá en la bruma,
 Del hondo mar el lúgubre desierto—
 He aquí la gran decoración, el cuadro
 Solemne, inspirador de vuestra tumba.
 El astro cuya luz engendra el día,
 Los luceros que brillan en la noche,
 Clara hueste sin número del cielo,

Ardiendo están cual fúnebres antorchas
 En los vastos dominios de la Muerte,
 Y en tanto vuelan sin rumor los siglos.

«¿Qué son sino un puñado,
 Qué son los que se agitan en la tierra,
 Al lado de las tribus incontables
 Que duermen en su seno? A la mañana
 Pedid sus alas de oro, y vuestra mente
 Vuele atrevida el arenal cruzando
 De Barca, ó bien divague en las florestas
 Que baña el Oregón, rumor ninguno
 Escuchando, á no ser el de sus ondas;
 Y allí, en aquellos páramos, los muertos
 También encontrareis; miles, millones,
 En esas hoy tan hondas soledades,
 De edad remota entre la opaca niebla,
 Cansados de vivir la sien doblaron
 Al sueño entenebrido y sin memoria
 Que duermen todavía. Los difuntos
 Allí ocultan su reino solitario
 Y allí reposan. A tu vez inmóvil
 Con ellos dormirás, de los vivientes
 Silencioso alejándote (¡quien sabe
 Si aun falto de un amigo que te lllore!)
 Y todo cuanto alienta, cuanto vive
 Al fin se te unirá. Los venturosos
 Prolongarán su risa cuando mueras,
 Los míseros su llanto; cada uno
 Corriendo seguirá tras el fantasma
 Favorito; á su turno empero todos,
 La ilusión ó el capricho abandonando,
 Contigo irán para ocupar su lecho.

«En larga procesión los canos siglos
 Pasarán, y los hijos de los hombres—
 El joven de la vida en la mañana,
 El que toca al zenit de la existencia,
 Doncellas y matronas, tierno infante,

O ya caduco y tembloroso anciano—
Sin faltar uno solo,
Tendidos á tu lado iránse viendo
Por otros y otros más que al fin sucumban.

«Vive, pues, de tal modo que al llamarte
Dios á seguir la caravana inmensa
Que va incesante al reino de las sombras,
Donde cada viajero encuentra lista
Su alcoba en los palacios de la Muerte,
No llegues ¡ay! cual llega á su mazmorra
De noche, por el cómitre azotado,
Criminal infeliz; y en calma, erguido,
De la esperanza con el dulce apoyo,
Desciendas á la tumba, cual se mira
Rendido labrador que llega ufano
A su lecho, tranquilo en él se arropa,
Y duérmese al instante
Olvidado entre plácidos ensueños.»

IGNACIO MARISCAL.

GUILLERMO PRIETO

IMPRESIONES

FRAGMENTO INEDITO (1)

9 de marzo de 1897.—Todos los periódicos de estos días se han ocupado con elogio del ilustre fallecido Guillermo Prieto, y á mí me parece muy bien. Fué una figura nacional y tuvo la suerte de vivir mucho. ¡No hay como vivir, para triunfar; sobre que sólo el hecho de prolongarse es ya un triunfo grandísimo! Veremos á ver cuánto tiempo perdura su recuerdo.

Muy niño yo, conocí al poeta engrandecido ya, ya circundado de gloria y colmado de aplausos. Lo conocí, al igual que á don Sebastián Lerdo de Tejada, en la casa de mi tío don José María Iglesias, por los “setentas”, según suelen decir los ingleses; antes del setenta y cinco en que perdí á mi madre, y que por eso no se me olvida.

El señor Lerdo nos encontraba á mis primos, á mis hermanos y á mí, á los hijos de don Francisco Zarco, á los Bárcena, en los anchos corredores sombríos de la aduana de Santo Domingo,—de que mi tío fué administrador y en la que siguió viviendo recién elegido para la Suprema Corte de Justicia,—y Presidente de la República y todo, se inclinaba hasta la pequeñez de nuestras infancias y nos acariciaba al pasar, dejándonos

(1) Forma parte del segundo tomo de “Mi Diario” que comprende los años de 1897, 1898, 1899 y 1900, próximo á publicarse.

noción confusa de su persona y de su cargo; instintivamente, me anticipaba á la profunda exclamación de *es el rey, como un hombre cualquiera* pero, en el fondo, halagado con la idea de que un Presidente me hubiese dado la mano.

El saludo del prócer interrumpía nuestra algazara, que tal es la fuerza de lo convencional y facticio cuando de antiguo viene consagrado: impresionar á su paso hasta la misma niñez!, y nos mirábamos entre risueños y encogidos frente al suceso; nos asomábamos, luego, á los barandales, y oíamos, en la escalera, un repetido frotar de fósforo contra marmaja,—el señor Lerdo, detenido en el descanso, encendía su cigarrillo,—y en el vasto patio colmado de mercancías y sombras de la noche, el rodar de la *victoria* descubierta, en cuya testera distinguíase apenas la figura enlutada y aristocrática del Presidente, apoyada en el respaldo del carruaje, y veíamos su brazo derecho subiendo y bajando en el aire con luz diminuta,—la del cigarrillo aprisionado en los dedos de la mano,—para saludar al inválido centinela de la puerta interior que tributaba trabajosamente, por su manquedad ó cojera, los honores de ordenanza al jefe supremo.

Con Guillermo Prieto, mi conocimiento fué mucho más completo é íntimo, á pesar del medio siglo que nos distanciaba; veíalo muy á menudo; le oía tutear á mis primos, á nosotros, á mi tío, al género humano; á cada instante se hablaba de él, de sus versos, de sus proezas, de su talento; me acostumbré á reputarlo como hermano de mi tío, salían á diario, de bracero, charlándose sabe Dios cuántas intimidades, juntos regresaban, juntos estaban casi siempre. Me acostumbré á su figura,

á su voz, á sus canas, á su descuidado pergeño. Luego, estos condenados años inatajables, quieras que no, fueron desbastándome el entendimiento y despertándome observación y análisis; años, libros y hombres dieron principio á su enseñanza,—nunca perfecta ni agotada,—y yo, con Guillermo Prieto entre otros, ensayé mi criterio propio, erigíme en tribunal y fallé sobre virtudes y defectos suyos, olvidándome ¡ay de mí! de los propios que me adornan y afean.

Probablemente dentro de poco no se ocuparán ya de él, según es de regla entre nosotros echar al olvido á los muertos,— que nada pueden darnos,— y sólo ocuparnos de los vivos, que dan y quitan. De ahí que yo me empeñe en consignar en estas páginas mi juicio sobre el bardo nacional por excelencia.

Desde luego, Guillermo Prieto, según dije arriba, tuvo la gloria de vivir 78 años; lo raro es que disfrutara también de la otra gloria: ser aplaudido, y popular, y amado. ¿Lo mereció? Conforme á mi leal saber y entender, sí!

De todas sus obras, me quedo con la poética, no obstante que mucho hay de notable, y aun de plausible, en su obra de prosador y en su larga obra política. De sus versos, prefiero sus romances y los que ensalzan á nuestro pueblo; gusto más del cantor popular que del poeta con vistas á Tirteo. Prieto es tal vez de nuestros hombres de letras,—sin contar al “Pensador”,— quien más se ha inclinado á escuchar los latidos de nuestros humildes, las picardías de nuestros “léperos” las abnegaciones y ternuras de nuestras “chinas”, las heroicidades de nuestros guerrilleros y las excelencias y defectos de los de abajo; por tal causa, sobrevivirá. Y

cuando dentro de muchos años, alguien quiera tener idea de lo que fué y de lo que á cabo llevó nuestra masa, irá á sus romances en peregrinación devota, y entre las páginas de ellos, entre las líneas desiguales de sus versos, encontrará material bastante para reconstruir toda una época,—bien azarosa por cierto,— y todo un pueblo ignorado mucho tiempo, calumniado á las veces y al que nunca se ha querido comprender á las derechas.

Prieto fué, por temperamento, un amoroso, (y aun á cuenta de esta cualidad, que, extremada, en defecto se torna, perpetró algunos delitos pasionales que algo ennegrecen su fisomía moral.) Tuvo por nodriza á la miseria, pero engrandecida por un verdadero culto á su madre, lo que sin duda hizo que pudiera vencer á la primera. Y así, enamorado y miserable, entró en la vida y con la vida luchó á brazo partido, ¿cómo no había de triunfar?..... Por escaso de dineros y abundante de cariños, su primera juventud se la pasó muy cerca de los pobres, ¿qué de extraño hay en que desde entonces se diera á amarlos y los amara siempre?

Ah, yo estoy cierto de que en muchos labios humildes y rojos, libaron los juveniles y hambrientos suyos, esos primeros besos de amor que jamás se olvidan, los que mejor nos saben, los que con su dejo de llama se nos quedan en la memoria de los sentidos, para recordarnos, cuando ya no lo somos, que también fuimos jóvenes alguna vez, y que en esa vez nos quisieron y besaron por nosotros mismos.

Yo estoy cierto de que pechos sanos, trigueños y mór- bidos, palpitaron precipitadamente, y se anegaron en sollozos, y se abandonaron tremantes y vírgenes á

la magia traicionera de sus primeras rimas, improvisadas á la luz de la luna, junto á las chisporroteantes lumbraradas de nuestras verbenas populares y místicas, frente á las ventanas enrejadas de las casucas de nuestros arrabales, á hurtadillas de los santos en procesión irreverente, al arrullo dulce y melancólico de las cuerdas de alguna guitarra quejumbrosa, en las altas horas, cuando las doncellas despiertan en sus lechos, turbadas por los arpegios y por sus propios anhelos, y lloran sin consuelo, en la tiniebla, porque el padre y las rejas se oponen á que sean felices, según lo prometía el galán que canta y se va, la música que se apaga.....

Y estoy cierto también de que de tales amoríos nacieron las endechas mejores de nuestro muerto bardo, sus romances más perfectos, sus letrillas más patrióticas, su encantadora y única "Musa Callejera."

Sus versos todos,—pongo aparte los políticos, los que él mismo quizá no estimó mucho,—sus versos son una redención y una acción de gracias; acción de gracias á las "chinas" que lo amaron cuando joven, que se le entregaron rendidas y deslumbradas por su talento, que le dejaron gustar las mieles de su querer semi salvaje y desinteresado, que lo enloquecieron con sus caricias y sus enojos y sus celos..... Todas esas zagalas que "Fidel" no pudo olvidar nunca, á pesar de años y triunfos, sin duda ajustaron con él misterioso pacto sin palabras escritas ni conminatorias cláusulas, en la hora solemne y augusta del espasmo; sin duda le suplicaron al oído:

—«Tómame toda, gusta de mi cuerpo y de sus hechizos, sé feliz entre mis brazos trémulos; y no me pagues ni me des en cambio nada por ahora, fuera

«de tu juventud y de tu fuego pero, júrame
 «que mañana, cuando crezcas y subas, cuando lle-
 «gues á las alturas y tus versos que hoy nadie aplau-
 «de, sean aplaudidos y repetidos en esta tierra nues-
 «tra, júrame que entonces me cantarás á mí, á mi
 «raza, á mis parientes y allegados, á mi padre que es
 «guerrillero, á mi hermano que es contrabandista, á
 «mi hijo que tal vez será soldado á la fuerza ó héroe
 «voluntario, á mi novio que es *lépero*, á mi primo
 «que es bandido, á todos los míos, á partir de hoy tu-
 «lémbiyos tan por el parentesco que con ellos te impon-
 «go, á todos nosotros que somos pueblo, que somos
 «los humildes, que somos los más, pero que también
 «somos ¡ay! los desamparados, los calumniados, los sin
 «ventura, carne de cañón y frutos de horca, carne de
 «placer y de miseria..... cántanos tú, ampáranos y em-
 «bellécenos, que en alguna parte y por alguna vez se
 «nos tolere y se nos mire sin ascos ni repugnancias-
 «que de entre las páginas de tus libros y de entre las
 «cuerdas de tu lira salgan nuestras virtudes y nuestros
 «vicios, y sepa Méjico lo que éramos, lo que somos, se-
 «pa lo que fuimos cuando nuestro total desapareci-
 «miento, que poco á poco realizase, se haya consumado..
 «¿Me lo prometes?..... me lo juras?..... »

Y Guillermo Prieto ha de haber jurado que sí, ha de haber prometido que lo haría. Lo raro, lo extraordinario no es que prometiera y que jurara, —no hay hombre nacido que se resista á formular juramentos tales, si labios que acaban debesarnos, húmedos todavía de los besos nuestros, nos lo suplican,—lo raro y extraordinario es que el poeta cumpliera y cantara al pueblo Ta si para mí la génesis de su musa callejera, de sus letri-

llas patrióticas, de sus romances nacionales; creo más, creo que hasta su pseudónimo es el símbolo de su promesa: «Fidel»...

Después, el talento de Prieto se impuso, y, por poeta, por literato, principió su encumbramiento, su bajar y subir en la política tumultuaria y ardiente de aquellas épocas de formación y de combate.

Otras calidades poseyó que le dan lugar estimabilísimo en la vasta galería de personajes de antaño: me refiero á su honradez. Es probado que pasaron por sus manos cerca de ¡¡¡300.000,000!!! de pesos, cuando la desamortización de bienes eclesiásticos, y que no sólo no conservó ni uno de ellos, sino que renunció á la suma de \$200,000 que de gratificación le correspondían como á Ministro de Hacienda por llevar á cabo la desamortización famosa. Sin que de maldiciente se me tache, puedo afirmar que no siempre ha sido de práctica honradez tamaña.

Y ya hemos visto su fortuna: sus rimas, su biblioteca su modesta «Casa del Romancero», en Tacubaya, y una corona de laurel.

Porque fué coronado, con aplauso grandísimo; una manifestación espontánea y sin precedente entre nosotros.

Cuentan los que saben de esta coronación, que cuando el poeta salió á la calle seguido de sus admiradores literarios, al concluir el banquete en que le ofrecieron ese premio preciadísimo, no bien la gente del pueblo se enteró de lo que motivaba esa agrupación de personas de levita y chistera caminando por mitad del arroyo en pos de un viejo que les era conocidísimo, empezó á engrosarse la cauda que lo seguía y empezaron á cruzar

por los aires gritos de «Viva Guillermo Prieto», «Viva nuestro poeta», «Viva el poeta del pueblo», hasta el punto de que los gendarmes tuvieron que encauzar el curso de ese río voluntario, y Guillermo Prieto, conmovido, al aire sus canas mal defendidas por la montera y en la diestra temblorosa su polvoriento sombrero hongo, no atinaba á responder y á pagar tales muestras de cariño, sino con sonrisas trucas por la emoción y ágrimas de dicha que de sus ojos cegatos é inquietos le resbalaban lentamente.

La idea de ofrecerle una corona, fué genial y llevada á muy feliz término, no obstante que se empleó el defectuosísimo sistema del sufragio. Meses antes, un periódico redactado por escritores entusiastas, propuso que por medio de cédulas los pobladores de esta buena ciudad de Méjico, designaran bajo su firma, quién era, en su concepto, el mejor poeta nacional y consiguientemente el más acreedor á que se le obsequiara con una corona.

* * *

Guillermo Prieto, fuerza es que hable yo ahora del reverso, tuvo defectos, es innegable. Desde luego y principalmente, fué un incurioso; descuidaba de las ropas que cubrían su cuerpo desmadejado y tardo, se descuidó en política más de una vez, y ¡ay! descuidó siempre el aliño de sus trovas.

Sus malquerientes, ¡cómo no había de tenerlos si valía tanto! achacábanle otro: cierta falta de sinceridad para con los literatos y personas que diputaba por sus admirados y por sus amigos más caros. No me es dable rectificar ni ratificar especie tan grave, pues por lo que

á mí se refiere, y debido quizá á los vetustos lazos de amistad que á él me ataron siempre, no conservo de él á este respecto sino el recuerdo luminoso de un cariño nunca desmentido y de un trato benévolamente paternal.

Que Guillermo Prieto quisiera conservar en las masas el culto que éstas nutrían por él, de antaño, es humano y no es censurable. De ahí tal vez que llamara hijos á todos sus interlocutores; de ahí que en la confusión que este rodar y rodar de años trae consigo, afirmara á muchos, que había tenido intimidades con sus padres de ahí que reclamara el brazo, indistintamente, de humildes ó poderosos para andar una ó dos calles, para dar alcance al tranvía que lo llevaba á la ciudad de los Mártires, para ir y sentarse en la Botica de Llamas, para entrar y salir de la Cámara de Diputados, vibrante en tantas ocasiones con el fuego de su palabra y la energía de su retórica romántica. Todo esto quería decir que el *Romancero* no se resignaba á que su ancianidad naufragara contra los implacables escollos de la ingratitud y del olvido.

Buscaba, indudablemente, que no se borrara de las memorias de los hijos lo que los padres habían oído ó habían presenciado: que él, Prieto, era "el de la larga fama", el cantor de nuestro pueblo, el salvador del Presidente Juárez, el Tirteo de la Reforma y del Imperio que entusiasmaba á las huestes con sus rimas inflamadas y su palabra de oro de convencional irreducible.

Cierto que en ocasiones extremaba la nota; que gustaba de aparentar más achaques y más vejez en momentos solemnes, como cuando en la memorable sesión de la Deuda Inglesa cruzó á rastras el salón de la Cámara sostenido por dos amigos, y, muy trabajosamente, como

quien se ase á un leño salvador, se asió él con los brazos trémulos á los barrotes de la tribuna, desde la que disparó, declarándose muy cerca de la muerte y del sepulcro, uno de los discursos que él sabía por larga y gloriosa experiencia, habían de despertar en sus oyentes las energías amodorradas y las decisiones dignas; cierto que fué innecesario el que se retratara en la Fotografía de Manuel Torres, apoyado en un desarrapado granuja voceador de diarios y en un grueso bastón, como si ya sus fuerzas estuvieran á punto de abandonarlo; pero ¿con todas estas perdonables *teatralerías*, empequeñecíase por ventura su valía como hombre y como poeta? Entonces, ¿por qué censurarlas, si tengo para mí que antes contribuían á imprimirle carácter nuevo y á no dejar que se le borrara el antiguo?

Su fama transpuso mares; de ello pude cerciorarme por mí mismo cuando mi prolongada y grata permanencia en Buenos Aires.

De cuatro poetas, principalmente, me dan noticia seep y descripciones en nuestras inolvidables reuniones literarias de que hablo en el tomo primero de este "Mi Diario": de Manuel Gutiérrez Nájera, de Guillermo Prieto, de Juan de Dios Peza y de Salvador Díaz Mirón. De los cuatro y de muchos más, prosadores inclusive, di muchedumbre de pormenores hasta donde mi memoria ó mis noticias alcanzaban; y se leyeron composiciones suyas, algunas merecieron la reproducción en diarios ó revistas. Aun recuerdo que esta suerte corrieron "Las Mariposas" de Manuel.

Guillermo Prieto los interesaba excepcionalmente por su activa y sonada participación en nuestra lucha épica

contra la Intervención, que tanto nos ha dado á conocer en esos países surianos y tanta simpatía les han engendrado hacia nuestro Méjico. Hay, además, la circunstancia de que en rimas, en edad, en manera de vestir, (siendo aseado Guido y Prieto, nó) y hasta en un remoto parecido físico, Guillermo Prieto ofrece varios puntos de contacto con Carlos Guido y Spano, un poeta bonaerense, ya mencionado en estas páginas, de toda mi admiración y mi cariño.

Quería Guillermo Prieto, según rezaban sus letras, que algún entendido porteño hiciera la crítica de los escritos encomiadísimos de nuestro D. Agustín Rivera; y yo quería, en retorno, que Prieto me obsequiase con un ejemplar dedicado de su "Romancero", con cuya lectura proponíame, y lo conseguí, proporcionar á mis amigos ratos de esparcimiento positivo.

A esos dos empeños se contrae la carta que aquí se exhuma y reproduce, y que es un retrato de *su manera*, más fiel que la mejor fotografía:

*"Señor D. Federico Gamboa,
"Tacubaya, Casa del Romancero, Febrero 4 de 1892.*

"Muchacho muy querido de mi corazón:

*"Tu estimable de 4 de noviembre, fué recibida y
"agasajada en esta casa á su llegada, hace muy pocos días, y no la había contestado por la dificultad
"casi insuperable de encontrar á ningún precio
"un solo ejemplar del Romancero, hasta ayer que
"por una verdadera casualidad conseguí el que te remito por conducto del Ministerio de Relaciones.*

*"Quedo en espera del juicio crítico de la obra del
"P. Rivera*

“Con ansia espero las poesías de Rafael Obligado: es un poeta eminente que me admira por su inspiración y patriotismo. Sus obras, como las de Olegario Andrade, son aquí escasísimas, y no sé qué hiciéramos para que nuestra comunicación fuese más extensa y activa.

“Como te dije al principio, va el Romancero con las expresiones más sinceras de mi tierno y paternal cariño.

“Quedo con la mano extendida para recibir tu novela y leerla, y releerla, y saborearla á mis anchas.

“Te quiere y admira, tu viejo,

Guillermo Prieto

“A Rafael Obligado, dale un abrazo de exprimirlo!”

Cuántos aplausos no provocó la epístola, cuando el propio Rafael Obligado le diera lectura en uno de sus “lunes”.....

Cuántas ocasiones posteriores, el nombre de Guillermo Prieto fué amistosamente aclamado á orillas del Plata, al desgranarse los versos dulcísimos de su “Romancero”.....

La prosa de Prieto no me convence, y en su obra de Historia Patria menos, no obstante que posee lo que sus rimas, y su palabra familiar, y sus discursos, y su ser entero poseían: fuego y amor, alma y entusiasmo...

Creo que deben exceptuarse del entredicho, los “Viajes de Orden Suprema”, por desgracia incompletos, y el “Viaje á los Estados Unidos”, que es de enjundia regocijada y sabrosa.

Hanme asegurado que el poeta dejó, manuscritas pero íntegras, sus “Memorias”. Quiera Dios que ello sea

cierto y que sus ejecutores testamentarios no demoren el aparecimiento de esas hojas vividas!

* * *

Por lo demás, son tan fugitivos nuestros entusiasmos y de tal naturaleza nuestros buenos sentimientos para con los muertos particularmente, para con los muertos que, fuera del recuerdo, nada tangible pueden ofrecernos, que ya ustedes lo verán (señalando al público que haya de leer impresos estos renglones cuando el actual tomo segundo de "Mi Diario" salga á luz en traje de calle, es decir, para dentro de diez ó doce años,) Guillermo Prieto continuará volviéndose polvo en su fosa, y ni en calle, jardín ó plaza, se alzaré el monumento á que tiene derecho y que hoy por hoy todos declaran acto de justicia.

No importa, ya nos dejó bastante, y mucho imperecedero; nuestra congénita ingratitud no ha de hacerle mella, quizá lo haga reir, allá, donde esté reposando su alto espíritu poético y enamorado de su país y de su raza; quizá repita él mismo las palabras con que dió punto á su Romancero:

".....si fuere así, tendré un desengaño más, desengaño cruelísimo, porque he vertido en mi Romancero lo que había de mejor y más puro en mi corazón de mejicano."

F. GAMBOA.

Provincialismos de expresión en Méjico.

Cuales son los aceptables y cuales los viciosos. ⁽¹⁾

Objeto de especial capítulo deben ser los provincialismos ó mejicanismos que hacen relación á la fonética, á la mera pronunciación y que, por lo tanto, afectan á la Ortología y á la Prosodia, superabundantes en nuestro peculiar modo de hablar; aqui sólo consideraré ahora aquellos provincialismos nuestros que miran al vocabulario y en tal cual ocasión á la frase completa.

En éstos provincialismos lo mismo que en aquellos otros, entran por mucho la fisiología de la raza y la psicología del pueblo, y sus antecedentes etnográficos é históricos y aun los precedentes topográficos de la región que habita; todo lo cual menester ha de ser tenido presente si hemos de explicarnos y darnos cabal cuenta de esos peculiares modos de expresión.

Porque hablamos en esta parte del Nuevo Mundo una lengua traída de Europa, impuesta primeramente como vehículo trasmisor de cultura del núcleo humano autóctono, á las agrupaciones indias llamadas á la luz de una superior civilización cual la cristiana; empleada

1 Una parte del presente estudio fué leído por su autor en la sesión de la Academia Mexicana de la Lengua, á que concurrió el poeta y académico español D. Juan Antonio Cavestany el día 26 de septiembre de 1909, y el resto de las sesiones subsiguientes.

después por los hijos de los Europeos nacidos en esta porción de la América, é instrumento más tarde del pensar, del sentir y del querer de aquellos y de estos elementos étnicos, puestos en estrecha relación é íntimo contacto, constitutivos de una nueva nacionalidad independiente; ha debido experimentar y, con efecto, ha experimentado el propio idioma, cambios, alteraciones y aditamentos, generados por aquellas condiciones de medio, la raza y el momento de que con harta sagacidad nos habla Taine, y que hacen á esta lengua, si en el fondo igual, en lo accesorio un tanto desemejante de la que se oye en ambas Castillas, prototipo y norma del castellano de todas las demás regiones y países donde lengua tan magnífica impera y prevalece.

Mucho menores son seguramente, en la actualidad, las diferencias lexicográficas que las fonéticas del castellano hablado en Mejico, con relación al castellano puro; estando reducidas las diferencias lexicográficas á algunos centenares de voces y á cierto número de expresiones familiares. Con particularidad he de referirme á los provincialismos usuales en la ciudad de Méjico, centro intelectual, social y político el de mayor población de toda la República, y donde, por lo mismo, los provincialismos son más típicos y los hay en más crecido número que en otras localidades de nuestro país, como emporio que fué esta ciudad también de la raza azteca.

A siete grupos principales pueden reducirse los provincialismos de expresión, peculiares de Méjico. Al primer grupo corresponden los nombres de objetos, propios de estas comarcas, desconocidos en un principio de los españoles, y que no tienen denominación equi-

valente en el castellano. Así por ejemplo, nombres de cuadrúpedos como mazate, oncelotl, coyote y cacomitztle, nombres de aves como zopilote, chachalaca, apipixca, zenzontle, quetzal y sanate; nombres de reptiles: cencoate, ajolote, mayate, chapulín, pinacate y, acaso chagüitztle; nombres de árboles, ahuehuete, ocote, oyamel, mezquite, nopal y huisache; nombres de flores, yolosóchil y cempasúchil; nombres de legumbres y yerbas: quelite, epazote, chilacayote, ayocote, elote, tule, huahusontle, popote é ixtle; nombres de frutas: zapote, capulín, aguacate, camote, tejocote, chayote, chirimoya y cacahuate; nombres de otros comestibles: chocolate, tamal, mole, pinole, pozole y atole; nombres de utensilios y otros objetos: ayate, coa, comal, acocote, metate y chinampa; nombres de especies particulares de piedras: tezontle, chiluca, tepetate y chalchihuite. Todos estos términos son aztequismos propiamente tales

Al segundo grupo de mejicanismos corresponden las palabras de procedencia azteca con que se designan objetos que tienen nombres equivalentes en castellano, pero para cuya designación se prefiere frecuentemente el nombre azteca, tales como el nombre chiquihuite por cesto, cajete por barreño, tompeate por capacho, chocol por botijo, jehuite por yerba, guajolote por pavo, olote por zuro ó carozo, jacal por choza, campamocha por crisálida, milpa por maizal, malacate por cabrestante, tlalpiloya por cárcel, papalote por una cometa, tlecuil por fogón, ejotes por habichuelas, mecate por sogá ó cordel, paliacate por pañuelo de yerbas, ixtle por pita, cocolixtle por enfermedad, copal por resina aromática ó incienso, cacalote por cuervo, tecolote

por buho, tule por enea, petate por estera ó pleita, pica por cosecha, achichinle por paniagudo ó á látere, pilmama por ama de cría, huehuenche por danzante, calpixque por mayordomo de campo, coconete por chiquillo ó pequeñuelo, cuate por gemelo, escuintle por arrapiezo ó granuja, etc. (2)

En el tercer grupo pueden clasificarse aquellos mejicanismos que no son de procedencia del azteca, sino á veces del francés, inglés, etc., que tienen el equivalente ó el sinónimo castizo, y que no obstante, se prefiere entre nosotros el término adventicio. Así decimos, boleto por billete, flux por terno, paletó por gabán, luneta por butaca, sorbete por chistera ó sombrero de copa, mancuernas por gemelos, cantina por taberna, cajón por tienda de ropa, guaje por tonto ó pazguato, caravana por reverencia, cortesía ó zalema, chicana por arteria ó triquiñuela, cerillo por cerilla, betabel por remolacha, abarrotos por ultramarinos, abarrotero por especiero, desganzo por cansancio ó desmayo, colmena por abeja, chino por rizado, acatarrar por importunar, chaparro por bajo de estatura, güero por rubio, chuela por fisga ó zumba, chisparse por zafarse, gregorito por contrariedad ó chasco, petaca por maleta ó baliya, achicopalarse por abatirse, jagüey por aguaje ó abrevadero, disímbolo por desemejante, y otros vocablos por este mismo tenor.

Dejo comprendidas en el cuarto grupo de provincialismos, aquellas palabras castellanas que se usan exclusivamente aquí, en lugar las de que en los mismos casos

2. En sentir del señor Académico D. V. Salado Alvarez, no es aztequismo *paliacate*; y, con efecto, no es voz que se halle incluida en el diccionario de Aztequismos de D. Cecilio A. Robelo. Caso de no ser aztequismo es, cuando menos, un mejicanismo de los más generalizados.

se emplean en España, v. g.: recamarera por doncella, recámara por alcoba, joven ó niño por señorito, cuadra por manzana, banqueta por acera, bazar por almoneda, vocal por ponente, puchero por cocido, chícharos por guisantes, col por repollo, frijoles por judías, ganancia por adheala, mangana por lazada, bola por motín ó alboroto, candil por araña, alcayata por escarpia, correa por túrdiga, chulo por bonito ó precioso, mascada por pañuelo de seda, chalina ó bufanda, coquito por cuclillo amarrar por atar, tono por empaque, malhorear por maleficiar, atarantarse por aturdirse, carátula por portada, sarape por manta, poncho por cobertor, avenida por carrera, calzada por carretera, saco por americana pachón por esponjado, tápalo por manto, cobija por frazada ó ropa de cama, bolsa por bolsillo, etc.

En el quinto grupo pueden incluirse, así los arcaísmos que conservamos en calidad de palabras corrientes, como los neologismos introducidos en el uso, por natural evolución del castellano en esta parte de América. Dícese camino real por carretera, fierro por hierro, feriar por cambiar, escurana por oscuridad, apelativo por apellido, y vido por vió, trujo por traje, joyo por hoyo, jallar por hallar, mercar por comprar, entre el pueblo bajo, pararse por ponerse en pie, susodicho por antes citado, etc. De neologismos deben calificarse estos otros términos: chamaco (muchacho ó rapaz), correcto (majo ó elegante), lagartijo (gomoso, petimetre ó lechugino), acolitar (hacer oficio de acólito), administrarse (recibir los últimos sacramentos), cantamisa (primera misa de un sacerdote), catalogar (clasificar libros), acomedirse (ofrecerse para algún servicio), achucharrarse (arrugarse ó estrujarse), chinguirito (aguardiente de ca-

ña, alcohol), amasia y amasiato (concubina y concubinato), amolar (perjudicar ó fastidiar), convivialidad (convite ó banquete), anticonstitucional (contrario á la Constitucion politica), apeñuscarse (apiñarse), armazón (anaquelera), apantallado (zafio ó bobalicón), arranquera (falta de dinero,) atingencia (tino, acierto) birote (un pan especial), telera (lo mismo, cierta clase de pan,) bisemanal (cada dos semanas), burocracia (conjunto de empleados de influencia), caballada (conjunto de caballos), caballito del diablo (libélula), campirano (entendido en faenas campestres,) barbaján (tosco en lenguaje y modales,) barbacoa (carne asada en un hoyo,-mezcal (aguardiente de maguey), tequila, (otra especie de lo mismo), cariacontecido (triste), catrín (petimetre:-clausurarse las Cámaras (cerrarse el período de sesiones del Congreso federal), chinaco (liberal), mocho (conservador), conectar (ligar dos cosas), comfortable (cómodo,) contenta (restitución de parte de los bienes eclesiásticos adjudicados por un católico), disparejos (desigual), cuaco (caballo), un cuatro (barbarismo y cecada), chueco (torcido), chupar (fumar), defeccionar (cometer defección), platillo (manjar), balacera (tiroteodurmiente (traviesa), dragonear (ejercer un oficio que no es el propio), editar (imprimir), editorial (artículo de fondo), pronunciamiento (alzamiento), endrogarse (contraer deudas), epigrafe (título), escoleta (banda de músicos aficionados), timbre (estampilla de correo), evangelista (escribiente público para gente que no sabe hacerlo), facetada (chiste sin gracia), fungir (hacer las veces ó el papel de otro,) gracejada (falso donaire), festinar (acelerar), etc.

Pongo en el sexto grupo de los mejicanismos aque-

llas expresiones completas que no son peculiares, ya como simples modos de decir, ya como frases figuradas. El gusto, la vivacidad y el ingenio del pueblo, entran por mucho en la invención y formación de modismos y frases pintorescas. Con ser tan rica en estos modos de decir como en todo lo á la lengua castellana, todavía acreciéntase su riqueza con expresiones y frases de invención y procedencia americana. Nosotros las tenemos peculiares nuestras, en número no escaso, y que dan idea, así de la vitalidad del idioma que no permanece aquí estadizo, como de la fantasía de nuestro pueblo, que le comunica variedad y movimiento.

Entre las expresiones á que me refiero, pueden notarse las siguientes: barrenar la ley, por quebrantarla; ya le dan las doce, por estar como en ascuas; ya vuelvo por ya me voy; siempre resuelvo quedarme, por al fin resuelvo quedarme; ya mero viene, por ya pronto viene; tres cuartos para las doce, por las doce menos un cuarto; qué capaz, por esto es imposible; hayacosa por esto es extraño; quién sabe, por lo ignoro; cómo nó, por el sí afirmativo; luego, luego, por en seguida; agarre á la derecha ó en tal dirección, por tome á la derecha; ya le anda á fulano, por estar en algún aprieto; ponerse águila ó avispa, por despabilarse; apuntarse con alguna dama, por cortejarla más de la cuenta; amarrarse los pantalones, por mostrar energía; tragar camote, por titubear; estar como agua para chocolate, por estar en sazón ó en su punto; estar como verdolaga en huerto de indio, por estar muy á sus anchas alguno; salir de Guatemala para entrar en guatepeor, por ir de mal en peor ó exponerse á ello; hacerse de la media almendra, ser melíndroso; no es lo mismo virrey que te vas, que vi-

rrey que te vienes, por no ser lo mismo tener valimiento que perderlo; dar atole con el dedo, por emboñar á alguno para sacarle ventaja; ser pan con atole, por tener alma de cántaro, estar alimentado con quelites, por no tener brios ó fuerza; ser llamarada de petate, por mostrar una actividad pasajera; ver lo que es amar á Dios en tierra ajena, por pasar trabajos; estar curado de espanto, por no amedrentarse; salir de estampida, ó ir á toda chilla, por á gran prisa; estar en la chilla, en grande penuria; quien á muchos amos sirve con alguno queda mal, adagio que se ha mejorado entre nosotros con relación al español que dice: quien á muchos amos sirve, á alguno ó á unos ú otros ha de hacer falta; otro tanto pasa con el refrán tanto va el cántaro al pozo hasta que se queda adentro, que el Diccionario trae en esta otra forma menos donairosa seguramente: tantas veces va el cántaro á la fuente que alguna se quiebra.

Clasifico, por último en una séptima división aquellas voces que suelen oírse alteradas en Méjico en labios del vulgo y tal cual vez aun en los de personas educadas, ya en su estructura, ya en su significado, ya en el género que les corresponde, constituyendo verdaderos barbarismos, tales como culeca, cirgüela, arcina, arción, cabresto, corbetor, despostillar, delantar, dentrífico, testafermo, voltié, pelié, desié, satisfacimos, y venimos por vinimos, prevenimos por previnimos; cloroformar por cloroformizar, bisturi por bisturi, deque por deme, las reumas por el reuma, el sartén por la sartén, el sobrepelliz por la sobrepelliz, el sazón por la sazón. ahorita por ahora, con otros incontables diminutivos y posesivos parásitos que vician, afean ó afeminan el habla nacional. En esta misma séptima agrupación de provincia-

ismos, coloco solecismos tan generalizados entre nosotros como estos; ¿Diste el libro á los alumnos? Ya se *los* di en lugar de ya se *lo* di. ¿Abriste la sala á las señoras? Ya se *las* abrí, en vez de ya se *la* abrí.

Páginas de Diccionario resultarían las presentes si más me extendiera en la enumeración y recuento de nuestros provincialismos. Basta para mi propósito con los que van recapitulados; y ahora, cabe preguntar: ¿los provincialismos de la América hispana, por el hecho de serlo y de andar en boca de la gente, han de aceptarse todos por igual con la pretensión de que se les dé cabida antes ó después, más presto ó más tarde, en el léxico general que la Real Academia Española autoriza? No faltan escritores y filólogos que así lo pretendan, y tal es la doctrina del actual director de la Academia correspondiente en Lima, D. Ricardo Palma. Piensan los de tal modo de sentir que á todos los pueblos de habla castellana debe por igual acordárseles el derecho de aportar su contingente de voces á la común habla; y que el chibcha y el quichua, lo propio que el nahuatl ó azteca, idiomas respectivos de las tres mayores ó más significadas agrupaciones indias de la América precolumbina, han de ponerse á contribución en cuanto á sus más usuales voces para el acrecentamiento, que ellos llaman enriquecimiento, del léxico castellano. A este intento en no lejana fecha propuso á la Academia Matriz para su aceptación, el escritor peruano á que acabo de referirme, entre otros muchos vocablos, no pocos de procedencia quichua los siguientes: chichirimico, despapucho, tetelemente, chimbador, cocaví, cachapari, huario, enclavatura, familismo, chuchoca, pichuncho y otros no menos insólitos, ininteligibles y

disonantes para oídos nuestros, como han de serlo seguramente para oídos peruanos, chichicuilote, achiclincle, ahuzote, cacomitzcle, itzcuintle, zompancle, etc. (3)

De hecho, un buen número de términos procedentes de las primitivas lenguas habladas en el Nuevo Mundo, no han sido aceptados por la Real Academia Española, á pesar de haberle sido propuestos por escritores hispano-americanos, determinación ésta que pone en gran manera mohinos á los incondicionales y fervientes abogados de todo linaje de americanismos.

La Real Academia Española que como todas las corporaciones de su indole tiene que observar como norma el *festina lente*, tendrá asimismo que proceder con pulso en la aceptación de palabras exóticas ó forasteras y no nada conformes con la eufonía castellana. Ni rechazarlo todo, ni aceptarlo todo: tal ha sido y conviene que prosiga siendo su línea de conducta. En esta materia como en tantas otras la virtud estará en poner medio entre los extremos. Si en el Diccionario de la Lengua se incluyesen sin pulso ni discernimiento cuantos términos se suscitan en los países de la América española, el castellano con el andar de los años, vendría á ser en vez de la eufónica lengua de Valera y Núñez de Arce, no ya una jerga estafalaria, sino un girigay y ininteligible, con la circunstancia de que á un mismo término se le da con harta frecuencia diverso significado en diversas regiones de América.

(3) Hé aquí el significado que D. Ricardo Palma, en sus «Papeletas Lexicográficas» impresas en Lima en 1903, da á los peruanismos transcritos, chichirimico (fisga ó zumba), despapucho (sandez), tetelemente (asimplado); chimbador (guía), cocaví (dinero), cachapari (almuerzo), huario (puente colgante), enclavatura (esclavitud), familismo (nepotismo), chuchoca (maíz) y pichuncho (galanteador).

También acontece dársele frecuentemente de mano, en el lenguaje familiar, al término propio y castizo para reemplazarlo con algún neologismo distinto en cada república de habla española. Así por ejemplo, en vez del castizo y bien sonante rapaz de los castellanos, se ha introducido el ingrato chamaco en Mejiico y el no menos ingrato patojo en Guatemala; en lugar de dinero no es raro oír entre nosotros fierrada, pisto en toda la América Central y cocavi entre los peruanos. En esta parte y en la otra, llámasele al pavo con todos estos nombres á cual más innecesario y malsonante: guajolote, chompipe, cócono, totol, pípilo, y guanajo. Así que, con un criterio más laxo por parte de los encargados de cuidar de la pureza del común lenguaje, acabaríamos por alterarlo, desfigurarle y corromperlo, convirtiéndose en míseros dialectos por cuyo medio no se darían ya á entender entre sí mexicanos y argentinos, chilenos y cubanos.

Sir ir más lejos, hallándome de tránsito en la Habana, momentos antes de arreglar el equipaje para la marcha, quise proveerme de los avios necesarios, y, al efecto, acudí á tres ó cuatro tiendas en demanda de un *costal* de *ixtle* y de un *mecate*, sin que lograrse yo que en ninguno de aquellos almacenes me proporcionaran lo que yo pedía. Valíme entonces de circunloquios y no faltó ya quien me dijera: «¡acabáramos! lo que Ud. quiere es un saco de pita y un cordel ó una soga.» Justo, contesté, cayendo en la cuenta de lo inadvertido que anduve en no expresarme á lo cristiano rancio.

No es menos significativo este otro caso que por mera referencia conozco. En una visita que á la reina D^a María Cristina, Regente de España, haciale una dama

de Méjico, refiérese que al serle presentado á ésta D. Alfonso XIII, á la sazón niño de pocos años, hubo de exclamar la señora al verlo, en son de agasajo: ¡oh, qué niño tan chulo!, conforme á la costumbre de las señoras mejicanas en casos semejantes; expresión que no pudo menos de causar extrañeza en la Reina, dejando asomar al semblante un gesto de sorpresa, mediando á continuación las consiguientes explicaciones por parte de la dama paisana nuestra. (4)

Como estos se podrían citar otros casos en que por indiscreto uso de nuestros provincialismos, presentáronse *quid pro quos* chuscos ó situaciones desairadas; pero renunciaré á ello por no hacerme interminable.

Y ahora volviendo al punto de partida, formulo nuevamente la pregunta que poco ha hice: ¿Por ventura han de aceptarse por igual todos nuestros provincialismos? No obstante que en lo que llevo dicho he dejado entrever la respuesta, he de darla por manera más explícita, exponiendo una doctrina sobre provincialismos, bien sencilla y que viene á ser como una fórmula concreta para su aceptación ó su repulsa. La doctrina es esta: los provincialismos de vocablo y de locución deberán aceptarse en tanto que provengan de una necesidad, y deberán rechazarse siempre que sean resultado de la ignorancia; y han de aceptarse, además, en la medida y nada más que en la medida que esa misma necesidad lo requiera.

Conforme á esta sencilla doctrina unos provincialismos deberán aceptarse y otros rechazarse; cuales serán legítimos, cuales viciosos.

(4) El hecho se atribuye á la señora Terreros de Rincón, y como tal se me ha referido.

Por necesarios habremos de conceptualizar legítimos y aceptables todos los mejicanismos correspondientes al primer grupo; es decir, aquellos aztequismos con que se designan cosas especiales de nuestro suelo, y sin nombre castellano equivalente, á condición de que estén eufonizados conforme á la índole del propio idioma. En tal caso se hallan sinsote, oyamel, yolosóchil, y otros muchos. Con respeto á esta clase de nombres abogaría porque se incluyeran todos ó los más en el Diccionario autorizado por la Real Academia, y porque se rectificaran los que figuran en el mismo con sus grafías alteradas como *apipilca* en lugar de *apipixca*, *pinole* en lugar de *pinole*, etc. Deberían incluirse en el léxico *tule*, nombre de una planta criptógama muy característica del Valle de Méjico, y *tular*, así como los de dos coleópteros típicos en nuestra fauna, tales como *mayate* y *pinacate*, etc.

Los mejicanismos, ó aztequismos, del segundo grupo júzgolos innecesarios, y por ende, viciosos, por tener su equivalente castizo. Con efecto, no veo la conveniencia de adoptar el vocablo cuate, v. g.: si tenemos gemelo y mellizo; cajete, si barreño; jehuite, si yerba; coconete, si rapaz ó pequeñuelo; itzcuintle, si arrapiezo-mecate, en fin, si tenemos la palabra cordel ó sogá, y así de otros muchos. Podríamos, á lo sumo, emplear tales voces en el lenguaje familiar y hablando entre conterráneos, debiendo proscribirlos irremisiblemente de la conversación con personas extrañas á nuestro terruño. Podrían usarse también en artículos de costumbres para darle color local á romances, cuentos y novelas, si bien marcándolos con bastardilla.

Otro tanto sostendría yo con referencia á las vocæs;

del tercer grupo; esto es, aquellas que no provienen del azteca, pero que no tienen sinónimos en un todo castizos. Así por ejemplo, no veo que esté justificado, hablando con extraños, se deja entender, que digamos cajón por tienda de ropa; caravana, por cortesía; chicana por arteria ó triquiñuela; máquina por locomotora; sorbete por sombrero de copa; colmena por abeja; nichuela por fisga ó por darle cordelejo á alguno.

Mucho menos riguroso cabe mostrarse con los provincialismos del 4° y del 5° grupo, con tal que sean voces de raíz, de formación ó de abolengo castizo y aun cuando también concorra en ellas la circunstancia de usarse entre nosotros de preferencia á sus sinónimas que prevalecen en España; porque ó son aquellas voces, arcaísmos provenientes de los conquistadores, ya desusados en la Península, y que, como dice García Icazbalceta, debemos conservar como oro en paño, ó son muestra de la natural evolución del castellano en esta región de la América. De consiguiente, nada tiene de censurable, en mi sentir, que digamos recámara en vez de alcoba; recamarera y no doncella, camino real y no carretera, fierro y no hierro, donas y no galas de novia, canastilla y no trusó; fistol y no alfiler de corbata, mantequilla y no manteca; mancuernillas y no gemelos; alcayata y no escarpia; malhorear y no maleficiar; vocal; y no ponente, acordar y no providenciar; darse entono y no darse empaque; y acolitar, catalogar, administrarse, extorsionar, dictaminar, presupuestar, etc., etc. No se dirá, pues, que peque de estrecha la doctrina que sustento.

A los mejicanismos del grupo séptimo corresponden los modismos, adagios y frases, varios de los cuales, los

de aplicación más frecuente, dejen consignados; y de ellos he de decir, lo que de otros provincialismos nuestros: que hemos de usar de ellos con cierta discreta parsimonia, absteniéndonos de sacarlos á plaza cuando no podamos ser fácilmente comprendidos, quiero decir, entre aquellos que sean extraños á nuestro terruño.

Ninguna cortapisa creo que deba ponerse á la formación de tales frases, ni han de ser tildadas de ilegítimas, en tanto que no desvirtuen ó desnaturalicen la acepción castiza de las palabras. Por este capítulo concepto de formación viciosa, y pienso que deberían proscribirse aun del lenguaje más llano, dos locuciones que á más andar se nos van entrando en nuestro lenguaje. Es la primera la siguiente: *Siempre* no logré esta tarde la audiencia solicitada. La otra es: Ya *mero* llega el tren. En una y otra expresión, dáseles arbitrariamente una acepción radicalmente diversa de la que tiene al adverbio *siempre* y al adjetivo *mero*: ni aquél significa por *fin*, ni éste *pronto* ó casi, como en las dichas locuciones se pretende.

Cierto es que el uso va introduciendo estas formas de decir y que el uso debe reputarse árbitro del lenguaje. Pero ¿por ventura es el uso del vulgo, del vulgo ignorante y el de una reducida región, el que ha de imperar y ser acatado como ley suprema que rija en todas las demás comarcas donde se habla nuestra lengua? No, á la verdad. Para ser acatado el uso en punto á lenguaje, ha de presentar estos tres caracteres: ha de ser respetable, ha de ser general y ha de ser actual. Este uso hará ley; el otro es abuso. No de otra suerte lo propugna y preconiza el sabio filólogo D. Rufino José Cuervo en sus famosas «Apuntaciones críticas al lenguaje

bogotano». Y ese uso respetable, ese uso general, ese uso actual es que está simbolizado en el crisol puesto al fuego, armas parlantes de la Real Academia Española, que perpetua, depura y magnifica aquella lengua grave y robusta, armónica y majestuosa, de Granada y Cervantes, y de Bello, Montalvo y García Icazbalceta. (51

MANUEL G. REVILLA.

5 El uso, según, Mr. Vaugelas, organizador de los trabajos para el primer Diccionario de la Academia Francesa, es, «el modo de hablar de lo mejor de la Corte y de los mejores autores de la época.»

Provincialismos de Fonética en Méjico.

Comparando en la parte meramente fonética el castellano que los nativos de la ciudad de Méjico hablan, con el de los españoles que llegan á esta República, adviertase desde luego muy marcadas diferencias, entre uno y otro, ya en el sonido de algunas letras, ya en la prolación de determinadas silabas, ya, en fin, en la entonación de todo el fraseo. Omitimos aquí, lo mismo que en el resto de la América española, los sonidos de la *c* y de la *ç*, de la *j*, de la *ll* y de la *s*, tales como se oyen en labios de castellanos, asturianos y montañeses substituyéndolos, los de la *c* y la *ç* y el de la *s* por un solo uniforme sonido para estas tres letras, igual á aquel propio nuestro que le damos á la *s*, idéntico al de la actual doble *s* del francés ó sencilla en principio de edición en esta misma lengua, quitándole todo lo silbante de la *s* española. Con la misma *s* que se pronuncia en francés la palabra *savoir*, decimos *casa*, *corazón* y *cincuenta*. Articulamos esta consonante tocando levente los dientes con la extremidad suelta de la lengua, con lo que resulta un sonido suave y opaco; mientras que los nativos de las regiones de España á que antes aludí, articulan la propia consonante entre los alveolos y la parte anterior del paladar, é imprimiéndola alguna mayor fuerza á la lengua; con lo que resulta la *s* de ellos, con un sonido más ó menos silbante y sonoro.

Sin embargo, la *s* entre los madrileños tira á confundirse un tanto con la *s* de los hispano-americanos.

En cuanto al sonido de la *ll* castellana, tan delicado y típico (no sé que exista en ninguno otro idioma), del todo se ha perdido en América y, por ende, en Méjico, con excepción de algunas regiones de Colombia y de una parte muy reducida de nuestro país, no lejos de Atotonilco el Grande, donde se la oye pronunciar á los campesinos con igual pureza que á los mismos asturianos. (1) En el resto de nuestro territorio y de la América hispana, confúndese totalmente el sonido de la *ll* con el *y* griega. (2)

Si bien en Méjico se pronuncian la *j* y la *g* (en su sonido fuerte), ello es que articulamos una y otra con marcada suavidad, y diferenciándolas del sonido fuertemente gutural fricativo con que los españoles las dicen. Pronúncianlas ellos conforme á lo que preceptúa Sicilia, citado por D. Rafael Angel de la Peña en su Gramática, esto es, haciendo un esfuerzo ó juego con la garganta y la lengua como si se quisiera despedir la linfa ó algún cuerpo extraño.

(1). La reducida región á que aludo, se denomina la Barranca de Atotonilco el Grande.

(2). Los madrileños han perdido del todo ó propenden á perderlo, el sonido peculiar de la *ll* del castellano viejo, como pude comprobarlo notando la pronunciación de los actores de la Compañía dramática de Emilio Thullier y Rosario Pino que actuaron en Méjico, en octubre de 1909. Hecha excepción de la segunda dama de la compañía, doña Antonia Plana que tiene una pronunciación irreprochable, el resto de los actores y actrices desvanecían de masiado el sonido de la *ll*, y algunos, como el segundo galán, D. Luis del Llano, dábanle á las voces *yo* y *ya* estos viciosísimos sonidos: *scho* y *scha*. Esto en clase de actor resulta imperdonable.

El docto Director de la Academia Mejicana, D. Ignacio Mariscal, es de parecer que el sonido de la *ll* castellana lo tiene también el francés en palabras tales como *fille*, *grille*, *reveiller*.

El resto de las consonantes, nos son en un todo comunes con los peninsulares que hablan bien; es decir, que no sean andaluces, catalanes, ni valencianos, quienes por carta de más ó por carta de menos, pronuncian con mayores alteraciones seguramente, aunque de otra índole, que los hispano-americanos. (3)

Existe en Méjico tan resuelta propensión á diptongarse las vocales plenas, que todas las enseñanzas en sentido contrario de la Academia y el ejemplo de los buenos hablistas, no son parte á estorbarlo, hoy por hoy, ni aun entre la gente educada. Así que, muy contadas son entre nosotros las personas que dejen de hacer monosílabos á *caer*, *roer*, *peor*, *real*, ó bien que no les den solas dos sílabas, en vez de tres, á las voces *teatro*, *Rafael*, *Israel*, *Ismael*, *poeta*, *emplear*, así como á *línea*, *férrea*, *héroe*, etc.; y pocos son asimismo aquellos que aciertan á duplicar el sonido de las vocales en las palabras que las tienen dobles; pues á la continua óyeseles por la mayor parte decir *ler* por *leer*, *vehmente* por *vehemente*, *prover* por *proveer* y *alcohl* por *alcohol*; y cuando el sonido ó la vocal doble se impone con mayor exigencia, según acontece en los pretéritos de los verbos terminados en *ear*, entonces se substituye la *e* por una *i*, prefiriéndose esta

(3). Los yucatecos, sin embargo, forman excepción en nuestra República, pues influidos indudablemente por la lengua de los indios mayas que casi todos conocen y practican, alteran las consonantes explosivas en términos de darle sonido de *p* á la *b*, y de *t* á la *d*, así como á la *c* fuerte y á la *g* danles un sonido demasíadamente gutural. Debo hacer notar que en la gente poco fina de la ciudad de Méjico hay la propensión á obscurecer la *d*, en final de palabra, diciendo *usté*, *voluntá* y *bondá*. Es frecuente también en las personas originarias de las ciudades de Puebla, Orizaba y Oaxaca que pronuncien la *ll* y la *y* griega en sílaba directa con el sonido idéntico al de la *g* francesa, y así dicen *cabascho*, *poscho* y *plascha* y *schegua*.

defectuosísima forma: *emplié, alinié, voltié, golpié*, en lugar de *empleé, alineé, volteé y golpeé*, etc.

Raro es entre nosotros que se haga la axeusis ó disolución de diptongos en las palabras que lo requieren; lo general es que oigamos *ai* por *ahí*, *leido* por *leído*, *paraíso* por *paraíso*, *icreible* por *increíble* y *creia* por *creía*; y muy contados serán aquellos que pronuncien *maíz*, *país* y *raíz*, pues dicese preferentemente *maiz, pais, raiz* que hasta hoy día prevalece en la mayoría de los casos. Este vicio no sólo se nota en el habla familiar, sino que ha cundido también en la versificación, afeando no poco la poesía mejicana de casi toda la primera mitad del siglo XIX.

El indicado defecto aparece en el siguiente cantarillo popular:

Me he de comer un durazno
Desde la *raiz* hasta el hueso,
No le hace que sea trigueño
Será mi gusto y por eso.

Del propio vicio no se vió exento uno de nuestros mejores versificadores cuando escribió esta estrofa de su composición al *Atoyac*:

En tanto los cocuyos
 en polvo refulgente,
Salpican los umbrosos
 yerbajes del huamil,
Y las oscuras malvas
 del algodón naciente
Que crece de las cañas
 del *maiz* entre el carril.

La actual acentuación ortográfica, tan clara como precisa, adoptada por la Real Academia Española, va contribuyendo á desterrar, entre nosotros, aun del habla común, un defecto reprehensible á todas luces. Aun más difícil será que se haga la *axeusis* (*diéresis*) en aquellas palabras en que, como juez, fiel, fiar, giar, cruel, suave, sinuoso, virtual, suntuoso y otras, debe haber disolución del diptongo aun cuando no aparezca en ellas el acento ortográfico. Esta disolución, sin embargo, para la lectura en verso tiene grande importancia y hasta para la de la prosa.

Aunque menos generalizada que las formas de *dip-tongación* á que acabo de referirme, no es rara entre nosotros aquella otra que consiste en cometer una especie de *sinalefa* en la prosa. Así *verbigracia*, en la siguiente sentencia: «El hombre es tantas veces hombre cuanto es el número de lenguas que ha aprendido;» frecuente es que se pleguen en una sola sílaba, *hombre-es cuanto-es y que ha-aprendido*. A uso peninsular (de la buena cepa lingüística se entiende) no se oirá nunca decir: «tengo quír á ver á miamo,» ó locuciones á este mismo tenor como óyense repetidamente en labios de los nativos de este suelo; con lo que se le quita propiedad, plenitud y número á la expresión.

El acento de toda la frase, no aquel conforme con la manifestación pasional, tan vario como varios son los visos que la pasión afecta; sino aquel otro uniforme y consistente en cierto tonillo monótono, el acento provinciano, en fin, que halla repetición constante en cada cláusula, muy perceptible es y definido en la capital de la República, como lo es en el resto de ella, aunque dife-

rente en cada región ó Estado. Complexos factores determinan estas inflexiones habituales y uniformes que se imprimen á todo el fraseo en cada país, en cada provincia ó en cada región de cualquiera comarca; pero parte muy principal desempeña en esas inflexiones el carácter predominante, amable ó enérgico, delicado ó rudo y más ó menos sensible al buen sonido, de cada pueblo; carácter que en esas inflexiones se refleja. Halla confirmación esto que asiento, cuando vemos en las mujeres, los niños y la gente plebeya, marcarse aun más todavía que en el resto, ese mismo acento provinciano. Los nativos poco notan el de su propio lugar, pero resulta muy aparente, perceptible y chocante para el extraño. Caracterízase el acento provinciano de la ciudad de Méjico, con cierta lentitud con que las expresiones se vierten, y por una prolongación más ó menos grande que se le da á la penúltima sílaba de las palabras graves ó á la última de las agudas, mayormente en remate de cláusula.

Para todo el que tenga por idioma nativo el castellano, extraño y en gran modo desagradable, resúltale el acento de la provincia como no esté habituado; y de estas diferencias ó divergencias en el hablar, más que de otras, provienen ciertas prevenciones y antipatías y hasta vayas ó zumbas que gastan entre sí los originarios de las distintas comarcas en que se habla nuestra lengua. El castellano que es tan enfático y pomposo algunas veces y tan movido y donairoso otras, en labios peninsulares, pierde no poco de su brío y entonación hablado en América por nativos de América; pérdidas de que seguramente no le resarcen aquella lánguida dulzura con que aquí lo hablamos. Esa facundia en los términos, esa verbosi-

dad de los españoles, rara vez la manifestamos en Méjico; y antes por el contrario, á la continua oiremos entre toda clase de personas en la conversación, las muletillas *este, no?* y *pues*, peste con que se quiere suplir la palabra que no acude prontamente á los labios, y de que con profusión se salpica el lenguaje familiar en nuestros días.

La suavidad y la dulzura en el timbre de las voces en el habla son harto comunes entre nosotros. Rara vez se oyen en esta tierra voces desapacibles ó chillonas. En cambio, grande es la escasez de buenos cantantes y mayor la de voces fuertes y de tesituras agudas. Hablamos en una tesitura como apagada, casi como en secreto, y nos sorprende y disgusta la altura de tono que en la conversación acostumbran la mayoría de los extranjeros.

Todas estas diferencias fonéticas que se notan entre mejicanos y españoles, deben de reconocer por causa principal, si no única, la latitud y la altitud de las respectivas comarcas en que nacieron ellos y se desarrollaron sus órganos respiratorios y bocales. La latitud y la altitud de la comarca que habitamos, hacen el clima suave, la nutrición lenta y escasa, la fatiga pronta, el esfuerzo débil y el carácter blando. Existe correlación exacta entre la blandura y suavidad del clima y la suavidad y blandura de nuestra habla. Dura y áspera parece aquí la lengua de Cervantes en labios de los españoles recién llegados de España, oradores sagrados, actores dramáticos ó meros comerciantes, por la mayor parte asturianos y montañeses y tal cual vez castellanos. Cuando llevan algunos años de no interrumpida residencia en Méjico, han suavizado, á favor seguramente del clima y creo que algo también por contagio de imitación con los nativos

del país, lo que de áspero podía notarse en sus *eses, zetas y jotas*; y á este propósito así es como se expresa García Icazbalceta en su «Vocabulario de Mejicanismos:»

«Es un hecho que la pronunciación de los españoles recién llegados y, sobre todo, de las españolas, nos parece áspera y desagradable, por más que la reconozcamos correcta. Pasados algunos años, raro es el que no la suaviza, y entonces la encontramos sumamente agradable.»

¿A qué otra causa que no sean las condiciones topográficas, climatológicas y fisiológicas, pudiera atribuirse la ausencia de los sonidos fuertes de la *c*, la *z* y la *j* en nuestro lenguaje ó peculiar modo de hablar? Ello no pasaría de mera hipótesis sin fundamento sólido; no obstante, harto generalizada está hoy sobre este punto la opinión de que, habiendo sido de procedencia extremeña y andaluza los conquistadores y primeros pobladores de la América española, el castellano que aquí trajeron hubo de tener los caracteres del hablado en aquellas provincias meridionales. Desusados en Andalucía y Extremadura los especiales sonidos de la *c* y la *z*, la *j* y *ll*, quedaron también proscritos del habla hispano-americana.

Tal explicación en mi sentir, no es más que un argumento especioso, que nada demuestra en definitiva, en el terreno de la lingüística; puesto que, aun dado caso que estuviese comprobada (que no lo está) la procedencia de origen de todos los conquistadores y primeros pobladores españoles, el mismo problema lingüístico hispano-americano tendría que ser planteado con relación al habla de los andaluces y extremeños. ¿Cómo explicar, en efecto, que ni en Andalucía ni en Extremadura se les dé sus característicos sonidos á las cuestionadas letras? Aparte

de que, bajo otros aspectos, existen aún marcadas diferencias entre la lengua española de los países de América y la de aquellas provincias meridionales que baña el Betis. En una y otra parte, es cierto, suprímense sonidos y abrévianse sílabas; mas esas supresiones y abreviaciones no siempre son de una misma índole, sino que ofrecen manifiestas divergencias.

Y aquí vuelve á presentarse la misma solución de enantes: las diferencias fonéticas se explican satisfactoriamente por causas fisiológicas y psicológicas estrechamente relacionadas con el suelo y el clima.

En las provincias del Sur de España el clima es enervante lo propio que en la América tropical, y es causa suficiente para que se escatime allí como aquí, todo mayor esfuerzo; y no cabe duda que las discutidas letras son de la fonética castellana, junto con la *x* en sílaba inversa, aquellas cuya articulación demanda mayor esfuerzo. Los extranjeros hallan más fácil por esta misma causa, pronunciar nuestro idioma á uso de mejicanos, colombianos ó chilenos, que no de castellanos, asturianos ó santanderinos, que requiere algún más esfuerzo por causa de aquellas propias letras.

Grandemente corrobora el influjo del suelo y del clima en las lenguas, el hecho general de propender á omitir la *s* en sílaba inversa, reemplazándola con una aspiración más ó menos gutural, la mayor parte de los individuos de lengua castellana nativos de las costas. Lo mismo que en Andalucía obsérvase esto en Cuba y en los puertos del resto de la América hispana. ¿A qué atribuir fenómeno tan uniforme y constante, si no es á las analogías del

suelo, el cielo, la temperatura y el carácter, afectado por muy semejantes condiciones físicas?

Acontece que del extenso territorio en que un idioma predomina, tan sólo en una reducida porción de él se habla con toda la debida propiedad y corrección ese idioma, siendo, por este motivo, tal modo de hablar, como el modelo para la gente educada oriunda de las demás comarcas donde la misma lengua impera. El mejor francés es el que se habla en la Turena; el mejor italiano es el que se habla en la Toscana; el mejor castellano es el que se habla en Castilla la Vieja, en especial en la ciudad de Valladolid. Los castellanos, que forjaron el castellano, son los que mejor hablan el castellano. No sabemos que ni los marseleses, bordeleses ó parisienses, abriguen la pretensión de hablar francés más bien que los nativos de la Turena; ni que los napolitanos, sicilianos ó romanos, presuman pronunciar con mayor perfección su lengua que los florentinos. Tampoco se vió nunca que los andaluces, catalanes y gallegos, pretendieran dar la ley en punto á pronunciaci3n á los castellanos; menos todavía habrá pasado por el magín á los luisianeses, tejanos ó californianos, la idea de que ellos se expresan en inglés con más correcto acento y mejor expresi3n que los ciudadanos de Boston ó que los escolares de Cambridge ó de Oxford; mas no falta, en cambio, tal cual compatriota nuestro que sustente la especie peregrina de que en Méjico se habla mejor la lengua de Cervantes que en cualquier regi3n de España, incluso ambas Castillas. Esta opini3n puede tan solo provenir ó de un estrecho espíritu provincial ó de una vulgar ignorancia. No; reconozcamos con ingenuidad y llaneza que nuestro vocabulario regional es harto

reducido, y que á nuestra pronunciación fáltale plenitud, sonoridad y movimiento; todo lo cual deberíamos deplorarlo antes que aplaudirlo. Y la razón no es otra que, primeramente, al romperse la unidad del idioma, en cierta manera quedan también quebrantados los lazos de unión entre los miembros de una misma familia étnica esparcidos por dos continentes, (ya he indicado cómo las diferencias en el habla se traducen en diferencias y prevenciones en el trato); y en segundo término, hacémosle perder á una lengua en gran manera estética, parte de su pompa, brío y donaire.

No me parece aquí fuera de propósito citar estas palabras de D. Antonio Puigblanch que toma por epígrafe el señor Cuervo en sus «*Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano.*» Dice así: «Los españoles americanos, si dan todo el valor que darse debe á la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como á centro de unidad, al de Castilla que le dió el ser y el nombre.»

Una de las causas principales del encanto de la lengua castellana es la abundancia, variedad y calidad de sus sonidos que valiéronle en todo tiempo los dictados de varonil y enérgica á la par que sonora. Comparables son los recursos fónicos de las lenguas armoniosas con los recursos de las buenas orquestas. Hállase dotada toda buena orquesta de rico instrumental convenientemente repartido, equilibrado y combinado, de las cuerdas, las maderas y los latones. Con la masa predominante de los instrumentos de cuerda (sonidos suaves), se acompaña la menos numerosa de los de madera (sonidos intermedios entre los suaves y los fuertes), á que se agrega el grupo

más reducido, pero más resonante, de los instrumentos metálicos (sonidos fuertes). Lo armonioso de una orquesta consistirá en aquella acertada y concertada combinación de todos estos tres órdenes de elementos, subordinados al supremo canon estético de la unidad en la variedad. Pues de la propia manera, en la lengua castellana se notan y advierten en adecuada y justa proporción, los tres grupos de sonidos suaves, medios y fuertes y de diversos timbres que la hacen variada y armónica por extremo.

Sus vocales y sus consonantes admiten una exacta clasificación conforme á la suavidad ó á la fuerza de sus respectivos sonidos. Sonidos suaves los tienen lo propio que sus cinco vocales *a, e, i, o, u*, sus consonantes *b, d, l, ll, m, n, r* y *v* que constituyen un primer grupo de doce diferentes sonidos; viene después un segundo grupo de sonidos intermedios en fuerza y en número de nueve, formado por las consonantes *ch, f, g*, (que unas veces se asimila al primer grupo cuando es sonido suave) *k, ñ, p, q, s* y *t*, y por último, se presenta el grupo menor de la *c* y la *j*, la *rr*, la *x* y la *z*, representativo de los sonidos fuertes.

Ahora bien, omitidos como lo están del castellano tal como en Méjico lo hablamos, los sonidos fuertes *c* y *z, j* y á las veces el de la *x* y el suavísimo de la *ll*, este idioma en labios nuestros puede bien ser comparado á una orquesta que careciese de las tubas, de los cornos y de la viola (asemejable á la *ll* por lo fino y delicado de su sonido), y hasta pudiera decirse también del contrabajo, instrumento concertante, grave, que imprime el claro oscuro á toda la orquesta.

La ausencia de los sonidos linguo-dentales *c* y *z*, *j* guttural fuerte, *ll* linguo-paladial y *s* levemente silbante que tanto entran en juego en el castellano, prívante de finos al par que de muy brillantes matices.

Ese sonido linguo-dental *dz* y como apagado (que tanto contrasta con el silbante de la *s* á la española) que los castellanos dan á la *c* y á la *z*, no aparece en ninguna de las demás lenguas romances, provenientes de la gran lengua del Lacio, y viene á ser, ni más ni menos, el mismo sonido que el de la *θ* de los antiguos griegos con que pronunciaban la inicial de *Οεϋς* ó *Zeus*. No puede tener, pues dicha letra abolengo más ilustre. Reaparece en el castellano por evolución al promediar el siglo XVI, y quizás por contagio con el éuscaro que presenta el mismo sonido, si bien algo más atenuado, esto es, el de *ts*, según se manifiesta en las palabras *ezpañak*, que significa labios y *gorainzi*, recuerdos, así como en otras.

La actual *j* española, cuyo sonido al promediar del siglo XVI, reemplaza al de la antigua *x* (*šchi*), es igualmente una de las letras más peregrinas de la lengua castellana. Carecen de ella todos los dialectos, ó si se quiere idiomas, de la Península Ibérica: lo mismo el portugués que el catalán, el bable que el gallego, todos los cuales conservan la *x* (*schi*) del español antiguo.

Mucho dió que discutir nuestra actual *j* á Hartzenbusch y á Monlau, quienes le consagraron sendos discursos, atribuyéndola el primero, al árabe, y el segundo á los alemanes, avecindados en la corte de Carlos Quinto. El eruditísimo filólogo Cejador y Frauca, mediando en la contienda, da por origen de la *j* la sola y natural evolución del castellano: opinión para mí la más aceptable.

De la *ll*, por último, no diré más sino lo que de ella expresa D. Antonio de Nebrija en su «Arte de la Lengua Castellana» «...la cual voz—dice—ni judíos, ni moros, ni griegos, ni latinos, conocen por suya.»

Grandemente originales como lo son, y por tanto, características en nuestro idioma las tres letras antedichas, la omisión de ellas desvirtúa y un tanto desnaturaliza la índole fonética del castellano. Reclámalas, pues, estrechamente su genuino sistema de fonación. No menos abogaríamos en pro de la pronunciación castiza, otra consideración, la cual es que, trayendo todos ó los más de los textos para el aprendizaje de nuestra lengua por extranjeros, así como los diccionarios bilingües de este y los otros idiomas, la pronunciación figurada á la española, dánse desde luego, cabal cuenta los extranjeros que manejan esos libros, de las deficiencias del habla hispano- americana y nos las tildan y censuran, ellos los primeros. Pero hay más todavía: Hecho punto omiso de la *h* muda, de la *u* en muy determinados casos suavizando la *g* y la *q*, y de la *v*, cuyo sonido se confunde con el de la *b* en nuestro idioma, y que sólo figura en él por su valor etimológico, todas las letras del mismo suenan y se pronuncian tales cuales son; y resulta, por lo tanto, la más fonética entre las lenguas vivas, y su grafía, por consiguiente, de lo más fácil y sencilla, á condición de ser pronunciadas las letras á lo castellano viejo.

Implícitamente se reconoce esta necesidad de la recta pronunciación en Méjico, cuando vemos que no hay entre nosotros persona medianamente ilustrada que, refiriéndose al ejercicio cinegético, deje de pronunciar *cazar*, *caza* y *cacería* á la española, á fin de evitar equívocos,

si se convierten estas palabras en homófonos de *casar*, *casa* y *caserío*. La consecuencia reclamaría que igualmente, al hablar, diversificaran mis compatriotas los fonemas *asar* y *azar*, *basar* y *bazar*, *beso* y *bezo*, *masa* y *maza*, *saga* y *zaga*, *sumo* y *zumo* y otros numerosos; pero en este sentido y á despecho de la lógica, no se ha dado un solo paso más adelante.

En la realidad, mejicanos hubo y los hay que en el trato familiar hayan adoptado una pronunciación del todo castiza. Citaré aquí al historiador y estadista D. Lucas Alamán, al poeta D. Alejandro Arango y Escandón y al constituyente D. José María Mata, entre los fenecidos; y entre los que aún viven, á D. Francisco A. Icaza, representante de Méjico en Alemania, y al docto anticuario D. Francisco del Paso y Troncoso, que al presente reside en Madrid. En la tribuna el poeta D. Rafael de Zayas Enríquez recita á la española, y á la española también habla en el púlpito el señor Montes de Oca, Obispo de San Luis Potosí.⁽⁴⁾ Excusado sería referirse á los actores nacionales; pero he de hacer especial mérito, no obstante, de D. Manuel Haro, cuya pronunciación en la escena no dejaría qué desear al más exigente maestro en el arte de la declamación.⁽⁵⁾

Mas para que se adoptase en Méjico por la generalidad pronunciar á usanza de Castilla en el trato familiar y cotidiano, opónense inconvenientes de diverso ca-

(4) El actual Director de la A. M. de la L., el castizo orador y poeta D. Ignacio Mariscal, es de parecer que los versos deben leerse entre nosotros siempre distinguiéndose la *c* y *z* de la *s*.

(5) Por muy naturales consideraciones debidas al sexo, no menciono aquí á algunas actrices mejicanas que en la representación escénica, promiscuan indistintamente con la mayor frescura las zetas y las eses en las mismas palabras, ó bien hacen gala de un sonido en las eses, de lo más amortiguado é insonoro.

rácter, tales como la rutina, nuestro natural algún tanto escogido, el temor al mal parecer, lo poco que se estudia la lengua nativa, la prevención que aun persiste contra lo español, un estrecho espíritu provinciano y, en fin, naturales dificultades de orden fisiológico. No veo posibilidad de que todos estos complexos obstáculos desaparezcan, pudiendo por lo mismo predecirse que, si con el andar de los años, por inercia y apatía; por un ánimo apocado y por el funesto espíritu del *laissez faire* que en este grave punto nos aqueja, no llega á suplantar algún día el inglés al castellano en la tierra de Sor Juana Inés de la Cruz, ni la *c* ni la *z*, ni la *j* ni la *ll* españolas, ingresarán en el fonetismo de nuestro lenguaje familiar.

En cambio, prodrían hacerse desaparecer otros defectos de nuestra pronunciación regional, de mayor cuantía, si en ello y para ello se pusiese algún poco de cuidado en las escuelas, y si los mismos profesores no fuesen en ocasiones los primeros en incurrir en tales defectos: las diptongaciones de vocales fuertes, la no separación de las vocales débiles en la disolución de diptongos, el silabeo impreciso y obscuro, la sinalefa, del todo inaceptable en la prosa, la entonación desmayada de la frase y el monótono tonillo local. Con sólo que estos vicios se corrigieran, nuestra habla regional veríase exenta de esa blandura excesiva, de eso *algodonoso* por decirlo así, que indudablemente ofrece para todo oído fino y educado, comunicándosele á la vez, energía, brío, amplitud, distinción, elegancia.⁽⁶⁾ Esto por lo que toca al lenguaje de la vida prosaica y ordinaria.

(6) Merecedor de todo encomio es el señor Profesor D. Rafael Sierra (uno de los que más á fondo conocen la Gramática), por el cuidado escrupuloso

En orden á aquel otro lenguaje que puede denominarse estético, el del proscenio, la tribuna y el púlpito, cabe tener mayores exigencias y cabe abrigar más halagüeña esperanza, ora por lo que en sí tiene de artístico tal lenguaje, ora por las personas llamadas á recurrir á su empleo: hombres de facultades naturales, por lo común ilustrados y acaso también de menores prevenciones que la generalidad, y en quienes, por lo mismo, los inconvenientes antes aludidos hallan menos arraigo; quiero decir, la rutina, el encogimiento, la pasión obcecada, el mal gusto, etc. Con estudio y un pequeño esfuerzo pueden llegar á dominarse (como llegan á dominarlas algunos actores nacionales) las dificultades que para la pronunciación totalmente castiza ofrece la pereza de nuestros órganos bucales. La objeción de lo afectado que resultaría en labios mejicanos pronunciar á la española, se desvanece median-do una práctica bien ejercitada. Lo que en un principio aparece forzado, se convierte por el ejercicio en natural y espontáneo.

Las más elevadas manifestaciones artísticas de la palabra lo propio que de la literatura, son hoy día seguramente, la poesía lírica, la dramática y el género oratorio. Cualquier otro género literario no reclama cual estos tres tal riqueza de figuras, tan vivas imágenes, lenguaje tan selecto. Bástale á la novela un estilo llano y hasta vulgar á las veces, como cuando hace figurar personajes humildes, y la historia se contenta con un tono sostenidamente templado. Los rasgos sublimes son los

que pone en exigir á los alumnos de los cursos de Castellano, una pronunciación en lo posible correcta. Esto lo he podido observar siendo colega suyo en *jurados* de exámenes.

que sostienen aquellas otras tres formas literarias. En el rico léxico castellano la poesía tiene su vocabulario propio como propio le tiene la oratoria, vocabulario uno y otro que por igual se alejan del de la vida real, del de la prosaica humana existencia. Como hay formas ideales donde las más bellas formas se contienen, hay un idioma ideal, donde se encierran los más bellos conceptos y las más hermosas palabras. El lenguaje poético y el oratorio es el más noble de todos. La poesía lírica como la dramática no acepta términos duros, términos inarmónicos, términos bajos, ni siquiera prosaicos. No siempre será preciso que la dramática revista la musical forma del verso; pero la prosa que se emplee en ella, por familiar que se quiera, tendrá que ser escogida, depurada, selecta; tan depurada como la prosa que nos cautiva en *El sí de las Niñas*, en *Un Drama Nuevo*, en *Mariana* ó en *Los intereses creados*. En cuanto al lenguaje oratorio, sujeto está, por su parte, á las rigurosas leyes de la cadencia, de la eufonía y del número.

Ahora bien, no es dado admitir en buena lógica que manifestaciones *linguo-estéticas*, válgaseme la palabra, de tan subidos quilates como *El Vértigo*, *Raimundo Lulio* ó *La Selva Oscura*, de Nuñez de Arce; como los discursos de un Donoso Cortés, de un Castelar ó de un Cánovas; que obras dramáticas como las antes citadas, pueden oírse, ó leídas ó representadas, quebrantándose en su lectura ó en su representación, siquiera en mínima parte, las leyes fonéticas del excelso idioma en que aquellas obras están escritas. Una selecta palabra, reclama una pronunciación también selecta. Esto me parece ló-

gico. Una obra artística reclamará arte en todo lo á ella atañadero.

Mas otras consideraciones arguyen en favor de que en la alta lectura, en las representaciones escénicas y en la palabra que se vierte desde la tribuna y el púlpito, se pronuncie nuestro idioma castizamente; esas consideraciones son, que como los que en casos tales hablan, lo hacen ante auditorios numerosos y en sitios amplios donde tienen cabida muchos oyentes, para que los sonidos se perciban distintos y claros por el auditorio, necesítase verterlos con fuerza y artificio, como no sería necesario hacerlo en una sala estrecha y ante pocos oyentes en que la voz llega clara por la corta distancia. Acontece en este caso con la palabra lo que con la forma escultórica. Bajo una tenue luz, como la que se difunde en lugares cerrados, las formas del bajo-relieve se acusan muy distintamente, sin indeterminación ni vaguedad, y por esto el bajo-relieve se adapta para las lonjas (*logias*) y las grandes salas; pero á la plena luz de un cielo abierto, en plazas y paseos públicos, como los contornos y el bulto se esfuman, confunden y desvanecen, se hace necesario para contrarrestar estos efectos de una luz difusa en las superficies planas de la piedra, del mármol ó del bronce, que el modelado se acentúe, que las formas se abulten y que se avive, en fin, el claro oscuro en toda la sucesión de los planos.—Pues este mismo relieve que la forma, requiere la palabra, tratándose de un crecido número que escucha; y precisamente acontece que de no pronunciarse la lengua nativa á la española, aquellas palabras de sonidos fuertes no llegan con toda la claridad debida á los oyentes; y así, las eses y las erres se obscurecen á distan-

cia y las jotas y ces y zetas casi se pierden. Si esto por una parte, resulta contrario á la comodidad, contrario al buen efecto resultará asimismo y á la vez monótono y sin matices, multiplicar tanto el sonido sordo de nuestras eses cuanto es lo que lo prodigamos. Ello será muy idiosincrático, como ha solido decirse, lo reconozco; pero á la par es harto menos estético. Y ciertamente que lo uno no vale lo otro, á lo menos en el caso en que estamos. En resolución, si hablar bien es una de las más nobles facultades del sér humano, pronunciar bien será dar como el último toque á ese sello distintivo de la hominal realeza.

MANUEL G. REVILLA

Méjico, Enero de 1910.

CAMPOAMOR

INÉDITO

Tal gana de llorar le dió la vida
al arrancarle su razón el velo
que infamias cubre donde finge un cielo,
y pone rosas donde abrió una herida;

Tal risa le causó mirar la huída
de la Verdad, al remontar el vuelo
por cobarde temor, con el recelo
de verse por el hombre envilecida,

Que risa y llanto en batallar ingente
conmovieron su sér y le dejaron
por siempre doble huella en él grabada.

¿Quién sabe, al mirar su faz sonriente,
qué musas al poeta le inspiraron
las *Doloras* que son su carcajada?

Madrid, 1892.

FRANCISCO SOSA.

RENOVACION

Y le digo á la vida: no vaciles, golpea,
Hunde el cortante filo de tu cincel, transforma
Y renueva mi alma, tú que sabes dar forma
Al bronce de un impulso y al mármol de una idea.

Y sacude mi espíritu si sientes que flaquea,
Y dale rumbo fijo cuando pierda su norma,
Y pule asperidades, y abrillanta y reforma
Sin descansar un solo instante en la tarea.

Quiero ser un destello consciente de tí misma,
Purificar mi esencia, profundizar el cisma
Entre el nuevo horizonte y el horizonte viejo;

Y salir de tus manos como un vaso de oro
Que á cada golpe vibra con un clamor sonoro
Y á cada sol devuelve otro sol en reflejo.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

BIBLIOTECA NACIONAL.

MÉJICO.

El señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes se ha servido autorizarme para que,—como tengo la honra de hacerlo,—ponga á la disposición de la Academia de que es usted digno Director, la nueva sala de la Biblioteca Nacional, á fin de que en este local se verifiquen las juntas de dicha Academia, en vez de hacerlo en el departamento que en años atrás se dedicó al mismo objeto. Me autorizó igualmente el señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes para que se destine la pieza contigua á la citada sala, á la Biblioteca particular y al Archivo de la Academia Mejicana.

Reitero á usted las seguridades de mi estimación y de mi respeto.

Méjico, septiembre 18 de 1909.—FRANCISCO SOSA.

Al Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal, Director de la Academia Mejicana.—Presente.

ACADEMIA MEJICANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

Me he impuesto con satisfacción de la nota que, con fecha 18 de septiembre próximo pasado, se sirvió Ud. dirigirme. Veo por ella que el señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes ha autorizado á Ud para poner, como lo hace, á la disposición de la Academia Mejicana de la Lengua, la nueva sala de la Dirección de la Biblioteca Nacional, para que en ella se celebren las juntas de la Corporación en vez de hacerlo en el departamento que años atrás

se dedicó al mismo objeto; y autorizó á Ud. igualmente para destinar la pieza contigua al local citado, para Biblioteca particular y Archivo de la Academia. A nombre de ésta, acepto, reconocido el uso *gratuito* de los dos locales con tanta generosidad otorgado por el señor Ministro, y á Ud. suplico se sirva hacerlo así presente á dicho señor.

También las doy á Ud. por el empeño que bondadosamente ha tomado para el arreglo de este asunto, á la vez que le reitero las seguridades de mi consideración más distinguida.

Méjico, octubre 15 de 1909.—IGNACIO MARISCAL.

Sr. D. Francisco Sosa, Director de la Biblioteca Nacional.—
Presente.



Individuos que forman la Academia Mejicana de la Lengua al publicarse el Tomo VI de sus Memorias, por orden de la antigüedad de su nombramiento:

- D. Justo Sierra, Director.
- D. Joaquín Arcadio Pagaza (Ausente).
- D. Francisco del Paso y Troncoso (Ausente).
- D. Francisco Sosa, Secretario interino.
- D. Rafael Delgado (Ausente).
- D. Porfirio Parra.
- D. José López Portillo y Rojas.
- D. Silvestre Moreno Cora (Ausente).
- D. Manuel Sánchez Mármol.
- D. Joaquín D. Casasús, Tesorero.
- D. Emilio Rabasa.
- D. Federico Gamboa.
- D. Victoriano Salado Alvarez.
- D. Francisco Pascual García.
- D. Balbino Dávalos (Ausente).
- D. Victoriano Agüeros.
- D. Manuel G. Revilla.
- D. Enrique Fernández Granados.

Correspondientes con residencia en los Estados.

- D. Atenógenes Silva.
- D. Primo Feliciano Velázquez.
- D. Ambrosio Ramírez.
- D. Cecilio A. Robelo.
- D. Federico Escobar.
- D. Enrique González Martínez.
- D. Cayetano Rodríguez Beltrán.

INDICE DEL TOMO SEXTO.

	Págs.
Elogio de D. Rafael A. de la Peña por D. F. Pascual García	1
Elegía en memoria de D. Rafael A. de la Peña por D. Manuel José Othón..	23
Discurso del Sr. Canónigo D. F. de P. Labastida en honor de D. Rafael A. de la Peña	27
La Novela por D. José López Portillo y Rojas.....	49
Carta sobre « Los Ripios Aristocráticos y Acad por D. José M. Roa Bárcena	104
Laurus nobilis por D. Casimiro del Collado.....	129
Poesías dedicadas á D. Casimiro del Collado por los Sres. Roa Bárcena, Pagaza y Sosa	131
La crítica literaria en Méjico por D. Silvestre Moreno Cora.....	135
Elogio de D. Manuel José Othón por D. José López Portillo y Rojas. . .	182
Breves observaciones sobre el término «Garage» por D. Manuel G. Revilla.	229
Elogio de D. José Peón Contreras por D. Manuel Sánchez Mármol. . . .	233
Tres poesías de Josué Carducci traducidas por D. Enrique Fernández Gra- nados.....	256
Discurso en los funerales de D. José M. Vigil por D. Ignacio Mariscal..	261
El historiador y novelista D. José M. Roa Bárcena por D. Manuel G. Revilla.	263
Discursos por D. Ignacio Mariscal y D. Juan Antonio Cavestany con mo- tivo de haber concurrido el segundo á una sesión de la Academia. . . .	288
El dramaturgo D. J. Ruiz Alarcón y Mendoza por D. José M. Vigil. . . .	293
Thanathopsis, traducción de Bryant por D. Ignacio Mariscal.....	335
Guillermo Prieto por D. Federico Gamboa.....	339
Provincialismos de expresión en Méjico por D. Manuel G. Revilla.....	352

Provincialismos de fonética en Méjico por D. Manuel G. Revilla.....	368
Campoamor, soneto por D. Francisco Sosa.....	388
Renovación, soneto por D. Enrique González Martínez.....	389
Comunicaciones cambiadas entre D. Francisco Sosa y D. Ignacio Mariscal sobre el local destinado á las juntas de la Academia.....	391
Individuos que forman la Academia Mejicana de la Lengua.....	393

OPORTUNIDAD SOCIAL

